



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE  
MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

---

---

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LA VIDA EN LA CIUDAD DE MÉXICO DURANTE LA OCUPACIÓN  
DEL EJÉRCITO ESTADOUNIDENSE.  
SEPTIEMBRE DE 1847- JUNIO DE 1848

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:  
LICENCIADO EN HISTORIA

PRESENTA:

CRISTÓBAL ALFONSO SÁNCHEZ ULLOA

ASESORA:

MTRA. FABIOLA GARCÍA RUBIO



MEXICO, D.F.

2012



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres, con inmenso cariño y agradecimiento.

A mis hermanos.

A Ruth.

## **AGRADECIMIENTOS**

Agradezco a Fabiola García Rubio por sus consejos, su paciencia y por no perder el interés en mi investigación ni en mi persona, a pesar del mal tiempo. También dedico a ella este trabajo.

Agradezco a mis maestros de la facultad y de otras instituciones: Ana Rosa Suárez, Miguel Soto, Luis Fernando Granados y María Dolores Lorenzo, por sus observaciones y comentarios que enriquecieron este texto. A Gerardo Gurza Lavalle y a fr. Eugenio Torres por su apoyo.

A todos mis amigos y amigas que se interesaron en mi tesis y que me alentaron a seguir trabajando en ella.

A mi familia, por su apoyo incondicional a lo largo de los años.

A Ruth, por motivarme e inspirarme.

## ÍNDICE

Agradecimientos.....	5
Índice.....	7
Introducción.....	9
PRIMERA PARTE: La ciudad tomada.....	18
1. El contexto.....	19
1.1. La ciudad y sus habitantes.....	19
1.2. La ocupación de la ciudad.....	33
1.3. Las ocupación en etapas.....	38
1.4. Los nuevos pobladores.....	40
1.5. Los cambios en la ciudad.....	45
2. La administración de la ciudad.....	53
2.1. El caos.....	53
2.1.1. Gobierno militar.....	66
2.1.2. El gobernador civil y militar.....	67
2.1.3. Los cuerpos de justicia.....	72
2.2. Gobierno civil.....	85
SEGUNDA PARTE: La vida en la ciudad ocupada.....	104
3. Las publicaciones periódicas.....	105
3.1. <i>American Star</i> .....	105
3.2. <i>El Monitor Republicano</i> .....	108
3.3. <i>The North American</i> .....	109
3.4. <i>El Eco del Comercio</i> .....	111
3.5. Otras publicaciones periódicas.....	112
4. Comercio, diversiones y cultura.....	124
4.1. El comercio.....	124
4.1.1. Problemas comerciales.....	125
4.1.2. Mercado y productos.....	127
4.2. Formas de entretenimiento.....	134
4.2.1. Sitios de esparcimiento.....	135
4.2.2. El alcohol y el juego.....	142
4.2.3. El teatro y el circo.....	146
4.2.3.1. El teatro y el circo durante la ocupación.....	148

4.2.3.2. Obras y artistas.....	158
4.2.3.3. El teatro en la ciudad en la primera mitad de 1848.....	167
4.2.4. Bailes.....	180
4.2.5. Corridos de toros.....	189
4.2.6. Paseos.....	192
4.2.7. Carreras.....	198
4.2.8. Otras formas de entretenimiento.....	200
4.3. Fiestas religiosas y cívicas.....	204
4.4. Religión e Iglesia.....	210
4.5. Salud y mortandad.....	217
Epílogo. El final de la ocupación.....	224
Conclusiones.....	235
Anexos (Planos).....	243
1. La ciudad de México en 1847-1848.....	243
2. La ocupación militar.....	244
3. Sitios de esparcimiento.....	246
4. La influencia estadounidense en la vida cotidiana.....	247
Fuentes consultadas.....	248

## INTRODUCCIÓN

Es difícil pensar en el Palacio Nacional de la capital mexicana sin la bandera que ondea arriba del edificio, justo encima del balcón central. Hoy, esta imagen es uno de los elementos emblemáticos de la Plaza de la Constitución y desde hace varios siglos ha sido uno de los símbolos del gobierno mexicano. Si buscamos en la iconografía creada en los primeros años de vida independiente, descubriremos representaciones visuales en las que aparece el palacio y su insignia verde, blanca y roja resguardando a la ciudad y a la nación. Sin embargo, entre todas las obras plásticas también encontraremos una muy distinta; una en la que ondea un lienzo con barras y estrellas: la bandera de Estados Unidos.



Detalle de *General Scott's Entrance into Mexico*, Carl Nebel, 1851.<sup>1</sup>

Probablemente para los mexicanos sería difícil contemplar o simplemente imaginar este cuadro: la sede del gobierno nacional “violentada” por la presencia del

---

<sup>1</sup> “Veni, Vidi, Vici. The Halls of Montezuma”, en [http://www.dsloan.com/Auctions/A21/image.php?file=images/ma\\_war-nebel-scott-06.jpg](http://www.dsloan.com/Auctions/A21/image.php?file=images/ma_war-nebel-scott-06.jpg), consultado el 13 de octubre de 2011.

símbolo de un país que ha intervenido en México repetidamente—no en vano, la Unión Americana se ha convertido en objeto de rencor para una gran parte de la sociedad—.

El pendón estadounidense ondeó sobre el “Zócalo” durante nueve meses, entre septiembre de 1847 y junio de 1848, en los que se realizaron las negociaciones de paz entre los dos países. La bandera extranjera no sólo significó el dominio de los estadounidenses en la capital, sino la humillación, la derrota y el fracaso de las acciones políticas y militares del gobierno y el ejército mexicanos. Acaso ello explique el “olvido” o desconocimiento de tal episodio histórico.

Gran parte de nuestros compatriotas sabe que los estadounidenses se hicieron de aproximadamente la mitad del territorio mexicano a raíz de “la guerra de 1847”, o la guerra entre México y Estados Unidos. La tradición ha culpado a Antonio López de Santa Anna y a la ambición de los “gringos”; en la actualidad, todavía se conmemoran las batallas del valle de México en agosto y septiembre de 1847 y la participación de los cadetes del Colegio Militar—los “Niños Héroe”—y de los irlandeses del Batallón de San Patricio que desertaron de las filas invasoras para pasarse del lado mexicano. Sin embargo, no hay la suficiente claridad acerca de lo que tuvo que pasar para que Estados Unidos se apropiara de las tierras del norte de México. Se puede afirmar que lo que se conoce de la guerra son algunos hechos aislados, ciertas batallas y contados personajes y, desde luego, la consecuencia más evidente: la pérdida de territorio septentrional.

Pero, ¿qué se sabe sobre el origen del enfrentamiento? ¿Cómo fue su desarrollo y su desenlace? ¿Qué ocurrió entre la toma de la capital aquel martes 14 de septiembre de 1847 y el 2 de febrero de 1848? ¿Por qué la ciudad de México tuvo presencia militar hasta junio de 1848? ¿Por qué la bandera estadounidense permaneció vigilante durante nueve meses?



El acercamiento a la historiografía de la época puede aclarar algunas dudas y ayudar a comprender el conflicto: sus antecedentes, que incluyen el creciente expansionismo estadounidense de la época, los problemas que enfrentaba México en su interior y con otras naciones, la independencia de Texas en 1836 y su anexión como estado de la Unión en 1845; el interés del presidente James K. Polk en los territorios de Nuevo México y California y la declaración de guerra que hizo en mayo de 1846. También se puede conocer el desarrollo de las campañas militares, primero la del general Zachary Taylor al norte de la república y posteriormente la de Winfield Scott en el centro y oriente, así como la actuación desorganizada del gobierno y de los militares mexicanos. Asimismo, se sabe que la resistencia encontrada por los invasores no fue significativa, por lo que éstos pudieron derrotar al ejército de Santa Anna hasta ocupar la capital del país en pleno aniversario del inicio de la lucha independentista; y que durante tres días se presentaron violentos enfrentamientos entre los ciudadanos y los invasores. El desarrollo de las negociaciones de paz, la presencia del gobierno federal en Querétaro, la huida de Santa Anna y la firma del Tratado de Guadalupe-Hidalgo son otros de los temas que se conocen. Hay, sin embargo, algunos aspectos que la historia sobre la guerra entre México y Estados Unidos no ha tratado con la misma profundidad. Uno de ellos es la ocupación de la capital mexicana, y es en el que se centra el presente trabajo.

Después de la entrada del ejército estadounidense a la capital y de los enfrentamientos callejeros de los primeros tres días, los habitantes y los militares requirieron adaptarse a la situación, por lo que se desarrolló una cotidianidad singular que se prolongó hasta junio de 1848, tiempo en el que se dieron transformaciones y acontecimientos en el ámbito político, económico, social y cultural, que fueron importantes para los pobladores de la ciudad. Estos cambios respondieron, no sólo a las

circunstancias originadas por la ocupación, sino también a un proceso que se venía dando en la ciudad desde décadas atrás, y que en los años siguientes, sobre todo con la Reforma Liberal, tendría un gran auge.

El objetivo de este trabajo es dar a conocer dicha cotidianidad, así como los sucesos que se presentaron en la metrópoli a lo largo de los nueve meses que duró la ocupación. Asimismo, se pretende responder a las siguientes preguntas: ¿Cómo cambió la vida en la ciudad ante la presencia de los estadounidenses? ¿Cómo se comportó la población capitalina y cómo lo hicieron los militares? ¿De qué forma se relacionaron unos con otros? ¿Cómo fue el gobierno de la ciudad durante la ocupación? ¿Qué diferencias existían dentro de cada sector (invasores e invadidos) y de qué forma influyeron éstas en los acontecimientos? Y ¿dónde se sitúa este periodo en la transformación de la ciudad?

Para responder a estas interrogantes, se echó mano de una gran diversidad de fuentes. En primer lugar están aquellas obras publicadas en años muy cercanos al periodo, como los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*<sup>2</sup> escritos por un grupo de liberales mexicanos en 1848, cuando los estadounidenses aún estaban ocupando el país. También se puede mencionar la obra de John S. Jenkins, *History of the War Between the United States and Mexico*,<sup>3</sup> publicada ese mismo año y, aunque escrita algunas décadas después, los *Recuerdos de la invasión norteamericana* de José María Roa Bárcena.<sup>4</sup> Las tres obras permiten acercarse un poco a la vida en la capital durante la ocupación: tanto los autores de los *Apuntes* como Roa Bárcena brindan información sobre la apariencia de los invasores, las diversiones que

---

<sup>2</sup> Ramón Alcaraz, *et al*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, CONACULTA, (Cien de México), 1991.

<sup>3</sup> John S. Jenkins, *History of the War between the United States and Mexico, from the Commencement of Hostilities to the Ratification of the Treaty of Peace*, Auburn, Derby, Miller & Co.; Derby & Hewson, Buffalo, 1848.

<sup>4</sup> José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana. (1846-1848) Por un joven de entonces*, Tomo III, México, Ed. Porrúa, (Colección de Escritores Mexicanos, 48), 1947.

establecieron, como el teatro y los bailes, los cambios que se dieron en el gobierno de la ciudad, así como algunos delitos en los que se vieron involucrados algunos de ellos. Al ser tan cercanas al conflicto, estas obras tienen un tono patriótico, por lo que se enfocan en los aspectos negativos del invasor. Jenkins, por su parte, hace hincapié en la forma en que se organizó el ejército y en los rumores de levantamientos que corrían por la ciudad. Las tres obras tratan la guerra desde sus inicios, por lo que no se extienden tanto en la ocupación de la ciudad de México.

Asimismo, obras como la *Revista de las causas y consecuencias de la Guerra Mexicana* de William Jay,<sup>5</sup> *The War With Mexico* de Justin H. Smith<sup>6</sup> o *Tan lejos de Dios* de John S. D. Eisenhower,<sup>7</sup> brindan algunos detalles sobre el tiempo en que los estadounidenses habitaron en la ciudad, principalmente incluyen anécdotas relativas a la inseguridad, las enfermedades o las diversiones.

Además de los trabajos que abordan la guerra de forma general, hay algunos textos de autores estadounidenses y mexicanos que se enfocan de manera particular a la ocupación. Entre los primeros se encuentra Edward S. Wallace, quien en el artículo “The United States Army in Mexico City”<sup>8</sup> describe la vida de los militares en la ciudad, su organización y las formas de diversión que encontraron. El autor se dedica a ensalzar la labor de Scott y de todo el ejército estadounidense, pero también proporciona información importante sobre su estancia en la ciudad. “A Mexican Dilemma: The Mexico City Ayuntamiento and the Question of Loyalty, 1846-1848” de Dennis E. Berge<sup>9</sup> estudia la labor del ayuntamiento de la ciudad que estaba en funciones cuando

---

<sup>5</sup> William Jay, *Revista de las causas y consecuencias de la Guerra Mexicana*, trad. de Guillermo Prieto Yeme, México, Editorial Polis, 1948, [1849].

<sup>6</sup> Justin H. Smith, *The War with Mexico*, vol. 2, Gloucester, Massachusetts, Peter Smith, 1963, [1919].

<sup>7</sup> John S. D. Eisenhower, *Tan lejos de Dios. La guerra de los Estados Unidos contra México, 1846-1848*, trad. José Esteban Calderón, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

<sup>8</sup> Edward S. Wallace, “The United States Army in Mexico City” en *Military Affairs*, Vol. 13, No. 3 (Autumn, 1949), pp. 158-166.

<sup>9</sup> Dennis E. Berge, “A Mexican Dilemma: The Mexico City Ayuntamiento and the Question of Loyalty, 1846-1848” en *Hispanic American Historical Review*, 50 (2), 1970.

comenzó la ocupación militar y la del que se formó bajo la administración invasora, también conocido como “Asamblea Municipal”. Por otro lado, el trabajo *Mexico City and the War with the United States: A Study in the Politics of Military Occupation* de George Towne Baker<sup>10</sup> explica cómo se organizaron los mandos militares para controlar al ejército y gobernar la ciudad.

En cuanto a los autores mexicanos, Ernesto Lemoine Villicaña escribió una “Crónica de la ocupación de México por el ejército de los Estados Unidos”<sup>11</sup> como tesis de licenciatura. El trabajo se basó principalmente en artículos de periódicos contemporáneos al periodo estudiado, en particular *The American Star* y *El Monitor Republicano*. El autor pretende mostrar la injusticia de la invasión, así como la inseguridad y el desorden que los militares originaron en la ciudad. Por otro lado, también se puede señalar el artículo de Esteban Sánchez de Tagle, “La asamblea municipal de la ciudad de México durante la ocupación norteamericana”,<sup>12</sup> que retoma el tema tratado por Berge y muestra la labor que realizó este cuerpo de gobierno. Más recientemente, se publicó *La ocupación yanqui de la ciudad de México*,<sup>13</sup> en donde María Gayón Córdova compiló una serie de documentos relativos al tema que nos ocupa y utilizó una gran diversidad de fuentes contemporáneas a la guerra, como artículos de periódicos, documentos oficiales y relatos de testigos, tanto mexicanos como extranjeros. Así, la obra incorpora testimonios y presenta las diversas posturas para intentar dar un panorama general de la ocupación. Finalmente, en el libro *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de*

---

<sup>10</sup> George Towne Baker, *Mexico City and the War with the United States: A Study in the Politics of Military Occupation*, Ann Arbor, Michigan, University Microfilms International, 1979, [1972].

<sup>11</sup> Ernesto Lemoine Villicaña, "Crónica de la ocupación de México por el ejército de los Estados Unidos", Tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1950.

<sup>12</sup> Esteban Sánchez de Tagle, “La asamblea municipal de la ciudad de México durante la ocupación norteamericana”, en *Historias*, 27, octubre 1991 – marzo 1992.

<sup>13</sup> *La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848*, comp. María Gayón Córdova, México, INAH, CONACULTA, (Regiones), 1997.

1847,<sup>14</sup> Luis Fernando Granados hace un estudio detallado de los primeros tres días de la ocupación, de los protagonistas de la violencia de esas jornadas en los distintos rumbos de la ciudad y lanza algunas hipótesis sobre el origen de la misma.

Además de las fuentes ya mencionadas, hay otras que también fueron fundamentales en el curso de esta investigación y permiten conocer la manera en que invasores e invadidos vivieron la ocupación. En primer lugar están los relatos, es decir, los diarios, cartas, memorias y libros escritos por los militares o por los habitantes de la ciudad durante la guerra o poco tiempo después. Por otro lado, están las publicaciones periódicas que circularon en la urbe en los nueve meses de la toma de la ciudad y fueron editados por mexicanos y por periodistas estadounidenses que venían junto con el ejército.<sup>15</sup> De estos últimos, para este trabajo pude consultar dos: el *American Star* (de septiembre de 1847 a mayo de 1848) y *The North American* (de septiembre de 1847 a marzo de 1848). Los impresos mexicanos que revisé fueron *El Monitor Republicano* (de septiembre de 1847 a septiembre de 1848), *El Eco del Comercio* (de marzo a junio de 1848) y *El Siglo Diez y Nueve* (de junio a septiembre de 1848). Todas estas fuentes resultaron indispensables en la investigación y me permitieron acercarme a la forma en que se vivió en la ciudad entre septiembre de 1847 y junio de 1848.

En cuanto a la estructura del trabajo, es preciso aclarar que en su conjunto tiene una división temática. La organización cronológica se da en cada capítulo o en cada apartado. La tesis está dividida en dos partes; el primer y segundo capítulo forman la primera y los dos siguientes la segunda. Finaliza con un epílogo y las conclusiones.

En el capítulo inicial se presenta el escenario de la ocupación, por lo que se hace una descripción de la ciudad y sus habitantes antes de la llegada del ejército de Scott.

---

<sup>14</sup> Luis Fernando Granados, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847*, México, Ediciones Era, CONACULTA, INAH, 2003.

<sup>15</sup> A lo largo de toda la guerra, desde el inicio de la campaña de Taylor, los periodistas acompañaron a los militares y enviaron despachos a los periódicos de Estados Unidos. De esta manera, los habitantes de dicho país conocieron el curso de la guerra.

Más adelante se expone la manera en que la entrada del general en jefe y sus tropas modificaron el paisaje capitalino. Así, se hace un bosquejo de las fuerzas armadas que ocuparon la metrópoli y su distribución en la misma.

El segundo capítulo se enfoca en la situación de inseguridad que se vivió durante el periodo estudiado, haciendo énfasis en las primeras semanas de la ocupación. Posteriormente se explica cómo las autoridades militares se organizaron para procurar el control de la población y la impartición de justicia. También se describe el papel del gobierno local, es decir, del Ayuntamiento, y la lucha política que se dio en esta corporación.

La segunda parte se dedica a la vida cotidiana durante la ocupación. En el tercer capítulo se exponen las publicaciones periódicas y, con base en la información que brindan los periódicos consultados, se hace un bosquejo de todos los impresos que circularon en la ciudad a lo largo de la ocupación, lo cual es una de las principales aportaciones del trabajo.

El cuarto y más extenso capítulo se refiere a la vida cotidiana en la ciudad entre septiembre de 1847 y junio de 1848. En este apartado se describen los cambios y las características de los diversos ámbitos de la cotidianidad: el comercio, las formas de entretenimiento, las fiestas, la religión, la salud y la muerte. Al respecto, se describe lo que permaneció, lo que cambió y los nuevos retos y problemas que se presentaron a raíz de la ocupación. Al mismo tiempo, se explica qué tanta convivencia hubo entre pobladores e invasores.

Finalmente, en el epílogo se procura dar una versión de lo que sucedió con los personajes y acontecimientos más importantes del periodo de la ocupación y cómo fueron las semanas y los meses posteriores a la salida de las tropas invasoras.

Esta tesis muestra un episodio poco conocido dentro de la historia de la capital mexicana y se sitúa en un momento en el que, además de la crisis evidente, ocasionada por el conflicto bélico, la urbe y sus habitantes estaban experimentando cambios al exterior y desde adentro; esto se había iniciado desde el final de la época colonial, con los gobiernos borbónicos, y llegó a un momento culminante a finales de la década de 1850. La ocupación estadounidense de la ciudad aceleró algunos de estos cambios, aunque sólo fue de forma temporal; sin embargo, esto hizo ver a los pobladores que, en las circunstancias adecuadas, algo como la secularización de bienes y de mentalidades podría darse de manera general.

Por otro lado, la invasión sacó a relucir una gran cantidad de problemas que tenía la ciudad, sobre todo en el ámbito de la seguridad. La criminalidad explotó, así como la insalubridad y el desaseo en las calles y no se debió sólo a la presencia de los militares extranjeros.

En el trabajo que aquí se presenta, el lector podrá darse cuenta de los problemas y las circunstancias a las que se enfrentaron los que habitaban la ciudad entre septiembre de 1847 y junio de 1848, pero al mismo tiempo podrá comprender a la metrópoli mexicana de mediados del siglo XIX, antes y después de la ocupación.

## **PRIMERA PARTE: LA CIUDAD TOMADA**

En estos primeros capítulos se hará una descripción de la ciudad a la que llegaron los estadounidenses, así como la forma en la que tomaron la capital y se instalaron en ella. Asimismo, se señalará quiénes habitaron esta ciudad ocupada y, a grandes rasgos, cómo era la población de la capital y los individuos que irrumpieron en ella en septiembre de 1847. Finalmente, se tratarán los problemas que enfrentaron los gobernantes, los que se dieron al interior de la sociedad y el choque de ideologías y costumbres que se dio entre diversos sectores: las autoridades de invasión, las locales, los miembros del ejército y la población civil.



## I. EL CONTEXTO

### **La ciudad y sus habitantes**

En 1847 la ciudad de México no era la gran urbe que conocemos ahora. Sus límites alcanzaban lo que en nuestros días es considerado como el centro histórico; su población se aproximaba a los 120,000 habitantes<sup>1</sup> y aún conservaba muchos de los rasgos que, por siglos, la caracterizaron como la metrópoli del virreinato de la Nueva España. Sin embargo, ya no era una capital colonial, sino la de una joven república nacida en el primer tercio del siglo que, pese a su corta edad, ya había sido testigo y escenario de sucesos fundamentales en su desarrollo político. El país había sufrido invasiones de España en 1829, de Francia en 1838 y de Estados Unidos en 1846; experimentó la monarquía, el federalismo y el centralismo; estaba herido por las constantes luchas internas de las facciones políticas por obtener el poder. La capital, como sede del poder nacional, había vivido momentos de gran tensión, desde el pronunciamiento de Pío Marcha y los militares en favor de Agustín de Iturbide en 1822 para establecer el imperio,<sup>2</sup> hasta la rebelión de los “polkos” a inicios de 1847, en la que un sector de la población se pronunció en contra del decreto de Valentín Gómez Farías que autorizaba al gobierno a hipotecar o vender propiedades eclesiásticas para cubrir los gastos de guerra.<sup>3</sup> No obstante, el aspecto de la ciudad no había sido modificado considerablemente; a grandes rasgos, era muy parecida a la que existía a fines del siglo

---

<sup>1</sup> 119,402, de acuerdo con María Dolores Morales y María Gayón, “Viviendas, casas y usos de suelo en la ciudad de México, 1848-1882” en Rosalva Loreto López (coord.), *Casas, viviendas y hogares en la historia de México*, México, COLMEX, 2001, p. 342, citado en Claudia Pardo, “Ubicación, origen y ocupación de los extranjeros en la ciudad de México a la luz de los padrones municipales de 1842 y 1848” en *Miradas Recurrentes. La ciudad de México en los siglos XIX y XX*, Ma. del Carmen Collado (coord.), México, Instituto Mora, UAM, 2004, Tomo II, p. 205.

<sup>2</sup> José Joaquín Fernández de Lizardi, “Pésame de el Pensador por la muerte de Iturbide a sus apasionados” en *Obras XIII. Folletos (1824-1827)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1995, p. 101.

<sup>3</sup> Pedro Santoni, *Mexicans at Arms. Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848*, Fort Worth, Texas Christian University Press, 1996, p. 163-197.

XVIII y las transformaciones sufridas a lo largo del siglo eran más una herencia de la política borbónica y las ideas ilustradas en torno a las ciudades, que un impulso reformista surgido tras la Independencia.

En los extremos de la urbe estaban colocadas las garitas, accesos que servían para controlar el tráfico de mercancías y el cobro de los aranceles. Al mismo tiempo, funcionaban para marcar los límites de la ciudad de México en 1847: al norte se ubicaban las de Santiago y Peralvillo, al oriente la de San Lázaro, en la esquina suroriental la de la Viga, al sur las de La Piedad y Candelaria y en el poniente las garitas de Belén y de San Cosme.<sup>4</sup> Hoy estos puntos, convertidos en barrios o colonias, dividen el corazón de la ciudad del resto de la gran mancha urbana.

Es difícil describir a todos los sectores de la población citadina, ya que existía una gran heterogeneidad basada en el origen de los habitantes, en las actividades económicas que realizaban o en el estrato social al que pertenecían; sin embargo, sí podemos acercarnos un poco a estos grupos e imaginar a las personas que transitaban por las calles de la ciudad.

Una gran parte de la población se concentraba en la zona central de la urbe, mientras que otro número importante residía en la periferia, principalmente los inmigrantes provenientes de otros sitios de la república y que conformaban un porcentaje alto del total de residentes.<sup>5</sup>

En cuanto a las actividades, hay registros que indican que los capitalinos con un oficio o profesión conformaban menos de la mitad del total.<sup>6</sup> Entre ellos, las actividades principales que se realizaban eran las artesanales y de manufactura, llevadas a cabo en

---

<sup>4</sup> Jorge Silva Riquer, "El abasto al mercado urbano de la ciudad de México, 1830-1860" en Regina Hernández Franyuti (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, Tomo I, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, p. 89.

<sup>5</sup> El 44% en 1842. Sonia Pérez Toledo y Herbert S. Klein, "La estructura social de la ciudad de México en 1842" en *Población y estructura urbana en México, siglos XVIII y XIX*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1996, p. 253.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 257. María Gayón Córdova, *Condiciones de vida y de trabajo en la ciudad de México en el siglo XIX*, México, INAH, Dirección de Estudios Históricos, Cuaderno de Trabajo, 53, 1988, p. 37.

los talleres y establecimientos industriales de la ciudad y siendo las más importantes las relacionadas con los textiles (hiladores, tejedores, sastres), la madera (carpinteros) y el cuero y pieles (zapateros).<sup>7</sup> Otra actividad igual de importante por el número de individuos dedicados a ella era la del servicio. La mayoría de estas personas, de las cuales dos terceras partes eran mujeres, se dedicaban al servicio doméstico, pero también había otros oficios como el de cargador, aguador o cochero.<sup>8</sup>

Por otro lado, estaban los comerciantes y sus ayudantes, que importaban productos del extranjero o de otros sitios de la república y los llevaban a las tiendas de la Plaza Mayor y a otras cercanas; también en este grupo se encontraban los “dependientes”, carboneros, corredores, estanqueros y almaceneros así como los administradores y empleados de diversos negocios: sastrerías, tocinerías, panaderías, cafés, hoteles, pulquerías, mesones, entre otros. Asimismo, la ciudad era habitada por profesores, estudiantes, médicos, artistas, abogados, ingenieros y otros profesionistas que ofrecían sus servicios a pobladores y visitantes, e igualmente por clérigos y religiosos, militares, políticos y autoridades civiles, así como los empleados de las diversas corporaciones de gobierno; por ejemplo, los del Ayuntamiento, encargados de mantener el orden, la seguridad y la limpieza de la capital. De igual manera, la urbe contaba con pobladores dedicados a las actividades agrícolas, ganaderas, mineras e incluso de caza y pesca.<sup>9</sup> El cuadro también lo completaban hombres, mujeres y niños que no tenían un oficio pero eran parte de la dinámica citadina diaria.

Por último, no hay que dejar de considerar a los grupos marginales, como las prostitutas, los ladrones o los mendigos, que no estaban contemplados en los registros de población por realizar actividades irregulares. Asimismo, además de los indígenas

---

<sup>7</sup> Carlos Illades, “Composición de la fuerza de trabajo y de las unidades productivas en la ciudad de México, 1788-1873” en Hernández Franyuti (comp.), *op. cit.*, Tomo II, p. 267-270. Pérez Toledo, *op. cit.*, p. 257-259.

<sup>8</sup> Pérez Toledo, *op. cit.*, p. 257-259.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 260-261.

que habitaban y trabajaban en la ciudad como sirvientes domésticos o en otros oficios, había otros provenientes de poblados cercanos a la ciudad y que diariamente llevaban las frutas, verduras, flores o animales que se vendían en los mercados, así como el carbón, la mantequilla, los quesos y una gran diversidad de productos cultivados o elaborados en las afueras de la capital, los cuales eran transportados en canoas por el Canal de la Viga, en burro o a pie, por los distintos caminos que conectaban a México con el resto del país.

Por su parte, los indigentes o vagos, llamados comúnmente “léperos” formaban un grupo peculiar que solía llamar la atención de los viajeros y representaban una gran molestia para todos los habitantes de la ciudad de México. Generalmente se les veía sentados o recostados en las plazas y banquetas buscando los espacios iluminados por el sol, cubrían su cuerpo con una manta sucia y se dedicaban a pedir limosna en la calle, o a través de las ventanas de las viviendas. Muchas veces eran señalados como los responsables de robos en la ciudad y las autoridades los consideraban promotores del desorden público.<sup>10</sup>

Si bien la mayoría de la población de la capital estaba formada por los descendientes de los antiguos criollos y mestizos novohispanos, así como por indígenas, también existía un sector de extranjeros que, aunque reducido, jugaba un papel importante, sobre todo en el ámbito económico de la ciudad.

Los cálculos de forasteros que habitaban la ciudad suman 1,937, es decir, el 1.62 por ciento de la población,<sup>11</sup> del cual más del 80 por ciento eran hombres; de acuerdo con su origen, los españoles eran la mayoría—casi la mitad—, seguidos, en orden

---

<sup>10</sup> Alejandra Araya Espinoza, “De los límites de la modernidad a la subversión de la obscenidad: vagos, mendigos y populacho en México, 1821-1871” en Romana Falcón (coord.), *Culturas de pobreza y resistencia. Estudios de marginados, proscritos y descontentos*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma de Querétaro, 2005, p. 47. Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, México, Porrúa, (“Sepan cuantos...”, 481), 1985, p. 127-129. Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa, (“Sepan cuantos...”, 74), 1967, p. 46.

<sup>11</sup> Pardo, *op. cit.*, p. 205.

descendente, por los franceses, alemanes, ingleses, italianos y suizos.<sup>12</sup> Sin contar a los diplomáticos y a los encargados de negocios enviados por los gobiernos de otras naciones, casi todos los forasteros se dedicaban a las actividades comerciales que podían ir desde “un sencillo tendero o pulpero” hasta “un gran importador y/o exportador de múltiples productos”.<sup>13</sup> La mayoría gozaba de una situación económica favorecedora, y sus negocios y viviendas se ubicaban en “las zonas más urbanizadas y seguras de la ciudad”,<sup>14</sup> esto es, en las calles que iban desde la Plaza Mayor hacia el poniente, hasta la calle de San Juan de Letrán.<sup>15</sup> Así, aunque no muy numerosa, la parte extranjera de la ciudad era fundamental en la vida económica y social de todos los habitantes, ya que sus tiendas, cafés y demás negocios eran visitados por mexicanos y por personas de otras nacionalidades que ahí podían convivir. Como se verá más adelante, durante la ocupación, los extranjeros residentes en México jugaron un papel importante en aspectos como el comercio y la cultura.

Quizá la mejor forma de acercarnos a la vida en la ciudad en 1847 sea creando un personaje ficticio que transite por las calles y barrios de la ciudad, mientras presencia la convivencia que se da en cada sitio y las actividades de todos los habitantes. Imaginemos, por ejemplo, a un viajero europeo que visita la metrópoli y que llega en una diligencia desde el oriente del valle. El forastero pasaría por la garita de San Lázaro y se dirigiría al centro de la ciudad por una de las calzadas, probablemente en mal estado. Al acercarse, el viajero se percataría que las edificaciones sobresalientes en el paisaje urbano; útiles también como puntos de referencia, serían las torres y cúpulas de las iglesias católicas, mismas que daban el nombre a calles y barrios de México y que

---

<sup>12</sup> De acuerdo con el padrón de 1848, citado en *Ibidem*, p. 211 en la ciudad de México habitaban 928 españoles, 523 franceses, 121 alemanes, 105 ingleses, 52 italianos y 48 suizos. Después de estos, se ubicaban, según su cantidad, nacionalidades como la guatemalteca, la norteamericana, la cubana y la belga, entre otras.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 208.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 209.

<sup>15</sup> Hoy el Eje Central.

eran notables por su arquitectura monumental, producto de la religiosidad y del desarrollo artístico de tres siglos. Si llegara con el alba, sería recibido por el toque de las campanas, que para muchos pobladores todavía anunciaban el inicio de la jornada y marcaban el resto de las horas del día. Asimismo, la Iglesia, con su calendario litúrgico y sus ritos dividía las épocas del año, por lo que los festejos en algún templo o convento, el color utilizado por los clérigos en sus hábitos, o la manera de repicar de las campanas anunciaban si los católicos celebraban, por ejemplo, la fiesta de algún santo, la Semana Santa, la Pascua o la Navidad. No obstante, los ritos y signos católicos habían dejado de tener la importancia de siglos anteriores para cierta parte de la población y la industria y el trabajo, más que la religión, marcaban su ritmo de vida. Asimismo, las edificaciones y otras propiedades eclesiásticas ya habían sufrido algunas transformaciones desde finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX y también en la época independiente se habían convertido en blanco de reformas. A pesar de ello, aún no llegaba la transformación radical que se daría a fines de la década siguiente.

Volviendo al personaje, podemos imaginarlo bajando del carruaje e iniciando su caminar en la Plaza Mayor, o Plaza de la Constitución, que era el sitio público de la ciudad con más transformaciones sufridas desde el inicio de la época independiente: la estatua ecuestre de Carlos IV, obra de Manuel Tolsá, había sido llevada al patio de la Universidad, que estaba ubicada frente al costado sur de Palacio Nacional, al fondo de la Plaza del Volador.<sup>16</sup> El gran mercado del Parián, que antes ocupaba una porción considerable del cuadro central, había sido destruido cuatro años atrás, en septiembre de 1843,<sup>17</sup> y ahora, en la explanada sólo se encontraba el zócalo o base de una columna,

---

<sup>16</sup> Dentro de la cuadra que hoy forman las calles E. Castellanos, Corregidora, Correo Mayor y Venustiano Carranza, en el espacio que actualmente ocupa el edificio de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

<sup>17</sup> *Diccionario universal de historia y de geografía. Obra dada a luz en España por una sociedad de literatos distinguidos, y refundida y aumentada considerablemente para su publicación en México con noticias históricas, geográficas, estadísticas y biográficas sobre las Américas en general, y especialmente sobre la República Mexicana*, México, Imp. de F. Escalante y Ca., 1854, Tomo V, p. 740.

parte del monumento a la independencia proyectado por Lorenzo de la Hidalga, que nunca se terminó de construir.<sup>18</sup> De modo que el viajero admiraría una extensa plaza enmarcada al norte por la Catedral metropolitana, el templo más grande de la ciudad; al oriente por el Palacio Nacional, sede del Poder Ejecutivo, y donde también moraba el presidente de la República; al suroeste por el edificio del Ayuntamiento y al sureste por el Portal de las Flores (llamado así por las flores de papel de distintos colores que allí se vendían)<sup>19</sup> y finalmente, al costado occidental, por el Portal de Mercaderes, lugar de



Vista parcial de la Plaza Mayor tomada pocos años después de la ocupación. A la derecha el edificio del Ayuntamiento, a la izquierda el Portal de las Flores.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Regina Hernández Franyuti, “Ideología, proyectos y urbanización en la ciudad de México, 1760-1850” en Hernández Franyuti (comp.), *op. cit.*, Tomo I, p. 152.

<sup>19</sup> *Diccionario Universal, op. cit.*, p. 734.

<sup>20</sup> Guillermo Tovar de Teresa, *La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido*, Tomo I, México, Vuelta, 1991, p. 40.

reunión para las citas de negocios y en donde todo el día se podía admirar a una multitud realizando transacciones comerciales. La mayoría de las tiendas y puestos ubicados ahí eran mercerías, sombrererías y librerías, donde también se podían comprar los periódicos de la ciudad; era también el lugar en el que los padres podían comprar dulces y juguetes para sus hijos.<sup>21</sup>

Después de admirar la Plaza Mayor y de tomar un desayuno en uno de los cafés del Portal de Mercaderes, si nuestro viajero se dirigiera hacia el norte por las calles del Empedradillo y de Santo Domingo<sup>22</sup> llegaría pronto a la plazuela del mismo nombre. Ahí podría observar un conjunto de edificios coloniales, como el convento de la Orden de Predicadores, que ocupaba una gran porción de terreno, junto al antiguo Palacio de la Inquisición, convertido entonces en el Colegio de Medicina; vería el edificio de la Aduana y los portales, al poniente de la plaza, donde se sentaban los llamados “evangelistas”, aquellos hombres dedicados a leer y a escribir para los analfabetas.

Para este momento, y tras haber recorrido las dos plazas, seguramente el personaje ya habría notado la variedad de individuos que rondaban la ciudad. Habría visto a las mujeres asistir a misa acompañadas de sus hijos pequeños: en la catedral, a las indígenas y mujeres de las clases bajas del país, cubiertas con un rebozo y vestidas con faldas y camisas de manta, mientras que en Santo Domingo, al estilo de otras iglesias de la capital, como la Profesa, podría haber observado a las “señoras de mantilla”,<sup>23</sup> vistiendo la moda europea. De haberse fijado en la ornamentación exterior e interior de los templos católicos, se habría dado cuenta de las riquezas que aún poseía la

---

<sup>21</sup> *Idem.*

<sup>22</sup> Hoy Monte de Piedad y República de Brasil, respectivamente

<sup>23</sup> Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 45.



Iglesia en México y, si protestante, el viajero habría condenado todo el derroche y la riqueza improductiva, herencia de la colonización y evangelización hispánica.<sup>24</sup>

Asimismo, hubiera distinguido a los hombres de clases medias y altas (políticos, abogados, médicos, terratenientes), también con atuendos al estilo del Viejo Continente, así como a los rancheros y a los clérigos, de los “léperos”, mendigos e indígenas cubiertos los primeros con manta y sombrero, y los últimos con calzón blanco, algunos cargando huacales llenos de carbón o gallinas.<sup>25</sup>

Si el viajero se aventurara hacia el noroeste, por los rumbos de la Lagunilla, encontraría cada vez menos lujo y más miseria. Las calles perderían la rectitud, el empedrado y las banquetas, y las grandes viviendas se convertirían en jacales o en las casas modestas de los inmigrantes y de los artesanos, como las de los “muñequeros de barro, candelilleros o trabajadores en vidrio sutilísimo, y confeccionadores de charamuscas, jalea de membrillo y palanqueta de nuez o jamoncillo de pepita”.<sup>26</sup> De tornar hacia el oriente, hallaría el templo del Carmen, con su plazuela “lóbrega y [...] su cercado de ruinas”,<sup>27</sup> por lo que decidiría volver al centro de la ciudad, y no continuar hacia Tepito, en las afueras de la ciudad, donde comenzaban las llanuras.

En el periplo de vuelta hacia la Plaza Mayor hallaría edificios en mejores condiciones, como el Colegio de San Ildefonso, el Arzobispado o el Seminario.

Si nuestro viajero caminara hacia levante desde el Palacio Nacional, cerca del convento de la Merced hallaría un nuevo atractivo: la acequia que separaba a la metrópoli de los suburbios.<sup>28</sup> Antes del mediodía, atrás del convento observaría a los mercaderes abastecerse de los productos que los indígenas llevaban en sus canoas

---

<sup>24</sup> Véase Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, vol. 2, México, Antigua Librería Robredo, (México y lo mexicano, 22), 1995.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 47-48 y p. 79. Prieto, *Memorias de mis tiempos*, *op. cit.*, 1985, p. 137.

<sup>26</sup> Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, Tomo II, México, Editorial Patria, 1948, p. 53.

<sup>27</sup> *Idem*.

<sup>28</sup> En la actual calle de Roldán.

traídos de las poblaciones vecinas (flores, frutas, verduras) y de más lejos –los productos de Tierra Caliente se transportaban por agua desde Chalco–, para después venderlos en los mercados de la ciudad. Y si por suerte el aventurero se encontrara allí un viernes de Cuaresma, o mejor todavía, el Viernes de Dolores, contemplaría sobre las canoas la mayor cantidad de flores que hubiera admirado en su vida.<sup>29</sup>

Sin embargo, el encanto de tal escenario se perdería conforme el canal se vaciara y el forastero vislumbrara los rumbos orientales de la ciudad, similares a los del norte —con su miseria— junto a las pulquerías, mesones y casas de juego en los que se reunían individuos de bajos recursos, sitios considerados peligrosos por los pobladores y las autoridades por ser germen de la delincuencia.<sup>30</sup>

Si siguiera la acequia hacia el sur, nuestro viajero avistaría los “lavaderos y lavadores desnudos, bajo los tendedores de sus ropas los árboles, y al fin, jacales”. Entonces, en el límite meridional de la ciudad, encontraría la Plaza de Toros de San Pablo, cerca del convento del mismo nombre. En un fin de semana, además de las corridas de toros, quizás el personaje imaginario podría presenciar los espectáculos que en ocasiones se realizaban: algunos de comedia que mezclaban toros y hombres disfrazados o montados en zancos,<sup>31</sup> otros de carácter salvaje, en el que combatían toros y tigres,<sup>32</sup> y algunos de entretenimiento, llenos de pirotecnia.<sup>33</sup>

Afuera de la plaza volvería a encontrar pobreza, nuevos sitios de reunión de las “clases menesterosas” y la mirada de extrañeza de los que el viajero podría suponer ladrones o mendigos. También vislumbraría las calles y los barrios con su poca higiene

---

<sup>29</sup> *México y sus alrededores*, México, Tercera edición centenaria, Reproducción Facsimilar de Manuel Quesada Brandi Editor, 1965 [1855-1856], p. 16.

<sup>30</sup> Araya Espinoza, *op. cit.*, p. 55-56.

<sup>31</sup> Armando de María y Campos, *Los toros en México en el siglo XIX 1810 a 1863. Reportazgo retrospectivo de exploración y aventura*, México, Acción moderna mercantil, 1938, p. 20.

<sup>32</sup> Isidore Löwenstern, *Le Mexique. Souvenirs d'un voyageur*, Paris, Arthus Bertrand, Libraire-Éditeur, 1843, p. 167-173.

<sup>33</sup> Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 59.

y algunas acequias convertidas en sucios estanques,<sup>34</sup> aunque también muy cerca hallaría el colorido Paseo de la Viga.

De regreso a la Plaza Mayor, y antes de llegar, en el costado sur del Palacio Nacional, nuestro personaje se encontraría en la Plaza del Volador, cercada por la Universidad al oriente, y por el colegio dominico de Porta Coeli al sur. Al centro de la explanada hallaría el mercado más importante de la ciudad, que existía desde fines del siglo XVIII y había sido reconstruido entre 1842 y 1844,<sup>35</sup> “dividido en calles con puestos y tinglados, levantándose en el centro una columna con una estatua de [...] el general Santa-Anna”.<sup>36</sup> En él se podían comprar todos los productos animales y vegetales que los habitantes de la capital requerían, así como una gran cantidad de productos elaborados por los artesanos, y otros traídos desde diversos sitios del país.

Imaginemos que nuestro viajero volviera a la Plaza Mayor al mediodía. Si quisiera comer, podría ir hacia el poniente de la Plaza. Las calles de Plateros y San Francisco,<sup>37</sup> al igual que las de Tlapaleros, Coliseo Viejo y Refugio<sup>38</sup> y las que las atravesaban eran el sitio en el que los grandes comerciantes tenían sus negocios, en los que vendían productos traídos del extranjero (alimentos, licores, joyas, instrumentos, armas, entre otros) y en donde las clases medias y altas del país, así como la mayoría de los extranjeros tenían sus moradas y sus sitios de esparcimiento y recreación. El personaje hallaría el lugar ideal para almorzar en el café del hotel de la Gran Sociedad, donde podría convivir con otros visitantes y con miembros de la clase alta de la ciudad, y discutir sobre los temas más interesantes del momento, como la reciente rebelión de los “polkos” o la guerra con los Estados Unidos.

---

<sup>34</sup> Hernandez Franyuti, “Ideología, proyectos y urbanización”, *op. cit.*, p. 142-143.

<sup>35</sup> *Diccionario universal, op. cit.*, p 741-743.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 743.

<sup>37</sup> Hoy Francisco I. Madero.

<sup>38</sup> Hoy 16 de septiembre.

Además de la Gran Sociedad, en esa zona de la ciudad el viajero encontraría otros hoteles, cafés y restaurantes, así como jardines públicos y sitios de entretenimiento con billares, mesas de bolos y bochas.<sup>39</sup> Asimismo, hallaría los teatros más importantes: el Teatro Principal, en la calle del Coliseo,<sup>40</sup> y el Teatro Nacional o de Santa Anna, inaugurado en 1844.<sup>41</sup> Por la noche, en estos sitios se presentaban los artistas y músicos de mayor renombre, muchos de ellos extranjeros, y era el sitio en el que convergían gran cantidad de pobladores, engalanados con sus mejores trajes, ya que al teatro no sólo se iba a admirar las actuaciones, el canto, el baile o la música de los grandes artistas, sino también a observar a las señoritas, a las señoras y a los caballeros de la audiencia.

Caminando hacia el oeste por la calle de San Francisco, nuestro personaje llegaría al convento del mismo nombre, que abarcaba una superficie mayor a una cuadra, y más adelante vería el colegio de San Juan de Letrán. Muy cerca de este sitio, se encontraría en uno de los lugares más frecuentados por los habitantes de la ciudad: la Alameda. Ahí, por la tarde, podría admirar, mezclada con una multitud de léperos, a la “sociedad” mexicana, que se divertía paseando alrededor del parque en carruajes o a caballo, o también a los que caminaban en las calzadas del parque, bajo los árboles que le daban su aspecto peculiar y agradable. De haber ido en las primeras horas de la jornada, el viajero se habría encontrado con políticos o militares que gustaban de distraerse antes de comenzar sus labores, y de haberlo hecho al mediodía habría visto a los niños jugar, y a los indígenas protegidos por la sombra de la arboleda.<sup>42</sup>

De haber buscado un paseo visitado principalmente por la aristocracia de México, nuestro viajero hubiese tenido que caminar un poco más, hacia el límite

---

<sup>39</sup> *Diccionario universal, op. cit.*, p. 745. El último mencionado es un deporte que consiste en situar esferas (llamadas bochas) lo más cerca posible de un objeto previamente lanzado llamado bochín.

<sup>40</sup> Hoy Bolívar, entre Francisco I. Madero y 16 de septiembre.

<sup>41</sup> *México y sus alrededores, op. cit.*, p. 10.

<sup>42</sup> Löwenstern, *op. cit.*, p. 131.

occidental de la ciudad, donde se situaba el paseo de Bucareli, o Paseo Nuevo,<sup>43</sup> y en donde se podía observar la doble hilera de los lujosos carruajes que pertenecían a los habitantes más acaudalados de la capital que transitaban pausadamente sobre la calzada, levantando el polvo del camino. Mas si el personaje hubiese deseado admirar un paseo más colorido en tiempo de Cuaresma, el sitio ideal hubiera sido el Paseo de la Viga, donde la gente “se embarca en las canoas, que se fletan por cortas cantidades, y van a los pueblos de Ixtacalco, de Santa Anita y la Resurrección y a los lugares intermedios, a tomar sabrosas meriendas y a coronarse de flores sacadas de las chinampas, para volver cantando y bailando al movimiento blando que las aguas imprimen a la frágil embarcación”.<sup>44</sup>

Pocos años después Florencio M. del Castillo<sup>45</sup> haría una comparación de los paseos de la ciudad en *México y sus alrededores*:

[Al de la Viga] concurre desde el empleado que se avergüenza de ir en coche de alquiler a Bucareli, hasta el jovial y fandanguero lépero, que en compañía nada santa de una o dos chinas, va a gastar en una tarde el producto de una semana entera de trabajo.

[...] el paseo de la Viga es muy hermoso, y sin disputa el más animado de la capital: a Bucareli va la gente de tono por costumbre, y a lucir sus ricos trenes; a la Alameda los que buscan la calma, el silencio, la sombra; a la Viga, acude el pueblo, el pueblo amigo del ruido, del movimiento y de las sensaciones.<sup>46</sup>

De vuelta a nuestro personaje imaginario y su visita a la ciudad, al terminar el día podría asistir a uno de los bailes que se ofrecían en la ciudad, donde convivían las clases medias y altas, y en el que, tras pagar su entrada, podía disfrutar de una cena y de la música de una orquesta, además de contemplar a esa parte de la sociedad mexicana que gustaba de seguir la moda europea en cuanto a vestidos, música y bailes. O bien, el forastero hubiera sido invitado a alguna de las tertulias llevadas a cabo en las viviendas de ese mismo estrato social para tomar un trago, escuchar a

---

<sup>43</sup> En la actual avenida Bucareli.

<sup>44</sup> *Diccionario universal*, op. cit., p. 746.

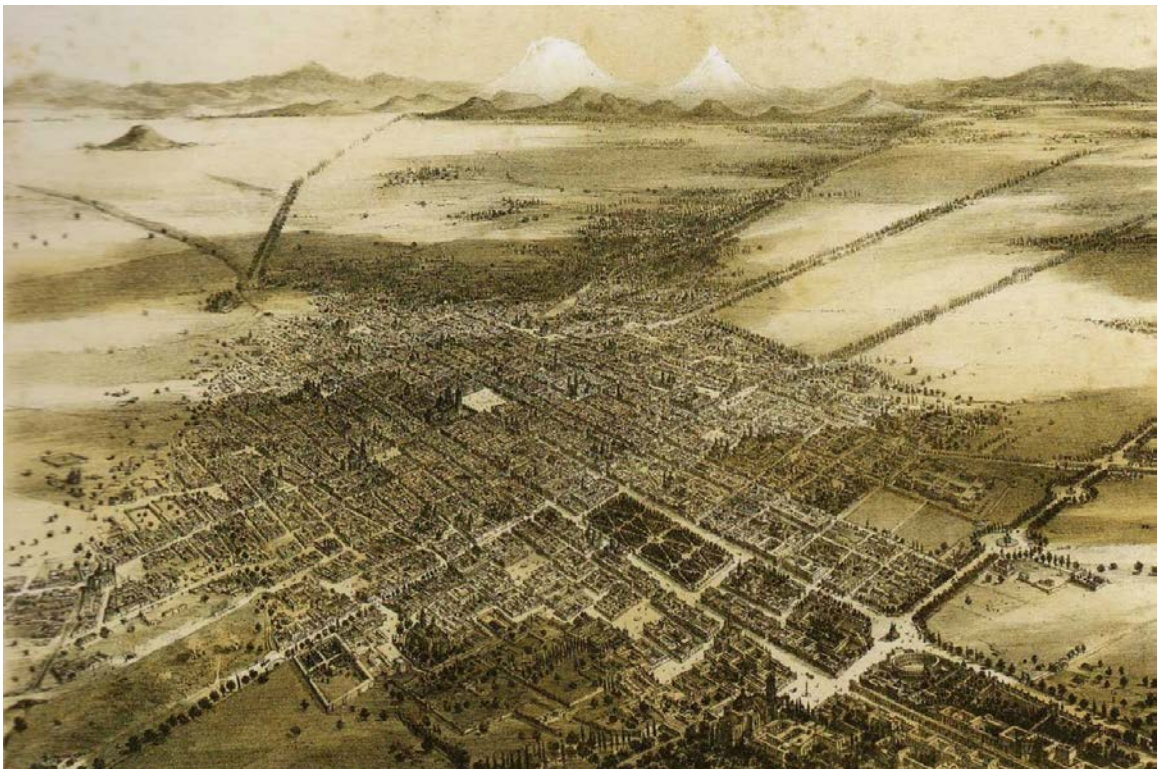
<sup>45</sup> Florencio María del Castillo (1827-1863), novelista y cuentista mexicano. Considerado el primer escritor de novela corta en México.

<sup>46</sup> *México y sus alrededores*, op. cit., p. 22.

las señoritas ejecutar alguna melodía en el piano y cenar con algunas de las familias mejor acomodadas de la capital.

De haber vuelto a los rumbos donde había estado en la mañana, probablemente se hubiera sentido amenazado, sobre todo afuera o cerca de las pulquerías, donde muchos de los individuos de las clases bajas pasaban la noche y se acompañaban de prostitutas, ladrones y otros miembros de los grupos marginales de la urbe.

Al final, rendido, nuestro aventurero podría encontrar en la Gran Sociedad, en la Bella Unión, o en alguno de los hoteles cercanos a la Plaza Mayor, el mejor lugar para descansar después de rondar por las calles de la ciudad de México de inicios de 1847.



*La ciudad de México tomada en globo, Casimiro Castro, 1856*<sup>47</sup>

---

<sup>47</sup> *México y sus alrededores, op. cit.*

Como se puede observar, ciudad y pobladores formaban una imagen amplia, colorida, vivaz, con una gran mezcla heterogénea de personajes, de actividades y de espacios comerciales, de religiosidad y de recreación. Y era un escenario que, en sus casi treinta y seis años de vida independiente, jamás había sufrido una irrupción como la que llevó a cabo el ejército de los Estados Unidos de América a inicios de septiembre de 1847.

### **La ocupación de la ciudad**

La guerra con Estados Unidos inició en mayo de 1846, cuando el presidente de dicho país, James K. Polk, declaró la guerra al país vecino del sur y el ejército comandado por el general Zachary Taylor invadió el norte del territorio mexicano. En esta primera etapa de la campaña militar que abarcó hasta febrero del año siguiente, el ejército invasor logró apoderarse de gran parte del septentrión, tomando ciudades importantes como Monterrey y Saltillo. Posteriormente, la campaña oriental de Winfield Scott, que comenzó con el bombardeo y la toma de Veracruz en marzo de 1847 llegó a la capital sin encontrar una resistencia considerable, a excepción de la batalla de Cerro Gordo y la aguerrida defensa que se hizo de la ciudad en Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec, en donde los invasores enfrentaron a un ejército mexicano numeroso, aunque no muy organizado.<sup>48</sup> No obstante, en estas batallas los hombres dirigidos por Santa Anna también fueron derrotados y, junto con el gobierno del país, abandonaron la ciudad durante la noche del 13 y la madrugada del 14 de septiembre de 1847.<sup>49</sup> Las fuerzas armadas salieron rumbo a Guadalupe-Hidalgo, al norte de la capital, desde donde una división, liderada por el general jalapeño, partió rumbo a Puebla; mientras que otra marchó hacia Querétaro, acompañando al gobierno del país, que a partir de la

---

<sup>48</sup> Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 9-112. Alcaraz, *et al.*, *op. cit.*, p. 282-374.

<sup>49</sup> Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 133-135.

renuncia de Santa Anna, encabezaba el hasta entonces presidente del Tribunal Supremo de Justicia, Manuel de la Peña y Peña.<sup>50</sup>

La ciudad de México quedó sin la protección del gobierno y el ejército nacionales, por lo que el Ayuntamiento se convirtió en la única autoridad mexicana del lugar, quedando Manuel Reyes Veramendi, su dirigente, como gobernador del Distrito Federal.<sup>51</sup> En la madrugada del 14, los miembros de la Diputación, José Urbano Fonseca, José María Zaldívar, Juan Palacios y el oficial mayor Leandro Estrada se dirigieron a Tacubaya, donde se encontraba Scott y le pidieron garantías para la urbe.. El general no concedió ninguna, ya que los estadounidenses la tenían prácticamente a su disposición.<sup>52</sup> Aun así, el cuerpo político del Ayuntamiento se mantuvo en la capital y conservó las funciones que la ley le asignaba, aunque ahora subordinado al general en jefe y a las autoridades invasoras.<sup>53</sup>

Por su parte, los pobladores, quienes desde las azoteas y los puntos altos de la ciudad habían sido espectadores de la guerra y de las últimas batallas,<sup>54</sup> también fueron testigos del abandono del ejército y las autoridades mexicanas. Como tales, permanecieron a la expectativa, reconociendo sus miedos y culpando a los gobernantes mexicanos al imaginar a la ciudad ocupada por un ejército extranjero. Algunas de las familias con mayores recursos y con viviendas, parientes o amigos en otros sitios del país abandonaron sus casas, dejándolas al cuidado de los sirvientes o de algún conocido.<sup>55</sup>

Así, en la madrugada del 14, a las puertas de la otrora Tenochtitlan, Scott y sus hombres estaban listos para culminar una hazaña para la que muchos de sus

---

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 154-155.

<sup>51</sup> Granados, *op. cit.*, p. 35.

<sup>52</sup> Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 137. Granados, *op. cit.*, p. 36.

<sup>53</sup> Las responsabilidades del Ayuntamiento y sus labores se tratarán en el siguiente capítulo.

<sup>54</sup> Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Porrúa, 1986, p. 426.

<sup>55</sup> Alcaraz, *et al.*, *op. cit.*, p. 411.



compatriotas sólo encontraban semejanza con la que Hernán Cortés había llevado a cabo en 1521.

En los albores del día, el general en jefe permanecía en Tacubaya pero una parte del ejército invasor comenzaba ya a ocupar la capital: “Las seis de la mañana serían cuando entró a la ciudad la columna del general [John A.] Quitman. Después penetraron las tropas que mandaba el general [William J.] Worth”.<sup>56</sup> Desde antes de la toma de la Plaza Mayor y con Scott todavía afuera de la escena, comenzaron a surgir hostilidades entre algunos habitantes de la ciudad y militares en los sitios por los que éstos pasaron.<sup>57</sup> Sin embargo, los invasores continuaron su marcha hacia el centro de la ciudad.

Probablemente, el momento más desgraciado para los mexicanos fue aquel en el que el pendón de las barras y las estrellas se izó en el asta bandera del Palacio Nacional, hecho que simbolizó la toma de la capital por parte del ejército de Estados Unidos, a las siete de la mañana del 14 de septiembre de 1847.<sup>58</sup>

En ese momento, la violencia en algunas calles de la ciudad había ido en aumento y los soldados recibían una mayor cantidad de disparos y el impacto de proyectiles. Para las nueve de la mañana, cuando Scott ya había tomado el Palacio Nacional, los militares estadounidenses se encontraban frente al alzamiento de buena parte de los pobladores de la capital.<sup>59</sup>

En el ataque a los invasores participaron algunos oficiales y soldados mexicanos que no habían marchado con el resto del ejército, junto con miembros de la guardia nacional. Asimismo, tomaron parte un gran número de capitalinos, entre los que se

---

<sup>56</sup> *Ibidem.*, p. 376.

<sup>57</sup> Fabiola García Rubio, *La entrada de las tropas estadounidenses a la ciudad de México: la mirada de Carl Nebel*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 2002, p. 84. Granados, *op. cit.*, p. 49.

<sup>58</sup> García Rubio, *op. cit.*, p. 84.

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 84-86. Granados, *op. cit.*, p. 46.

encontraban, según el general Worth,<sup>60</sup> cerca de 3,000 presos—cifra que Luis Fernando Granados reduce a entre 200 y 800<sup>61</sup>—que Santa Anna liberó y armó antes de la retirada. Muchos pobladores, entre los que se encontraban algunos de los “léperos” que caminaban por las calles de la ciudad, también tomaron las armas (fusiles, pistolas, lanzas, sables, puñales, piedras, palos, ladrillos, botellas)<sup>62</sup> para hostilizar a los soldados que se concentraban en distintas calles y barrios de la ciudad. Los tiros salían “desde las esquinas de las calles y desde las puertas, ventanas y azoteas de algunas casas”,<sup>63</sup> logrando dar muchos en el blanco, hiriendo o matando a los enemigos. Los estadounidenses respondieron a los ataques y, por tres días, la ciudad se convirtió en un campo de batalla, reportando bajas en ambos bandos.<sup>64</sup>

Siguiendo la propuesta de Luis Fernando Granados, el origen de este levantamiento no se debió tanto al “patriotismo” de los habitantes de la ciudad que participaron en él —muchos pobladores se refugiaron en sus casas, temiendo no sólo a los invasores, sino también a algunos “alzados” que aprovechaban para saquear las casas—. <sup>65</sup> La violencia significó el estallido de un resentimiento contenido durante meses por un sector de la población que había sufrido, entre otras cosas, la supresión de libertades públicas por el establecimiento de la ley marcial y que había tenido que apoyar económicamente o con mano de obra al gobierno mexicano, el cual terminó marchando y abandonando a los habitantes de la ciudad.<sup>66</sup> Muchos de los individuos pertenecientes a las clases más pobres de la sociedad llevaban muchos años sirviendo al Estado no sólo como trabajadores, sino también como carne de cañón<sup>67</sup> en conflictos

---

<sup>60</sup> Citado en Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 140-141.

<sup>61</sup> Granados, *op. cit.*, p. 86.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 88-90.

<sup>63</sup> Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 140.

<sup>64</sup> Para un estudio detallado sobre el levantamiento del 14 al 16 de septiembre, véase Granados, *op. cit.*

<sup>65</sup> Granados, *op. cit.*, p. 89.

<sup>66</sup> *Ibidem.*, p. 99.

<sup>67</sup> Araya, *op. cit.*, p. 53.

armados. Los pobres constantemente “corrían el peligro de ser enganchados”<sup>68</sup> por la leva. Por ello el resentimiento era incontenible. En 1847 los ataques se dirigieron a los estadounidenses por haber sido su invasión la que motivó las últimas medidas del gobierno<sup>69</sup> y porque ellos fueron quienes se encontraban en las calles en la mañana del 14 de septiembre.<sup>70</sup>

Desde el primer día del levantamiento, Scott amenazó con ordenar a sus tropas derribar cualquier casa desde donde se les disparara un tiro, dar muerte a los que se encontraran dentro<sup>71</sup> y entregar la ciudad al saqueo de sus soldados, arrasando edificios sin distinción alguna.<sup>72</sup> El Ayuntamiento también intervino, exhortando a la población a dejar las armas, manifestando que la resistencia no llegaría a buen puerto. El mismo día 14 emitió un par de exhortos para cesar las hostilidades. En uno expresaba:

El estado de alteración en que se encuentra la tranquilidad pública, impide que las medidas de todo género que el Ayuntamiento ha tomado para conseguir del general americano, que las vidas y las propiedades de los habitantes de esta hermosa ciudad sean respetadas, surtan todo el efecto que desea.

[...] Por esto es, que hoy os dirige la palabra, y os conjura en nombre del bien procomunal, a que déis término a toda clase de hostilidades, y le ayudéis en cuanto estuviere de vuestra parte a que se restablezca el orden.<sup>73</sup>

Luego de dos días de violencia intensa, la calma fue llegando, y para el 16 solamente se escuchaban disparos y gritos aislados. Aunque no es posible dar cifras precisas del número de capitalinos que participó en el levantamiento, podemos seguir a Granados, quien refiere que el número de bajas enemigas calculado por las autoridades estadounidenses fue de cuatro mil, entre muertos y heridos.<sup>74</sup>

Después de que cesaron los combates callejeros, invasores e invadidos sólo tuvieron una opción: esperar. Era necesario aguardar para saber la decisión de los

---

<sup>68</sup> Gayón, *Condiciones de vida y de trabajo*, *op. cit.*, p. 59.

<sup>69</sup> Granados, *op. cit.*, p. 106.

<sup>70</sup> *Ibidem*, p. 93.

<sup>71</sup> *Testimonios de una guerra. México 1846-1848*, Mercedes de Vega, Ma. Cecilia Zuleta, coordinación y edición, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001. Tomo I, p. 274.

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 276.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 274.

<sup>74</sup> Granados, *op. cit.*, p. 87.

gobiernos de ambas naciones: si la invasión se extendería al resto de las ciudades hasta que México se rindiera incondicionalmente, o si se firmaría un tratado de paz que otorgara algunas garantías a la nación derrotada. Mientras tanto, el escenario ciudadano contaba, de golpe, con una multitud de nuevos actores, muy distintos a los que hasta entonces habían pasado por ahí. Toda esta nueva multitud, junto con la que habitaba la ciudad, tendría que comenzar a interactuar y a vivir en la urbe, acostumbrándose a la presencia del otro.

### **La ocupación en etapas**

Así fue como la ciudad de México permaneció bajo la mirada vigilante de la bandera de las barras y las estrellas que ondeó sobre Palacio Nacional desde el 14 de septiembre de 1847 hasta el 12 de junio del siguiente año. Sin embargo, no todo este tiempo se experimentó la misma situación que en los primeros días de la ocupación, ya que hubo cambios importantes en diversos aspectos: en la autoridad militar y civil (tanto extranjera como mexicana), en la población, el comercio, y en general en la vida dentro de la ciudad. Es posible dividir los 272 días de ocupación militar en tres etapas. Cabe aclarar que lo mencionado a continuación se tratará a detalle en los siguientes capítulos.

La primera fase se puede ubicar entre el 14 y 15 de septiembre y mediados de diciembre de 1847. Este tiempo se caracterizó por la antipatía que los invasores despertaron en los capitalinos, lo que originó una gran cantidad de enfrentamientos en las calles de la ciudad y asesinatos de soldados estadounidenses en lugares alejados del centro. También en este periodo se pueden ubicar los intentos de las autoridades por controlar al ejército invasor y a los pobladores, pues la indisciplina causaba mucha de la violencia entre soldados y habitantes de la urbe. Hubo un choque de culturas, quizás en esta etapa fue cuando más sorprendieron a unos las costumbres de los otros, y cuando se

vio con más recelo al enemigo. La mayoría esperaba que la ocupación y la guerra terminaran pronto.

La segunda etapa puede enmarcarse entre los últimos días de diciembre de 1847 y los primeros de marzo de 1848. Al inicio de esta fase se formó un nuevo gobierno ciudadano, la “Asamblea Municipal”, formada por un grupo de liberales “puros”, como Francisco Suárez Iriarte y Miguel Lerdo de Tejada, quienes trabajaron en mayor sintonía con las autoridades de ocupación, motivo por el cual no fue bien vista por muchos mexicanos. También hubo cambios en las autoridades militares, ya que Scott fue relevado de su cargo de general en jefe del ejército estadounidense por el presidente Polk, debido a que los generales William J. Worth y Gideon J. Pillow promovieron una investigación sobre sus acciones en las batallas del centro de México. Scott fue sustituido por William O. Butler. Esta etapa también se distinguió por la llegada de un gran número de tropas que engrosaron las filas invasoras, pero que al ser la mayoría de voluntarios aumentaron el desorden en la ciudad. La inseguridad se volvió cotidiana, aunque ya no distinguía nacionalidades, sino que era resultado de las riñas personales, de vandalismo, e incluso producto del ocio y de la embriaguez. El fin de la guerra se veía como algo lejano, parecía que la ocupación sería eterna, hasta que a mediados de febrero los periódicos que circulaban en la metrópoli dieron a conocer la noticia de la firma del tratado de paz. La vida cotidiana se volvió entonces tediosa para muchos de los invasores, mientras que los habitantes de la ciudad procuraron volver a las actividades que realizaban antes de la guerra, y la mayoría intentó no mezclarse ni convivir con los enemigos, quizás solamente las clases bajas, pero esto en ambientes de clandestinidad o “inmoralidad”.

La última etapa del periodo estudiado va de inicios de marzo hasta el 12 de junio de 1848, fecha en la que se retiró la bandera estadounidense de Palacio Nacional para

izar la mexicana y cuando los últimos hombres del ejército de ocupación abandonaron la ciudad. El 8 de marzo el gobierno del país reinstaló al Ayuntamiento y desconoció a la Asamblea Municipal. Sólo se estaba a la espera de que ambos congresos ratificaran el tratado de paz para dar por concluida la guerra. Mientras tanto, se firmó un armisticio que hizo que los habitantes de la ciudad tuvieran mayor confianza para salir de sus casas y retomar sus actividades. La primavera, la Semana Santa, las nuevas funciones en el Teatro Nacional fomentaron la convivencia entre mexicanos e invasores, llegando a darse incluso matrimonios entre soldados y mexicanas al final de esta etapa. Sin embargo, la inseguridad permanecía y se volvió intolerable para los mexicanos. Muchos de los invasores parecían haberse acostumbrado a la vida en la ciudad, conocían las calles, los establecimientos a los que podían asistir para tomar un café, una bebida o para buscar entretenimiento y a algunas de las familias más importantes. La experiencia de los últimos meses y la costumbre de ver al “otro” hizo pensar a muchos que mexicanos y estadounidenses podían convivir de manera pacífica.

### **Los nuevos pobladores**

El ejército de los Estados Unidos de América que llegó a la ciudad de México era un grupo heterogéneo: muchos de sus miembros provenían de otros países, pues había irlandeses, alemanes e ingleses, además de que los estadounidenses eran oriundos de diferentes estados de la Unión, lo cual los hacía distintos entre sí y con diferencias en cuanto a educación y nivel económico. Sin embargo, un aspecto fundamental, que en gran medida marcó su comportamiento y su actitud hacia la ocupación, fue su filiación al ejército. Por un lado, estaba el ejército denominado “regular”, es decir, aquel que había recibido una formación militar por parte de los generales y oficiales y cuyos integrantes estaban enlistados por un periodo mínimo de cinco años; la mayoría lo había hecho desde antes de que iniciara la guerra con México, y unos cuantos más a inicios de

1847, cuando el gobierno ofreció tierras a los que se unieran a las fuerzas armadas.<sup>75</sup> Por otra parte estaban los voluntarios, o sea, unidades formadas por cada estado de la Unión y que zarparon desde Nueva Orleans y otros puertos para unirse a las filas militares por un periodo de doce meses para combatir en la “Guerra Mexicana”. Los oficiales de estas compañías eran elegidos por vecinos y amigos, de modo que, en muchas ocasiones, con tal de corresponder a las simpatías de sus “subordinados”, disciplinar a la tropa quedaba en segundo término. Los voluntarios se caracterizaron por su falta de disciplina y su participación en hechos delictivos o de insubordinación; y por su apariencia, ya que el cuartel general del ejército de Estados Unidos no disponía de suficientes recursos para uniformar a tantos (eran más que en el ejército regular), por lo que cada regimiento y, en algunos casos, cada compañía, tenía su propio uniforme y su manera de portarlo.<sup>76</sup>

Algunos escritores que vivían en la ciudad de México en ese entonces hicieron descripciones del ejército estadounidense y la mayoría hizo hincapié en el arreglo y el modo desfachatado de los voluntarios, en comparación con los regulares. En los *Apuntes para la historia de la guerra*, se menciona que “la tropa de línea estaba vestida de azul; pero los voluntarios y la multitud de aventureros que venía unida a la tropa, andaban con las botas sobre los pantalones, con unos sombreros y unos trages [sic] ridículos, hasta el grado de parecer farsantes de Carnaval”.<sup>77</sup> Por otro lado, Juan de la Granja, un residente español, escribió en una carta para sus amistades en el extranjero: “La entrada de esta jente [sic] en la ciudad me dejó absorto, porque mas parecian bandidos ó piratas que soldados, porque se me hacia increíble verlos sueltos por las

---

<sup>75</sup> Robert P. Wettemann, Jr., “U.S. Army Recruitment”, en *The United States and Mexico at War. Nineteenth Century Expansionism and Conflict*, edited by Donald S. Frazier, New York, MacMillan, 1998, p. 352.

<sup>76</sup> Richard Bruce Winders, “Volunteers”, en *Ibidem*, p. 464-466.

<sup>77</sup> Alcaraz, *et al.*, *op. cit.*, p. 412-413.

calles con sus armas, sin oficiales, y tan sucios, tan rotos y tan en desórden”.<sup>78</sup> Antonio García Cubas nos brinda una descripción más detallada en sus memorias:

Los voluntarios constituían una soldadesca en la que estaban representadas todas las razas, desde la caucásica hasta la etíope y por consiguiente, eran también variables las inclinaciones y costumbres de los individuos. Hasta en los trajes existía diferencia con los soldados de los cuerpos regulares, pues éstos vestían, uniformemente, pantalón y chaqueta de paño azul y cachucha de hule, y los voluntarios usaban trajes variados y ridículos que consistían en pantalón bombacho ó ajustado y bota fuerte, chaqueta, blusa ó levita, verde, roja ó de indefinitivo color, y ceñida la cintura con una correa que sostenía, á la vez, un pistolón de seis tiros y un gran cuchillo de monte; sombrero de fieltro, de palma ó de petate, ó bien á manera de chambergo ó jarano; unos usaban barbas y otros no, por todo lo cual los tipos variaban al infinito.<sup>79</sup>

Aunque es probable que los autores hayan exagerado un poco en sus descripciones para hacer ver a los voluntarios como un grupo de “bandidos o piratas”, se puede apreciar el hecho de que sí era posible distinguir a un militar regular o “de línea” de un voluntario por su apariencia y por su actitud, así como por sus actos y su grado de disciplina.

Otra diferencia que se hacía era según el rango. Por un lado, se agrupaban los generales, jefes y oficiales (en muchos casos denominados simplemente “oficiales”) y, por el otro, la tropa, que —como se tratará posteriormente— en sus momentos de esparcimiento no asistía a los mismos lugares que sus autoridades, ni convivía de la misma forma con los habitantes de la ciudad.

La ocupación no sólo trajo a la ciudad a miembros del ejército estadounidense, sino también a un grupo de “seguidores”. Muchos eran familiares de los militares. Hubo, por ejemplo, soldados que iban acompañados de sus esposas y, en algunos casos, de sus hijos.<sup>80</sup> Esta situación provocó algunas tragedias, como la que Richard Coulter, de Pennsylvania, narró en su diario. El soldado, perteneciente a la Compañía E de voluntarios del 2º regimiento de Infantería de Pennsylvania contó que la noche del 8 de

---

<sup>78</sup> Granja, “*Relación de los acontecimientos del 6 al 21 ó 22 de septiembre de 47, hecha para enviarla a sus amistades en el extranjero*” en *Epistolario, estudio preliminar de Luis Castillo Ledón, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1937*, p. 188-189.

<sup>79</sup> García Cubas, *op. cit.*, p. 438-439.

<sup>80</sup> John Porter Bloom, *With the American Army into Mexico, 1846-1848*, Ann Arbor, Michigan, University Microfilms International, 1979, p. 123.



mayo de 1848, un hombre llamado Patrick Duffee, en estado de ebriedad mató a su esposa, de quien sospechaba que había tenido “familiaridades” con algunos oficiales y soldados de la brigada.<sup>81</sup>

Pero no sólo había cónyuges o parientes entre los acompañantes del ejército. También llegaron comerciantes que aprovecharon para vender en la ciudad productos traídos desde Nueva Orleans y otros puntos de Estados Unidos y que instalaron sus propias tiendas en la capital. Charles B. Gallagher, quien marchó con el ejército traficando bienes en el campo de batalla y en los cuarteles, en diciembre de 1847 ya contaba con un establecimiento para vender sus productos, tanto a militares, como a los habitantes de la ciudad, en la 2ª calle de Plateros.<sup>82</sup>

Los periodistas también fueron seguidores importantes del ejército estadounidense. George Wilkins Kendall, corresponsal y cofundador del *Daily Picayune*, periódico de Nueva Orleans, escribió artículos periodísticos por los que muchos estadounidenses conocieron el desarrollo del conflicto armado, tanto la campaña de Zachary Taylor, como la de Winfield Scott. El propio presidente Polk se informó sobre las batallas de Palo Alto gracias a los textos del reportero.<sup>83</sup> Otros seguidores de las fuerzas armadas no se conformaron con enviar artículos, sino que fundaron periódicos en nuestro país, que les sirvieron para difundir su ideología y fijar su postura respecto a la guerra. Los más importantes fueron el *American Star*, editado por John H. Peoples y Jas R. Barnard y *The North American*, por W. C. Tobey.<sup>84</sup>

Entre los acompañantes del ejército que adquirieron fama entre los militares gracias a sus números artísticos se puede mencionar a la compañía inglesa de teatro

---

<sup>81</sup> *Volunteers. The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay, Company E, Second Pennsylvania Infantry*, edited by Allan Peskin, Kent, Ohio, The Kent State University Press, 1991, p. 294.

<sup>82</sup> “C. B. Gallagher” en *American Star*, 28 de diciembre de 1848, p. 4.

<sup>83</sup> *Vid.* George Wilkins Kendall, *Dispatches from the Mexican War*, edited and with an introduction by Lawrence Delbert Cress, University of Oklahoma Press: Norman, 1999.

<sup>84</sup> En otro capítulo del presente trabajo se ahondará en este tema.

dirigida por W. R. Hart y W. G. Wells (este último murió en la ciudad el 26 de septiembre de 1847). El conjunto se encargó de preparar representaciones para los soldados actuando en el Teatro Nacional desde inicios de octubre de 1847.<sup>85</sup> Junto con ellos llegaron otros grupos más pequeños de artistas, como músicos o comediantes.<sup>86</sup>

Aunque no se tiene una cifra exacta de los civiles que marcharon junto con el ejército de Scott, se puede afirmar que su labor fue fundamental para el entretenimiento de los soldados y para mantenerlos en contacto con su tierra natal, ya que los productos, las noticias o la música de su país estuvieron presentes en una ciudad distante, que tenía una cultura que les era ajena, y esto probablemente hizo más llevadera su estancia durante los meses que ocuparon la ciudad.

No obstante lo anterior, no todos los que ocuparon la ciudad de México en 1847 fueron extranjeros. El ejército invasor fue ayudado por una compañía de aproximadamente 200 espías mexicanos, la mayoría criminales, extraídos de la cárcel de Puebla. Este grupo contraguerrillero, denominado comúnmente “los poblanos” por los capitalinos, había sido formado bajo la autorización y la protección de Scott, y sobre todo, por la del coronel Ethan Allen Hitchcock, inspector general del ejército y jefe de estado mayor del general en jefe estadounidense.<sup>87</sup> Los contraguerrilleros eran dirigidos por Manuel Domínguez, uno de los ladrones que, en la época, infestaban la ruta entre México y Veracruz.<sup>88</sup>

Los miembros de la agrupación recibían un sueldo por parte del ejército invasor, al cual le brindaron su apoyo consiguiendo información desde la capital, cuando los estadounidenses aún se encontraban en Puebla. También recabaron datos que le

---

<sup>85</sup> “National Theatre” en *American Star*, 28 de septiembre de 1847, p. 4.

<sup>86</sup> Esto se tratará a profundidad más adelante.

<sup>87</sup> George T. Baker, “Prefacio” en *México ante los ojos del ejército invasor de 1847 (Diario del Coronel Ethan Allen Hitchcock)*, introd. George Baker, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978, p. 9.

<sup>88</sup> A. Brooke Caruso, *The Mexican Spy Company. United States Covert Operations in Mexico, 1845-1848*, McFarland & Company, Inc., Publishers, Jefferson, North Carolina, 1991, p. 152-158.

sirvieron en las batallas del Valle de México.<sup>89</sup> Una vez ocupada la ciudad, no sólo se distinguieron por la cinta encarnada que llevaban en su sombrero, sino también por los desmanes que protagonizaron y por los conflictos en los que se vieron envueltos. Más adelante se mencionarán algunos de estos episodios, pero en principio se puede afirmar que esta compañía fue muy mal vista y temida por muchos de los capitalinos, y su salida fue más celebrada que la del mismo ejército invasor.<sup>90</sup>

### **Los cambios en la ciudad**

Un problema al que se enfrentaron las autoridades del ejército invasor fue el de conseguir cuarteles para todos sus hombres. La labor quedó en manos del ayuntamiento, que asignó para este fin conventos y edificios públicos, como el Palacio Nacional, el de Minería y la Casa de Moneda, entre otros. Asimismo, muchos oficiales ocuparon casas particulares, algunas de las cuales habían sido abandonadas por sus dueños y quedaron habitadas sólo por sus empleados, mientras que en otras, sus habitantes tuvieron que ceder un gran espacio para que miembros del ejército, junto con sus ayudantes y sirvientes, se establecieran ahí. En las primeras semanas, los oficiales fueron trasladados de un lugar a otro. El ya citado coronel Hitchcock, entre septiembre y diciembre de 1847 ocupó cinco casas, quedando establecido finalmente en el número 8 de la calle de Cadenas,<sup>91</sup> donde también se instaló el cuartel general. Por su parte, Scott fue acomodado en las habitaciones de Santa Anna,<sup>92</sup> dentro de Palacio Nacional, pero después se ubicó en el número 8 de la calle del Espíritu Santo.<sup>93</sup> El resto de los generales de mayor rango (William O. Butler, Robert Patterson, Gideon J. Pillow y

---

<sup>89</sup> *Idem.*

<sup>90</sup> “Amor a los poblanos” en *El Eco del Comercio*, 30 de mayo de 1848, p. 4. “Los Poblanos” En *El Arco-Iris*, citado en *Ibidem*, 22 de junio de 1848, p. 2.

<sup>91</sup> Hoy la calle de Venustiano Carranza, entre Bolívar e Isabel la Católica. *México ante los ojos, op. cit.*, p. 104-111.

<sup>92</sup> Baker, *op. cit.*, p. 54.

<sup>93</sup> Hoy Isabel la Católica. “Army Directory” en *The North American*, 3 de marzo de 1848, p. 3.

William J. Worth) también residieron en casas del centro de la ciudad. Quien sí permaneció en Palacio Nacional fue el gobernador civil y militar, puesto que ocuparon los generales John A. Quitman, Persifor F. Smith y Stephen W. Kearny, de manera sucesiva.<sup>94</sup>

Como puede suponerse, la ocupación de las casas particulares significó una gran molestia para los dueños y los habitantes de las mismas, ya que, además de que los soldados debían ser alojados gratuitamente,<sup>95</sup> en muchos casos abusaban o hacían mal uso de los bienes. Sobre esto, Niceto de Zamacois, en su *Historia de Méjico* recuerda que

la oficialidad [...] disponía de cuanto encontraba en las habitaciones. Si entre los objetos que adornaban la sala se veía como era común, algún piano que los dueños habían dejado cerrado, los oficiales que se habían alojado en el edificio, se apresuraban á abrirlo con una bayoneta ó con un cuchillo, por sólo el placer de hacerlo sonar, aunque no conociesen absolutamente la música.<sup>96</sup>

Por otro lado, la ocupación de los hogares generó una gran incertidumbre entre los que habían salido precipitadamente de la ciudad y que dejaron atrás todas sus pertenencias y documentos más valiosos. En una carta escrita por el capitalino Miguel Cervantes a mediados de octubre de 1847, enviada desde Texcoco y remitida al gobernador Quitman —y que transcribo casi en su totalidad para apreciar el desconcierto y la inquietud que experimentaron muchos habitantes de la urbe durante los primeros meses de la ocupación— se menciona que, desde el 18 de septiembre y hasta el momento de redactar la epístola:

Tres oficiales del ejército Americano se habían introducido en mi casa, y ocupan las principales piezas de ella, en donde están los papeles, libros, y documentos de mi

---

<sup>94</sup> “Army Directory” en *The North American*, 3 de marzo de 1848, p. 3. Guillermo Prieto, *Mi guerra del 47*, edición de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2ª edición, 2006, p. 89.

<sup>95</sup> *Testimonios de una guerra*, op. cit., p. 284.

<sup>96</sup> Niceto de Zamacois, *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado á luz los mas caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en las de los conventos de aquel país*, Tomo XIII, Barcelona, J. F. Parres y cía., editores, 1880, p. 45-46.

pertenencia, y todos los muebles de mi ser y el de mi familia. [...] habiendo sido tan violenta mi salida de la capital, no pude recoger aquellos papeles, ni guardar los muebles de mas valor en una sola pieza, para precaber [sic] el extravio [sic] de los primeros, cuya pérdida fuera irreparable.—Los indicados oficiales continúan ocupando la casa, y sirviéndose de todo lo que en ella hay, según los informes del dependiente que quedó a su cuidado; sin que se sepa cuando la evacuaran; pues aún no lo anuncian.—Entre tanto yo estoy privado de lo que inconcusamente me pertenece: no puedo volver a mi casa; y lo que es peor estoy pagando su crecida renta.—En el periodico titulado la Estrella Americana, que ha comenzado a publicarse en esa capital, se rechaza la especie de que las casas particulares las hayan tomado sin el conocimiento de sus dueños. Y el respeto debido a la propiedad, que impone el derecho natural, parece conforme con esa atención.—Por eso he creido que acaso el Gral. en Gefe [sic] del ejército americano ignora la ocupación de mi casa: que tal ocupación se ha verificado sin mi anuencia: que ella se estiende [sic] a todos los muebles de mi uso particular, sin reserva alguna, y que nada se paga por esta tan omnimoda y desautorizada ocupación. [...] si no es posible que se desocupe mi casa, a lo menos [que] se mande pagar la renta que gana, y no se me obligue a satisfacerla yo, cuando estoy privado de su uso y aprovechamiento [sic], sin mi anuencia, y cuando a esta privacion se añade el deterioro de mis muebles, y tal vez el extravio [sic] de papeles, q [sic] son de imposible reparacion y de suma importancia para mi familia...<sup>97</sup>

Así, se puede notar que para muchos de los pobladores que abandonaron la ciudad y que dejaron sus moradas a expensas de lo que las autoridades militares quisieran hacer con ellas, el estar lejos representó un enorme desasosiego, además de un gasto económico significativo. Probablemente éste fue uno de los motivos por los que muchas de las familias que habían salido antes de la invasión comenzaron a regresar a la ciudad tras los primeros meses de ocupación, además de que con el transcurrir de las semanas, el peligro en las calles fue disminuyendo.

Sin embargo, por otro lado encontramos casos de “huéspedes” que, aunque también implicaron gastos para los anfitriones, no significaron una molestia mayor, ya que los oficiales simplemente satisficieron su necesidad de alojamiento, sin que por ello se vieran tentados a hacer destrozos o un mal uso de las habitaciones. Además, al tener un rango de importancia entre los soldados, sobre todo los del ejército regular, es lógico suponer que no pretendían promover el desorden o el relajamiento de la disciplina. Se puede tomar como ejemplo otra comunicación de mediados de octubre dirigida al

---

<sup>97</sup> Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en adelante AHSRE), Colección Belton-Carter, Libro 2, fs. 23-24.

general Quitman, escrita por Francisco Carrera, quien quedó como encargado de una casa de la ciudad, y que menciona en su carta del día 16:

Cuando llegaron a ocupar la casa los oficiales me avisaron los recibí con bastante indignación creyendo que iban a forzar la casa hasta q. se me presentó un intérprete quien me hizo entender q. solicitaban unas puestas, conteste q. yo no podía disponer de la casa sin recabar licencia del dueño de ella, me añadió que la casa estaría defendida por ellos mismos en efecto no sabiendo q. camino tomar dije q. estaba bien q. mientras avisaba la ocuparan, ellos hasta ahora se han manejado bien y no tengo queja que esconder y aunque hacen uso de los muebles les dan regular trato y a mí no me molestan en la entrada a las puestas q. ocupan; por lo tanto no he padecido detrimento los papeles...<sup>98</sup>

Para la tropa, los primeros días de la ocupación fueron de constante movimiento. Al parecer, mientras las autoridades buscaban sitios ideales para establecer a todos los hombres, los hicieron ir de un lugar a otro. La compañía E de voluntarios de Pennsylvania, por ejemplo, en los primeros cinco días fue trasladada de los arcos de la plaza, a la Universidad, y de ahí a la Escuela Normal.<sup>99</sup>

En septiembre fue necesario acomodar aproximadamente a los 7,000 hombres que llegaron con Scott, y que en su mayoría fueron alojados en edificios públicos y en algunos conventos. Esto resultó un problema menor, si se compara con el que se presentó en noviembre y diciembre, cuando las cifras del ejército aumentaron de forma súbita con la llegada de las nuevas brigadas. De acuerdo con John S. D. Eisenhower, “el 14 de diciembre de 1847 las fuerzas de Scott en la ciudad de México sólo llegaban a 8 000 hombres, apenas suficientes para mantener en paz a la ciudad. [...] Una vez que llegaron a la ciudad de México todos esos refuerzos, el general Scott tuvo a su disposición casi 15 000 hombres”.<sup>100</sup>

La llegada de los refuerzos fue todo un espectáculo para los habitantes de la ciudad, e incluso para algunos estadounidenses. Probablemente los que más llamaron la atención fueron los “Rangers” de Texas, quienes causaron gran temor entre la población

---

<sup>98</sup> *Ibidem*, f. 45.

<sup>99</sup> *Volunteers, op. cit.*, p. 189-192.

<sup>100</sup> Eisenhower, *op. cit.*, p. 436-437.

cuando se presentaron en la Plaza Mayor el 6 de diciembre de 1847. Estos hombres barbados, vestidos con distintos uniformes, aunque todos con el típico sombrero texano, armados hasta los dientes con espadas, rifles, pistolas, revólveres Colt y cuchillos, cubiertos con algún saco o manta, “parecían más monstruos que hombres”,<sup>101</sup> y se pasearon por la ciudad, provocando toda clase de reacciones.



Un *Ranger* de Texas.<sup>102</sup>

Además de los texanos, en el mes de diciembre llegaron a la ciudad nuevos cuerpos de voluntarios, con su desarreglo e indisciplina característicos, lo que originó gran consternación entre los pobladores.

El Ayuntamiento había pedido al gobernador civil y militar, desde octubre de 1847, que prohibiera el ingreso a México de dichas fuerzas,<sup>103</sup> las que para ese momento ocupaban Puebla y Veracruz. Sin embargo, su solicitud no fue atendida y los refuerzos llegaron a México, y a la corporación encabezada por Reyes Veramendi se le encomendó la tarea de encontrarles alojamiento. No le quedó más que presentar a las autoridades militares una lista de todos los edificios y conventos que se podrían ocupar,

---

<sup>101</sup> Frederick Wilkins, *The Highly Irregular Irregulars. Texas Rangers in the Mexican War*, Austin, Texas, Eakin Press, 1990, p. 169.

<sup>102</sup> “The U. S. Army Campaigns of the Mexican War. The Occupation of Mexico May 1846-July 1848” en <http://www.history.army.mil/brochures/occupation/occupation.htm#b9>, consultado el 12 de octubre de 2011.

<sup>103</sup> *Testimonios de una guerra, op. cit.*, p. 282.

junto con el número de hombres que podían acomodar en cada uno, de acuerdo con la cifra de soldados mexicanos que, según las autoridades, en el pasado se habían alojado en ellos.<sup>104</sup>

El *American Star*, uno de los periódicos estadounidenses que comenzó a circular con la ocupación de la ciudad, respondió al ayuntamiento expresando que era imposible introducir a tal cantidad de hombres en los edificios asignados debido a que muchos ya estaban ocupados por tropas y no había espacio para los nuevos; además, señaló que otros inmuebles carecían de las condiciones necesarias para albergar a los recién llegados.<sup>105</sup> La discusión se extendió a otro periódico que circulaba en la ciudad: el *Monitor Republicano*, en donde se planteó que en otros tiempos, la capital había acomodado a un mayor número de soldados mexicanos, en un menor número de edificios que los asignados por el ayuntamiento.<sup>106</sup>

De cualquier modo, las autoridades tomaron sus propias decisiones, aunque el hecho de que el tema hubiera llegado a la prensa y a otros ámbitos de la sociedad, nos hace ver cuán importante fue el asunto del acuartelamiento: era preciso encontrarle un lugar a todos los hombres que ahora habitarían en la ciudad y que, de acuerdo con los objetivos del ejército, se encargarían de sostener la ocupación de la capital del país y el triunfo de las armas invasoras.

Finalmente, las compañías de soldados regulares fueron acomodadas en la ciudad de México, mientras que la mayoría de los voluntarios fueron enviados a las afueras de la capital, es decir, a Tacubaya, San Ángel y Molino del Rey, e incluso asignados para ocupar otras plazas como Cuernavaca, Toluca y Pachuca.

En el valle de México se utilizaron como cuarteles y hospitales los conventos de religiosos y de religiosas que aún tenían espacio o que no habían sido ocupados, así

---

<sup>104</sup> “Lista” en *American Star*, 10 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>105</sup> “Quartes for the American Troops” en *Ibidem*, 11 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>106</sup> *El Monitor Republicano*, 11 de diciembre de 1847, p. 4.



como los edificios públicos. La prensa y los escritores de la época expresaron con cierto dramatismo la forma en que los invasores se posesionaron de estos sitios. Por ejemplo, el *Monitor* se lamentaba de que se utilizara el colegio de Minería, ya que, según los editores, se “conoce muy bien que convertir en cuartel un establecimiento científico, es lo mismo que destruirlo”.<sup>107</sup> Igualmente manifestaron su desagrado con respecto al uso de conventos, como el de la Enseñanza, sobre cuya ocupación y sobre la exigencia que se le hizo a las monjas de desalojar una parte, mencionaron: “acompañamos en su pena a estas estimables religiosas, y con mayor razón, porque en su convento tenían una escuela en que daban instrucción, sin estipendio alguno a muchas niñas pobres”.<sup>108</sup>

Los edificios públicos utilizados como cuartel fueron: Palacio Nacional, el Colegio de San Juan de Letrán, la Aduana de Santo Domingo, la Ciudadela, la oficina de correos, así como los cuarteles del ejército mexicano ubicados en la ciudad<sup>109</sup> y los colegios de San Ildefonso<sup>110</sup> y de las Vizcaínas.<sup>111</sup> En otros inmuebles nacionales se establecieron los hospitales generales; éstos fueron los palacios del Arzobispado, del Gobernador, de Iturbide y el de Minería.<sup>112</sup> Igualmente, el convento de Santa Isabel fue habilitado para atender a los soldados heridos y enfermos.<sup>113</sup>

Por su parte, los conventos convertidos en cuartel fueron los de San Agustín, la Enseñanza, San Francisco, la Merced, Santo Domingo,<sup>114</sup> Santa Clara<sup>115</sup> y San

---

<sup>107</sup> *Ibidem*, 30 de septiembre de 1847, p. 4.

<sup>108</sup> *Ibidem*, 9 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>109</sup> “Stations of the City Guard” en *The North American*, 3 de marzo de 1848, p. 3. “Army Directory” en *Ibidem*, p. 3-4.

<sup>110</sup> *El Monitor Republicano*, 26 de abril de 1848, p. 4.

<sup>111</sup> *Ibidem*, 10 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>112</sup> “Army Directory” en *The North American*, 3 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>113</sup> *Idem*.

<sup>114</sup> *Idem*.

<sup>115</sup> *El Monitor Republicano*, 18 de enero de 1847, p. 4.

Bernardo,<sup>116</sup> mientras que el clero secular tuvo que ceder parte del Seminario Conciliar para ser utilizado por las tropas.<sup>117</sup>

Aunque los religiosos siguieron utilizando los conventos durante los meses de la ocupación, la presencia de los militares significó una transformación del interior y del exterior de los mismos, ya que en ambos espacios se pusieron de manifiesto los hábitos negativos de los soldados, así como su indisciplina y su ambición. Por ello, fue común ver una serie de desechos en las afueras de los cuarteles y enterarse de robos cometidos por los soldados dentro de los conventos.<sup>118</sup>

Para resumir, entre septiembre de 1847 y mayo de 1848 la ciudad de México experimentó una gran transformación. Ya se dibujó el escenario y a los actores; sin embargo, falta conocer los papeles que cada uno de ellos ejecutó, el desarrollo de la ocupación, con todos sus momentos de tensión y de relajamiento y, por supuesto, el desenlace. En pocas palabras, es necesario darle vida a nuestro paisaje urbano.

---

<sup>116</sup> *Ibidem*, 11 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>117</sup> “Army Directory” en *The North American*, 3 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>118</sup> Estos ejemplos se darán más adelante.

## II. LA ADMINISTRACIÓN DE LA CIUDAD

### El caos

En los primeros días de la ocupación, el Palacio Nacional se encontraba en un estado lastimoso: las puertas de sus habitaciones y salones habían sido abiertas a patadas y, por lo tanto, estaban maltratadas; las sillas y barandales utilizados para hacer fogatas; el hurto de los muebles y de los archivos de la sede del gobierno nacional se convirtió en negocio callejero.<sup>1</sup>

La violencia propia de toda guerra haría suponer que los autores de estos actos de barbarie fueron los soldados invasores; sin embargo, no fue así, pues si bien se sabe que algunos miembros del ejército estadounidense sí participaron en el motín, los protagonistas también fueron algunos mexicanos, entre los que se encontraban los contraguerrilleros poblanos, grupos de “léperos” y miembros aislados de las clases bajas de la ciudad.<sup>2</sup>

Este hecho fue significativo. La imagen deplorable de la sede del poder ejecutivo, y la violencia con que se ocupó representaron una amenaza, un mal presagio de lo que podría suceder mientras el ejército invasor permaneciera en la ciudad; y aunque la toma de otros edificios públicos y particulares no tuvo el mismo peso en el ánimo de los capitalinos y no se realizó con el mismo ímpetu, el desorden continuó siendo una constante.

En septiembre y octubre de 1847 la ciudad se encontraba en un estado de completo desaseo, las calles estaban anegadas por las lluvias del verano y además

---

<sup>1</sup> Carlos Ma. De Bustamante, sábado 18 de septiembre de 1847 en *Diario Histórico de México, 1822-1848*, segunda parte, Bancroft (versión multimedia). José Fernando Ramírez, carta del 30 de septiembre de 1847, *México y la guerra contra los Estados Unidos*, en Genaro García (comp.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, México, Porrúa, (Biblioteca Porrúa, 59), 1974, p. 547-548. *El Monitor Republicano*, 28 de septiembre de 1847, p. 4.

<sup>2</sup> Ramírez, carta del 30 de septiembre de 1847, *op. cit.*

carecían de alumbrado, lo cual incrementó la inseguridad. Los robos, enfrentamientos y asesinatos de mexicanos y estadounidenses fueron comunes.

Un testimonio que nos brinda un panorama general de la intranquilidad que se vivía en esas semanas es el del escritor José Fernando Ramírez, quien narraba en una carta del 30 de septiembre:

La guerra pública terminó desde el 3er día de la ocupación, mas no así la privada que presenta un carácter verdaderamente espantable. El ejército enemigo merma diariamente por el asesinato sin que sea posible descubrir a ninguno de sus ejecutores. El que sale por los barrios, o un poco fuera del centro, es hombre muerto, y me aseguran que se ha descubierto un pequeño cementerio en una pulquería, donde se prodigaba el fatal licor para aumentar y asegurar las víctimas. Siete cadáveres se encontraron en el interior del despacho, mas no al dueño. Me aseguran que se estima en 300 el número de los idos por ese camino, sin computar los que se llevan la enfermedad y las heridas. [...] Ha comenzado a manifestarse la peste, y los monumentos que esos sucios soldados tienen repartidos por las calles de sus cuarteles, atestiguan de una manera irrefragable que la disentería los destroza. No he visto jamás una embriaguez más arraigada, más escandalosa, ni impudente que la que los domina ni tampoco un apetito más desenfrenado. A toda hora del día, excepto en la tarde que están borrachos, se les encuentra comiendo, y comen de cuanto ven.

El Palacio y casi todos los establecimientos públicos han sido salvajemente saqueados y destrozados; aunque debo decir en obsequio de la justicia que la señal la dieron nuestros indignos léperos. Cuando el enemigo entró a palacio ya estaban destrozadas las puertas y saqueado. Al tercer día se vendía en el Portal el dosel de terciopelo galoneado en cuatro pesos, y los libros de actas y otros, en dos reales.<sup>3</sup>

El escrito de Ramírez, quien se encontraba en la ciudad en esos días, nos permite ver que el miedo y la incertidumbre estuvieron presentes entre los habitantes y que se temía por lo que podría venir. Quizás algunos de los datos que menciona, como el número de muertos o el caso de la pulquería se fundamentaban en rumores, sin embargo el aspecto desordenado e insalubre de la ciudad y de los improvisados cuarteles militares, así como la sensación de inseguridad seguramente podían ser experimentados por cualquiera que transitara por las calles de México al inicio del periodo estudiado, en particular durante la tarde o, peor aún, por la noche.

---

<sup>3</sup> *Idem.*

En cuanto al aseo, la ciudad se presentaba como un “inmenso muladar, por todas partes [...había] montones de basura y perros que cosecha[ban] suciedades”.<sup>4</sup> La mayoría de las calles se encontraban sucias, algunas anegadas<sup>5</sup> por los deshechos y el estiércol que se introducía en las alcantarillas y por los fuertes aguaceros que caían en la ciudad,<sup>6</sup> como suele ocurrir en los meses de septiembre y octubre. A esto se sumaba el hecho de que muchos cadáveres habían sido enterrados “casi a flor de tierra en varios puntos céntricos de la ciudad, como el jardín de Palacio [o] la Alameda”,<sup>7</sup> haciendo crecer el riesgo de una epidemia.

Asimismo, afuera de algunos cuarteles del ejército invasor, como en San Juan de Letrán o en San Francisco, se reunían grupos de indigentes y de individuos ociosos que con el grito de “echa pan americano” provocaban no sólo una lluvia de alimentos, sino también que esos sitios se convirtieran en basureros.<sup>8</sup> Aunado a lo anterior, el alumbrado se encontraba descuidado<sup>9</sup> y la oscuridad de las calles durante la noche fue aprovechada por los criminales para cometer asaltos y rapiña.

Así, se puede imaginar que tras la llegada de los invasores y su establecimiento en la ciudad, la urbe se encontraba en un estado general de suciedad y de inseguridad por las inclemencias del clima y sobre todo porque el Ayuntamiento no tenía el mantenimiento de las calles como una de sus prioridades.

Sobre los robos y saqueos se puede comentar que muchos habitantes de la ciudad, en especial los que contaban con más pertenencias, temían ser víctimas de estos crímenes. Si el Palacio Nacional y otros edificios públicos habían sido asaltados por léperos y soldados sin que alguna autoridad interviniera, ellos o sus casas podían correr

---

<sup>4</sup> Prieto, *Memorias de mis tiempos*, op. cit., 1985, p. 276.

<sup>5</sup> *American Star*, 13 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>6</sup> *El Monitor Republicano*, 14 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>7</sup> “Otra calamidad” en *Ibidem*, 2 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>8</sup> *Ibidem*, 14 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>9</sup> *Ibidem*, 30 de septiembre de 1847, p. 4.

pronto con la misma suerte. De acuerdo con Juan de la Granja, así fue, y las moradas de personajes notables como Guillermo Prieto o Lucas Alamán fueron saqueadas en los primeros días de la ocupación.<sup>10</sup> Asimismo, según lo publicado en la *Breve reseña histórica*, “los asaltos a las casas y tiendas (como una botica en la calle de Santo Domingo)<sup>11</sup> eran frecuentes y aún algunos templos no escaparon de ser robados”.<sup>12</sup>

De acuerdo con el *Monitor Republicano* y el autor Niceto de Zamacois, quien “hacia muy poco que había ido de España, y como muy joven que era, marchaba por todas partes para presenciar lo que pasaba y no tener necesidad de agenos [sic] informes”,<sup>13</sup> en los primeros días algunas partidas de voluntarios (entre los que se incluían los “poblanos”)<sup>14</sup> robaban en las tiendas, en los portales, dentro de las mismas casas<sup>15</sup> o en las calles de la ciudad y arrebataban las pertenencias de los transeúntes,<sup>16</sup> “entraban a las vinaterías, pedían de beber, y después de embriagarse, salían sin pagar y amenazando al que intentaba cobrarles”.<sup>17</sup>

Sin embargo, contrario a lo que podría suponerse, los invasores no sólo eran victimarios sino también víctimas. Algunos militares fueron despojados de su caballo en la Plaza Mayor y en otras calles de la ciudad. La mayoría eran engañados por aquellos que recibían sus corceles y que ofrecían cuidarlos mientras los estadounidenses hacían sus compras o entraban a los cafés. Dichos individuos desaparecían junto con el caballo en esos minutos. Estos casos se mencionan en varias notas del *American Star* y del *Monitor* de inicios de octubre de 1847 e incluso en una comunicación enviada al

---

<sup>10</sup> Granja, *op. cit.*, p. 175-176.

<sup>11</sup> Bustamante, Jueves 16 de septiembre de 1847 en *op. cit.*

<sup>12</sup> *Breve reseña histórica*, México, Editor Vargas Rea, 1949, p. 55.

<sup>13</sup> Zamacois, *op. cit.*, p. 40.

<sup>14</sup> *El Monitor Republicano*, 6 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>15</sup> “Ocurrencias de policía” en *Ibidem*, 4 de octubre de 1847, p. 1.

<sup>16</sup> *Ibidem*, 5 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>17</sup> Zamacois, *op. cit.*, p. 42.

gobernador civil y militar, donde se acusa a un niño mexicano de haber cometido este delito.<sup>18</sup>

Acerca de los enfrentamientos y riñas en los que tomaron parte invasores y mexicanos, éstos eran originados por la indisciplina, los robos y, muchas veces, el alcohol.<sup>19</sup> La tarde del 1º de octubre de 1847 se vio pasear a un soldado ebrio que agredía verbal y físicamente a los individuos con los que se encontraba a su paso por la calle.<sup>20</sup> La escena se completaba con los contraguerrilleros que, montados a caballo y con espada en mano, atacaban a algunos pobladores.<sup>21</sup> El desquite ocurriría pocos días después, cuando un grupo de mexicanos disparó a los invasores que estaban acuartelados en Santo Domingo.<sup>22</sup>

Una de las luchas más violentas de las primeras semanas sucedió el domingo 17 de octubre. Una partida de ciudadanos comenzó a aventar rocas y a disparar a varios militares que se dirigían a la plaza de toros de San Pablo, logrando herir mortalmente a uno. Los estadounidenses que fueron agredidos y otros más que estaban en la plaza entraron a los edificios desde donde se habían lanzado los proyectiles, subieron al techo y respondieron a los agresores y a otros mexicanos que encontraron en el lugar. Según el *American Star* y el autor John Porter Bloom, algunos fueron arrojados desde la azotea hacia la calle, otros asesinados en el lugar, y los restantes hechos prisioneros. Bloom afirma que por lo menos 20 mexicanos fueron aventados desde las alturas.<sup>23</sup>

Las muertes, sin embargo, no sólo se produjeron a raíz de los enfrentamientos, también hubo homicidios realizados con alevosía y ventaja. Ante la situación que se vivía, los militares que se embriagaban y transitaban por rumbos alejados de la Plaza

---

<sup>18</sup> AHSRE, Colección Belton-Carter, Libro 2, f. 9. "\$25 Reward" en *American Star*, 7 de octubre de 1847, p. 2. "Strayed" en *Ibidem*, 12 de octubre de 1847, p. 3. "Horse Stealing" en *Ibidem*, 13 de octubre de 1847, p. 2. *El Monitor Republicano*, 14 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>19</sup> Zamacois, *op. cit.*, p. 37.

<sup>20</sup> *El Monitor Republicano*, 2 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>21</sup> *Idem*.

<sup>22</sup> *American Star*, 12 de octubre de 1847, p. 3.

<sup>23</sup> Bloom, *op. cit.*, p. 254. "A Row" en *American Star*, 19 de octubre de 1847, p. 2.

Mayor eran un blanco fácil para pobladores que, armados algunos con cuchillos, los despojaban de sus pertenencias y, en ocasiones, de la vida. Estos casos y sus peculiaridades fueron registrados en las diversas fuentes de la época, tanto mexicanas como extranjeras.

Autores estadounidenses que escribieron en los momentos de la ocupación o poco después señalaron que la mayoría de aquellos que se atrevían a dejar sus cuarteles para ir a algún café, bar, pulquería o burdel de la ciudad, al día siguiente eran encontrados sin vida. John James Peck afirmó el 16 de septiembre, es decir, apenas 48 horas después de la ocupación, que la ciudad estaba llena de ladrones y que no era seguro salir cuando oscurecía, ya que cada noche algunos compañeros eran apuñalados.<sup>24</sup> Por su parte, John S. Jenkins escribió que en las primeras semanas los que se alejaban de su corporación frecuentemente eran encontrados asesinados.<sup>25</sup>

George Ballentine, un inglés que formaba parte del ejército invasor, aseguró que un gran número de militares que paseaban de noche por los suburbios y los barrios bajos de la ciudad en estado de intoxicación fueron ajusticiados por el puñal de algún lépero. Sin embargo, el soldado también mencionó que algunos de sus compañeros decidieron tomar venganza y, armados con cuchillos y revólveres, y fingiendo encontrarse en estado de ebriedad, salieron una noche a acabar con la vida de un gran número de léperos, o individuos que se asemejaban a los autores de los asesinatos.<sup>26</sup>

En la *Breve reseña histórica*, publicada poco después de la guerra, se dijo que al inicio de la ocupación “casi todas las mañanas se tenía noticia de uno o más asesinatos cometidos la noche anterior, por el populacho en los soldados americanos, iguales delitos de estos contra el populacho, y robos que unos y otros hacían a los que por

---

<sup>24</sup> John James Peck, *The Sign of the Eagle. A view of Mexico—1830 to 1855*, foreword and commentary by Richard F. Pourade, Copley, San Diego, 1970, p. 135.

<sup>25</sup> Jenkins, *op. cit.*, p. 430.

<sup>26</sup> George Ballentine, *Autobiography of an English soldier in the United States army. Comprising observations and adventures in the States and Mexico*, New York, Stringer & Townsend, 1853, p. 272.



necesidad atravesaban las calles de noche”.<sup>27</sup> José María Roa Bárcena aseguró que “los soldados enemigos que se alejaban aisladamente de sus cuarteles, caían bajo el puñal de nuestros léperos”.<sup>28</sup> Por su parte, Niceto de Zamacois mencionó que en los primeros días, “en cuanto algún soldado norte-americano se alejaba del centro de la población y penetraba en los barrios, se veía acometido y muerto por el puñal del primero que acertaba a verle”.<sup>29</sup>

Con la información anterior es posible asegurar que la mayoría de los homicidios ocurridos en los primeros días de la ocupación militar tuvieron elementos en común: se llevaron a cabo en los barrios alejados del Zócalo, cerca de sitios en los que se vendían bebidas embriagantes y las víctimas fueron soldados que no se encontraban en sus cinco sentidos al momento de ser agredidos. Ante esta relación entre la delincuencia y el consumo de alcohol, el general Scott emitió una orden el 22 de septiembre en la que exhortaba a los militares a estar alerta día y noche, a salir siempre armados, a caminar en partidas de dos o más individuos y a evitar sitios oscuros y licorerías en rumbos peligrosos.<sup>30</sup> Sin embargo, de acuerdo con los testimonios, muchos soldados hicieron caso omiso de la disposición y continuaron aventurándose a rondar por la ciudad sin precaución alguna.

El periodista George Wilkins Kendall narró estos sucesos y en sus comunicaciones enviadas a Estados Unidos explicó el método utilizado por los mexicanos que acababan con la vida de los invasores, el cual consistía en conducirlos a las cantinas de los barrios alejados del centro para después acuchillarlos.<sup>31</sup> El reportero aseguró que en la mañana del 26 de septiembre diez soldados fueron encontrados

---

<sup>27</sup> *Breve reseña histórica, op. cit.*, p. 55.

<sup>28</sup> Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 198.

<sup>29</sup> Zamacois, *op. cit.*, p. 36-37.

<sup>30</sup> “General Orders—No. 296”, 22 de septiembre de 1847, en AHSRE, Colección Belton-Carter, Libro 3, f. 28.

<sup>31</sup> Kendall, “City of Mexico, September 24, 1847” en *op. cit.*, p. 394.

asesinados en los rumbos de San Pablo, en el sitio en el que la mañana anterior habían sido hallados otros ocho cadáveres. El corresponsal también culpaba a los soldados, pues salían solos de sus cuarteles y se embriagaban en la primera pulquería o tienda que encontraban.<sup>32</sup>

En el *Undécimo calendario de Abraham López* publicado a inicios de 1849 también se explica el método utilizado por los “léperos”:

Muchos de los léperos se fingían sus amigos, les ofertaban pulque ó huiztle, y cuando ya los veían ebrios los asesinaban sin piedad: otros al pasar junto de alguno de ellos, los atravesaban con una daga: otros con engaño, los sacaban del centro de la ciudad, cuando llegaban á un barrio, salían otros léperos y lo asesinaban con tanto furor como si fueran unos perros. En el barrio de D. Toribio, en el caballete, en las ruinas de una antigua tocinería, hallaron como cincuenta muertos de los americanos, que una noche con dos piezas de artillería y suficiente tropa fueron á sacar los cadáveres.<sup>33</sup>

Asimismo, en las comunicaciones enviadas por militares al gobernador civil y militar, se encuentra un testimonio de estos asesinatos: el que se llevó a cabo en un burdel de la calle de Jesús María el 29 de septiembre, donde cinco soldados invasores perdieron la vida.<sup>34</sup>

En la prensa capitalina es posible encontrar menciones de estos crímenes y de las habladurías que corrían en torno a ellos. El 7 de octubre el *American Star* dio a conocer unas líneas con la intención de desmentir el rumor de que algunos mexicanos eran arrestados y llevados a los cuarteles para ser asesinados. Los editores terminaron su artículo manifestando que “ha habido algunos asesinatos en esta ciudad, pero han sido de nuestra gente los desgraciados que han padecido, y personas de la clase del autor de este chisme son las que han cometido los asesinatos, aunque solamente los cometen sobre hombres ebrios”.<sup>35</sup> Durante el resto del mes, el periódico continuó dando noticia de estadounidenses asesinados, la mayoría apuñalados y despojados de sus

---

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 396.

<sup>33</sup> “Escena V” en *Undécimo calendario de Abraham López; arreglado al meridiano de México y antes publicado en Toluca para el año de 1849*, Imprenta del Autor, p. 46.

<sup>34</sup> AHSRE, Colección Belton-Carter, Libro 2, f. 12.

<sup>35</sup> *American Star*, 7 de octubre de 1847, p 4.

pertenencias.<sup>36</sup> Por su parte, el *North American* también hizo notar que a mediados de octubre los asesinatos cometidos sobre militares ebrios se estaban convirtiendo en algo frecuente.<sup>37</sup>

Todo lo anterior hace ver que la disposición de Scott no tuvo los resultados esperados, y que la indisciplina fue un problema grave para las autoridades militares, por lo que John A. Quitman, el gobernador civil y militar de la ciudad, publicó una orden el 17 de octubre en la que se establecía que todos los negocios en los que se vendieran bebidas alcohólicas debían cerrar a las seis de la tarde.<sup>38</sup>

Aunque es probable que la medida no haya sido acatada por completo —como lo expresaba el *Monitor Republicano* a mediados de diciembre—,<sup>39</sup> sí se puede suponer que el llamado a mantener el orden y la insistencia en la petición de no alejarse del centro<sup>40</sup> fueron útiles para los soldados, ya que según refieren las fuentes, en los siguientes meses los homicidios dejaron de ser tan frecuentes y tan numerosos como al principio de la ocupación.<sup>41</sup> Entre noviembre y diciembre de 1847 el *American Star* registró cuatro casos de militares asesinados, que probablemente iban solos y se encontraban lejos de la Plaza Mayor,<sup>42</sup> en tanto que el *North American* sólo dio noticia de un par de estadounidenses apuñalados a inicios de noviembre,<sup>43</sup> lo cual contrasta con la cantidad de casos descritos en septiembre y octubre.

La inseguridad continuó durante el resto de los meses de la ocupación hasta volverse algo cotidiano, e incluso con el paso del tiempo se dejaron de distinguir

---

<sup>36</sup> “Asesinatos reprobados” en *Ibidem*, 14 de octubre de 1847, p. 3. “Assassinations” en *Ibidem*, 16 de octubre de 1847, p. 2. “Another Assassination” en *Ibidem*, 17 de octubre de 1847, p. 2. “More Assassinations” en *Ibidem*, 19 de octubre de 1847, p. 2. “Another” en *Ibidem*, 21 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>37</sup> “The Closing” en *The North American*, 22 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>38</sup> “By Authority” en *American Star*, 19 de octubre de 1847, p. 1.

<sup>39</sup> *El Monitor Republicano*, 15 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>40</sup> *American Star*, 14 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>41</sup> “The Closing” en *The North American*, 22 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>42</sup> “Assassination” en *American Star*, 2 de noviembre de 1847, p. 2. *Ibidem*, 10 de noviembre de 1847, p. 4. “Acontecimiento de la ciudad” en *Ibidem*, 25 de noviembre de 1847, p. 4.

<sup>43</sup> “Two More” en *The North American*, 5 de noviembre de 1847, p. 2.

nacionalidades entre las víctimas. Los protagonistas fueron principalmente soldados, miembros de las clases bajas de la ciudad y los contraguerrilleros poblanos, quienes se convirtieron en el objeto de desprecio de muchos mexicanos por ser considerados, además de criminales, traidores,<sup>44</sup> y por agredir a los capitalinos durante la intervención de la capital.<sup>45</sup> Asimismo, la llegada de nuevos voluntarios a fines de diciembre de 1847 volvió a agitar las aguas que se habían calmado durante los dos meses anteriores.<sup>46</sup>

De acuerdo con las fuentes consultadas, los robos y saqueos volvieron a ser una constante desde fines de diciembre de 1847 hasta inicios de junio de 1848. Voluntarios, contraguerrilleros y ladrones de la ciudad irrumpieron en pulquerías,<sup>47</sup> en el templo de la Profesa<sup>48</sup> o en negocios céntricos como el estanquillo de la calle del Ángel<sup>49</sup> o la joyería de Miller Hermanos en la calle de Plateros<sup>50</sup> y fueron vistos arrebatando sus pertenencias a los transeúntes.<sup>51</sup> Los robos a extranjeros continuaron. Algunos perdieron sus caballos de la forma en que ya se describió,<sup>52</sup> fueron asaltados en la calle —como el Reverendo McCarty, ministro protestante que acompañaba a los estadounidenses—<sup>53</sup> o fueron invadidos en sus negocios, como los editores del periódico *The North American*,<sup>54</sup> o la tienda del vivandero del Regimiento de Rifleros a Caballo en la

---

<sup>44</sup> Villaseñor, *op. cit.*, p. 322-323. “Escena VI” en *Undécimo calendario, op. cit.*, p. 51.

<sup>45</sup> *El Monitor Republicano*, 17 de febrero de 1848, p. 4, 23 de febrero de 1848, p. 4, 29 de febrero de 1848, p. 4. “Partes de ocurrencias habidas el 1 de marzo” en *Ibidem*, 4 de marzo de 1848, p. 2. “Delitos” en *Ibidem*, 29 de marzo de 1848, p. 4. *Ibidem*, 2 de mayo de 1848, p. 3.

<sup>46</sup> Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 200. Zamacois, *op. cit.*, p. 39.

<sup>47</sup> Coulter, “February 21” en *Volunteers, op. cit.*, p. 264.

<sup>48</sup> Bustamante, “Domingo 9 [de abril de 1848]” en *op. cit.*

<sup>49</sup> Hoy la calle de Isabel la Católica, entre Venustiano Carranza y Rep. De Uruguay. *American Star*, 13 de febrero de 1848, p. 3.

<sup>50</sup> “Robos” en *El Monitor Republicano*, 31 de marzo de 1848, p. 4. *El Eco del Comercio*, 31 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>51</sup> *El Monitor Republicano*, 23 de febrero de 1848, p. 4. *Ibidem*, 29 de febrero de 1848, p. 4. “Robos y crímenes” en *El Eco del Comercio*, 1º de abril de 1848, p. 4. “Robos” en *American Star*, 21 de abril de 1848, p. 3. “Ladrones abrigados en México” en *El Monitor Republicano*, 3 de junio de 1848, p. 4.

<sup>52</sup> “Look Out for Your Horses” en *The North American*, 12 de febrero de 1848, p. 2. “Ten Dollars Reward” en *American Star*, 29 de febrero de 1848, p. 2. “\$25 Reward” en *Ibidem*, 9 de abril de 1848, p. 3. “Lost” en *Ibidem*. “\$20 Reward” en *Ibidem*, 11 de abril de 1848, p. 2.

<sup>53</sup> “More Robbery” en *Ibidem*, 8 de abril de 1848, p. 2.

<sup>54</sup> “Notice” en *The North American*, 29 de febrero de 1848, p. 2. “Our Publication Office” en *Ibidem*, 30 de marzo de 1848, p. 2. “Robos” en *El Monitor Republicano*, 31 de marzo de 1848, p. 4.

esquina de Encarnación y Relox.<sup>55</sup> Los periódicos denunciaron la presencia de pandillas mexicanas y extranjeras en las calles de la ciudad y cerca de las garitas.<sup>56</sup>

La violencia también continuó, manifestada en enfrentamientos callejeros en los que tomaron parte indistintamente mexicanos e invasores—incluyendo a los poblanos—,<sup>57</sup> así como en asesinatos, los cuales fueron registrados por los periódicos de la época<sup>58</sup> y por algunos de los testigos de la ocupación. Quizás el caso que resulta más llamativo fue en el que participaron los voluntarios texanos en febrero de 1848. En la obra *The Highly Irregular Irregulars*, el autor Frederick Wilkins cita a John Salmon Ford, uno de los *rangers*, quien narró que tras el homicidio de uno de sus compañeros el 13 de febrero de 1848 en un rumbo de la ciudad que denominaban “*Cutthroat*”,<sup>59</sup> un grupo de texanos salió a tomar venganza y durante la siguiente noche asesinaron a cerca de 80 individuos.<sup>60</sup> *El Monitor Republicano* publicó una nota el 15 de febrero en la que seguramente se refirió a este caso. Los editores afirmaron que durante dos noches consecutivas

en la calle de Berdeja,<sup>61</sup> cerca de las ocho, varios americanos armados han acometido a los inermes vecinos de toda la calle y continuas, haciéndoles fuego para que abran sus casas, y cogiéndolos así encerrados con demasiada inhumanidad, han descargado sobre ellos matando a unos e hiriendo a otros, y robando sus únicos haberes, practicando lo mismo en diversas casas de comercio, que casi han dejado vacías, bajo el pretexto [*sic*] que solicitan al agresor de un americano, cuyo cadáver se encontró en los suburbios o camino para Santiago, y en la mañana de hoy, una porción de los mismos soldados americanos, acompañados de algunos oficiales, han

---

<sup>55</sup> Hoy Luis González de Obregón y República de Argentina, respectivamente. “Burglary” en *American Star*, 24 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>56</sup> *El Monitor Republicano*, 10 de marzo de 1848, p. 4. *Ibidem*, 14 e marzo de 1848, p. 4. “Policía” en *El Eco del Comercio*, 15 de marzo de 1848, p. 3. “Policía” en *Ibidem*, citado en *American Star*, 8 de abril de 1848, p. 3.

<sup>57</sup> “Desórdenes” en *El Monitor Republicano*, 19 de enero de 1848, p. 4. *Ibidem*, 17 de febrero de 1848, p. 4. *Ibidem*, 23 de mayo de 1848, p. 4. “Alumbrado” en *El Eco del Comercio*, 10 de abril de 1848, p. 3. “Indolencia” en *American Star*, 10 de mayo de 1848, p. 4.

<sup>58</sup> “Murder” en *The North American*, 21 de enero de 1848, p. 2. “A Dragoon” en *Ibidem*, 4 de febrero de 1848, p. 2. “Delitos” en *El Monitor Republicano*, 29 de marzo de 1848, p. 4. “Horrible asesinato” en *American Star*, 29 de abril de 1848, p. 4. “Murder” en *Ibidem*, 24 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>59</sup> Probablemente al norte de la ciudad, en los rumbos de la Plaza de la Lagunilla, cerca del cuartel de los texanos.

<sup>60</sup> Wilkins, *op. cit.*, p. 177.

<sup>61</sup> Hoy República de Honduras, entre Allende e Incas.

recorrido todas aquellas calles, asegurando han de concluir con todos los vecinos, supuesto que por allí se encontró el cadáver.<sup>62</sup>

Además del caso narrado, *El Monitor Republicano* y *El Eco del Comercio* denunciaron que los texanos se divertían robando a los transeúntes en los rumbos de San Pedro y San Pablo, en la calle de la Cerbatana<sup>63</sup> y sumergiendo a sus víctimas en la fuente que estaba en dicha calle.<sup>64</sup> Estos crímenes llaman la atención por la participación de los invasores; sin embargo, como ya se mencionó, la violencia no distinguió nacionalidades y los pobladores de la capital temieron tanto a estadounidenses como a mexicanos.<sup>65</sup> De acuerdo con las fuentes hemerográficas, durante la primera mitad de 1848 los casos también incluyeron los homicidios de un voluntario de Carolina del Sur por un neoyorquino,<sup>66</sup> una mujer mexicana por su esposo,<sup>67</sup> un lépero por otro<sup>68</sup> y un voluntario de Kentucky por un espía poblano,<sup>69</sup> entre otros.

Lo anterior permite ver que la violencia en la ciudad se volvió más compleja por la ocupación estadounidense, mas no se debió exclusivamente a ella. México era una ciudad insegura antes de la invasión y sus pobladores sufrían con o sin estadounidenses en las calles.<sup>70</sup> Para las autoridades, el germen de la delincuencia estaba en los sitios de reunión de las clases pobres —mesones, casas de juego, pulquerías, plazas y mercados— y en el consumo de alcohol, principalmente pulque.<sup>71</sup> En lo anterior influía la idea de que las personas sin ocupación y sin dinero eran las únicas que cometían los crímenes, y que sus sitios de reunión eran también los lugares en los que se planeaban

---

<sup>62</sup> *El Monitor Republicano*, 15 de febrero de 1848, p. 4.

<sup>63</sup> Actualmente República de Venezuela, entre las calles de República de Argentina y El Carmen.

<sup>64</sup> “Maldades” en *Ibidem*, 14 de marzo de 1848, p. 4. “Inocente diversión” en *El Eco del Comercio*, 18 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>65</sup> Jesús A. Cosamalón Aguilar, “Léperos y yanquis: el control social en la ciudad de México durante la ocupación norteamericana, 1847-1848” en Romana Falcón (coord.), *op. cit.*, p. 124.

<sup>66</sup> “Murder” en *The North American*, 21 de enero de 1848, p. 2.

<sup>67</sup> “Horrible asesinato” en *American Star*, 29 de abril de 1848, p. 4.

<sup>68</sup> “Indolencia” en *Ibidem*, 10 de mayo de 1848, p. 4.

<sup>69</sup> “Murder” en *Ibidem*, 24 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>70</sup> Cosamalón, *op. cit.*, p. 115.

<sup>71</sup> Araya, *op. cit.*, p. 55-56.

todos los robos y asesinatos que ocurrían en la urbe. Este pensamiento era un tanto exagerado, ya que no todos los pobres eran criminales, ni el alcohol motivaba toda la delincuencia e individuos de distintas clases sociales podían cometer crímenes por motivos muy diversos. A pesar de ello, a partir de los testimonios —principalmente los extranjeros, no impregnados por completo de las ideas de la época sobre las clases bajas— la ebriedad y la reunión de individuos (militares o civiles de distintas clases) sí influyeron en la inseguridad durante la ocupación.

Las autoridades procuraron controlar a la población y, según las fuentes, lograron contener la violencia exagerada de los primeros meses, pero no la inherente a las sociedades que se congregaron en la ciudad entre 1847 y 1848.

Durante los meses de la ocupación la metrópoli se presentaba como un sitio sin ley: desordenada, sucia y violenta. El lector se preguntará dónde estaban las autoridades, si es que aún existían, o si la ciudad se había convertido en un lugar ingobernable después del ingreso del ejército invasor.

Aunque los mandos estadounidenses se habían establecido desde el inicio de la ocupación, y los mexicanos encargados de la capital permanecían en sus cargos, la situación parecía irreparable. Para ambos poderes la situación era inédita y atípica: el gobierno civil de la ciudad estaba supeditado a los invasores, aunque eso no lo eximía del cumplimiento de sus obligaciones, como la conservación del orden, la limpieza y la seguridad de las calles. El 14 de septiembre de 1847, cuando se negoció la rendición de la ciudad, también se establecieron las funciones —de manera general— de cada uno de los gobiernos;<sup>72</sup> con el tiempo, la experiencia y la colaboración de los mismos, los resultados fueron mejorando y su influjo en la ciudad se hizo más visible.

---

<sup>72</sup> Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 136-138.

## **El gobierno militar**

Desde junio de 1841, el general Winfield Scott había sido colocado al mando del ejército de Estados Unidos; no obstante, tras el estallido de la guerra con México, el presidente James K. Polk, de quien Scott era un opositor declarado y un enemigo a vencer en la política, asignó a Zachary Taylor para comandar a los estadounidenses en las primeras batallas en territorio mexicano. Con sus victorias, este general empezó a ganar popularidad y se posicionó como una nueva figura política de importancia, por lo que Polk decidió recurrir a Scott para la campaña en el centro de México; así, el mando general del ejército recayó de nuevo en él.<sup>73</sup> Por ello, cuando la ciudad de México se vio ocupada por el ejército de Estados Unidos, Winfield Scott, como general en jefe, se convirtió también en la máxima autoridad de la capital.

El general en jefe tenía una labor difícil, ya que además de procurar la protección de su ejército, vigilar la disciplina y cubrir las necesidades básicas del mismo (cuartel, vestido y alimento), debía cuidar y controlar a la población civil. Para lo primero, el comandante se apoyó en las oficinas de intendente general, tesorero general, cirujano en jefe y ayudante general, tareas supervisadas por la oficina del inspector general,<sup>74</sup> que permitieron lidiar con las demandas internas del ejército, así como tratar los asuntos relacionados con los prisioneros de guerra mexicanos.<sup>75</sup>

Para lo segundo, Scott dividió la ciudad en cuatro secciones, cada una con una guardia o patrulla:

La primera división abrazaba desde la garita de San Cosme hasta la Catedral; debía dar la guardia en la garita y estaba dotada con dos cañones situados en el mismo punto.

La segunda comprendía la Plaza de Armas y además desde Catedral hasta San Lázaro, teniendo dos cañones también y guardia en la misma garita.

---

<sup>73</sup> Thomas W. Cutrer, "Winfield Scott" en *The United States and Mexico*, op. cit., p. 380-382.

<sup>74</sup> En inglés, "Quartermaster General", "Paymaster General", "Surgeon General", y "Adjutant General", respectivamente.

<sup>75</sup> Baker, op. cit., p. 45-46.



La tercera desde la garita de Peralvillo y camino de la Villa de Guadalupe hasta Santo Domingo, con las mismas obligaciones y dotación de bocas de fuego que las anteriores.

La cuarta, formada con los diversos cuerpos de voluntarios, vigilaba desde la garita de San Antonio Abad hasta el Hospital de Jesús y también tenía dos cañones y la obligación de dar las guardias de la garita.<sup>76</sup>

Esta organización, más que cubrir todo el territorio de la metrópoli, permitía controlar los sitios de acceso a ella.

### **El gobernador civil y militar**

Scott nombró a un gobernador civil y militar para vigilar las relaciones entre la población y el ejército de ocupación y asegurarse que ésta fuera pacífica.<sup>77</sup> El gobernador y sus ayudantes recibían en sus oficinas de Palacio Nacional denuncias de soldados estadounidenses relacionadas con los civiles de la capital, así como a pobladores o comunicaciones enviadas por éstos, quienes se quejaban por distintos hechos que involucraban a los militares.<sup>78</sup> Sin embargo, se puede suponer que quienes hacían llegar sus reclamos a esa instancia eran principalmente extranjeros, comerciantes o habitantes a los que las autoridades castrenses querían dar una imagen favorable, de un gobierno justo y con los que convenía llevar una buena relación. Esta suposición se basa en la correspondencia del coronel Francis S. Belton que va de septiembre de 1847 a enero de 1848. Belton ocupó el cargo de teniente gobernador, y en muchas ocasiones sirvió como intermediario entre su superior y los habitantes de la ciudad. La mayoría de los documentos enviados al oficial están firmados por extranjeros o por individuos dueños de negocios en la parte céntrica de la ciudad.<sup>79</sup> Algunos de los mensajes enviados al gobernador son denuncias de robos, como el del caballo de un

---

<sup>76</sup> Alejandro Villaseñor y Villaseñor, "El Brindis del Desierto" en *Antón Lizardo. El Tratado de MacLane-Ocampo. El Brindis del Desierto*, México, Editorial JUS, 1962, p. 254.

<sup>77</sup> Baker, *op. cit.*, p. 46.

<sup>78</sup> AHSRE, Colección Belton-Carter, Libro 2.

<sup>79</sup> Esta correspondencia está contenida en el libro 2 de la Colección Belton-Carter del AHSRE y va de septiembre de 1847 a enero de 1848.

estadounidense en la Plaza Mayor a manos de un niño mexicano,<sup>80</sup> o el perpetrado por unos “americanos” en la fábrica de pólvora de Santa Fe,<sup>81</sup> ambos en octubre de 1847. También hay comunicaciones enviadas por propietarios de licorerías o restaurantes, entre los que había civiles estadounidenses que fueron arrestados por mantener abiertos sus negocios después de las 6 de la tarde, lo cual contravenía la orden del 17 de octubre, ante la que alegaban inocencia o desconocimiento de la disposición.<sup>82</sup>

Otras misivas fueron enviadas por individuos que manifestaban haber sufrido abusos por parte de los soldados invasores, o haber sido apresados sin que se comprobara su responsabilidad en algún ilícito. Por ejemplo, Julio y Refugio Ramírez, vecinos de la capital, en una carta fechada el 27 de enero de 1848, narraron que dos días antes cuatro dragones del ejército invasor los despojaron de su caballo y de su dinero y, “no contentos con esta tropelía”, los llevaron presos a Palacio, donde aún permanecían al momento de redactar su escrito, por lo que pedían al gobernador concederles la libertad.<sup>83</sup>

El español Mateo de la Tixera acusó al estadounidense “Guillermo Bell” y a algunos carreteros del ejército de haberle golpeado y roto la cara “por varias [sic] partes” tras haberle solicitado la devolución de su caballo, el cual había sido comprado unos días antes a un mexicano, pero que fue llevado de su casa a la Aduana por los norteamericanos sin alguna explicación. El peninsular pedía que se juzgara al individuo que lo había agredido.<sup>84</sup>

Además de los casos mencionados, entre los documentos del vicegobernador existen solicitudes de clemencia para un hombre condenado a ser azotado,<sup>85</sup> de libertad

---

<sup>80</sup> AHSRE, Colección Belton-Carter, Libro 2, f. 9.

<sup>81</sup> *Ibidem*, f. 43.

<sup>82</sup> *Ibidem*, f. 67, 69, 169.

<sup>83</sup> *Ibidem*, f. 179-180.

<sup>84</sup> *Ibidem*, f. 194-195.

<sup>85</sup> *Ibidem*, f. 39.

para un ex soldado estadounidense, acusado de desertión,<sup>86</sup> o de clausura de dos pulquerías en la calle de Relox, donde algunos soldados se emborrachaban y provocaban desórdenes,<sup>87</sup> entre otras.

Más allá de esta fuente, en algunos periódicos de la capital se encuentran referencias al gobernador civil y militar. En el *American Star* y en el *Monitor Republicano* se mencionan casos en los que se recurrió al gobernador o en los que querían que éste interviniera en favor de la justicia. Todos ellos tenían que ver con los militares y su relación con los civiles.<sup>88</sup>

Desafortunadamente, con la correspondencia y con las fuentes hemerográficas no es posible saber si todas las denuncias fueron atendidas, ni si se les dio seguimiento. Lo que sí se puede afirmar es que la oficina del gobernador civil y militar jugó un papel muy importante en el periodo que abarca este trabajo, ya que se convirtió en el referente de los habitantes de la capital para lidiar con las autoridades castrenses y para manifestarse en contra de los abusos que algunos soldados cometían en la ciudad. Su eficacia, sin embargo, queda en duda. La existencia de este puesto nos hace suponer el interés que tuvieron los altos mandos del ejército en presentar una imagen de justicia y hacer ver a los mexicanos y a los militares que existía un órgano de gobierno, al cual podían dirigir sus inconformidades; no obstante, esto no significa que dicha instancia hubiera beneficiado a los capitalinos.

El cargo de gobernador civil y militar fue ocupado por tres generales. El primero de ellos fue John A. Quitman, quien estuvo al frente de la oficina desde la entrada del

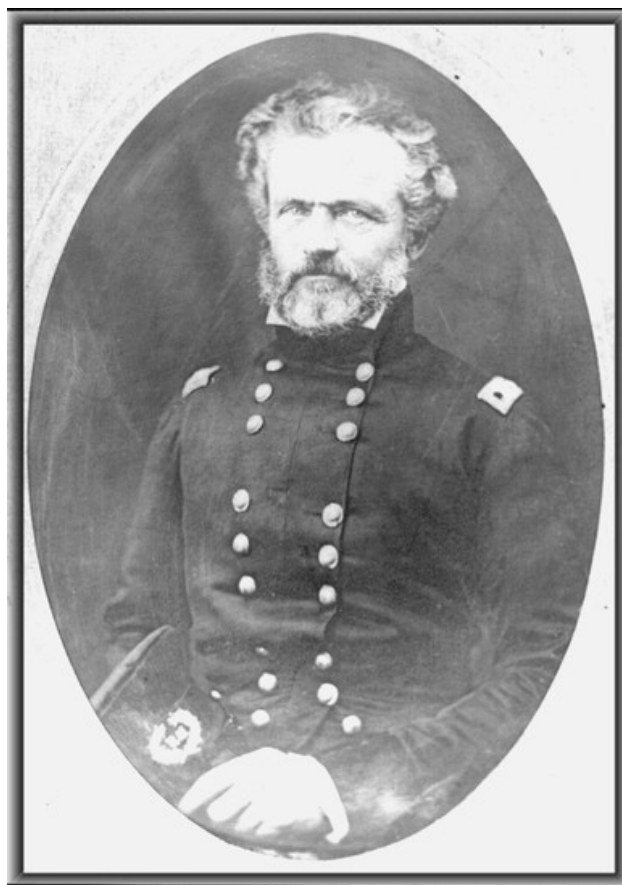
---

<sup>86</sup> *Ibidem*, f. 189.

<sup>87</sup> *Ibidem*, f. 187.

<sup>88</sup> “Disgraceful Affray” en *American Star*, 5 de diciembre de 1847, p. 2. “Poisoning a Soldier!” en *Ibidem*, 29 de diciembre de 1847, p. 3. “Ladrones” en *Ibidem*, 27 de abril de 1848, p. 2. *El Monitor Republicano*, 5 de octubre de 1847, p. 4, 3 de noviembre de 1847, p. 4, 5 de noviembre de 1847, p. 4, 11 de diciembre de 1847, p. 4, 18 de enero de 1848, p. 3, 26 de enero de 1848, p. 4.

ejército a la ciudad hasta el 25 de octubre,<sup>89</sup> es decir, en uno de los periodos más álgidos y violentos de la ocupación. Por ello, debió imponer una serie de medidas restrictivas en la ciudad, como la que prohibía la venta de licores después de las 6 de la tarde. Además, el general lidió con el comportamiento de los pobladores de la capital, entre los que se encontraban los léperos, a quienes él veía como “la población más infame con la que alguna ciudad haya sido maldecida”.<sup>90</sup> Quitman consideraba que “cinco de los siete millones de los habitantes del país eran bestias de carga, tan inteligentes como las mulas con las que compartían la carga”,<sup>91</sup> por lo que tratar con los mexicanos seguramente le resultó una tarea desagradable.



General John A. Quitman<sup>92</sup>

---

<sup>89</sup> Baker, *op. cit.*, p. 68.

<sup>90</sup> En inglés “the most infamous population with which any great city was ever cursed”. Citado en *Ibidem*, p. 66.

<sup>91</sup> Carta de Quitman al senador H. S. Foote, 15 de octubre de 1847 en *Chronicles of the Gringos. The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848. Accounts of Eyewitnesses and Combatants*, compilación de George Winston Smith y Charles Judah, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968, p. 396.

<sup>92</sup> <http://www.aztecclub.com/bios/quitman.htm>, consultado el 18 de agosto de 2011.

Las dificultades enfrentadas en el desempeño de su cargo y la idea de que su puesto no era digno de un militar con grado de mayor general lo llevaron a exigir a Scott su relevo. El comandante general le concedió la petición y el 1º de noviembre Quitman partió rumbo a Veracruz, junto con su esclavo, su secretario militar y 600 soldados dados de baja, heridos o enfermos.<sup>93</sup>

El relevo elegido fue el general Persifor F. Smith,<sup>94</sup> quien estuvo en el puesto durante casi todos los meses que duró la ocupación, hasta el 23 de mayo de 1848. Su administración se distinguió por tratar el problema de la inseguridad, pues se dio a la tarea de organizar un cuerpo de policía militar o guardia ciudadana,<sup>95</sup> formada por elementos de su ejército, con el fin de contar con patrullas estadounidenses en las calles de la capital y también para brindar una ocupación más productiva a aquellos soldados que se incorporaran. El organismo se estructuró a lo largo del mes de diciembre y trabajó desde inicios de 1848 hasta la retirada de los estadounidenses.<sup>96</sup>

Asimismo, el gobernador hizo que los bares solicitaran una licencia y que cerraran sus puertas desde el anochecer hasta las siete de la mañana, manteniendo así la postura de Quitman. Sin embargo, concedió a los hoteles y a algunos otros negocios el beneficio de permanecer abiertos y proporcionar bebidas alcohólicas en horas nocturnas.<sup>97</sup> Además, permitió la existencia de tres casas de juego, cuyos permisos fueron otorgados con el objeto de recolectar los impuestos que produjeran.<sup>98</sup>

Visto en retrospectiva, es posible advertir que la actitud de los dos primeros gobernantes de la ciudad no fue la misma: Quitman, al ocupar el cargo durante el primer

---

<sup>93</sup> Baker, *op. cit.*, p. 66-67.

<sup>94</sup> Smith había participado en la campaña de Taylor, destacándose en las batallas de Monterrey. En el centro de México, dirigió a las fuerzas invasoras durante la batalla de Padierna, ganando la admiración de sus compañeros.

<sup>95</sup> En inglés, "City Guard".

<sup>96</sup> Baker, *op. cit.*, p. 73-74.

<sup>97</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>98</sup> Orden del gobernador civil y militar del 30 de diciembre de 1847, *El Monitor Republicano*, 1 de enero de 1848, p. 4.

mes de la ocupación, tuvo que mostrarse más estricto y su prioridad fue mantener el orden en un momento que parece haber sido de mucha violencia. Smith, por su parte, también pensó en la conservación del orden, para lo cual se apoyó en los elementos del ejército que se encontraban ociosos en la capital mexicana. No obstante, a sabiendas de que la ocupación se prolongaría por meses, procuró utilizar los recursos que la población civil y los militares le otorgaron a través de actividades económicas y de recreación legales, para lo cual concedió permisos especiales a hoteles, bares y casas de juego.

El último en sostener el cargo de gobernador civil y militar estadounidense durante la ocupación de la ciudad de México fue Stephen W. Kearny, quien al principio de la guerra había participado en la toma de Nuevo México y California, llegando a ser gobernador militar de este último. A mediados de 1847 volvió a Washington, donde fue aclamado como el conquistador de California. Más adelante fue enviado a comandar al ejército instalado en Veracruz, y finalmente llegó a la ciudad de México. Su administración comenzó el 23 de mayo de 1848<sup>99</sup> y, como puede suponerse, su tarea fue asegurarse de que la desocupación de la metrópoli y de las oficinas del Palacio Nacional se realizaran con el mayor orden posible. Su labor en la ciudad y el cargo de gobernador civil y militar llegaron a su fin cuando salió rumbo a Veracruz, el martes 6 de junio de 1848.<sup>100</sup>

### **Los cuerpos de justicia**

Con el fin de administrar la justicia, las autoridades militares crearon cinco cuerpos: la Corte Marcial, el Consejo de Guerra, la Comisión Militar, la Corte de

---

<sup>99</sup> *American Star*, 24 de mayo de 1848, p. 1.

<sup>100</sup> *El Monitor Republicano*, 7 de junio de 1848, p. 4.

Investigación y la Junta de Oficiales.<sup>101</sup> Los primeros tres tenían el poder de juzgar a los acusados y dictar sentencias, mientras que los dos últimos investigaban y emitían recomendaciones para las autoridades correspondientes.<sup>102</sup>

La Corte Marcial juzgaba las faltas que cometían los militares estadounidenses a sus Artículos de Guerra.<sup>103</sup> Los soldados mexicanos y los civiles acusados de cometer crímenes en contra del ejército invasor o de las leyes bélicas eran sometidos a la autoridad del Consejo.<sup>104</sup> Por su parte, la Comisión Militar se encargaba de juzgar a pobladores y soldados no acusados de contravenir las leyes marciales o los Artículos de Guerra.<sup>105</sup>

Las Cortes de Investigación se establecieron para inquirir sobre la conducta de los oficiales cuando éstos se veían implicados o eran acusados de participar en algún ilícito, y sólo podían ser convocadas por el general en jefe. Fueron utilizadas tanto para limpiar la reputación de algún oficial, como para establecer el punto de partida de una corte marcial. Finalmente, las Juntas de Oficiales investigaban la conducta de oficiales y tropa.<sup>106</sup>

A pesar de la existencia de estos tribunales, en medio del desorden del primer mes de la ocupación, algunos soldados optaron por hacer justicia por su propia mano, lo que llevaría a cuestionar cuán eficientes fueron aquellos. En el periódico *Águila Mexicana* del 30 de septiembre se denunció que un empleado de una casa en la calle de San Bernardo había sido “llevado a la Alameda, colgado a un árbol, y en seguida [...] azotado por mano de un norteamericano y conducido allí por otros muchos”, al ser acusado de haber robado la rueda de un coche. El impreso informó que el verdadero

---

<sup>101</sup> En inglés, “Court-Martial”, “Council of War”, “Military Commission”, “Court of Inquiry” y “Board of Officers”, respectivamente.

<sup>102</sup> Baker, *op. cit.*, p. 91.

<sup>103</sup> *Ibidem*, p. 92.

<sup>104</sup> *Ibidem*, p. 93.

<sup>105</sup> *Ibidem*, p. 94.

<sup>106</sup> *Ibidem*, p. 96-97.

delincuente apareció después y el “mexicano inocente” quedó “muriendo en el lecho del dolor”.<sup>107</sup> Años más tarde, Niceto de Zamacois señaló el mismo hecho, añadiendo que después de azotarlo “hasta dejarle casi sin vida”, los estadounidenses “se alejaron en busca de otros individuos contra quienes descargar su saña”.<sup>108</sup> El *Monitor Republicano* reportó que en la esquina de Puente de San Francisco azotaron a un mexicano “por un hecho débil, poniéndole al pecho una espada y en seguida dándole cincuenta latigazos”.<sup>109</sup>

Richard Coulter, voluntario de Pennsylvania, anotó en su diario que, el 29 de septiembre, algunos miembros de la guardia que vigilaban la zona de su cuartel habían registrado casas para capturar a tres mexicanos quienes, supuestamente, habían apedreado a dos soldados. Los mexicanos fueron azotados sin juicio ni jurado previo, lo cual, según el estadounidense, era la manera ideal de tratar con ese tipo de personajes.<sup>110</sup>

Por otro lado, algunos soldados fueron castigados dentro de su corporación por los superiores. Entre las sanciones impuestas se encontraba la de amarrarlos por las muñecas a un árbol de la Alameda y sujetarles un pie al cinturón, de modo que sólo podían sostenerse sobre una extremidad.<sup>111</sup> El suplicio podía durar dos o tres días<sup>112</sup> y en este tiempo, los que lo sufrían eran alimentados solamente con pan y agua.<sup>113</sup>

También fue común ver a los militares sentados sobre un caballete de madera, en la misma posición por varios días<sup>114</sup> y expuestos a las inclemencias del tiempo. Otros

---

<sup>107</sup> Citado en *El Monitor Republicano*, 1 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>108</sup> Zamacois, *op. cit.*, p. 37.

<sup>109</sup> *El Monitor Republicano*, 1 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>110</sup> En inglés: “without judge or jury, the proper manner to deal with such characters”. *Volunteers. The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay, Company E, Second Pennsylvania Infantry*, edited by Allan Peskin, Kent, Ohio, The Kent State University Press, 1991, p. 197.

<sup>111</sup> Bloom, *op. cit.*, p. 166.

<sup>112</sup> “Escena V”, *op. cit.*, p. 48.

<sup>113</sup> García Cubas, *op. cit.*, p. 441.

<sup>114</sup> *Idem.* Ballentine, *op. cit.*, p. 282.



eran obligados a posarse al mediodía encima de un cañón que ardía por el sol,<sup>115</sup> o de pie sobre un barril, con “el brazo extendido y un peso en la mano”<sup>116</sup> o “colgádoles del cuello una botella, permaneciendo todo el día en una misma situación”.<sup>117</sup>

Según el soldado inglés George Ballentine, la tortura favorita de los superiores era la llamada “buck and gag”, que consistía en colocar al culpable sentado en el suelo con las piernas dobladas, de forma que las rodillas quedaran cerca de los hombros, y las manos amarradas al frente de las piernas. Luego un palo era atravesado debajo de sus rodillas y encima de sus brazos y, finalmente, una mordaza era colocada en su boca y amarrada con fuerza detrás de la cabeza. Así, sin poder moverse ni hablar, el castigado podía permanecer horas o días enteros, dependiendo del humor de su verdugo.<sup>118</sup>

Estos castigos eran parte de las medidas de disciplina que los oficiales imponían sobre la tropa y eran consecuencia de faltas consideradas menores, como robos o riñas entre los mismos soldados; por ello, la mayoría de los casos no pasaba por los tribunales castrenses. Aunque en un principio los actos de represión dentro de los cuerpos militares se llevaron a cabo en lugares públicos, pronto se trasladaron al interior de los cuarteles y dejaron de practicarse con regularidad.<sup>119</sup>

Probablemente, tanto los azotes como los castigos a los militares eran realizados con el fin de que los habitantes de la urbe y los soldados escarmentaran y se dieran cuenta que la indisciplina y la insubordinación tenían consecuencias físicas. Azotar a un lépero en una plaza o dejar castigado en la Alameda por varios días a un voluntario rebelde servían como ejemplo de lo que le podía pasar a los que promovieran el desorden y la delincuencia en la ciudad.

---

<sup>115</sup> Prieto, *Mi guerra del 47*, *op. cit.*, p. 89.

<sup>116</sup> García Cubas, *op. cit.*, p. 441.

<sup>117</sup> “Escena V”, *op. cit.*, p. 48.

<sup>118</sup> Ballentine, *op. cit.*, p. 282.

<sup>119</sup> “Escena V”, *op. cit.*, p. 48.

En los meses siguientes algunos militares continuaron haciendo justicia por propia mano en los cuarteles y fuera de ellos, sin embargo, a partir de noviembre de 1847 las corporaciones parecen haber tomado una mayor importancia y un gran número de individuos —desde algunos “léperos”, pasando por habitantes de una posición económica elevada, hasta oficiales de ocupación, e inclusive el propio general en jefe, Winfield Scott— fueron sometidos a los tribunales de justicia militar estadounidense. Los castigos, al basarse en las leyes militares de los invasores, fueron mal vistos por los ciudadanos. Uno de los primeros casos que originó descontento entre la población ocurrió en el mes de noviembre, cuando la Comisión Militar juzgó a Francisco Flores, un mexicano acusado de “haber descargado una pistola con intento de matar”.<sup>120</sup> La comisión lo encontró culpable y lo sentenció a: “estar encerrado, engrillado, y a recibir veinticinco azotes en la espalda desnuda, en medio de la plaza, por cuatro semanas sucesivas; a la espiración de cuyo tiempo se le rapará la cabeza y se le pondrá en libertad”.<sup>121</sup>

El primer día señalado para azotarle fue el lunes 8 de noviembre. En esta fecha, cuando la sentencia se estaba llevando a cabo y ante la mirada de desconcierto de los pobladores, una multitud de léperos o “blanketmen” (“hombres de la frazada”)<sup>122</sup>— como los editores del *North American* los denominaban—comenzaron a arrojar piedras sobre los ejecutores del castigo y los demás soldados que ahí se hallaban, entre los que había algunos miembros del cuerpo de dragones; estos últimos dispersaron al gentío por los portales de la plaza y se hicieron de prisioneros.<sup>123</sup>

A su vez, el Ayuntamiento mandó “una comunicación al Gobernador militar pidiéndole la abolición de esa pena extraordinaria y desconocida en México, haciéndole

---

<sup>120</sup> *American Star*, 11 de noviembre de 1847, p. 3.

<sup>121</sup> *Idem*.

<sup>122</sup> “Row in the Gran Plaza” en *The North American*, 9 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>123</sup> “Punishment” en *American Star*, 9 de noviembre de 1847, p. 2. Coulter, “November 8” en *Volunteers*, *op. cit.*, p. 213-214.

ver las dificultades que su aplicación podía traer”.<sup>124</sup> Sin embargo, la petición no fue atendida y el castigo siguió ejecutándose en las siguientes semanas.

La reacción general ante la pena impuesta por los estadounidenses se debió, no sólo al hecho de que los ejecutores fueran los invasores, sino también a lo que marcó el Ayuntamiento, es decir, que los azotes eran una pena que había sido abolida en México y esta imagen, tan violenta y humillante, no había sido presenciada por muchos pobladores. Aunque aún estaba vigente la pena de muerte, los castigos corporales aplicados en la ciudad en tiempos de “paz” tenían más que ver con grillos, cadenas o el encierro.<sup>125</sup> Los pobladores no

La segunda parte de la sentencia se llevó a cabo el 15 de noviembre a las tres de la tarde. Flores, junto con otros dos reos, fue escoltado desde el Palacio hasta el sitio destinado para el castigo: un farol con un palo atravesado en forma de cruz.<sup>126</sup> Alrededor de éste y a los costados de la plaza, un grupo de dragones y de infantería vigilaban a la población para permitir que el acto se llevara a cabo sin interrupciones.<sup>127</sup> Lo que siguió es descrito de forma detallada y dramática en el *Undécimo calendario de Abraham López*:

Le quitaron el zarape, después la camisa, y en seguida le amarraron las manos de las extremidades [*sic*] de los cordeles que tenía el palo transversal, y lo amarraron de la cintura contra el pie del farol. A continuación un yankee con toda la fuerza posible, y con la entereza de una furia, con un chicote de los carreteros, le plantó en las espaldas veinticinco latigazos, tan terriblemente dados, que estamos persuadidos, que si á nuestro Señor Jesucristo, este americano le da doscientos, sin duda alguna muere nuestro Divino Maestro, en cuanto hombre, y se le ahorra llevar la cruz al Calvario. La víctima gritaba con todas sus fuerzas; pero a la manera que iba aumentando el número de azotes, iba perdiendo la voz; cuando habían llegado á los diez y ocho, ya el ejecutado había perdido los sentidos, y parecía que estaba muerto; pero el ejecutor continuó su oficio con la mayor indiferencia. Desatado este hombre desgraciado del aparato, cayó súbito al suelo sin sentidos.<sup>128</sup>

---

<sup>124</sup> Villaseñor, *op. cit.*, p. 295-296.

<sup>125</sup> Salvador Rueda Smithers, *El diablo de Semana Santa. El discurso político y el orden social en la ciudad de México en 1850*, México, INAH, (Colección Divulgación), 1991, p. 48-51.

<sup>126</sup> Prieto, *Mi guerra del 47*, *op. cit.*, p. 91.

<sup>127</sup> “Escena V”, *op. cit.*, p. 47.

<sup>128</sup> *Idem.*, p. 47-48.

En esta ocasión, los pobladores solamente observaron el suplicio, y ya no intentaron atacar a los invasores.<sup>129</sup>



*Los azotes dados por los americanos.*<sup>130</sup>

Pocos días después, el 20 de noviembre, cuatro de los individuos que habían sido apresados el día 8 fueron juzgados por aventar piedras a los militares. Dos de ellos fueron declarados culpables por la comisión militar<sup>131</sup> y condenados a recibir treinta y nueve azotes,<sup>132</sup> así que el tercer lunes se unieron al martirio público de Flores.

Durante el resto del año, esta forma de castigo se siguió aplicando. La comisión militar sentenció a otros mexicanos por delitos como robo, intento de robo, latrocinio, conducta desordenada y robo de carteras,<sup>133</sup> y también algunos soldados extranjeros

---

<sup>129</sup> Coulter, "November 15" en *Volunteers, op. cit.*, p. 215.

<sup>130</sup> *Undécimo calendario, op. cit.*, p. 48-49.

<sup>131</sup> "By Authority" en *American Star*, 23 de noviembre de 1847, p. 1.

<sup>132</sup> Baker, *op. cit.*, p. 99.

<sup>133</sup> "By Authority" en *American Star*, 28 de noviembre de 1847, p. 1, 2 de diciembre de 1847, p. 1, 15 de diciembre de 1847, p. 1, 21 de diciembre de 1847, p. 1.

fueron azotados por robar en las calles o dentro de las casas<sup>134</sup> e incluso alguno por haberle disparado a una mula.<sup>135</sup>

Según se narra en la *Breve reseña histórica*, la ejecución del castigo llegó a convertirse en un espectáculo para los “léperos” y para los que transitaban por la Plaza Mayor:

Fue de notarse, que los mismos que se indignaron la primera ocasión que vieron tratar tan mal a su compatriota, concurrían solícitos los días de flagelación a presenciar el espectáculo, no con menos interés que el que los lleva a una corrida de toros: y la primera tarde que faltó el castigo, no abandonaron la plaza, hasta que la venida de la noche les quitó la esperanza de satisfacer su curiosidad. Se retiraron entonces con el mismo disgusto con que sale del teatro un muchacho, cuando algún accidente inesperado hace que no se ejecute la pieza divertida que esperaba ver.<sup>136</sup>

Ello nos hace ver que, así como con otros aspectos de la ocupación extranjera, la población se acostumbró a las normas implantadas por los invasores. Sin embargo, a partir de enero de 1848 el castigo de los azotes dejó de ser utilizado, en gran medida debido a las gestiones del nuevo gobierno de la ciudad.<sup>137</sup>

Cabe señalar que la Comisión Militar no sólo imponía la pena de los azotes y que juzgaba tanto a mexicanos como a estadounidenses. Dos de estos últimos fueron sentenciados por asesinato. El primero fue el soldado John Reynolds, procesado por cometer el homicidio de Dolores García, una mexicana, la noche del 25 de noviembre de 1847. El acusado fue hallado culpable y se le condenó a ser colgado del cuello hasta morir.<sup>138</sup> La sentencia de Reynolds fue ejecutada en una horca levantada en el cementerio de San Francisco la mañana del lunes 20 de diciembre.<sup>139</sup> El otro soldado juzgado por la comisión militar fue Felix Leggitt, denunciado por asesinar de un tiro al

---

<sup>134</sup> *Ibidem*, 21 de diciembre de 1847, p. 1.

<sup>135</sup> “Punishment” en *Ibidem*, 30 de noviembre de 1847, p. 2. *El Monitor Republicano*, 30 de noviembre de 1847, p. 4.

<sup>136</sup> *Breve reseña histórica*, *op. cit.*, p. 56-57.

<sup>137</sup> Tema que se tratará más adelante.

<sup>138</sup> En inglés, “to be hanged by the neck until he is dead, dead, dead”. “By Authority” en *American Star*, 19 de diciembre de 1847, p. 1.

<sup>139</sup> “Ejecución” en *Ibidem*, 21 de diciembre de 1847, p. 4. *El Monitor Republicano*, 22 de diciembre de 1847, p. 4.

mexicano José de la Luz Casiga la tarde del 14 de diciembre.<sup>140</sup> También fue encontrado culpable y murió ahorcado en la Plazuela de San Lázaro el 5 de enero.<sup>141</sup>

La Comisión Militar, sin embargo, no fue la única instancia que se mantuvo activa durante la ocupación. Una corte marcial juzgó al sargento James Bonnam y al cabo Edward Hill “del quinto de infantería del ejército de los Estados Unidos, por conducta sediciosa y borrachera, mientras estaban de guardia” el 20 de septiembre de 1847. Ambos fueron declarados culpables y sentenciados a ser fusilados, aunque la sentencia no se llevó a cabo “a petición de los oficiales y comandantes de la división”.<sup>142</sup>

Por su parte, una Junta de Oficiales formada a inicios de noviembre se encargó de indagar sobre la conducta de algunos miembros del 3er Regimiento de Dragones, los cuales habían sido acusados de atacar a un español, al que “se le amarró y zambulló tres veces en un tanque o pila de agua, dejándole en seguida colgando un buen espacio de tiempo”, porque éste no quiso admitir una moneda falsa a cambio de lo que habían consumido los soldados.<sup>143</sup> La Junta se reunió e interrogó a ocho testigos, pero esto no fue suficiente para llegar a alguna resolución, por lo que se recurrió al gobernador Smith. Sin embargo, aunque éste halló responsabilidad por parte de los dragones, lamentó que éstos ya habían dejado la ciudad y, en consecuencia, quedado fuera de su jurisdicción, permaneciendo impune el ilícito.<sup>144</sup>

Un Consejo de Guerra formado a inicios de enero de 1848 se encargó de juzgar a cuatro mexicanos acusados de promover la desertión entre las filas estadounidenses. Tres de los señalados fueron liberados ante la falta de pruebas; sin embargo, el cuarto de

---

<sup>140</sup> “By Authority” en *American Star*, 6 de enero de 1848, p. 1.

<sup>141</sup> “Ejecución” en *Ibidem*, 6 de enero de 1848, p. 4. *El Monitor Republicano*, 6 de enero de 1848, p. 4.

<sup>142</sup> “Corte Marcial” en *American Star*, 23 de septiembre de 1847, p. 3.

<sup>143</sup> “Prensa periódica de la capital” en *El Monitor Republicano*, 14 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>144</sup> Baker, *op. cit.*, p. 99-108.

ellos, José de la Luz Vega fue encontrado culpable y condenado a morir fusilado.<sup>145</sup> Este caso llamó mucho la atención, ya que Vega fue el primer mexicano en ser condenado a muerte por los tribunales de la ocupación. La fecha programada por el consejo para llevar a cabo la sentencia era el 27 de enero, no obstante fue pospuesta por órdenes de Scott en dos ocasiones.<sup>146</sup> Finalmente, ante una duda en cuanto a la suficiencia de pruebas en el caso, el 7 de febrero el general en jefe emitió una orden para poner en libertad a Vega, aunque también anunció que en un futuro los casos similares, los acusados serían tratados con menor clemencia.<sup>147</sup>

El siguiente caso importante de justicia militar involucró al propio Winfield Scott y a los generales William J. Worth y Gideon J. Pillow. Este último había hecho reclamos anónimos en la prensa estadounidense y enviado un escrito al presidente Polk y al secretario de guerra estadounidense William L. Marcy<sup>148</sup> manifestando que en los partes de guerra sobre las acciones del Valle de México enviados por Scott a Washington, ni a él ni a Worth se les otorgaba el mérito que les correspondía.<sup>149</sup> Además, “se tuvieron noticias de que, en un intento de negociación con [...] Santa Anna, ocurrido tras la toma de Puebla en el mes de julio, Winfield Scott había entregado \$10,000.00 dólares procedentes de los recursos asignados al servicio secreto, pero que las negociaciones no se habían podido concretar”.<sup>150</sup>

Polk aprovechó esta situación para intentar empañar la imagen del general en jefe en Estados Unidos, quien se había convertido en un posible candidato a la

---

<sup>145</sup> “By Authority” en *American Star*, 27 de enero de 1848, p. 1.

<sup>146</sup> “Reprieved” en *The North American*, 28 de enero de 1848, p. 2. “Luz Vega” en *El Monitor Republicano*, 2 de febrero de 1848, p. 3.

<sup>147</sup> “By Authority” en *American Star*, 8 de febrero de 1848, p. 1.

<sup>148</sup> Nathaniel Cheairs Hughes, Jr., “Gideon Pillow” en *The United States and Mexico*, *op. cit.*, p. 321.

<sup>149</sup> Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 223-227.

<sup>150</sup> Eduardo Mújica López, “Organizando la expansión: la construcción de políticas militares en Estados Unidos tras la guerra contra México (1848-1857)”, Tesis de doctorado en historia moderna y contemporánea, México, Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, 2010, p. 40.

presidencia por los whig, con mucha popularidad.<sup>151</sup> Basándose en las declaraciones de Pillow,<sup>152</sup> el presidente ordenó a Scott entregar el mando para iniciar una averiguación en torno a la campaña del Valle de México y a las declaraciones de los demás generales. Es preciso aclarar que Pillow era un hombre muy cercano a Polk, lo cual le había beneficiado para llegar a comandar a las tropas estadounidenses, a diferencia de Scott, quien era un militar de carrera y que, además, había ganado popularidad en Estados Unidos, a diferencia del presidente, su enemigo a vencer en la política.

El general en jefe fue sucedido por William O. Butler el 18 de febrero de 1848. Acto seguido, se instaló una corte de investigación que se encargaría de indagar en el caso y en las acusaciones, labor que se realizó en la capital hasta el 21 de abril. Scott partió rumbo a Veracruz el día siguiente para regresar a los Estados Unidos, donde la corte reanudó su trabajo en Frederick, Maryland, entre junio y julio del mismo año. Al final, el organismo concluyó que la evidencia no era suficiente para continuar con los procedimientos.<sup>153</sup> Por su parte, Butler permaneció como general en jefe del ejército estadounidense en México desde febrero hasta la retirada de las tropas invasoras, a mediados de 1848.

El último caso notable de justicia militar en la ciudad de México durante la etapa de la ocupación tuvo que ver con soldados y civiles extranjeros e inició con el asalto a la casa de los comerciantes Muriel y Hermanos, en el número 5 de la calle de Palma. En dicho suceso, ocurrido la noche del 4 de abril de 1848, aproximadamente una decena de individuos salió de los balcones del hotel de la Bella Unión —ubicado en la esquina de Palma y Refugio<sup>154</sup>— y caminaron por encima de algunas casas para colocarse en el techo del número 5 y desde ahí descendieron al patio usando una escalera de cuerdas

---

<sup>151</sup> *Idem.*

<sup>152</sup> William B. Skelton, “Polk-Scott Feud” en *The United States and Mexico, op. cit.*, p. 329-331.

<sup>153</sup> *Idem.*

<sup>154</sup> Hoy 16 de septiembre.



con el objeto de saquear el interior del domicilio. En el intento de robo, Manuel Zorrilla, un empleado español, disparó a los asaltantes hiriendo a uno de ellos, tras lo cual otro de los ladrones dejó salir un tiro matando a Zorrilla. Todos los delincuentes, excepto el que resultó herido, huyeron, aunque en los días siguientes fueron aprehendidos.<sup>155</sup>

El incidente llamó la atención de la opinión pública no sólo por haber sucedido en la zona céntrica de la metrópoli y por haber afectado a la clase comerciante, sino porque entre los acusados se encontraban cuatro oficiales,<sup>156</sup> junto con otros soldados y un civil estadounidense, así como un francocanadiense.<sup>157</sup>

Para juzgarlos se formó una comisión especial, la cual después de las investigaciones, que incluyeron declaraciones de los testigos mexicanos,<sup>158</sup> los encontró culpables y condenó a dos oficiales de voluntarios y a uno de infantería, así como al individuo francocanadiense a morir ahorcados.<sup>159</sup> Quizá la comisión vio este caso como una buena oportunidad para mostrarle a los capitalinos que las autoridades militares hacían justicia de forma imparcial, sin importar si los acusados eran mexicanos o extranjeros, ni si eran soldados de tropa u oficiales. También se podría pensar que ésta fue una forma de hacer ver a los cuerpos de voluntarios que era necesario mantener la disciplina militar para no sufrir las consecuencias. La sentencia se llevaría a cabo en la mañana del 25 de mayo en una horca construida para la ocasión en el patio de la Ciudadela;<sup>160</sup> sin embargo ese mismo día la ejecución fue suspendida por órdenes de Butler.<sup>161</sup>

---

<sup>155</sup> “México, 18 de mayo de 1848” en *México ante los ojos*, *op. cit.*, p. 127. Villaseñor, *op. cit.*, p. 322-323. Alcaraz, *et.al.*, *op. cit.*, p. 417-418.

<sup>156</sup> “The Special Commission” en *American Star*, 23 de abril de 1848, p.2. Jay, *op. cit.*, p. 174.

<sup>157</sup> “El robo reciente” en *El Monitor Republicano*, 8 de abril de 1848, p. 4.

<sup>158</sup> *Ibidem*, 1 de mayo de 1848, p. 4.

<sup>159</sup> “Comisión especial” en *Ibidem*, 18 de mayo de 1848, p. 4. “To be Hung” en *American Star*, 25 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>160</sup> *El Monitor Republicano*, 25 de mayo de 1848, p. 4.

<sup>161</sup> “A última hora” en *El Eco del Comercio*, 25 de mayo de 1848, p. 4. “Respited” en *American Star*, 26 de mayo de 1848, p. 3.

De acuerdo con algunos testimonios, la decisión del general provocó descontento entre algunos mexicanos y oficiales estadounidenses quienes, según el *Monitor Republicano*, consideraron que la ejecución de la sentencia haría conservar el honor del ejército.<sup>162</sup> Por su parte, Carlos María de Bustamante, quien moriría en septiembre de ese año, manifestó que todo el proceso había sido un “chasco” y que el indulto era “tan criminal como el delito mismo”.<sup>163</sup> Para esos momentos, la ratificación del tratado de paz parecía estar cercana y, según el coronel Ethan Allen Hitchcock, el general en jefe planteó que no había ley que ordenara “ejecutar a la gente por asesinato”, y que si se firmaba el tratado no habría “necesidad de ejecutar a estos criminales y que él no podría tranquilizar a su conciencia si los ahorcara sin ley ni necesidad”.<sup>164</sup> Con ello, la sentencia quedó sin cumplirse.

Semejantes escenas muestran que los organismos y los sistemas de justicia establecidos por el ejército invasor estuvieron activos durante la ocupación e influyeron en la vida y en el comportamiento de los militares y de los pobladores civiles de la capital. Asimismo, se aprecia que algunos casos judiciales llamaron la atención pública más que otros, debido a los personajes que se vieron involucrados, al sitio en el que ocurrieron los hechos, a la sentencia que se dictó o al tipo de ilícito que se cometió.

Entre septiembre de 1847 y junio de 1848, la violencia y los crímenes estuvieron presentes en las calles de la ciudad, sin embargo la mayoría de los casos no llegó a los tribunales. En el centro y sobre todo en los barrios de los alrededores, ni las autoridades militares ni las civiles tuvieron la capacidad de controlar por completo a los criminales locales y foráneos. La impunidad estuvo presente en casi toda la ciudad a lo largo de los nueve meses.

---

<sup>162</sup> *El Monitor Republicano*, 26 de mayo de 1848, p. 4.

<sup>163</sup> Bustamante, “29 de mayo [de 1848]” en *op. cit.*

<sup>164</sup> “25 de mayo [1848]” en *México ante los ojos, op. cit.*, p. 127.

## **El gobierno civil**

Las autoridades civiles de la ciudad de México funcionaron durante la ocupación pese a la partida de las autoridades de la república. No hay que olvidar que, aunque los poderes de la nación residían en la capital, ésta contaba con un cuerpo de gobierno: el Ayuntamiento, el cual quedó supeditado al gobierno militar durante el sometimiento de la capital.

De acuerdo con la ley del 28 de abril de 1845 sobre la erección de municipalidades y ayuntamientos, algunas de las funciones de éstos eran:

- I. Cuidar de la limpieza de las calles, mercados y plazas públicas, hospitales, cárceles y casas de caridad y beneficencia.
- II. Velar sobre la calidad de los alimentos y bebidas de todas clases.
- III. Cuidar que en todos los pueblos haya cementerios, según las disposiciones vigentes, o las que en lo sucesivo se dictaren.
- IV. Cuidar de la disecación de los pantanos y de que se dé corriente a las aguas estancadas e insalubres.
- V. Cuidar de remover todo lo que en los pueblos que estén a su cargo pueda alterar la salud pública y la conservación de los ganados. [...]
- VII. Dar oportunamente al subprefecto noticia de las enfermedades reinantes en su territorio, tomando desde luego las providencias conducentes para evitar el progreso del mal [...]
- X. Estará a cargo de los ayuntamientos la buena administración y arreglo de los hospitales, casa de expósitos y de educación, así como la de los establecimientos científicos y de beneficencia que se mantengan de los fondos del común. [...]
- XII. Cuidar de la conservación y propagación de la vacuna, según las disposiciones que existen o que en lo sucesivo se dictaren.
- XIII. Cuidarán los ayuntamientos de que las fuentes públicas estén bien conservadas, aseadas y con agua en abundancia.
- XIV. Procurarán que las calles estén rectas, empedradas y en las noches alumbradas; [...].
- XV. Procurarán se hagan plantíos de árboles, prefiriendo los frondosos: que haya paseos públicos, que estos se adornen del mejor modo y se mantengan en buen estado.
- XVI. Cuidarán de la conservación de los caminos del Departamento que pasen por el territorio de la municipalidad. [...].<sup>165</sup>

De septiembre de 1847 a junio de 1848, el Ayuntamiento siguió a cargo de todas las funciones enunciadas, así como la conservación del orden y una tarea más que Scott le encomendó: la recaudación de los fondos necesarios para la subsistencia de los presos

---

<sup>165</sup> Citado en *Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, comp. Hira de Gortari Rabiela y Regina Hernández Franyuti, México, Departamento del Distrito Federal, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988, Tomo I, p. 235.

de guerra mexicanos y una contribución de 150,000 pesos para el mantenimiento del ejército invasor, incluyendo su alimentación, armamento y el cuidado de los soldados heridos.<sup>166</sup> No fue una labor fácil y, por las circunstancias, muchas de las funciones fueron poco atendidas.

El Ayuntamiento encabezado por Manuel Reyes Veramendi jugó un papel importante en los primeros días de la ocupación, pues ante las amenazas del general estadounidense de permitir a sus tropas el saqueo en toda la ciudad, exhortó a la población a dejar las armas y a cesar los combates callejeros. Desde esos días, el gobierno de la ciudad tuvo que lidiar con las autoridades extranjeras, quienes exigían el pago de las contribuciones mencionadas y el cumplimiento del resto de las tareas, lo cual resultaba extremadamente difícil en tiempos de guerra.

Para enfrentar el problema de los impuestos, se utilizó el producto de todas las rentas públicas de la ciudad: una parte se asignó a los gastos de un cuerpo de policía mexicano de 600 hombres, autorizado por Scott y encargado de mantener la salubridad, el orden y la seguridad,<sup>167</sup> y el resto se ocupó en el sostenimiento del ejército invasor y de los prisioneros mexicanos. La formación del cuerpo de policía se prolongó por varias semanas. En primer lugar, fue necesario reunir individuos que pudieran y, sobre todo, que estuvieran dispuestos a garantizar la seguridad de la ciudad. Con el ejército invasor rondando las calles, y tras presenciar los enfrentamientos de los primeros días y sus resultados, es lógico pensar que pocos desearan pertenecer a la corporación. Esto explica que un mes después de iniciada la ocupación, este cuerpo seguía sin estar listo,<sup>168</sup> por lo que el desorden y la inseguridad continuaban. En segundo lugar, fue preciso armar a los hombres, lo cual representó una enorme dificultad, dado que el Ayuntamiento no contaba con el material suficiente, como lo prueba un aviso inserto en

---

<sup>166</sup> Berge, *op. cit.*, p 240.

<sup>167</sup> *Testimonios de una guerra, op. cit.*, p. 285.

<sup>168</sup> *American Star*, 20 de octubre de 1847, p. 4.

el *Monitor Republicano* a inicios de octubre, en el que Reyes Veramendi ofrecía comprar fusiles con bayoneta a quienes desearan venderlos en la Diputación.<sup>169</sup>

Finalmente, se logró formar el cuerpo de policía, aunque con ello no terminaron los problemas, pues la inseguridad, la violencia y los robos continuaron, y desafortunadamente, algunos de los miembros de la nueva corporación no cumplieron con su labor, por lo cual fueron criticados y denunciados en la prensa de la capital. El periódico *El Mexicano* del 11 de noviembre reprochó a los agentes al mencionar que: “son los mismos que antes; [...] todavía se les ve vagar por las calles en paseo; [...] todavía se están en las tabernas; [...] todavía andan con ramerías; [...] en fin, no son verdaderos y celosos vigilantes de las leyes”.<sup>170</sup> El *Monitor*, a inicios de diciembre, informó que algunos individuos de la fuerza policiaca fueron descubiertos jugando a la baraja en la Alameda, en vez de estar cumpliendo con su labor, infracción que les valdría la destitución.<sup>171</sup>

Con esto, podemos darnos cuenta que muchos de los individuos que pertenecían al cuerpo de policía no contaban con la disciplina requerida. Se podría pensar que su ingreso atendía más a una necesidad de obtener trabajo que al deseo de proteger a los pobladores de la ciudad y de cooperar con las autoridades en la conservación del orden.

Otro problema que enfrentó el Ayuntamiento tuvo que ver con los prisioneros de guerra mexicanos, entre los que se encontraban algunos heridos, y que habían sido recluidos en la cárcel de la ex Acordada. Aunque en un principio estuvieron bajo el cuidado de los estadounidenses, pronto los concejales se involucraron, respondiendo a llamados de atención y de auxilio de algunos presos y del arzobispo de México, Juan Manuel Irisarri, quienes se quejaban de las malas condiciones en que se encontraban, sobre todo los lisiados. Por ejemplo, “en el Cabildo de 1º de octubre, el regidor Sr.

---

<sup>169</sup> “Escitativa [sic]” en *El Monitor Republicano*, 1 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>170</sup> Citado en “Prensa periódica de la capital” en *Ibidem*, 14 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>171</sup> *Ibidem*, 2 de diciembre de 1847, p. 4.

[Leandro] Pinal, comisionado para visitar a los prisioneros y escuchar sus quejas, presentó un pambazo de pésima calidad para demostrar lo mal alimentados que aquéllos estaban”.<sup>172</sup>

Por otro lado, en el *Monitor* del 9 de octubre se publicó una carta escrita por “Un prisionero”, en la que pedía ayuda económica a la municipalidad, y mencionaba que

Gefes [*sic*] y oficiales de buenos y antiquísimos servicios, se hallan hoy sumergidos en la más espantosa miseria, y no pocos de ellos mutilados de sus miembros, postrados aun en el lecho del dolor. [...] ni el general en gefe [*sic*] enemigo ha cumplido con los deberes que le imponen el derecho de guerra y el de gentes, ni las autoridades de esta capital han hecho nada a favor de esos infelices.<sup>173</sup>

Fue entonces cuando la corporación brindó apoyo médico y económico a muchos de los prisioneros de guerra y abogó por su liberación,<sup>174</sup> la cual se logró hacer efectiva el 22 de diciembre. Tras esto, se les hizo rubricar un resguardo en el que juraban no tomar las armas contra los soldados de Estados Unidos. Dicho documento también lo firmaron el arzobispo Irisarri y el alcalde Manuel Reyes Veramendi.<sup>175</sup>

Sin embargo, y a pesar de los buenos resultados, el proceso por el cual se puso en libertad a los reclusos fue distanciando al gobierno civil de las autoridades invasoras, las cuales mostraban cada vez mayor antipatía hacia aquél. A este desagrado se sumó la prensa estadounidense de la ciudad, que expresaba su deseo de que el cuerpo se disolviera para instalar un “concejo americano”, o aunque fuera, uno pro-estadounidense, que viera por los intereses comerciales y políticos del vecino del Norte.<sup>176</sup>

No sólo el tema de los prisioneros, sino también la postura política del Ayuntamiento, y su trabajo en sintonía con el gobierno moderado de Querétaro

---

<sup>172</sup> Villaseñor, *op. cit.*, p. 260.

<sup>173</sup> “Remitido” en *El Monitor Republicano*, 9 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>174</sup> *Ibidem*, 18 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>175</sup> *Ibidem*, 23 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>176</sup> “The Ayuntamiento” en *American Star*, 21 de noviembre de 1847, p. 2.

provocaron que los invasores buscaran —y finalmente encontraran— la manera de deshacerse de la corporación e instalar una nueva, más acorde con sus intereses. La solución les llegó de forma circunstancial, ya que las elecciones para renovar al Ayuntamiento estaban programadas para inicios de diciembre, situación que aprovecharon los estadounidenses y un grupo de políticos liberales puros.

Aunque en un inicio el gobierno ciudadano estaba preparado para llevar a cabo las votaciones, un decreto del presidente Pedro María Anaya, que prohibía llevar a cabo elecciones en cualquier punto del país ocupado por el ejército de Estados Unidos,<sup>177</sup> le hizo cambiar de opinión y suspender el ejercicio democrático. Sin embargo, una Junta de Electores formada por los opositores al gobierno moderado siguió adelante con las votaciones en las fechas planeadas (los domingos 5, 12 y 19 de diciembre), y eligieron a un grupo de representantes puros, encabezados por Francisco Suárez Iriarte, quien en ese momento aún era diputado al congreso general aunque había permanecido en la capital.<sup>178</sup>

Esto sucedió mientras el cabildo moderado calificaba de ilegales los comicios ya realizados e intentaba enmendar el camino al manifestar que sí se podría efectuar la renovación del cuerpo municipal, para lo cual programaron los domingos 19 y 26 de diciembre y el 2 de enero. No obstante, sólo tuvieron tiempo de celebrar las elecciones primarias, ya que el día de Navidad el gobernador Smith ordenó declarar legales los comicios ya culminados, y esa misma jornada se dio posesión de sus cargos a los nuevos regidores, alcaldes y síndicos.<sup>179</sup> Algunos de los periódicos de la ciudad dejaron ver su postura: el *Star* celebró la disolución del antiguo ayuntamiento y aprovechó para

---

<sup>177</sup> Orden de Pedro María Anaya, Querétaro, 26 de noviembre de 1847, en *Ibidem*, 2 de diciembre de 1847, p. 3.

<sup>178</sup> Berge, *op. cit.*, p 244.

<sup>179</sup> *El Monitor Republicano*, 25 de diciembre de 1847, p. 3. “The Ayuntamiento” en *American Star*, 25 de diciembre de 1847, p. 2.

criticar sus labores y su falta de colaboración con las autoridades militares,<sup>180</sup> mientras que el *Monitor*, de tendencia moderada, expuso su descontento (como lo había hecho constantemente desde el 5 de diciembre) por el triunfo del ayuntamiento “ilegal”.<sup>181</sup>

A pesar de las críticas, el nuevo concejo inició sus labores, tomando el título de “Asamblea Municipal” y teniendo como guía un documento que había publicado el 17 de diciembre: las *Instrucciones otorgadas por la Junta General de Electores a los representantes de la Ciudad y Distrito de México*, en el cual manifestaban su postura política y sus intenciones.

Las instrucciones eran las siguientes:

1ª. El Distrito tiene todos los elementos para formar un cuerpo político perfecto: necesita una organización social adaptada al siglo que vivimos, y que su administración sea sencilla y poco dispendiosa.

2ª. Su sistema rentístico es vicioso, y se pide la supresión de aduanas y monopolios, que se sustituyan por contribuciones directas, distribuidas equitativamente sobre la riqueza raíz, reconocida por datos estadísticos que ministre la formación del catastro.

3ª. La policía en todos sus ramos, principalmente la de seguridad, y la administración de justicia, apenas se conoce entre nosotros, porque jamás se pensó en la formación de un registro, ni en la institución de jurados: ambos trabajos se encargan de preferencia a los ciudadanos que forman la asamblea.

4ª. Así como se ha consignado en principio, que al pueblo exclusivamente le corresponde legislar, es indispensable reconocer en él sólo el derecho de juzgar sobre los delitos, por medio de sus jurados, suprimiéndose en consecuencia todo fuero, tanto en lo criminal como en lo civil.

5ª. La asamblea extraordinaria, que ahora se va a instalar, tiene que encontrarse en posiciones bien difíciles en las cuestiones políticas que se agoten sobre la suerte de la nación. No es remoto llegue el momento solemne de que a las autoridades se les anuncie se salve quien pueda. Para este triste caso, pero posible, salven los representantes de México, la independencia de su administración interior, y que la nueva confederación en que encontrare le proporcione respetabilidad en el exterior, paz, orden, prosperidad y libertad de pensamiento y conciencia en el interior.

6ª. Mientras la suerte de esta ciudad y su Distrito sea la de hallarse ocupados por un ejército extranjero, consérvase constantemente la asamblea entre el pueblo y ese mismo ejército, para que las exacciones que exigiere sean con los menores sacrificios de parte de aquél.

7ª. Todos los arbitrios municipales serán beneficiados por medio de remates celebrados con las solemnidades legales: todos los actos de este cuerpo serán públicos, y de todo se dará cuenta por medio de un periódico establecido al efecto.<sup>182</sup>

---

<sup>180</sup> “The Ayuntamiento” en *American Star*, 25 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>181</sup> *El Monitor Republicano*, 25 de diciembre de 1847, p. 3.

<sup>182</sup> *Testimonios de una guerra*, op. cit., p. 288.



Este documento resulta sumamente interesante porque se aprecia que los liberales puros, integrantes de la Asamblea, veían en las circunstancias una oportunidad única de llevar a cabo sus ideales en la ciudad de México y en el Distrito, como el de convertir a éste en una entidad autónoma, libre del gran influjo de los poderes generales del país, que en ese momento se encontraban en Querétaro y de la responsabilidad de albergarlos. Asimismo, como se puede observar, no descartaban la posibilidad de que todo el territorio mexicano fuera anexado a Estados Unidos y puesto bajo el gobierno republicano de aquella confederación, ejemplo a seguir para los liberales decimonónicos radicales.

De tal modo, el nuevo gobierno trabajó de manera coordinada con el ejército de Estados Unidos, y en los dos meses que estuvo al frente de la ciudad intentó ejecutar las medidas que consideró adecuadas para los tiempos que corrían, y desde los primeros días de su administración publicó un periódico en el que explicaba y defendía sus actos de gobierno: *El Municipal*.

Sobre el mandato de la Asamblea han existido diferentes posturas, algunas de rechazo, como la de los autores de *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, quienes plantearon que el régimen puro

hizo aparecer al Distrito, a esa misma población que había derramado sus tesoros y prodigado su sangre en la defensa hecha poco tiempo antes, como una ciudad desleal que abandonaba a un gobierno desgraciado y combatido por los partidos, y que abrazaba con ahínco la causa de sus dominadores, renegando para siempre de su pabellón, de su independencia y de sus derechos.<sup>183</sup>

Sin embargo, no hay que olvidar que dicha obra se comenzó a escribir por un grupo de liberales opositores al gobierno puro de Suárez Iriarte cuando el país aún se encontraba ocupado por el ejército estadounidense. Éste es el mismo caso del *Monitor Republicano*, en el que aparecieron un gran número de quejas sobre las condiciones de inseguridad,

---

<sup>183</sup> Alcaraz, *et.al.*, *op. cit.*, p. 415.

desaseo y desorden existentes en la ciudad a inicios de 1848, que valieron críticas severas al Ayuntamiento.

En una nota del 3 de febrero se escribió que: “las calles siguen sucias; las enfermedades siguen destrozando a la población; la inseguridad es tan espantosa como siempre y la desconfianza crece todos los días. Los paseos públicos no han recibido ninguna mejora, el alumbrado permanece *in statu quo*, y los víveres se compran al mismo ó mayor precio que antes”.<sup>184</sup> El diario también se expresaba burlescamente en contra de las medidas tomadas por los concejales; como en una nota del 11 de enero, en la que manifestaba que bajo el poder de la Asamblea:

...cualquiera puede suponer que renacerá la confianza, que los ciudadanos gozarán de la más completa seguridad a todas horas del día y de la noche; que la ciudad será un modelo de aseo, que los paseos públicos recibirán grandes mejoras, en fin, que veremos por primera vez, la que se llama con todo rigor y propiedad, una buena policía. [...].

Por desgracia la gran medida que hemos visto dictar hasta ahora, ha consistido en echar por tierra la disposición que prohibía vender licores embriagantes en las mañanas de los días festivos, es decir, en conceder amplio e ilimitado permiso a los borrachos, para que puedan buscar las inspiraciones que da el aguardiente a las cabezas de los que lo beben en exceso [*sic*], y poner en práctica las mil felices ocurrencias que hace brotar incesantemente en su imaginación. [...].

Deseamos que las ulteriores disposiciones [...] no sean del mismo jaez, porque si tal sucediese, no nos quedaría más partido que buscar donde irnos huyendo de la excesiva [*sic*] e insoportable felicidad que vendría indefectiblemente sobre nosotros.<sup>185</sup>

En las páginas de dicho diario publicadas en el periodo en que la Asamblea Municipal gobernó la ciudad de México encontramos un gran número de líneas similares a éstas.

No obstante, también hay posturas de aceptación o, por lo menos, que hacen mención de los logros del ayuntamiento y que ponen en evidencia que éste siguió la línea trazada en las *Instrucciones*. José María Roa Bárcena señala que el concejo:

...procedió [...] al registro o empadronamiento, expeditó la administración de justicia; obtuvo del gobernador militar una visita oficial diaria para que oyese las quejas del vecindario; obtuvo igualmente el acuartelamiento de los soldados a la hora de retreta; que del cuerpo de Rifleros, que era el más moralizado entonces, se destinaran en cinco puntos de la capital destacamentos para impedir riñas y

---

<sup>184</sup> “¡¡¡El parto de los montes!!!” en *El Monitor Republicano*, jueves 3 de febrero de 1848, p. 3.

<sup>185</sup> *Ibidem*, martes 11 de enero de 1848, p. 3-4.

desórdenes, y sostener a la autoridad municipal; que se redujera a doce el número de las casas de juego; que no se volviera a aplicar en público la pena de azotes; que los acusados tuvieran la garantía del jurado; que las contribuciones no se impusieran sobre el capital, sino sobre la renta.<sup>186</sup>

Por su parte, en un artículo sobre la labor del ayuntamiento puro, Esteban Sánchez de Tagle manifiesta que “la eficacia de su administración hizo innecesaria la del invasor”,<sup>187</sup> e indica sus logros, como fueron: la organización del sistema fiscal por medio de un registro de familias y capitales; los cambios en la administración de justicia, acabando con el castigo de azotes públicos, que las autoridades militares habían aplicado a civiles mexicanos, así como el impulso a juicios que estaban atrasados y el establecimiento del sistema de jurados; la formación del nuevo cuerpo de policía, que se sirvió de los rifleros del ejército extranjero; el ordenamiento de las casas de juego, limitando su número a doce, pidiendo el pago mensual de mil pesos a cada una; y el levantamiento del sistema lacustre, encargado a los ingenieros militares estadounidenses.<sup>188</sup> Sobre las pretensiones de autonomía, Sánchez de Tagle plantea que “la ciudad se sintió existente y distinta al gobierno supremo del país que desde siempre la había poseído. La presencia de los americanos significó una fuerza que le permitió pensar hasta en un replanteamiento del pacto federal”.<sup>189</sup>

Finalmente, Dennis E. Berge, en un texto sobre la Asamblea Municipal resalta la libertad que el gobierno militar concedió al régimen capitalino, sobre todo en el ámbito judicial, y plantea que las cortes mexicanas recibieron una mayor jurisdicción sobre los distintos casos de crímenes en la ciudad.<sup>190</sup> El autor también propone que los puros pretendían transformar al Distrito en un estado semi-independiente.<sup>191</sup>

---

<sup>186</sup> Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 220-221.

<sup>187</sup> Sánchez de Tagle, *op. cit.*, p. 117.

<sup>188</sup> *Ibidem.*, p. 117-118.

<sup>189</sup> *Ibidem.*, p. 118-119.

<sup>190</sup> Berge, *op. cit.*, p. 249.

<sup>191</sup> *Ibidem.*, p. 250.

Las dos posturas nos permiten acercarnos a la forma en que la Asamblea gobernó la ciudad. Las fuentes más cercanas a 1848, impregnadas del espíritu de partido de la época, dan una visión parcial, resaltando sólo lo negativo y el hecho de que los concejales se acoplaron a las exigencias estadounidenses, mientras que las posteriores señalan los alcances del gobierno, aunque hay que decir que varios de los planteamientos se basan en los proyectos de la Asamblea, como en las *Instrucciones*, y no otorgan tantos datos con respecto a los resultados.

A pesar de ello, hay ciertas cosas que se pueden asegurar. Una de ellas es que a las autoridades militares les fue más fácil lidiar con el nuevo gobierno de la ciudad, pues éste era afín a la política y al modelo republicano de Estados Unidos y, paradójicamente, la situación en que se encontraba México podría permitir la imposición de una administración similar en el país; en especial en lo relativo al federalismo y al fin de los privilegios y el poder castrense y clerical; de hecho, esta idea no era exclusiva de los liberales radicales. Ante el clima pesimista que se vivía por la ocupación, algunos políticos de otras posturas, como Manuel Gómez Pedraza, consideraron que, por lo menos, la catástrofe podría destruir esos “vicios sociales”.<sup>192</sup>

Los invasores concedieron a la Asamblea una mayor libertad para actuar y ésta aprovechó para legislar de acuerdo con sus intereses y a la postura política de su partido. No obstante, cabe aclarar que de la promulgación de leyes, decretos o reglamentos, a su puesta en práctica existe un camino largo y complicado, a lo que hay que sumar que los dos meses que duró el régimen municipal fueron insuficientes para llevar a cabo todos los planes que se tenían a inicios de 1848. No obstante, una de las disposiciones de la Asamblea que sí se atendió fue la del levantamiento topográfico del sistema lacustre de

---

<sup>192</sup> Carta de Manuel Gómez Pedraza a Mariano Otero del 20 de octubre de 1847 en *La obra política de Manuel Gómez Pedraza 1813-1851*, Tomo II, investigación, compilación y selección Laura Solares Robles, México, Instituto Mora, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002, p. 231.

la ciudad que se pidió elaborar a los ingenieros del ejército de Estados Unidos, M. L. Smith y Hardcastle, así como un proyecto para impedir las inundaciones.<sup>193</sup>

Aunque el informe se entregó en mayo,<sup>194</sup> cuando ya un ayuntamiento distinto se encontraba en funciones, el inicio de las observaciones y mediciones, a finales de enero, dio origen a uno de los eventos más polémicos en los que participaron los miembros de la Asamblea Municipal: el “Brindis del Desierto”. El festejo, en el que fue clara la afinidad existente entre dicho cuerpo y las autoridades militares, no fue más que un banquete llevado a cabo en el ex convento carmelita del Desierto de los Leones, organizado por los concejales para agradecer a los ingenieros y a las autoridades militares por su cooperación en el proyecto de nivelación lacustre.

Por orden del Ayuntamiento,<sup>195</sup> en el convite realizado el 29 de enero de 1848, que contó con la asistencia de los generales y oficiales estadounidenses encabezados por Scott, se sirvieron comida, vinos y licores, dispuestos por Thomas Laurent, dueño de una fonda en la calle de Plateros,<sup>196</sup> y hubo dos bandas de música.<sup>197</sup> De acuerdo con los periódicos de la época, como el *North American* y el *Monitor Republicano*, el festejo fue muy animado e incluyó discursos y brindis por parte de Scott y otros concurrentes, y no faltó quien levantara su copa porque ninguna paz se hiciera entre los dos países “hasta que las semillas sembradas por los representantes democráticos del Norte echen raíz y lleguen a madurarse”.<sup>198</sup>

Para la Asamblea Municipal, la resaca de la fiesta incluyó el descontento del sector de la población que se oponía a su gobierno y las recriminaciones por el gasto hecho en el banquete. El periódico *El Cuervo*, en su número del 20 de febrero,

---

<sup>193</sup> “Draining the City” en *American Star*, 1 de febrero de 1848, p. 3.

<sup>194</sup> Villaseñor, *op. cit.*, p. 318.

<sup>195</sup> *El Monitor Republicano*, 29 de enero de 1848, p. 4.

<sup>196</sup> “Thomas Laurent” en *American Star*, 25 de septiembre de 1847, p. 3.

<sup>197</sup> *The North American*, 1 de febrero de 1848, p. 3.

<sup>198</sup> “Fiesta espléndida dada en honor del General en Gefe [sic] y sus generales, en Santa Fe” en *El Monitor Republicano*, 31 de enero de 1848, p. 4.

preguntaba: “¿cuántos carros de limpia se hubieran contratado, cuántos soldados de policía estarían bajo buen pie, cuántos serenos pagados, cuánto aceite comprado, cuántas piedras, &c., si el ayuntamiento no hubiera sido tan cortés en pagar una visita al general Scott en el Desierto?”.<sup>199</sup> Por su parte, el *Monitor*, con un tono más elevado y aprovechando una nota del *North American*, manifestó:

Señores municipales: el Norte Americano escintándoos [*sic*] a que limpiéis la ciudad, dice: –“Que se vayan al diablo vuestros vinos y banquetes: el dinero que malgastáis en ellos, empleadlo mejor en impedir una peste”. Y nosotros repetimos: “Señores del ayuntamiento, doleos de las infelices familias indigentes. Váyanse al diablo vuestros vinos y banquetes: el dinero que malgastáis en ellos, empleadlo mejor en impedir que esas infelices familias perezcan de hambre y de miseria, mientras que vosotros llenáis la panza con esquisitos [*sic*] manjares, y en tanto que os paladeáis con regalado mosto”.<sup>200</sup>

Según Roa Bárcena, además del gasto, otro de los motivos del disgusto hacia la Asamblea fue que “en aquellos días se aseguró generalmente que en tal convite se había brindado por la anexión de México a los Estados Unidos”,<sup>201</sup> rumor que, cierto o falso, incrementó en la capital y fuera de ella la tendencia a considerar al Ayuntamiento como una corporación traidora.

De cualquier modo, los días de la Asamblea Municipal estaban contados. La firma de los tratados de paz en Guadalupe-Hidalgo el 2 de febrero y los acontecimientos que le siguieron pusieron fin a su régimen: la noticia de los tratados llegó a la ciudad el 5 de febrero,<sup>202</sup> y con ella, la certidumbre de que México no se anexaría en su totalidad a Estados Unidos. Los comisionados mexicanos para la firma del armisticio, Ignacio Mora y Villamil y Benito Quijano, enviados por el gobierno de Querétaro arribaron el 16 del mismo mes<sup>203</sup> con la consigna, no sólo de negociar el cese al fuego, sino también de acabar con el gobierno de los puros.<sup>204</sup>

---

<sup>199</sup> “Inconsecuencia”, citado en *Ibidem*, 23 de febrero de 1848, p. 4.

<sup>200</sup> *Ibidem*, Viernes 11 de febrero de 1848, p. 4.

<sup>201</sup> Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 216.

<sup>202</sup> “La paz” en *El Monitor Republicano*, 5 de febrero de 1848, p. 4.

<sup>203</sup> “A última hora” en *Ibidem*, 16 de febrero de 1848, p. 4.

<sup>204</sup> Berge, *op. cit.*, p. 251.

Según Alejandro Villaseñor —quien no ofrece la referencia precisa— un día después de la llegada de los enviados del gobierno federal, curiosamente apareció en las calles “una exposición firmada por gran número de personas de todas las clases de la sociedad, en que se excitaba al Ayuntamiento a disolverse, en vista de la mala voluntad que se le tenía, de su origen revolucionario, de los ningunos bienes que había hecho a la ciudad y de los muchos males que en cambio hizo, con su antipatriótica conducta”.<sup>205</sup>

El tiro de gracia provino del lado estadounidense el 18 de febrero, cuando llegó a la ciudad la orden que relevaba del mando del ejército a Winfield Scott y nombraba a William O. Butler como su sucesor. Este general, conciente de que el final de la guerra se acercaba, y que la paz se había negociado con el régimen moderado de Querétaro, colocó a éste en sus prioridades, antes que a la Asamblea Municipal.<sup>206</sup> Por ello, pronto comisionó a los generales Worth y Smith para el arreglo del armisticio con los enviados del gobierno federal.<sup>207</sup>

Así, el Ayuntamiento de inicios de 1848 se encontró sin el apoyo del ejército de Estados Unidos, rodeado de muestras de descontento popular y con pocas esperanzas de llevar a buen puerto su gobierno, por lo que la madrugada del 22 de febrero, sus miembros resolvieron disolver la corporación y la tarde de ese día presentaron su renuncia al gobernador civil y militar.<sup>208</sup>

En los días siguientes se firmó el armisticio, en el que se estableció, entre otras medidas:

...la inmediata suspensión de hostilidades en toda la República; la conservación rigurosa de las posiciones de uno y otro ejército; la suspensión del cobro, y la condonación de lo pendiente por contribuciones de guerra; la libertad para las poblaciones ocupadas por el invasor, de ejercer sus derechos políticos restableciendo autoridades y procediendo a elecciones; el libre arreglo de los ramos judiciales y de rentas públicas; la devolución de oficinas y de los edificios de colegios, conventos,

---

<sup>205</sup> Villaseñor, *op. cit.*, p. 310.

<sup>206</sup> Berge, *op. cit.*, p. 251.

<sup>207</sup> Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 323.

<sup>208</sup> *El Monitor Republicano*, 23 de febrero de 1848, p. 4.

hospitales y establecimientos de beneficencia; la organización de fuerzas mexicanas de policía para conservar el orden...<sup>209</sup>

En Querétaro se nombró a Juan María Flores y Terán como nuevo gobernador del Distrito Federal y se aceptó la renuncia de los miembros de la Asamblea Municipal el 7 de marzo.<sup>210</sup> En espera de las nuevas elecciones, el antiguo Ayuntamiento fue reinstalado el día 8, entre “flores, banderolas, cortinas y gallardetes que decoraban el palacio municipal”, así como “cohetes y música que para esta recepción [...] no quisieron los consejales [*sic*] que sirviesen”.<sup>211</sup> La vuelta de los funcionarios fue celebrada por varios ciudadanos y por los empleados de la corporación.<sup>212</sup>

Así fue como culminó un capítulo breve pero sumamente interesante en la vida gubernamental de la ciudad de México. Después de terminada la ocupación, los miembros de la Asamblea fueron condenados por la opinión pública, e incluso algunos de ellos aprehendidos, acusados de conspiración o por haber firmado las *Instrucciones* al principio de su administración.<sup>213</sup>

También se inició un largo proceso judicial en contra de Francisco Suárez Iriarte. Dos años después, en 1850, se le juzgó en la Cámara y fue condenado a prisión, donde permaneció algunos meses, hasta que “se le permitió retirarse a su Hacienda de la Huerta, cerca de Toluca, con el pretexto de enfermedad; presto [...] enfermó realmente y falleció poco tiempo después”.<sup>214</sup>

Volviendo a marzo de 1848, el repuesto Ayuntamiento se encontró con un ambiente optimista, pero con una realidad desalentadora. De acuerdo con las publicaciones periódicas de la época, la ciudad estaba en un estado general de desaseo,

---

<sup>209</sup> Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 323.

<sup>210</sup> Sánchez de Tagle, *op. cit.*, p. 119. Berge, *op. cit.*, p. 251-252.

<sup>211</sup> *El Monitor Republicano*, 9 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>212</sup> *Idem. The North American*, 9 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>213</sup> Villaseñor, *op. cit.*, p. 330.

<sup>214</sup> *Ibidem*, p. 334.



insalubridad e inseguridad,<sup>215</sup> además de que la corporación carecía del dinero suficiente para administrar la metrópoli con eficacia.

Para obtener recursos, la Diputación instó a los administradores de algunos negocios como panaderías<sup>216</sup> o pulquerías<sup>217</sup> a pagar las rentas que adeudaban desde enero. Sin embargo, algunos comerciantes, como los panaderos, se resistieron a hacerlo<sup>218</sup> y dificultaron la recaudación de los fondos que necesitaba la ciudad, ya que restaron los ingresos que ellos aportaban y con los que contaba el gobierno ciudadano.

El domingo 2 de abril se llevaron a cabo nuevas elecciones en la capital, por medio de las cuales se renovó el Ayuntamiento. Atendiendo a lo estipulado en el armisticio, ese día los soldados extranjeros salieron de la ciudad, solamente mientras se efectuaban los comicios.<sup>219</sup> A pesar de las acusaciones del *Monitor*, en las que se expresaba que algunos de los miembros de la extinta Asamblea Municipal habían intentado cometer fraude en las elecciones,<sup>220</sup> los diputados que resultaron electos siguieron la misma línea moderada que los de 1847 y el gobierno de Querétaro.

Los nuevos alcaldes, regidores y síndicos iniciaron sus funciones el viernes 14 de abril al mediodía, heredando los problemas de sus antecesores. Dos meses más tarde, en los días de la retirada del ejército invasor, a la ciudad aún la aquejaban los mismos males que sufrió durante casi toda la ocupación: crímenes, calles en mal estado, desaseo y enfermedades.<sup>221</sup>

Llaman la atención las condiciones en las que tuvieron que trabajar los guardias del alumbrado —los serenos— durante los últimos meses de la ocupación: “noche a

---

<sup>215</sup> En distintas notas del *Monitor Republicano*, *American Star*, *El Eco del Comercio*, entre marzo y mayo de 1848.

<sup>216</sup> “Los panaderos y el Ayuntamiento” en *El Monitor Republicano*, 21 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>217</sup> *Ibidem*, 27 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>218</sup> “Los panaderos y el Ayuntamiento” en *Ibidem*, 21 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>219</sup> Berge, *op. cit.*, p. 252.

<sup>220</sup> En el periódico se planteó que algunos de ellos recorrieron las casillas, instalando mesas electorales con “personas que no eran vecinas de la manzana”. “Maquinaciones maquiavélicas” en *El Monitor Republicano*, 4 de abril de 1848, p. 4.

<sup>221</sup> Estos temas se tratarán en los siguientes capítulos.

noche eran aporreados éstos despiadadamente por los soldados ebrios que además de cometer excesos, rompían los faroles de aquéllos”.<sup>222</sup> Según se puede apreciar en las “Partes de ocurrencias” de cada noche, dadas por los funcionarios del Alumbrado y publicadas en *El Monitor Republicano* y en *El Eco del Comercio*, los ataques a los serenos fueron algo cotidiano entre marzo y junio de 1848. Grupos de soldados, de contraguerrilleros y de habitantes se divertieron atacándolos: rompían o robaban sus lámparas,<sup>223</sup> los encerraban para evitar que iluminaran las calles,<sup>224</sup> derrumbaban y destrozaban sus escaleras al momento de estar encendiendo los faroles de la calle<sup>225</sup> y los agredían con rifles, pistolas o cuchillos.<sup>226</sup> La mayoría no tenía armas para defenderse. Solamente contaban con sus faroles de mano y con un silbato que utilizaban para pedir ayuda a los demás guardias o a las patrullas de soldados estadounidenses.<sup>227</sup> Algunos de ellos fueron heridos<sup>228</sup> y uno murió<sup>229</sup> a causa de las agresiones. Los editores del *Monitor Republicano* alabaron su perseverancia y afirmaron que ellos eran los únicos que ayudaban en lo posible a los habitantes de la ciudad.<sup>230</sup> El 30 de abril afirmaron:

Cada día es más angustiada la situación de los desgraciados serenos, no sólo por la estrema [*sic*] miseria a que están reducidos con motivo de carecer de sueldo muchos días ha, sino porque tienen que hacer frente a tanto malhechor que los persigue para poder robar con libertad.

La conducta de estos hombres en su mayor parte es elogiable, y a ellos se deben importantes servicios; y son tanto más recomendables, cuanto que estando necesitados, no han abandonado sus destinos y han asistido con puntualidad a cuidar sus calles. [...].<sup>231</sup>

---

<sup>222</sup> Villaseñor, *op. cit.*, p. 264.

<sup>223</sup> “Partes de lo ocurrido la noche del 22 de febrero” en *El Monitor Republicano*, 1 de marzo de 1848, p. 4. “Alumbrado” en *El Eco del Comercio*, 25 de marzo de 1848, p. 3. *Ibidem*, 8 de abril de 1848, p. 3.

<sup>224</sup> “Partes de ocurrencias habidas el 2 de marzo” en *El Monitor Republicano*, 5 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>225</sup> “Alumbrado” en *El Eco del Comercio*, 28 de marzo de 1848, p. 2, 29 de marzo de 1848, p. 3, 30 de marzo de 1848, p. 3, 24 de mayo de 1848, p. 2, 9 de junio de 1848, p. 3.

<sup>226</sup> “Alumbrado” en *Ibidem*, 25 de marzo de 1848, p. 3, 24 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>227</sup> *Idem*.

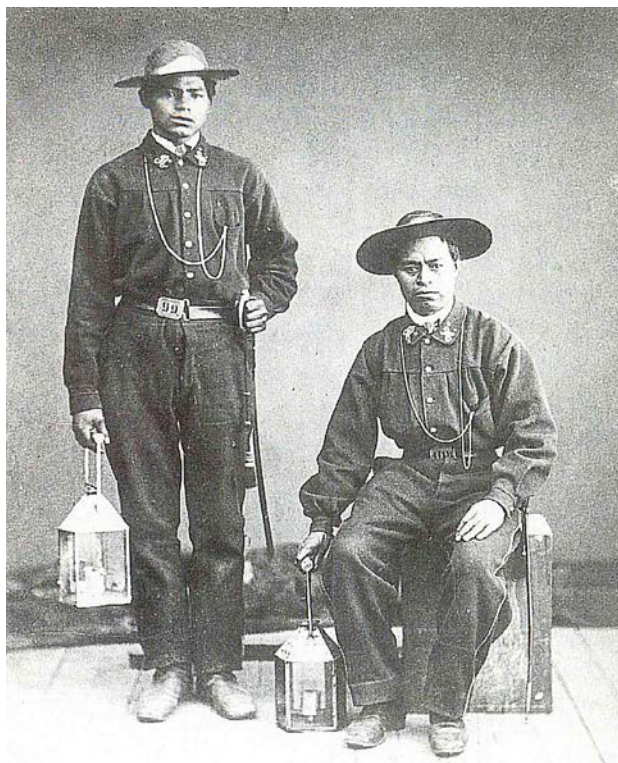
<sup>228</sup> *Ibidem*, 28 de marzo de 1848, p. 2, 24 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>229</sup> “Partes de ocurrencias habidas el 5 de marzo” en *El Monitor Republicano*, 8 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>230</sup> *Ibidem*, 28 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>231</sup> *Ibidem*, 30 de abril de 1848, p. 3-4.

Algunos años más tarde, en el *Diccionario universal de historia y de geografía* se mencionó que “en el tiempo de la ocupación de la ciudad por los americanos se experimentó [*sic*] de una manera muy palpable la utilidad de esos guardas, y a ellos se debió en gran parte que no hubiera sido más desgraciada la situación de los mexicanos”.<sup>232</sup> Con ello se puede apreciar la percepción que tuvieron los pobladores de los serenos y que éstos fueron de los pocos funcionarios del gobierno de la ciudad cuya labor fue elogiada.



Serenos de la ciudad en 1866.<sup>233</sup>

A pesar de ser un periodo corto, los meses de la ocupación se vivieron con intensidad en el ámbito gubernamental. Del lado estadounidense, las autoridades militares se enfrentaron al enorme reto de administrar una ciudad que les era desconocida. Tenían en

---

<sup>232</sup> *Diccionario Universal, op. cit.*, p. 651.

<sup>233</sup> Aunque la imagen es de casi veinte años después de la ocupación, permite ver las características físicas y los instrumentos con que contaban (su farol de mano) para defenderse de los ataques constantes de los criminales. Imagen tomada de René Chartrand y Richard Hook, *The Mexican Adventure 1861-67*, Londres, Osprey Military (Men-At-Arms Series, 272), 1994, p. 41.

sus manos a un ejército heterogéneo, que ya no tenía más batallas que luchar, y al que había que proporcionar, además de comida, vestido y acuartelamiento, una ocupación provechosa en una de las ciudades más grandes del continente americano, que presentaba un sinnúmero de distracciones para los soldados.

Asimismo, se encontraban al frente de una población “extraña”, en su mayoría hostil a los invasores, de la que necesitaban protegerse, aunque también debían cuidarla, ya que no se le consideraba como un ejército enemigo, sino como pobladores civiles, habitantes de una metrópoli que ellos estaban gobernando.

Finalmente, algo que hizo más compleja la situación para los invasores fue la inestabilidad en la cúpula castrense, debida a las diferencias entre Scott y otros generales, que llegaron al punto de someterse a los tribunales de justicia.

Por lo anterior, se puede asegurar que la administración de la ciudad de México fue una labor complicada para el ejército estadounidense. Además, la ocupación de la capital significó la primera experiencia de este tipo en la historia militar del país del norte, por lo que fuera de lo acontecido en otras ciudades mexicanas, ninguno de los generales u oficiales había estado antes en una situación similar.

Por su parte, el gobierno civil enfrentó una infinidad de problemas. Durante el periodo estudiado prevalecieron, con ciertas variantes, los ya mencionados: violencia, inseguridad, calles descuidadas y presencia de enfermedades. Encontrar soluciones fue complicado. La mezcla de los antiguos y los nuevos pobladores, el estado de guerra, la presencia y las exigencias de las autoridades militares estadounidenses, así como la falta de recursos económicos casi lo imposibilitaron para cumplir con sus funciones.

A la difícil tarea se le sumó la oposición que los gobernantes encontraron entre sus compatriotas. Durante la ocupación podemos observar, como había ocurrido en los años inmediatos a la consumación de la independencia, la lucha por el poder entre las

facciones, que llegaron al extremo de comprometer la soberanía del país con tal de alcanzar sus objetivos. Sin embargo, en los tiempos de la Asamblea Municipal, la soberanía ya se encontraba comprometida y sus miembros simplemente aprovecharon las circunstancias y el apoyo de los estadounidenses para poner en práctica su proyecto político en la ciudad de México.

Las autoridades militares y civiles de la metrópoli tuvieron una labor complicada: poner orden en el universo de la gran urbe que no dejaba de moverse y que día con día presentaba nuevos conflictos. El motor de este universo eran los seres que habitaban la ciudad –pobladores e invasores–, quienes hubieron de acostumbrarse a las circunstancias y que con el paso de las semanas desarrollaron una cotidianidad atípica. Esto será el tema de los siguientes capítulos.

## SEGUNDA PARTE: LA VIDA EN LA CIUDAD OCUPADA

En la segunda parte de este trabajo se tratará la forma en que la vida cotidiana de la ciudad se transformó durante el tiempo que estuvo invadida. Se desarrollarán distintos ámbitos: la prensa, el comercio, las diversiones, la religión y la salud. En gran medida, estos temas fueron definidos por las fuentes, ya que ellas brindaron la información suficiente para desarrollarlos, a diferencia de otros como la educación o la vida familiar. Por otro lado, en dichos aspectos es en los que se puede apreciar de mejor forma la influencia que tuvo la ocupación, ya que en ellos se ve lo colectivo, es decir, los espacios y actividades en los que participaron grupos de civiles y militares y no dependieron exclusivamente de las acciones de una persona. Se desarrollaron en espacios públicos o de convivencia masiva, afectaron a grupos numerosos de individuos o tuvieron que ver con ideologías o creencias presentes gran parte de la sociedad. Si bien se podría alegar que las publicaciones periódicas sí podían depender de una o pocas personas, su recepción en la sociedad y su labor como medios de comunicación y de propagación de ideologías también los incorporan al ámbito de la colectividad.

Cabe aclarar que, durante la ocupación, dentro de los espacios y actividades públicas, resaltaron individuos o sucesos específicos; éstos también se tratan en los siguientes capítulos, ya que, aunque se pueden tomar como simples anécdotas, igualmente nos permiten ver las transformaciones y las permanencias dentro de la cotidianidad de la mitad del siglo XIX en la ciudad de México.<sup>1</sup>

Finalmente, los temas que se tratan en los siguientes apartados son importantes para vislumbrar las transformaciones que estaban experimentando la ciudad de México y sus habitantes al mediar la centuria decimonónica.

---

<sup>1</sup> Lo excepcional permite ver lo normal o cotidiano, como lo plantea Pilar Gonzalbo en su *Introducción a la historia de la vida cotidiana*, México, El Colegio de México, 2006, p.23-24.

### III. LAS PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Como es bien sabido, la prensa jugó un papel fundamental en la sociedad mexicana de mediados del siglo XIX. Sus redactores y lectores tenían una gran influencia, no sólo en el campo periodístico, sino también en la política.<sup>1</sup> El periodo de la ocupación de la ciudad de México por el ejército de Estados Unidos no fue la excepción. Aunque en un inicio permaneció en silencio, con el transcurrir de los días y de las semanas volvió a hacerse presente. Algunos de los periódicos que habían suspendido su publicación a mediados de año pronto reaparecieron y asimismo comenzaron a circular nuevos títulos en inglés y algunos otros de periodistas mexicanos. Todos señalaron su postura hacia la guerra, hacia los tratados de paz cuando se conocieron en 1848 y hacia la política de México y Estados Unidos, pero también incorporaron otro tipo de asuntos, incluyendo los concernientes a la vida en la ciudad de México.

Probablemente los periódicos más importantes del periodo estudiado fueron el *American Star* y *El Monitor Republicano*, ya que ambos circularon durante casi todo el tiempo de la ocupación. Otras publicaciones como *The North American* y *El Eco del Comercio* también tuvieron una presencia significativa, aunque de menor duración.

#### *American Star*

El *American Star* fue publicado por John H. Peoples y Jas R. Barnard, dos periodistas que habían seguido al ejército de Scott desde Veracruz, llevando al *Star* a las ciudades de Jalapa y Puebla.<sup>2</sup> En México circuló a partir del 20 de septiembre de 1847 hasta el 30

---

<sup>1</sup> Jesús Velasco Márquez, *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)*, México, SEP (Sepsetentas, 196), 1975, p. 13-14.

<sup>2</sup> Kenya Bello, "The American Star: El Destino Manifiesto y la difusión de una comunidad imaginaria", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, v.31, enero-junio de 2006, p. 44.

de mayo de 1848, cuando llegó a la ciudad la noticia de la ratificación del tratado de paz. En total, los editores imprimieron 207 números en la capital.

Los ejemplares de las tres primeras semanas salieron los martes, jueves y domingos con el nombre de *The American Star* y a partir del 12 de octubre se convirtió en el *Daily American Star*, que sólo descansaba los lunes. En un inicio, el *Star* estableció su despacho en la calle de Medinas<sup>3</sup> número 6, cerca de la Aduana de Santo Domingo,<sup>4</sup> pero a principios de octubre se mudaron a la segunda calle de Plateros<sup>5</sup> 4, en los rumbos de la iglesia de la Profesa,<sup>6</sup> y en diciembre se establecieron definitivamente en la misma calle, pero en el número 12, cerca de la de Palma.<sup>7</sup> El periódico se vendía a un real, lo que era lo mismo a doce centavos y medio estadounidenses, en la Librería Americana, ubicada en la calle de Refugio, y en la tienda de Antonio Torres, situada en el Portal de Mercaderes.<sup>8</sup>

El *Star* estaba dirigido a los miembros del ejército invasor, pero también a los pobladores de la ciudad de México, tanto extranjeros como mexicanos. La primera parte se escribía en inglés y la segunda en español. La mayoría de los artículos de los editores eran traducidos al castellano en el mismo número o en el siguiente. Las primeras traducciones no fueron tan buenas, sin embargo es posible notar que se hicieron de los servicios de mexicanos que sabían inglés —probablemente individuos que compartían los ideales republicanos de los editores y que conocían el idioma de los invasores—.

Cada ejemplar constaba de cuatro páginas y estaba redactado a cuatro columnas. Por lo general, en la primera plana se difundían documentos oficiales, tanto del

---

<sup>3</sup> Hoy República de Cuba, entre Palma y Rep. de Brasil.

<sup>4</sup> “Our Office” en *American Star*, 25 de septiembre de 1847, p. 1.

<sup>5</sup> Actualmente Francisco I. Madero, entre Palma e Isabel la Católica.

<sup>6</sup> “Our Publication Office” en *American Star*, 7 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>7</sup> “Nuestro despacho” en *Ibidem*, 4 de diciembre de 1847, p. 3.

<sup>8</sup> *Ibidem*, 28 de septiembre de 1847, p. 1.



gobierno militar como del civil, así como las resoluciones de los tribunales militares en los que se juzgaba a soldados o a civiles mexicanos y extranjeros.

Los artículos de los editores ocupaban gran parte del contenido. En ellos expresaban su postura sobre la guerra con México y su desarrollo, incluyendo los tratados de paz, siempre buscando enaltecer al gobierno, la política y la sociedad estadounidense. Y por otro lado, se ocupaban de describir a la sociedad mexicana, a su gobierno, a su ejército y a su política inestable.

Siguiendo la propuesta que hace Kenya Bello en un artículo sobre el *Star*,<sup>9</sup> Peoples y Barnard buscaban propagar la idea de la misión civilizadora de Estados Unidos, o del “Destino Manifiesto”, a través de su periódico, y pretendían inculcar en aquellos mexicanos que lo leyeron la idea de que Estados Unidos era el modelo a seguir: “Todos aquellos que, voluntariamente, quieran participar de la Unión, lo harán sabiendo que se trata del mejor gobierno y el más libre de la tierra. Esta interpretación permeó, desde el principio hasta el fin, la postura editorial que *The American Star* sostuvo”.<sup>10</sup>

En el diario también se imprimían noticias que llegaban de periódicos extranjeros y de otras partes del país, así como las noticias y artículos sobre la vida en la ciudad, que ellos investigaban, o que llegaban a sus oídos.<sup>11</sup>

Los avisos se insertaban a la mitad del periódico y se publicaban en los dos idiomas, dependiendo del público al que iban dirigidos. La mayoría de los anunciantes eran los dueños de cafés, hoteles o casas, que ofrecían sus servicios a los invasores que buscaban hospedaje y lugares para alimentarse o para su recreación. Los médicos, sastres, herreros y todo aquel que ofrecía servicios y productos específicos como vinos, tabaco, ropa o alimentos hacía lo propio.

---

<sup>9</sup> Bello, *op. cit.*

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 48.

<sup>11</sup> Muchas veces aclaraban que no fueron testigos de tal o cual suceso, pero que “una persona de confianza” les había informado, o que “se comentaba” en la ciudad.

El *American Star* fue uno de los boletines más leídos por los invasores y por los habitantes de la capital—muchos de los cuales seguramente compartían los ideales republicanos de los editores—. Esto se aprecia en aspectos como su duración, su periodicidad, la cantidad de avisos insertos, así como por el hecho de que, junto con *El Monitor Republicano* y *The North American*, fue uno de los periódicos en los que se dieron a conocer las órdenes del gobernador civil y militar.

Vale la pena mencionar que, al final de la guerra y después de ella, John H Peoples cumplió una labor importante en el reclutamiento de cerca de mil voluntarios estadounidenses que participaron en la Guerra de Castas de Yucatán, entre 1848 y 1849.<sup>12</sup> Esto muestra el interés que tenía el periodista en el expansionismo de su país, ya que su apoyo a los yucatecos llevaba implícito el interés en una posible anexión. Con esto se puede vislumbrar de mejor manera la ideología que regía al *American Star*.

### **El Monitor Republicano**

Por su parte, *El Monitor Republicano*, que había suspendido su publicación a mediados de julio de 1847, antes de la ocupación de la ciudad, reapareció el 27 de septiembre y siguió comercializándose hasta 1896.<sup>13</sup> Su fundador, Vicente García Torres lo imprimía en el ex convento del Espíritu Santo en la calle del mismo nombre.<sup>14</sup>

El periódico circulaba todos los días de la semana. Estaba dirigido a los mexicanos, por lo que se publicaba sólo en español, excepto por las órdenes del gobernador civil y militar que, por disposición oficial, eran dadas a conocer en los dos idiomas. Al principio de la ocupación contaba con cuatro páginas a cuatro columnas,

---

<sup>12</sup> Lorena Careaga, “Filibusteros, mercenarios y voluntarios: los soldados norteamericanos en la Guerra de Castas de Yucatán, 1848-1850” en *Política y negocios. Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX*, coord. Ana Rosa Suárez y Marcela Terrazas, México, UNAM, Instituto Mora, 1997, p. 123-200.

<sup>13</sup> *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX: 1822-1855*, coord. Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel, México, UNAM, 2000, (“Ida y vuelta al siglo XIX”), p. 260-264.

<sup>14</sup> Hoy Isabel la Católica, entre Francisco I. Madero y 16 de septiembre.

pero desde el 1º de febrero de 1848 el tamaño del periódico aumentó, lo mismo que las columnas que llegaron a sumar hasta seis en junio de 1848. Es probable que esto se haya debido a que la postura moderada del periódico era compartida por el público lector de la capital; quizá su buena recepción permitió aumentar el tamaño y el contenido del mismo. Asimismo, con más espacio, los editores podían extenderse en las editoriales para manifestar sus ideas.

Además de los artículos de los editores y de las notas en las que se expresaba la postura del diario, éste hacía circular los bandos oficiales del ejército invasor, del gobierno de la ciudad, de los estados, del federal y de los ministerios de Guerra y Marina, así como de Hacienda y de Relaciones Interiores y Exteriores, establecidos en Querétaro. Igual que los demás rotativos, insertaba noticias extraídas de otros periódicos del país y de la capital. Las páginas eran aprovechadas por los anunciantes que se dirigían casi exclusivamente a los mexicanos que habitaban la ciudad, no así a los invasores.

*El Monitor Republicano* fue, sin duda, la publicación mexicana más importante del periodo, y sus páginas son muy útiles para acercarse a la vida en la urbe durante la ocupación estadounidense. Igualmente, por su constante alusión a otros periódicos, podemos conocer aunque sea un poco del contenido y la postura de éstos.

### **The North American**

El segundo periódico del ejército de ocupación fue *The North American*, publicado entre el 29 de septiembre de 1847 y el 31 de marzo de 1848. Sus editores fueron W. C. Tobey y, de acuerdo con Niceto de Zamacois, “un oficial de voluntarios apellidado Reid”<sup>15</sup> —quien no era sino Thomas Mayne Reid, escritor de novelas y cuentos de

---

<sup>15</sup> Zamacois, *op. cit.*, p. 44.

aventura—. Sin embargo, en la primera columna del periódico sólo apareció el nombre de W. C. Tobey hasta el 2 de marzo, cuando se incorporó la leyenda: “by Tobey, Callahan & Co”.<sup>16</sup>

Su despacho estaba instalado en el número 2 de la segunda calle de Plateros.<sup>17</sup> El periódico podía ser comprado en los mismos sitios que el *Star*, es decir, en la Librería Americana y en la tienda de Antonio Torres.<sup>18</sup>

Durante los primeros tres meses, el periódico se publicó los martes y viernes, y desde el 27 de diciembre y hasta la fecha de su desaparición, todos los días excepto los domingos. En total, el *North American* tuvo 103 números.

Desde el primer ejemplar y hasta el 2 de marzo de 1848, el periódico contó con una sección en lengua castellana, aunque no fue tan extensa como la del *American Star* y no todos los artículos escritos originalmente en inglés eran traducidos. Sólo una persona se encargaba de esta labor, lo cual es evidente por una nota del 23 de noviembre en la que señalan: “Nuestros lectores mexicanos nos dispensarán el que no haya aparecido en nuestras columnas la parte española en los dos últimos números de nuestro periódico. Nuestro traductor ha estado gravemente enfermo, y nos fue imposible hallar un sustituto; pero ya algo mejorado, continuará sus tareas en el número del próximo viernes”.<sup>19</sup>

El último mes que se publicó, es decir, en marzo de 1848, se hizo enteramente en el idioma de los invasores, probable muestra de que las páginas de W. C. Tobey no tuvieron el mismo éxito entre los mexicanos que el *American Star*.

El *North American* publicaba las noticias provenientes del exterior y transcribía notas de los periódicos de los estados y de la capital mexicana. Los avisos eran casi los

---

<sup>16</sup> *The North American*, 2 de marzo de 1848, p. 1.

<sup>17</sup> *Ibidem*, 29 de septiembre de 1847, p. 1.

<sup>18</sup> “Agencies” en *Ibidem*, 5 de octubre de 1847, p. 1.

<sup>19</sup> *Ibidem*, 23 de noviembre de 1847, p. 2.

mismos que los del *Star* y sus artículos sobre la ciudad trataban temas similares, como el estado de las calles, descripciones de los pobladores y de la sociedad en general, recomendaciones de seguridad a los soldados y notas sobre los acontecimientos más importantes, incluyendo los de los teatros y otros sitios de esparcimiento. De igual forma, se imprimían las órdenes y los documentos oficiales, como los partes de guerra de las batallas del valle de México y las órdenes del gobernador civil y militar.

*The North American* fue un medio de comunicación elaborado por los invasores y, principalmente, para los invasores. Sus artículos estaban escritos para un público que, así como ellos, buscaba comprender a la sociedad que lo rodeaba. A pesar de sus líneas escritas en español, en sus páginas se aprecia un menor interés por contar con una buena acogida entre los lectores capitalinos. Por otro lado, como era de esperarse, este periódico se mostró a favor de que las negociaciones de paz beneficiaran a los Estados Unidos y a sus intereses expansionistas.

### **El Eco del Comercio**

La publicación mexicana *El Eco del Comercio* vio la luz en enero de 1848 y continuó circulando después de la retirada del ejército invasor. Los editores de este periódico fueron los miembros de la Sociedad Filantrópica y Manuel Payno lo imprimía en la tipografía de su propiedad, ubicada en el número 23 de la calle de Santa Clara.<sup>20</sup>

En sus primeros dos meses de vida, el periódico tuvo un formato pequeño y desde el 10 de marzo aumentó su tamaño: el nuevo diseño contó con las secciones religiosa, política, histórica, literaria, de remitidos, correo y avisos. Estaba escrito completamente en español y se dirigía a la población mexicana.<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> Hoy Tacuba, entre Bolívar e Isabel la Católica. *El Eco del Comercio*, 10 de marzo de 1848, p. 1.

<sup>21</sup> *Idem*.

En él podemos encontrar notas relativas al aspecto y a la vida de la ciudad durante los últimos meses de la ocupación. De acuerdo con la postura de la Sociedad Filantrópica, *El Eco* abogaba por la paz entre México y Estados Unidos y por el restablecimiento de la seguridad en la metrópoli.

Durante el periodo estudiado, esta publicación tuvo una importancia menor a las tres ya mencionadas. Esto se puede apreciar en el hecho de que no circuló durante toda la ocupación y porque no fue un instrumento utilizado por las autoridades para transmitir sus disposiciones; esto último debido a que el periódico rechazaba a los invasores y a sus colaboradores. También es probable que el costo elevado de cada ejemplar haya influido en ello. Aun así, es uno de los pocos medios de comunicación de la época que podemos consultar y, a pesar de su breve existencia durante la ocupación, nos da varios elementos para acercarnos a la vida cotidiana en la ciudad en la primera mitad de 1848.

### **Otras publicaciones periódicas**

Además de los cuatro periódicos ya descritos, durante la ocupación circularon otros títulos elaborados por mexicanos y extranjeros. Apoyado en las mismas fuentes hemerográficas, hemos podido localizar el nombre y, en algunos casos, un poco del contenido e incluso la postura de dichos periódicos hacia la guerra y hacia otras publicaciones del momento. De algunos órganos hay información considerable, mientras que de otros sólo fue posible conocer uno o dos datos. Algo de lo que se puede apreciar es la lucha —que ya tenía antecedentes—, entre los periódicos “santanistas”, moderados y conservadores.<sup>22</sup> Aunque en un principio el enfrentamiento no fue tan fuerte, con el paso de los meses se tornó más agresivo.

---

<sup>22</sup> Velasco, *op. cit.*, p. 15-23.

En orden cronológico, la primera publicación fue *El Nopal Mexicano* que, de acuerdo con un aviso inserto en *El Monitor Republicano* sobre la venta de sus seis números iniciales, fue “el primer impreso que salió a la luz después de la ocupación del ejército americano, y [...] contiene todos los documentos oficiales de la época”.<sup>23</sup> Es muy probable que se imprimiera en la calle de Chiquis<sup>24</sup> número 6, en el mismo sitio en el que se podían comprar los ejemplares.

Además de dicha mención, y de la que hace el *American Star* en su número del 25 de septiembre, cuando comenta haber recibido el segundo y tercer número del *Nopal*,<sup>25</sup> no existen más alusiones en el resto del periodo estudiado, lo que hace suponer que este periódico sólo imprimió menos de una decena de números al inicio de la ocupación.

La primera publicación que se reanudó, antes de que lo hiciera el *Monitor*, fue *Le Courier Français* el jueves 23 de septiembre, tras haberse suspendido desde el 12 de julio de 1847.<sup>26</sup> Sin embargo, el periódico elaborado por miembros de la comunidad gala en México no duró mucho tiempo, ya que el 4 de octubre, “en junta de respetables franceses, amigos del orden y de la neutralidad, se determinó [...] que se suspend[ier]a la publicación del *Courier Français*”.<sup>27</sup>

El 30 de septiembre, *El Monitor* tradujo uno de sus artículos sobre la entrada de los invasores a la capital, en que el autor, H. Thivol, mencionaba que dos días después de dicho suceso, “la ciudad estaba tranquila, la seguridad renacía para todos, y la mayor parte de los criminales, estaba en manos de la justicia.” Asimismo, alababa el trabajo del Ayuntamiento, a cuyos integrantes denominaba “salvadores de la comunidad”, y el

---

<sup>23</sup> “Periódicos de la capital” en *El Monitor Republicano*, 6 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>24</sup> En la actualidad la calle de Academia, entre Corregidora y Soledad.

<sup>25</sup> “Le Courier Francais” en *American Star*, 25 de septiembre de 1847, p. 1.

<sup>26</sup> *Idem*.

<sup>27</sup> *El Monitor Republicano*, 5 de octubre de 1847, p. 4.

de los jefes y soldados del ejército de Estados Unidos, quienes apoyaron al concejo municipal.<sup>28</sup>

Así, aunque sea con unas pocas líneas, podemos ver que *Le Courier Français* pronto se sometió a las autoridades civiles y militares y, ante el conflicto bilateral, prefirió ceñirse a sus propios asuntos. Éste fue el caso de la mayoría de los extranjeros residentes en la capital mexicana, quienes lejos de intereses nacionalistas o partidistas, velaron por intereses personales y principalmente comerciales.

Dos días después de la aparición del *Correo*, un nuevo periódico mexicano salió a la luz: *El Águila Mexicana*. Según el *Star*, el editor del *Águila* mencionó que era vergonzoso permanecer en silencio en un momento de sufrimiento nacional, por lo que era urgente pronunciarse a favor de una paz honorable; aunque al mismo tiempo dejó ver su confianza en la magnanimidad del vecino del Norte.<sup>29</sup> En el mismo número, el *Águila* manifestó su descontento hacia aquellos mexicanos que colocaron banderas extranjeras en sus balcones en los días de la toma de la ciudad para evitar ser atacados por los soldados extranjeros.<sup>30</sup> Esta expresión de nacionalismo podría parecer contradictoria frente a su esperanza en la “magnanimidad” estadounidense; sin embargo, se puede pensar que los editores de este diario estaban interesados en el bienestar de México, y el odio y la guerra hacia “el otro” eran obstáculos para lograrlo. Asimismo, el periódico señaló que el destino del país había sido decretado por la Providencia<sup>31</sup> y no por la ambición extranjera.

Este periódico también parece haber tenido una existencia fugaz, ya que no se le menciona en el resto de las publicaciones y, de hecho, en una nota remitida al *Monitor* a fines de octubre sobre la seguridad en la ciudad, aparecen como firmantes “*Los editores*

---

<sup>28</sup> *Ibidem*, 30 de septiembre de 1847, p. 4.

<sup>29</sup> “The Mexican Eagle” en *American Star*, 28 de septiembre de 1847, p. 2.

<sup>30</sup> *El Monitor Republicano*, 29 de septiembre de 1847, p. 4.

<sup>31</sup> “The Mexican Eagle” en *American Star*, 28 de septiembre de 1847, p. 2.



que fueron del *Águila Mexicana*”,<sup>32</sup> lo cual nos hace suponer que para esa fecha, el *Águila* no existía más.

El 9 de octubre de 1847 apareció *El Mexicano*, otra publicación de tono moderado.<sup>33</sup> De acuerdo con algunas referencias que hace el *Monitor*, dicho título se manifestó en contra de los partidarios de Santa Anna, “el hombre que ha empobrecido y vejado de la manera que ha querido a la desgraciada nación mexicana”<sup>34</sup> y en defensa del gobierno nacional, instalado en Querétaro.<sup>35</sup> Sus páginas se publicaron en la ciudad hasta el 17 de enero, cuando anunció su suspensión.<sup>36</sup>

A inicios de diciembre, como apéndice al *Mexicano*, se publicó *El Chisgaribis*, el cual, según el *Monitor*, tiraría “mordidas” en contra de los liberales “puros” y de Santa Anna.<sup>37</sup> Sin embargo, ésta es la única mención que se hace de dicha publicación, por lo que se puede suponer que simplemente se quedó como un prospecto o que se imprimieron pocos números.

Volviendo a inicios de octubre, en estas fechas hicieron su aparición dos periódicos con nombres similares: *La Razón* y *El Razonador*.<sup>38</sup>

El primero de ellos duró aproximadamente un mes, ya que a inicios de noviembre se anunció su suspensión.<sup>39</sup> Al parecer, la postura de este órgano de comunicación iba más de acuerdo con la de los estadounidenses, ya que tanto el *American Star* como el *North American* celebraron su aparición y desearon su

---

<sup>32</sup> “Remitidos” en *Ibidem*, 30 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>33</sup> “El Mexicana [sic]” en *The North American*, 15 de octubre de 1847, p. 3.

<sup>34</sup> Citado en “Prensa periódica de la capital” en *El Monitor Republicano*, 1 de enero de 1848, p. 3.

<sup>35</sup> *Ibidem*, 13 de enero de 1848, p. 3.

<sup>36</sup> *Ibidem*, 20 de enero de 1848, p. 4.

<sup>37</sup> *Ibidem*, 10 de diciembre de 1847, p. 3.

<sup>38</sup> *La Razón*, de acuerdo con el *North American*, comenzó a publicarse el sábado 9 de octubre (“Striking Out” en *The North American*, 12 de octubre de 1848, p. 1 y 15 de octubre de 1847, p. 3). Del *Razonador* no pude conocer la fecha exacta.

<sup>39</sup> “La Razon” en *The North American*, 12 de noviembre de 1847, p. 2.

prosperidad, tildándolo de “democrático liberal”<sup>40</sup> así como de estar redactado con “tacto político” y, como su nombre lo indicaba, con mucha “razón”.<sup>41</sup>

El periódico pronto se dejó de imprimir. Lo más probable es que no haya tenido una buena recepción entre los lectores mexicanos, y los extranjeros que podrían haber estado de acuerdo con su postura, no conocían el idioma. El *North American* lamentó el hecho, manifestando que quizás el tono del periódico era “demasiado democrático” para los mexicanos y responsabilizaba a los “hombres influyentes” de no querer apoyarlo económicamente.<sup>42</sup> De acuerdo con Pedro Santoni, *La Razón* fue editado por Francisco Carbajal, un liberal radical de la ciudad, quien en 1845 había publicado *El Estandarte Nacional*, y había manifestado su deseo de que los estadounidenses se quedaran en México.<sup>43</sup> La reacción de los demás periodistas confirma lo postulado por Santoni y, por otro lado, el desenlace del impreso hace ver que en octubre de 1847, los liberales moderados eran quienes contaban con recursos y patrocinios para mantener las publicaciones, a diferencia de los puros.

Por su parte, y a pesar de tener un nombre similar, *El Razonador* no tenía los mismos objetivos que su colega. Había sido publicado por el ministro de Relaciones, Manuel Baranda antes de la toma de la ciudad, desde el 15 de mayo de 1847, con la intención de “mostrar la necesidad de hacer un tratado de paz con los Estados Unidos”.<sup>44</sup> Fue suspendido el 11 de julio, al igual que el resto de las publicaciones que circulaban antes de la ocupación. Con base en lo anterior, en la postura de rechazo que adoptó hacia la Asamblea Municipal y hacia las *Instrucciones* que ésta publicó,<sup>45</sup> así como en la aparente afinidad que tuvo con *El Monitor Republicano* (que transcribió

---

<sup>40</sup> “La Razon” en *American Star*, 14 de octubre de 1847, p. 3.

<sup>41</sup> “El Razon” en *The North American*, 15 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>42</sup> “La Razon” en *Ibidem*, 12 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>43</sup> Santoni, *op. cit.*, p. 216.

<sup>44</sup> Velaso, *op. cit.*, p. 23.

<sup>45</sup> “El nuevo cuerpo municipal”, citado en *El Monitor Republicano*, 8 de enero de 1848, p. 2.

algunos de sus artículos, apoyando sus opiniones), se puede afirmar que este periódico se inclinaba por un tratado de paz que permitiera conservar a México la mayor cantidad de territorio posible y que impidiera la injerencia estadounidense en la política nacional. Asimismo, *El Razonador* fue contrario a los intereses de los liberales puros, y de los santanistas de la época. El periódico cesó su actividad a inicios de marzo, cuando se firmó el armisticio, “prometiéndolo no obstante volver a salir a la palestra, si fuere necesario para abogar por la paz”.<sup>46</sup>

Otro impreso mexicano fue *El Político*, el cual se vendió en la ciudad los miércoles y sábados desde inicios de noviembre<sup>47</sup> hasta el 5 de diciembre<sup>48</sup> de 1847. Según el *Star*, en este título se proponía a los mexicanos adoptar a Estados Unidos como su estrella guía.<sup>49</sup> Su editor marchó a Querétaro, donde continuaría publicando su obra, según se anunció.<sup>50</sup>

Así como los franceses tuvieron un órgano de comunicación, los españoles también hicieron lo propio: *El Iris Español*. Éste igualmente se publicaba desde antes de la ocupación y probablemente reapareció en las semanas siguientes a la toma de la ciudad, sin embargo la primera mención registrada en el periodo la hizo el *Monitor* en su número del 14 de noviembre, en el que se cita una nota sobre la inseguridad en la capital dada a conocer en el *Iris* del día 10 del mismo mes. Este periódico se enfocó a defender los intereses de su propia nación, pero a diferencia de *Le Courier Français*, continuó publicándose durante varios meses.

*El Iris* se dedicó a la defensa de España, de su herencia en México, así como de sus compatriotas residentes en la capital. En algún momento se quejó de que “no se pierde ocasión en este país de echarle la culpa a España, de los males que le han

---

<sup>46</sup> *Ibidem*, 9 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>47</sup> “El Político” en *American Star*, 2 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>48</sup> “Periódicos de la capital” en *El Monitor Republicano*, 6 de diciembre de 1847, p. 3.

<sup>49</sup> “El Político” en *American Star*, 2 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>50</sup> “Periódicos de la capital” en *El Monitor Republicano*, 6 de diciembre de 1847, p. 3.

sobrevenido”.<sup>51</sup> Ante esta observación, viene a la mente que apenas dos años atrás, Salvador Bermúdez de Castro, quien era ministro español en México, colaboró de manera fundamental en el pronunciamiento de Mariano Paredes contra José Joaquín de Herrera, con el fin de establecer una monarquía en México. Todo esto con la complicidad del gobierno ibérico, y en un momento de suma inestabilidad en el país.<sup>52</sup> Los redactores del periódico perdieron memoria de sucesos tan recientes.

El periódico culminó su labor en los últimos días de abril de 1848, incapaz de seguir sosteniendo la publicación ante la falta de recursos económicos.<sup>53</sup>

*El Judío Errante* fue una más de las impresiones mexicanas de la época. Sin embargo, sólo salieron a la luz dos números. El primero de ellos se vendió el jueves 4 de noviembre,<sup>54</sup> donde se atacó a los invasores en una forma que, según el *North American*, no estaba permitida en país alguno, por lo que recibió el aviso (o la amenaza) de que la reincidencia provocaría resultados desagradables,<sup>55</sup> así que su segundo número, el del 11 de noviembre, fue también el último.

Una semana después se comenzó a vender una tercera publicación estadounidense: *The Yankee Doodle*. Su aparición fue registrada por los demás diarios. El *American Star* lo mencionó y aprovechó para hacer burla de los pequeños *greasers* que lo vendían en la calle, quienes no podían pronunciar correctamente el título del periódico, gritando: “*Yonquie Doolie*,” “*Yonquie Dule*,” o “*Yonquie Doodledy*”.<sup>56</sup> El *Monitor*, que tradujo el nombre de la publicación como *El Haragán*, mencionó que “su carácter es ligero, variado, festivo, literario y noticioso: sale una vez por semana, en

---

<sup>51</sup> “Prensa periódica de la capital” en *Ibidem*, 26 de enero de 1848, p. 4.

<sup>52</sup> Véase Miguel Soto, *La conspiración monárquica en México 1845-1846*, México, Offset, 1988 y Raúl Figueroa, *Entre la intervención oculta y la neutralidad estricta. España ante la guerra entre México y Estados Unidos 1845-1848*, México, ITAM, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1999.

<sup>53</sup> *Ibidem*, 30 de abril de 1848, p. 3.

<sup>54</sup> “The Wandering Jew” en *American Star*, 5 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>55</sup> *The North American*, 12 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>56</sup> *American Star*, 19 de noviembre de 1847, p. 2.

inglés y español”.<sup>57</sup> Por su parte, el *North American* anunció que en sus oficinas se podía comprar el *Yankee Doodle*, del editor e impresor H. R. Courtney.<sup>58</sup>

No obstante su llamativa aparición, ha sido difícil encontrar otro registro sobre dicho periódico, lo cual hace pensar que no se imprimieron muchos números.

Otra de las publicaciones mencionadas anteriormente en este trabajo es *El Municipal*. Este órgano informativo se convirtió en el medio de comunicación no oficial utilizado por la Asamblea Municipal para exponer sus proyectos y manifestar su postura política, así como para defender sus actos de gobierno durante el tiempo que administró la ciudad. Se mantuvo en conflicto constante con el *Monitor*, por lo que éste lo mencionó solamente para rebatir sus ideas.

Existió otra publicación que constantemente sacaba de sus casillas a los redactores del *Monitor: El Cangrejo*. En su primer número, este periódico bisemanal<sup>59</sup> confesó:

Soy puro y amante de la democracia en toda su extensión [*sic*]. Quiero ver a mi patria grande y feliz bajo las instituciones verdaderamente republicanas, y libre de cobardes militares. Quiero tolerancia de cultos, buenas leyes de colonización y garantías efectivas para nacionales y extranjeros [*sic*]. Odio a los monarquistas, al clero, y en general a todos los malvados.<sup>60</sup>

*El Monitor* se expresó en contra de dicho periódico hasta los últimos días de la ocupación, asociándolo siempre con Santa Anna, los puros y la Asamblea Municipal, planteando incluso que era un instrumento más de ésta.<sup>61</sup> Por su parte, *El Cangrejo* defendió al general de Jalapa y criticó fuertemente a Manuel de la Peña y Peña y al gobierno moderado de Querétaro<sup>62</sup> y los culpó de haber vendido a la patria.<sup>63</sup>

---

<sup>57</sup> “El Yankee Doodle” en *El Monitor Republicano*, 18 de noviembre de 1847, p. 4

<sup>58</sup> “The Yankee Doodle” en *The North American*, 19 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>59</sup> *Publicaciones periódicas*, op. cit., p. 486.

<sup>60</sup> *El Monitor Republicano*, 10 de enero de 1848, p. 4.

<sup>61</sup> *Ibidem*, 6 de junio de 1848, p. 4.

<sup>62</sup> “El Cangrejo” en *The North American*, 19 de enero de 1848, p. 2.

<sup>63</sup> *Publicaciones periódicas*, op. cit., p. 486.

En respuesta al *Cangrejo*, el 22 de enero hizo su aparición un periódico conservador: *El Cuervo*. Su lema comprobaba su oposición: “Mi graznido será duro para todo el que sea puro”.<sup>64</sup> Contaba con las secciones de leyes, Policía y Visita del cuervo. “Critica a Santa Anna y afirmaba que la irreligión lleva a los hombres a la injusticia y a la inmoralidad”.<sup>65</sup> En febrero de 1848, *El Monitor* transcribió una de sus notas, en la que rechazaba al *Cangrejo* por atacar al culto católico.<sup>66</sup> En fechas posteriores no se mencionó más a esta publicación que pretendía defender los privilegios eclesiásticos, tan atacados por los liberales.

Por su parte, para sumarse a los ataques a la Asamblea Municipal, a principios de febrero se comenzó a publicar *El Tribuno del Pueblo*, el cual pretendía llevar a cabo su ofensiva “en el terreno de la legalidad”.<sup>67</sup> A pesar de que el *Monitor* prometió dar conocimiento de las ideas del *Tribuno* a sus lectores,<sup>68</sup> después de los primeros días de febrero, no se encuentran más referencias a él.

A raíz de esta evidente lucha de partidos llevada al terreno de los medios de comunicación surgió *El Látigo*, un boletín en formato pequeño que, según *El Eco del Comercio*, prometía atacar: “a los puros, a los monarquistas y a los moderados, porque cree que ninguno de los partidos existentes pueden formar la felicidad de la nación”,<sup>69</sup> postura con la que estuvieron de acuerdo los editores del *Eco*. Ante esto, los editores del *Monitor*, de tendencia moderada, propusieron a los del nuevo impreso formar un nuevo partido “de hombres honrados contra toda clase de malvados”, al que prometieron afiliarse gustosos.<sup>70</sup>

---

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 495.

<sup>65</sup> *Idem*.

<sup>66</sup> *El Monitor Republicano*, 10 de febrero de 1848, p. 4.

<sup>67</sup> *Ibidem*, 3 de febrero de 1848, p. 4.

<sup>68</sup> *Idem*.

<sup>69</sup> “El Látigo” en *El Eco del Comercio*, 17 de marzo de 1848, p.4.

<sup>70</sup> “El Látigo” en *El Monitor Republicano*, 18 de marzo de 1848, p. 4.

El pequeño periódico, que salía una vez por semana, aún se imprimía en mayo de 1848, fecha en la que se le menciona en *El Monitor*. Sin embargo, esta es la última noticia de él existente en el periodo de la ocupación.<sup>71</sup>

La última publicación que entra en el contexto del conflicto de facciones es *El Espíritu del Siglo*. Este órgano de comunicación circuló entre el 16 de mayo y el 10 de junio, al final del periodo estudiado, cuando ya sólo se esperaba la ratificación de los tratados de paz. El periódico fue muy cuestionado por *El Monitor*, ya que, de acuerdo con los editores, los del nuevo diario predicaban la guerra y criticaban los acuerdos, así como al gobierno de Querétaro, además de que eran los mismos individuos que habían publicado el extinto *Razonador*, donde se habían expresado a favor de un acuerdo de paz entre Estados Unidos y México.

El *Republicano* explicó que uno de los individuos del *Espíritu* pretendía convertirse en ministro de Hacienda, puesto que ya había ocupado anteriormente, pero al no aparecer en la lista de candidatos arremetió en contra del gobierno y se desquitó a través de la letra impresa.<sup>72</sup>

De cualquier modo, *El Espíritu del Siglo* tuvo una corta vida y, junto con él, terminó el combate abierto en los medios informativos que, como ya se vio, fue una extensión del que se realizó en la práctica política.

Finalmente, pocos días antes de la salida de las tropas resurgió en la ciudad uno de los periódicos más importantes del primer siglo de vida independiente de México: *El Siglo Diez y Nueve*, diario que Ignacio Cumplido imprimía en el número 2 de la calle de los Rebeldes,<sup>73</sup> y en donde escribieron muchos de los liberales más destacados de la

---

<sup>71</sup> “Prensa de la capital” en *Ibidem*, 6 de mayo de 1848, p. 4.

<sup>72</sup> “Espíritu del Siglo” en *Ibidem*, 19 de mayo de 1848, p. 4.

<sup>73</sup> Hoy la calle de Artículo 123, entre Dolores y Lázaro Cárdenas. *El Siglo Diez y Nueve*, 1 de junio de 1848, p. 1.

política del país en esa centuria. El primer número de la cuarta época apareció el jueves 1 de junio de 1848 y continuó imprimiéndose todos los días durante los siguientes años.

En las distintas publicaciones periódicas que circularon en la ciudad entre septiembre de 1847 y junio de 1848 es posible encontrar varios elementos interesantes. En primer lugar, ellos eran la fuente de información más importante—en algunos casos la única—para los pobladores de la capital y para los soldados estadounidenses que la habitaban—la mayoría de los estadounidenses sabía leer<sup>74</sup> y los periódicos eran un buen material de lectura—. Permitían conocer lo que pasaba en la ciudad, en el país, en casa y en el resto del mundo, además de que eran un buen medio para enterarse de los sitios comerciales (tiendas, cafés, hoteles, restaurantes) y de entretenimiento (teatro, circo, bailes) existentes en la ciudad.

Al mismo tiempo, los periódicos eran difusores de una ideología. La mayoría de ellos tomó y defendió su postura con respecto a la guerra y a la nación que querían establecer. Incluso los impresos extranjeros se manifestaron con respecto al futuro de México. Todo esto le dio un ritmo agitado a la vida periodística de la ciudad y originó una gran cantidad de enfrentamientos y discusiones.

Como aspecto peculiar del periodo estudiado se encuentra la libertad de expresión, sobre todo en los primeros meses, hasta antes de la firma del armisticio, ya que, al no encontrarse en la capital el gobierno federal, los periódicos podían emitir libremente sus opiniones y criticarlo a él, al ejército, o a Santa Anna, así como las acciones de los invasores o, en el caso de los periódicos estadounidenses, a la sociedad mexicana. Las autoridades locales y militares no podían controlar lo que se publicaba y, en lugar de censurar o clausurar las prensas, utilizaron los impresos para defender sus

---

<sup>74</sup> Su religión protestante les obligaba a estudiar la Biblia. García Rubio, *op. cit.*, p. 30.



acciones o dar a conocer partes oficiales; en la medida de lo posible, se sirvieron de ellos para gobernar.

Llama la atención la lucha política que se dio entre los periódicos mexicanos. Aunque en un principio las publicaciones fueron discretas y cerraron filas frente a la invasión, poco a poco comenzaron a manifestarse las distintas posturas existentes en la ciudad. Los redactores de los periódicos, conscientes de las circunstancias extraordinarias, aprovecharon la ocupación para manifestar sus ideas y para tratar de influir en los lectores (incluidos los invasores), así como para deslindar o adjudicar responsabilidades por el momento difícil que estaba pasando el país. La mayoría fueron voceros de las distintas agrupaciones políticas (el gobierno nacional, la Asamblea, el ayuntamiento moderado, los conservadores, santanistas) y usaron las prensas para atacar a los enemigos y defenderse de otros. Los pobladores de la ciudad se encontraban en un momento vulnerable, quizás dispuestos a cambiar de postura por la experiencia de la guerra y la ocupación. Los hombres de letras vieron una buena oportunidad para transformar algunas mentes.

#### **IV. COMERCIO, DIVERSIONES Y CULTURA**

Con el paso de los meses, los pobladores de la ciudad de México paulatinamente volvieron a realizar las actividades necesarias para sobrevivir. Algunos aprovecharon la presencia de los invasores, mientras que otros se acostumbraron a ella, aunque procurando no mezclarse con dichos personajes. Éstos, por su parte, además de realizar las labores militares en los cuarteles y fuera de ellos, desarrollaron diversas formas de entretenimiento y convivieron con algunos sectores de la población mexicana. Asimismo, los extranjeros que habitaban en la ciudad y los que llegaron con el ejército de Scott o en el transcurso de la ocupación lograron hacerse de un nuevo estilo de vida gracias a la presencia de las tropas.

En el presente capítulo se intentará acercarse a distintos aspectos de la vida diaria en México entre septiembre de 1847 y junio de 1848, señalando si las dos culturas se mezclaron, si solamente compartieron un espacio o si estuvieron aisladas entre sí. Asimismo, se verá cuáles fueron los sectores de la población (mexicana y extranjera) que se relacionaron y las condiciones en que se dio dicha relación.

##### **El comercio**

La ciudad de México era “el mercado de consumo más grande de la república en la primera mitad del siglo XIX”<sup>1</sup> y también era un gran centro distribuidor. A ella llegaban, provenientes de todas las regiones de la república y de otros países, distintas materias, alimentos, enseres, ropa, bebida y telas, entre muchas otras cosas.<sup>2</sup> Todos los días había un gran movimiento comercial en la ciudad en el que participaban desde los obreros, fabricantes, vendedores, hasta los grandes comerciantes y, por supuesto, los

---

<sup>1</sup> Silva, *op. cit.*, p. 82.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 95-97.

consumidores. A raíz de la llegada del ejército de Estados Unidos, esta actividad sufrió transformaciones considerables. Los proveedores de la capital y algunos acompañantes de los invasores lograron sacar ventaja de la situación en que se encontró la metrópoli entre septiembre de 1847 y junio de 1848.

Los negocios habían sido cerrados cuando los hombres de Scott se acercaron a la ciudad y así permanecieron en los primeros días de la ocupación,<sup>3</sup> seguramente por temor a los saqueos y a la violencia. Los editores del *American Star*, en su número del 20 de septiembre, lamentaban que los comerciantes aún no abrieran sus puertas.<sup>4</sup>

Sin embargo, en los siguientes días informaron que la actividad económica estaba reanudándose y celebraron la apertura de “casi todos los almacenes y tiendas de la ciudad”, así como la llegada de productos del Valle de México a los mercados.<sup>5</sup> Así, “pocos días después de la ocupación, ya estaba el comercio abierto y los vecinos salían a las calles en busca de su subsistencia”.<sup>6</sup> El voluntario Richard Coulter escribió en su diario el 21 de septiembre que la ciudad ya estaba serena y que muchas de las tiendas y casas estaban abiertas. Mencionó que los pobladores se estaban acostumbrando a los “Yankees” y principalmente a su dinero.<sup>7</sup>

### **Problemas comerciales**

Con la reapertura de los negocios, el dinero comenzó a circular de nuevo en la ciudad y el metálico estadounidense se incorporó al mercado de la capital. Esto fue aprovechado por algunos individuos, quienes ante la confusión o el desconocimiento de los soldados y civiles sobre la equivalencia de las monedas, depreciaron el dinero estadounidense.

---

<sup>3</sup> Barclay, “September 17” en *Volunteers, op. cit.*, p. 189.

<sup>4</sup> “La ciudad” en *American Star*, 20 de septiembre de 1847, p. 4.

<sup>5</sup> “La ciudad” en *Ibidem*, 23 de septiembre de 1847, p. 4. “The City” en *Ibidem*, 7 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>6</sup> *Breve reseña histórica, op. cit.*, p. 55.

<sup>7</sup> Coulter, “September 21” en *Volunteers, op. cit.*, p. 192.

Ante esto, Quitman publicó una orden el 27 de septiembre en la que establecía que: “en toda transacción de compra y venta, la moneda de los Estados-Unidos se ha de recibir según su precio legítimo, a saber: Una águila por diez pesos.<sup>8</sup> Una media águila por cinco pesos. Una pieza de cincuenta centavos por cuatro reales. Una pieza de veinticinco centavos por dos reales. Una pieza de diez centavos por la décima parte de un peso. Una pieza de cinco centavos por una vigésima parte de un peso”.<sup>9</sup> Esto hace ver que las autoridades militares estaban preocupadas porque los soldados no fueran víctimas de abusos ante su desconocimiento del valor de la moneda mexicana en comparación con la estadounidense.

Aunque los habitantes de la ciudad pronto aprendieron la equivalencia de las monedas, los engaños continuaron, ya que algunos individuos utilizaron metálico mexicano falso para robar, sacando ventaja de que los extranjeros no estaban familiarizados con los pesos y reales. Tanto el *American Star* como el *Monitor Republicano* denunciaron este delito que se llevaba a cabo en las plazas de la ciudad y en los cuarteles militares.<sup>10</sup> En el número del 26 de enero del *Star* se informó de la detención de cinco mexicanos que fueron al cuartel del capitán Little

queriendo cambiar oro americano por plata mexicana: los soldados, por supuesto, estaban bien deseosos de obtener oro, y con prontitud entregaron la plata en cambio; pero los tunantes exigían tal premio, que los soldados no se hallaban dispuestos a pagarlo, y la cantidad era devuelta, pero no la misma plata que se les había entregado, –sus manos encontraban el camino a otra faltriquera, y la misma cantidad en pesos falsos era devuelta.<sup>11</sup>

A lo largo de los meses de la ocupación, los dos periódicos y el *North American* denunciaron otros abusos relacionados con el intercambio de productos: el aumento del precio del tabaco al doble por parte de los estanquilleros tras la llegada de los

---

<sup>8</sup> Un peso equivalía a un dólar.

<sup>9</sup> J. A. Quitman, orden del 27 de septiembre de 1847 en *American Star*, 30 de septiembre de 1847, p. 1.

<sup>10</sup> “Circulación de moneda falsa” en *Ibidem*, 16 de noviembre de 1847, p. 4. *Monitor Republicano*, 2 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>11</sup> “Fabricantes de monedas falsas” en *American Star*, 26 de enero de 1848, p. 3.

invasores;<sup>12</sup> la reducción del tamaño y de la calidad del pan debida a la introducción de mala harina por especuladores;<sup>13</sup> la monopolización de la venta de semillas por los “regatones” que iban a las garitas a comprarlas antes de que entraran a la ciudad;<sup>14</sup> los robos en los cuarteles o en las habitaciones de los oficiales perpetrados por vendedores de frutas, leche o pasteles, que aprovechaban cuando encontraban los sitios desalojados;<sup>15</sup> o la venta de “carey” u otros artículos de lujo falsos y de anillos de plata a precio de oro.<sup>16</sup>

Así, es posible afirmar que no sólo hubo quienes aprovecharon de forma legal la estancia de los invasores en la ciudad, sino también quienes sacaron ventaja de la dificultad que encontraron los gobernantes para administrar la ciudad y del desconocimiento que tenían los invasores de la ciudad y de la sociedad mexicana por medio de engaños y robos.

### **Mercado y productos**

A pesar de lo anterior, el comercio tuvo una gran importancia durante la ocupación de la ciudad, y es lógico pensarlo, ya que éste fue fundamental para la supervivencia de todos los habitantes, incluidos los invasores. A los comerciantes y mercaderes de la capital les convenía mantener abiertos sus negocios y llevar productos a las plazas porque tanto mexicanos como extranjeros necesitaban resolver las necesidades básicas del ser humano.

La llegada de los estadounidenses creó nuevas escenas en el comercio de la ciudad. Según Guillermo Prieto, “al frente de todos los cuarteles y de las residencias de

---

<sup>12</sup> “Estanquillos” en *Ibidem*, 16 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>13</sup> *Monitor Republicano*, 14 de octubre de 1847, p. 3, 5 de noviembre de 1847, p. 4, 5 de febrero de 1848, p. 4.

<sup>14</sup> Circular dirigida a los guardias de las garitas en *Monitor Republicano*, 22 de octubre de 1847, p. 3. “Remitido” en *Ibidem*, 3 de enero de 1848, p. 4.

<sup>15</sup> “Look Out” en *American Star*, 23 de octubre de 1847, p. 3.

<sup>16</sup> “Mr. Tobey” en *The North American*, 2 de febrero de 1848, p. 2.

los soldados, se agolpaban los vendedores de toda clase de golosinas” y en los portales de la Plaza Mayor “apareció al siguiente día de estar aquí los *yankees*, una larga hilera de vendedores de carne, en grandes cazuelas, a esa carne la llamaban las vendedoras, *misteques*, y los güeros la devoraban materialmente”.<sup>17</sup>

El Mercado del Volador recuperó pronto su dinámica y llamó la atención de los estadounidenses. Los extranjeros veían a los indígenas y otros vendedores llegar con sus mulas cargadas de flores, verduras, animales y otros productos traídos de los alrededores de la ciudad. Los periódicos estadounidenses de la ciudad dedicaron algunas líneas a la descripción de la plaza, señalando la variedad de bienes, lo accesible de los precios y la gran cantidad de gente que se podía ver ahí durante el día.<sup>18</sup>

En contraste, lo que llamó la atención de algunos autores mexicanos fue la manera en que los invasores consumían los productos que ahí encontraban. Prieto señala que “las coles, las alcachofas, los nabos, los jitomates y otras verduras, se las comían crudas los tales *gringos*, untándoles mantequilla, lo que causaba horror”.<sup>19</sup> Antonio García Cubas, con la riqueza que caracteriza a sus descripciones, se refirió también a sus hábitos y a la manera en que los estadounidenses se hacían de los alimentos:

Aquel mercado y aquellos puestos les proporcionaban, á bajo precio, coles, cebollas, nabos, tomates, zanahorias y cuantos frutos producían nuestras chinampas y campos de hortaliza, los que saboreaban crudos, con fruición tal, cual si gustasen de los manjares más delicados. Faltábales muchas veces el dinero ó las ganas para satisfacer el precio del efecto comprado, y entonces se alzaban con éste diciendo con el mayor cinismo: *este por mí*. He aquí, querido lector, otro rasgo de sublime candidez. Los cafés improvisados los proveían del desayuno, consistente en una taza de agua caliente teñida con café y una torta de pan, todo esto por una cuartilla de real, pero lo raro del caso era, que muchos despreciaban el pan, y acompañaban cada sorbo del café aguado con un mordisco de cebolla, de nabo, de tomate ó de zanahoria, y si algún azorado les mostraba admiración ellos, como la cosa más natural del mundo, decían, mostrando el encendido tomate y meneando la cabeza: *¡Oh! esto estar mucho bueno*.<sup>20</sup>

---

<sup>17</sup> Prieto, *Mi guerra del 47*, op. cit., p. 89.

<sup>18</sup> “Markets” en *American Star*, 17 de octubre de 1847, p. 2. “The Market” en *The North American*, 16 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>19</sup> Prieto, *Mi guerra del 47*, op. cit., p. 89.

<sup>20</sup> García Cubas, op. cit., p. 440.

Con lo anterior, podemos imaginar lo sorprendente que fue para ambos sectores —los habitantes de la ciudad y los estadounidenses— descubrir la cultura y las costumbres del otro, que podían admirarse en la actitud y en las actividades cotidianas de los individuos.



El Portal de Mercaderes y la calle de Empedradillo. Al fondo, Santo Domingo.<sup>21</sup>

Como se puede apreciar en la descripción de García Cubas, los mercados no fueron los únicos sitios en los que los habitantes de la metrópoli podían alimentarse y adquirir productos. John R. Kenly, voluntario de Maryland, permaneció en Jalapa durante la ocupación estadounidense; sin embargo hizo una visita a la ciudad de México en abril de 1848. El Portal de Mercaderes ubicado en la Plaza Mayor fue uno de los sitios que

---

<sup>21</sup> Tovar, *op. cit.*, p. 42.

más llamó su atención. En parte por todo lo que se vendía en las tiendas, pero también porque ahí pudo observar a la sociedad capitalina pasearse y comprar algunos productos durante el mediodía.<sup>22</sup> Así, se puede ver que además de representar una forma de subsistencia para invasores e invadidos, la actividad comercial se convirtió en un elemento de convivencia entre los dos sectores, regida por la conveniencia de unos y otros. En general fue pacífica, aunque por momentos fue tensa, debido a los robos y los engaños.

En las publicaciones periódicas de la época es posible encontrar la gran variedad de productos que se podían adquirir en las tiendas de la ciudad y los portales de mercaderes o los servicios que se ofrecían, asimismo nos permiten ver el estilo de vida de los que los solicitaban.

Los nombres y apellidos de los anunciantes confirman la idea de que los extranjeros que habitaban la capital eran quienes predominaban en la vida comercial de la ciudad, por lo menos en la zona más dinámica —los portales y las calles al poniente de la Plaza Mayor— y en los servicios que mayores ganancias podían generar (un indicio claro es que podían pagar anuncios en los periódicos de la ciudad). Sin embargo, ellos no eran los únicos comerciantes, también había negocios y tiendas pertenecientes a mexicanos y un nuevo grupo de mercaderes que llegó con el ejército estadounidense.

Así, durante el periodo de la ocupación militar, la metrópoli contó con varios establecimientos de extranjeros residentes en la ciudad: las tiendas de alimentos, licores y otros productos utilizados en las casas, como la de Thomas Laurent, quien vendía todo “lujo asociado con la mesa”,<sup>23</sup> o las confeccionarías de Vincent Ferrier<sup>24</sup> y de Charles

---

<sup>22</sup> John R. Kenly, *Memoirs of a Maryland Volunteer. War with Mexico, in the years 1846-7-8*, Philadelphia, J. B. Lippincott & Co., 1873, p. 414.

<sup>23</sup> “Thomas Laurent” en *American Star*, 23 de septiembre de 1847, p. 3.

<sup>24</sup> “Christmas and New Year’s Presents” en *Ibidem*, 24 de diciembre de 1847, p. 2.



Grammot<sup>25</sup> y la tocinería francesa de la calle de Coliseo Viejo,<sup>26</sup> las sastrerías francesas de Umbral & Co.,<sup>27</sup> Urignen & Ragneau,<sup>28</sup> Suzan y Gaillard<sup>29</sup> y Billard y compañía;<sup>30</sup> y las joyerías y relojerías de Miller & Bro.<sup>31</sup> y de Gustavo Lange, quien abrió su negocio en diciembre de 1847;<sup>32</sup> la tienda de música de Jacques Ribet;<sup>33</sup> la panadería “al estilo americano” de Allen & Hawkins;<sup>34</sup> la plomería y calderería de Wright & Peruchet;<sup>35</sup> y la ferretería alemana de Manuel Grumbach y Compañía.<sup>36</sup>



Vista de la calle de Plateros pocos años después de la ocupación. Al fondo, las torres de la Profesa.<sup>37</sup>

<sup>25</sup> “Confectionerie, &c” en *Ibidem*, 30 de abril de 1848, p. 3.

<sup>26</sup> “Tocinería francesa” en *El Eco del Comercio*, 31 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>27</sup> “Notice” en *American Star*, 28 de septiembre de 1847, p. 2.

<sup>28</sup> “Urignen & Ragneau” en *The North American*, 23 de noviembre de 1847, p. 4.

<sup>29</sup> “Sastrería francesa” en *El Monitor Republicano*, 5 de enero de 1848, p. 4.

<sup>30</sup> *Ibidem*, 18 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>31</sup> “Watches, Jewelry, etc.” en *American Star*, 19 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>32</sup> “Gustavo Lange” en *El Monitor Republicano*, 9 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>33</sup> “Jacques Ribet” en *American Star*, 28 de septiembre de 1847, p. 2.

<sup>34</sup> “Bread, Bread” en *Ibidem*, 27 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>35</sup> “Removal” en *Ibidem*, 5 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>36</sup> “Ferretería de la Palma” en *El Monitor Republicano*, 31 de enero de 1848, p. 4.

<sup>37</sup> Tovar, *op. cit.*, p. 58.

Asimismo, había tiendas ya conocidas por los habitantes de la ciudad como la librería de Don Antonio de la Torre, en la esquina del Portal de Mercaderes y el Portal de Agustinos;<sup>38</sup> la Librería Americana, en la calle de Refugio número 6;<sup>39</sup> la Gran Sociedad, en Espíritu Santo 4;<sup>40</sup> la librería de Galván, en el Portal de Mercaderes número 7;<sup>41</sup> las mercerías;<sup>42</sup> y las diferentes imprentas (incluyendo las del *Monitor* y del *American Star*). Ahí se podían conseguir libros en español, inglés y francés, incluyendo vocabularios y métodos para aprender los idiomas, mapas, papel, plumas de acero, tabaco, té, vinos, licores, medicinas, jarabes y remedios para diversos problemas físicos, aceite para lámparas, ropa y otras novedades de la época.<sup>43</sup>

Algunos comerciantes estadounidenses llegaron a la capital junto con los militares invasores. La mayoría eran vivanderos, es decir, individuos que ofrecían víveres y ropa a los militares en campaña. Charles B. Gallagher, mencionado en un capítulo anterior, se estableció en la segunda calle de Plateros y vendía ropa, tabaco, harina de maíz proveniente de Estados Unidos y otros productos que los militares podrían desear al estar lejos de casa.<sup>44</sup> M. Keller puso una Tienda Americana en la Plaza del Volador, donde comercializaba papel, ropa, sombreros, zapatos, tabaco de Virginia, barajas y diccionarios de español;<sup>45</sup> J. H. Levi se ubicó en la primera calle de Plateros y vendía vinos, licores, cigarros, té, ropa, libros y otros productos,<sup>46</sup> al igual que Cotton & Duperu, del 3er Batallón de Infantería, instalados en Espíritu Santo, frente

---

<sup>38</sup> “Life Pills” en *American Star*, 23 de septiembre de 1847, p. 3.

<sup>39</sup> “Maps” en *Ibidem*, 23 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>40</sup> “Grand Sociedad Hotel” en *Ibidem*, 18 de enero de 1848, p. 3.

<sup>41</sup> “El jarabe específico” en *El Eco del Comercio*, 15 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>42</sup> “Mercería” en *El Monitor Republicano*, 8 de marzo de 1848, p. 4. “Mercería del Sr. Guillaumin” en *Ibidem*, 28 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>43</sup> “Life Pills” en *American Star*, 23 de septiembre de 1847, p. 3. “Maps” en *Ibidem*, 23 de diciembre de 1847, p. 2. “Grand Sociedad Hotel” en *Ibidem*, 18 de enero de 1848, p. 2. “El jarabe específico” en *El Eco del Comercio*, 15 de marzo de 1848, p. 4. “Mercería” en *El Monitor Republicano*, 8 de marzo de 1848, p. 4. “Mercería del Sr. Guillaumin” en *Ibidem*, 28 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>44</sup> “C. B. Gallagher” en *American Star*, 28 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>45</sup> “An American Store” en *Ibidem*, 12 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>46</sup> “American Store” en *Ibidem*, 25 de diciembre de 1847, p. 2. “J. H. Levi” en *Idem*, 20 de abril de 1848, p. 3.

al cuartel de Scott.<sup>47</sup> Además de estos mercaderes, otros aprovecharon la presencia en México del ejército estadounidense: R. D. Deuton & Co. y Philip H. Lucket prestaban dinero a los oficiales;<sup>48</sup> M. Helfer y Compañía compraron una tienda en el número 2 de la calle de Empedradillo para negociar tabaco;<sup>49</sup> J. A. Chase y S. Chase tenían tiendas en donde ofrecían todos los productos que llegaban de Nueva Orleans;<sup>50</sup> William Cornwell se instaló frente al hotel de la Bella Unión al final de la ocupación, donde compraba y subastaba distintos artículos para los militares, a punto de partir.<sup>51</sup>

Con lo anterior es posible ver la gran cantidad de comerciantes que pudieron sacar ventaja de las condiciones de la ciudad de México durante el periodo estudiado. Tanto los que ya estaban instalados en la capital como los que llegaron con el ejército procuraron llamar la atención de los civiles y de los militares, quienes requerían o deseaban una gran cantidad de productos para sobrellevar la ocupación de la metrópoli, no sólo alimentos, sino también licores, ropa, libros y otras cosas útiles para el día a día.

Todos los individuos y artículos mencionados aparecen en las fuentes hemerográficas de la época, ya que las páginas de los periódicos eran la mejor forma de dar a conocer lo que se vendía; sin embargo, hubo un gran número de comerciantes y de vendedores —mexicanos y extranjeros— que no requerían anunciarse, ya que llevaban mucho tiempo establecidos y probablemente los individuos que vivían en la ciudad ya conocían los locales, como en el caso de los panaderos, zapateros, herreros, las tocinerías, fiderías o mataderos,<sup>52</sup> entre otros.

Aparte de lo que se podía obtener en las tiendas y plazas, en el tiempo de la ocupación se subastaron varios productos. Además de las ventas públicas de muebles “a

---

<sup>47</sup> “Fresh Goods—Fresh Goods” en *Ibidem*, 30 de diciembre de 1847, p. 3.

<sup>48</sup> “Money Loaned” en *Ibidem*, 28 de diciembre de 1847, p. 4. “Felipe H. Lockett” en *Ibidem*, 31 de diciembre de 1847, p. 3.

<sup>49</sup> “M. Helfer & Co.” en *Ibidem*, 20 de abril de 1848, p. 3.

<sup>50</sup> “Notice” en *Ibidem*, 2 de abril de 1848, p. 3. *Ibidem*, 19 de abril de 1848, p. 3.

<sup>51</sup> “Notice” en *Ibidem*, 2 de mayo de 1848, p. 2. “Auction Sales” en *Ibidem*, 3 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>52</sup> *El Monitor Republicano*, 19 de febrero de 1848, p. 2-3.

la vista y al contado”, llevadas a cabo cada mes en distintos puntos de la ciudad<sup>53</sup> y del comercio de prendas empeñadas en el Monte de Piedad y en la casa de la 2ª calle de Plateros en los meses anteriores,<sup>54</sup> los estadounidenses llevaron a cabo subastas y rifas de algunas pertenencias de militares que murieron en la ciudad durante la ocupación —principalmente caballos, sillas de montar o bridas—<sup>55</sup> y de productos de los que se querían deshacer antes de abandonar la ciudad —sal, café, granos o artículos militares—. <sup>56</sup>

La actividad comercial en la ciudad fue fundamental durante el periodo estudiado. Además de que permitió la subsistencia de los comerciantes y vendedores de la ciudad y de los que llegaron en esos meses, introdujo nuevos productos y desarrolló posibles consumidores. Las personas dedicadas al comercio pronto comprendieron que tanto mexicanos como extranjeros necesitaban alimento, vestido y otros productos básicos, y que algunos también podían adquirir ciertos lujos o efectos que los ligaran con su lugar de origen. Asimismo, los estadounidenses pudieron ver que el triunfo en la guerra y la dominación de nuevos territorios les permitían contar con nuevos artículos y, sobre todo, nuevos mercados para vender lo que se elaboraba en su país. En la ocupación de la ciudad de México se pueden vislumbrar los inicios de una dinámica que el país del norte siguió por décadas.

### **Formas de entretenimiento**

Durante los meses de la ocupación, la mayoría de los militares estadounidenses se encontró sin una labor que realizar, ya que las batallas habían terminado y ya no existía

---

<sup>53</sup> “Verdadera venduta pública” en *Ibidem*, 7 de octubre de 1847, p. 4. “Remate particular a la vista y al contado” en *Ibidem*, 7 de noviembre de 1847, p. 4. “Avisos” en *Ibidem*, 9 de enero de 1848, p. 4. *Ibidem*, 26 de enero de 1848, p. 4. “Aviso” en *Ibidem*, 11 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>54</sup> “Aviso” en *Ibidem*, 1 de octubre de 1847, p. 4. *Ibidem*, 7 de diciembre de 1847, p. 4. “Sacro y nacional Monte de Piedad de Ánimas” en *Ibidem*, 22 de enero de 1848, p. 4. *Ibidem*, 18 de febrero de 1848, p. 4.

<sup>55</sup> “Notice” en *American Star*, 26 de octubre de 1847, p. 2. “Notice” en *Ibidem*, 9 de noviembre de 1847, p. 2. “Public Auction” en *Ibidem*, 27 de enero de 1848, p. 3.

<sup>56</sup> “Public Sale” en *Ibidem*, 30 de mayo de 1848, p. 3. “Important Sale” en *Idem*.

la probabilidad de enfrentar a un ejército enemigo. Sin contar a aquellos que formaron las patrullas y que rondaban las calles o a los oficiales que tenían un puesto relacionado con la administración de la ciudad, los militares debían permanecer en sus cuarteles, y la mayoría con mucho tiempo libre.

La oficialidad buscó fraternizar con algunas familias mexicanas.<sup>57</sup> El asistente de cirujano Richard McSherry, por ejemplo, estuvo en algunas tertulias y visitó distintos hogares de la ciudad,<sup>58</sup> sin embargo también afirmó en diciembre de 1847 que la sociedad en general se encontraba aislada en sus círculos familiares, y no iba más allá de simples normas de etiqueta en cuanto a su relación con los militares.<sup>59</sup>

Por su parte, los soldados se entretenían paseando por la ciudad cuando podían salir de sus cuarteles.<sup>60</sup> No obstante, los militares tuvieron que hacerse de sus propias formas de entretenimiento o aprovechar las diversiones que el comercio y las clases bajas de la ciudad les proporcionaban.

### **Sitios de esparcimiento**

Aparte del comercio que se dio en las tiendas y mercados, la ciudad contó con sitios que, además de permitir a sus dueños obtener ganancias, sirvieron como lugares de esparcimiento y de hospedaje para los militares: las “boarding houses” o pensiones, cafés, restaurantes, bares y hoteles.

Dichos lugares fueron los primeros en abrir sus puertas durante el tiempo de la ocupación, principalmente para los militares y en particular para los oficiales. Ahí los

---

<sup>57</sup> Alcaraz, *et al.*, *op. cit.*, p. 412.

<sup>58</sup> Richard McSherry, M.D., “Letter XXXI” [diciembre de 1847] en *El Puchero: or, A mixed Dish from Mexico, embracing General Scott’s Campaign, with Skecthes of Military Life, in Field and Camp, of the Character of the Country, Manners and Ways of the People, etc.*, Philadelphia, Lippincott, Grambo & Co., 1850, p. 142.

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 158.

<sup>60</sup> *Vid Volunteers, op. cit* y Frederick Zeh, *An Immigrant Soldier in the Mexican War*, translated by William J. Orr and edited by William J. Orr and Robert Ryal Miller, Texas A & M University Press, College Station, 1995.

visitantes podían desayunar, comer y cenar, además de tomar algún licor y, en algunos casos, jugar en las mesas de billar y en las pistas de bolos, u hospedarse en las habitaciones con las que algunos contaban.

Se puede suponer que estos sitios no fueron considerados en la orden de Quitman del 17 de octubre que prohibía la venta de licores después de las 6 de la tarde, ya que después de esta fecha siguieron ofreciendo cenas y bebidas tardías. Según una nota del *American Star*, el gobernador civil y militar estuvo “dispuesto a hacer algunas excepciones con las fondas decentes”.<sup>61</sup> Seguramente se tomó en cuenta que estos sitios estaban en la zona más céntrica de la ciudad y que no eran frecuentados por estadounidenses ni mexicanos de bajos recursos —considerados los protagonistas de la violencia y el desorden de las primeras semanas— sino por los estratos altos del ejército.

De acuerdo con los anuncios publicados en el *American Star* y el *North American*, es posible notar que todos estos cafés, fondas, restaurantes y pensiones pertenecían a extranjeros. Algunos se habían establecido en la ciudad desde antes de la llegada de los invasores mientras que otros arribaron en septiembre de 1847 o en los meses posteriores. Así, a lo largo de la ocupación se podía transitar por las calles de la ciudad, principalmente entre la Plaza Mayor y San Juan de Letrán (hoy el Eje Central) y encontrar establecimientos con nombres que remitían a la cultura estadounidense o al ámbito militar, tales como: “Private American Boarding House”,<sup>62</sup> “Eagle Coffee House”,<sup>63</sup> “The Lone Star House”,<sup>64</sup> “United States Hotel”,<sup>65</sup> “Orleans House”,<sup>66</sup> “The

---

<sup>61</sup> “Cafés” en *American Star*, 20 de octubre de 1847, p. 3.

<sup>62</sup> “Private American Boarding House for Officers only” en *Ibidem*, 20 de septiembre de 1847, p. 3.

<sup>63</sup> “Eagle Coffee House” en *Ibidem*, 23 de septiembre de 1847, p. 3.

<sup>64</sup> “The Lone Star House” en *Ibidem*, 7 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>65</sup> “United States Hotel” en *Idem*.

<sup>66</sup> “Orleans House” en *Ibidem*, 12 de octubre de 1847, p. 3.

Anglo Saxon House”,<sup>67</sup> “Lafayette House”,<sup>68</sup> “Old Kentucky Restaurant”,<sup>69</sup> o “Washington Hotel”.<sup>70</sup>

Asimismo, sitios ya conocidos en la ciudad desde antes de la invasión, como el salón del Teatro Nacional, el Hotel Progreso, la Gran Sociedad o el hotel de la Bella Unión fueron arrendados por extranjeros y se convirtieron en sitios donde los militares podían alimentarse, beber y divertirse.

Gracias a las publicaciones periódicas es posible darse una idea de los distintos establecimientos que había en la ciudad en el periodo de la ocupación militar. Éstos se pueden enlistar cronológicamente:

<b>Negocio</b>	<b>Ubicación</b>	<b>Descripción</b>	<b>Dueños o anunciantes</b>	<b>Anunciado desde</b>
Private American Boarding House for Officers only	Calle Cadena no. 18, primer piso	Comida al “estilo americano”	Mrs. A Tobler	20-09-1847 <sup>71</sup>
Teatro Santa Anna Billiard Room	Calle de Vergara	Abierto día y noche con dos “espléndidas mesas”		20-09-1847 <sup>72</sup>
Eagle Coffee House	Coliseo Viejo <sup>73</sup> no. 5	Hotel al “estilo americano”. Almuerzos y bebidas. Con dos mesas de billar	H. B. Doane, R. G. Ackley, John Garret.	23-09-1847 <sup>74</sup>
Hotel Progreso		Desayunos, comidas y cenas al “estilo americano y parisino”	Frederic Guillemint	23-09-1847 <sup>75</sup>
Paoli’s Garden	Atrás del convento de San Diego <sup>76</sup>	Carne, licores, té, café. Con un jardín y	Henry Paoli	28-09-1847 <sup>77</sup>

<sup>67</sup> “The Anglo Saxon House” en *Idem*.

<sup>68</sup> “Lafayette House” en *Ibidem*, 11 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>69</sup> “Old Caution” en *Ibidem*, 22 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>70</sup> “Washington Hotel” en *Ibidem*, 18 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>71</sup> “Private American Boarding House for Officers only” en *Ibidem*, 20 de septiembre de 1847, p. 3.

<sup>72</sup> “Teatro Santa Anna Billiard Room” en *Idem*.

<sup>73</sup> En nuestros días 16 de septiembre, entre Bolívar e Isabel la Católica.

<sup>74</sup> “Eagle Coffee House” en *American Star*, 23 de septiembre de 1847, p. 3.

<sup>75</sup> “Progreso Hotel” en *Idem*.

<sup>76</sup> Al poniente de la Alameda.

<sup>77</sup> “Paoli’s Garden” en *American Star*, 28 de septiembre de 1847, p. 2.

		dos pistas de bolos		
Theatre coffee house and restaurant	A un lado del Teatro Nacional	Comida a todas horas	Sarah Foyle	2-10-1847 <sup>78</sup>
United States Hotel	Coliseo Viejo, 16	Hotel, restaurant y bar	John Ford (dueño del hotel)	2-10-1847 <sup>79</sup>
The Lone Star House	Esquina de Refugio y Palma	Café con vinos y licores. Almuerzos todos los días	W. S. Morgan & Co. (antes de los hoteles St. Charles y Planters' de N. Orleans)	7-10-1847 <sup>80</sup>
Orleans House	Coliseo Viejo, no. 8	Restaurant y bar. Desayunos, comidas y cenas	William Cornwell	12-10-1847 <sup>81</sup>
Mansion House	San Francisco <sup>82</sup> no. 11	Restaurant y bar	Z. Hubbard	12-10-1847 <sup>83</sup>
The Anglo Saxon House	Junto al Hotel Progreso	Restaurant y bar	Daniel Murphy	12-10-1847 <sup>84</sup>
Olive Branch Coffee House	Esquina de San Francisco y Betlemitas <sup>85</sup>	Coffee House (bar) y Restaurant. Almuerzos de 11 a 13. Con una mesa de billar	Whitcomb & Brooks	12-10-1847 <sup>86</sup>
Soldier's Home	2ª calle de Plateros, no. 5	Hospedaje y bar	Thomas Lyons (soldado dado de baja)	17-10-1847 <sup>87</sup>
Old Kentucky Restaurant	Esquina de San Francisco	Restaurant	"Old Caution"	22-10-1847 <sup>88</sup>
The Alhambra	Refugio, no. 13	Restaurant y bar	Troyle & Wing, dueños del establecimiento	29-10-1847 <sup>89</sup>

<sup>78</sup> "Mrs. Sarah Foyle" en *Ibidem*, 7 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>79</sup> "United States Hotel" en *Idem*.

<sup>80</sup> "The Lone Star House" en *Idem*.

<sup>81</sup> "Orleans House" en *Ibidem*, 12 de octubre de 1847, p. 3.

<sup>82</sup> Actualmente Francisco I. Madero, entre Condesa y Bolívar.

<sup>83</sup> "Mansion House" en *American Star*, 12 de octubre de 1847, p. 3.

<sup>84</sup> "The Anglo Saxon House" en *Idem*.

<sup>85</sup> En la actualidad Gante, entre Tacuba y Francisco I. Madero.

<sup>86</sup> "Olive Branch Coffee House" en *American Star*, 12 de octubre de 1847, p. 3.

<sup>87</sup> "Soldier's Home" en *Ibidem*, 17 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>88</sup> "Old Caution" en *Ibidem*, 22 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>89</sup> "The Alhambra" en *Ibidem*, 29 de octubre de 1847, p. 2.



Lafayette House	Espíritu Santo no. 1	Sólo para oficiales y ciudadanos. Bar. Comidas privadas en el establecimiento y a domicilio	Baptista Collen & Louis Farias	11-11-1847 <sup>90</sup>
Good Rooms	San Agustín <sup>91</sup> no. 1	Cuartos amueblados, almuerzos		11-11-1847 <sup>92</sup>
Private Boarding House [sólo para oficiales]	2a de Plateros, no. 3	Alimentos, vinos y licores	Mrs. Paoli	12-11-1847 <sup>93</sup>
Private Boarding House	Alcaicería <sup>94</sup> no. 2	[Alimentos, vinos y licores]	Mrs. Lambert	25-11-1847 <sup>95</sup>
Washington Hotel	Coliseo, frente a la Eagle Coffee House.	Restaurant y bar.	Francis Sein & Co.	19-12-1847 <sup>96</sup>
	Coliseo, no. 5.	Restaurant, bar y salón de baile. Con el ex cocinero del Gral. Worth	Country McCluskey	22-12-1847 <sup>97</sup>
Eating House (The Lafayette)	En la Plaza de San Ángel	Desayunos, comidas, cenas.	Eternod & Co.	5-12-1847 <sup>98</sup>
Bella Union Hotel	Palma y Refugio	Hotel, restaurant (con cocina francesa, desayunos y cenas) y bar.	Madame Jay	9-01-1848 <sup>99</sup>
Gran Sociedad	Espíritu Santo, 4	Hotel, venta de cigarros y licores		18-01-1848 <sup>100</sup>
Tivoli Garden	San Cosme	Hospedaje. Desayunos y cenas. Vinos y licores.		1-02-1848 <sup>101</sup>

<sup>90</sup> “Lafayette House” en *American Star*, 11 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>91</sup> En nuestros días República de Uruguay, entre Isabel la Católica y 5 de febrero.

<sup>92</sup> “Good Rooms” en *American Star*, 11 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>93</sup> “Private Boarding House” en *Ibidem*, 12 de noviembre de 1847, p. 3.

<sup>94</sup> Hoy Palma, entre Tacuba y Francisco I. Madero.

<sup>95</sup> “Private Boarding House” en *American Star*, 25 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>96</sup> “Washington Hotel” en *Ibidem*, 18 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>97</sup> “A Card” en *Ibidem*, 22 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>98</sup> “Notice” en *Ibidem*, 5 de enero de 1848, p. 2.

<sup>99</sup> “Bella Union Hotel” en *Ibidem*, 8 de enero de 1848, p. 3.

<sup>100</sup> “Grand Sociedad Hotel” en *Ibidem*, 18 de enero de 1848, p. 3.

<sup>101</sup> “Tivoli Garden-San Cosme” en *Ibidem*, 1 de febrero de 1848, p. 3.

Bella Union Hotel	Palma y Refugio	Hotel, bar, restaurante y salón de baile	Matthew Daniels & Co. (nuevos dueños)	22-02-1848 <sup>102</sup>
The Lafayette House Hotel		Bar y Restaurant. Cuartos amueblados y sin amueblar	Anderson & Waterman	7-03-1848 <sup>103</sup>
Jockey Club House (para miembros del club, oficiales y sus amigos)	Coliseo Viejo, 16	Restaurante, bar, y salón de baile	A. G. Mayers	15-03-1848 <sup>104</sup>

A partir de la lista anterior se puede afirmar que los militares contaron con una gran variedad de sitios de esparcimiento. Sin embargo, no todos los miembros del ejército podían entrar al lugar que desearan, ya que la admisión a muchos estaba reservada para los oficiales y así se anunciaba en los periódicos. El soldado Richard Coulter, voluntario de Pennsylvania, narró en su diario, el 28 de septiembre de 1847, lo que les sucedió a él y un grupo de militares con su mismo rango: al entrar a la fonda aledaña al Teatro Nacional, donde se encontraba un grupo de oficiales, se sentaron y pidieron comida; sin embargo, no fueron atendidos y después de insistir, un empleado los invitó a pasar a la cocina, ya que el área en que se encontraban estaba reservada para la oficialidad. Los soldados salieron del lugar maldiciendo a todos los que se encontraban ahí.<sup>105</sup> El compañero de Coulter, el sargento Thomas Barclay, se quejó de lo mismo en su relato. El 13 de enero escribió que existían muchos sitios en la ciudad en los que un soldado de tropa no podía comer ni tomar un trago.<sup>106</sup> Esto es un ejemplo de cómo la supuesta “igualdad social” estadounidense no era más que una presunción que no era puesta en práctica por los miembros de su ejército.

<sup>102</sup> “Bella Union Hotel” en *Ibidem*, 19 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>103</sup> “The Lafayette House Hotel” en *Ibidem*, 7 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>104</sup> “Jockey Club House” en *Ibidem*, 15 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>105</sup> Coulter, “September 28” en *Volunteers, op. cit.*, p. 196.

<sup>106</sup> Thomas Barclay, “January 13” en *Ibidem*, p. 237.

Aunado a dicha exclusión, se formaron clubes a los que sólo se podía ingresar si se tenía un rango militar elevado. La más importante de estas organizaciones fue el “Aztec Club”, formado por los oficiales del ejército desde el inicio de la ocupación y que en su origen fue presidido por el general Quitman.<sup>107</sup> Sus miembros tenían reuniones constantemente, donde además de tratar asuntos relacionados con el ejército, podían convivir y brindar, alejados del bullicio de los lugares públicos.<sup>108</sup> Según John S. D. Eisenhower, “el pertenecer al club proporcionaba gran prestigio no sólo en México sino también en Estados Unidos”.<sup>109</sup> Sus miembros decidieron continuar con la asociación después de la guerra. En nuestros días aún existe, formado por los descendientes de los fundadores.<sup>110</sup>

Además del “Aztec Club”, algunos militares tuvieron reuniones con los masones de la ciudad<sup>111</sup> o formaron el “Peñon Jockey Club”, los cuales, a su vez, organizaron carreras de caballos en la primavera de 1848, pero también tenían reuniones en el número 16 de la calle de Coliseo Viejo, donde después de tratar los asuntos relacionados con el Club, se servían cena y bebidas y se organizaban bailes.<sup>112</sup>

Todos los sitios mencionados y las asociaciones que se formaron contribuyeron a dar un aspecto distinto a la ciudad y también permitieron a los militares contar con sitios de reunión y de esparcimiento alejados de la disciplina militar—aunque no de su organización jerárquica—, en donde podían convivir con semejantes y con algunos sectores de la población mexicana. Asimismo otorgaron beneficios a un sector de la población que supo aprovechar la presencia de los invasores.

---

<sup>107</sup> “The Aztec Club” en *American Star*, 26 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>108</sup> McSherry, “Letter XXXVIII” [febrero de 1848] en *op. cit.*, p. 170. “Notice” en *American Star*, 15 de diciembre de 1847, p. 3, 5 de enero de 1848, p. 2, 6 de febrero de 1848, p. 2, 1 de marzo de 1848, p. 2, 2 de abril de 1848, p. 3 y 23 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>109</sup> Eisenhower, *op. cit.*, p. 433.

<sup>110</sup> *Idem.* “Aztec Club of 1847” en <http://www.aztecclub.com/LeadPg.htm>, consultado el 30 de junio de 2011.

<sup>111</sup> “Notice” en *American Star*, 11 de enero de 1848, p. 2.

<sup>112</sup> “Mr. Editor” en *Ibidem*, 15 de marzo de 1848, p. 3. *Ibidem*, 4 de abril de 1848, p. 3.

## **El alcohol y el juego**

Los militares encontraron la mayor distracción posible en la bebida. Según John Porter Bloom, las recreaciones más importantes de los invasores fueron el alcohol y el sexo.<sup>113</sup> En cuanto al último, más adelante se verá que las prostitutas fueron otro sector de la población trastocado por la llegada de los estadounidenses, y en los bailes fue común encontrarlas “haciendo amistad” con los soldados.

Según las fuentes consultadas, el alcohol fue la principal distracción que atrajo a los estadounidenses y que, como se vio en un capítulo anterior, originó un gran número de enfrentamientos y asesinatos, aunque al mismo tiempo les hizo más llevadero el periodo que pasaron en la ciudad. Ellos incluso bautizaron tragos con nombres de batallas, como “Contreras”, “Churubusco” u “Old Chapultepec”,<sup>114</sup> símbolos de su victoria sobre el ejército mexicano.

Hay que recordar que la orden de Quitman no prohibió por completo la venta de alcohol, sino que solamente restringió el horario de venta del mismo, además de que, como se ha visto, las disposiciones no se atendían por completo; asimismo, algunas fondas o cafés estuvieron exentos de ajustarse al horario y varios individuos fueron arrestados en los meses siguientes por vender bebidas alcohólicas después de las 6 de la tarde. Lo anterior hace ver que la ciudad no carecía de sitios para que los invasores se hicieran de alguna bebida alcohólica. Los soldados, además, no siempre requerían de ir a algún establecimiento para conseguir destilados. El sargento Thomas Barclay narró que algunos léperos llevaban whisky—probablemente refiriéndose a algún aguardiente—u otro licor bajo su manta y se acercaban a los soldados para ofrecérselos.

---

<sup>113</sup> Bloom, *op. cit.*, p. 271.

<sup>114</sup> Smith, *op. cit.*, p. 227.

Según el voluntario, los mismos guardias encargados de detener a estos vendedores terminaban con la botella en las manos y sin el delincuente a la vista.<sup>115</sup>

El soldado alemán Frederick Zeh, perteneciente al ejército invasor, mencionó en sus memorias que durante la ocupación de la ciudad descubrió una fábrica de cerveza, propiedad de un barbero de Hamburgo. Según él, la calidad de la bebida era cuestionable, no obstante, eso no hacía que él o sus compañeros demoraran en tomarla en cuanto era producida. La botella costaba un real<sup>116</sup> y Zeh afirmó que gracias a los seis meses que estuvieron en la ciudad, el barbero se convirtió en un hombre rico.<sup>117</sup>

Guillermo Prieto también hace referencia a esta actividad:

Por todas partes se soltaron cantinas y casas de *beberecua* que eran horror; bebían de todo y como nubes; lo mismo era para ellos el aguamiel que el aguarrás, y aunque el *huiski* era lo que más les entraba, echaban unos *trinquifortis* de Tlamapa que temblaba el mundo.

No crea usted que sólo era el peladaje de los soldados, no señor; desde el primero hasta el último, desde los más copetones sorbían que daba miedo, y se hacían equis que era un horror.<sup>118</sup>

Con lo anterior, se puede asegurar que, durante los meses de la ocupación militar, el alcohol se convirtió en una de las principales distracciones para los invasores y, además de los sitios establecidos en los rumbos más céntricos de la ciudad, lo podían consumir en mesones, pulquerías, e incluso burdeles ubicados en otras calles y barrios. Originó problemas, pero también confortó a los estadounidenses, quienes al no encontrar muchas labores que realizar, al tener una gran cantidad de tiempo libre y algo de dinero para gastar, se refugiaron en su consumo. Un gran número de voluntarios, ajenos a la disciplina militar, no permanecían en sus puestos y caminaban por la ciudad buscando diversión, evitando realizar labores militares. Muchos no eran aficionados a las artes —

---

<sup>115</sup> Barclay, “December 24” en *Volunteers, op. cit.*, p. 228.

<sup>116</sup> Un real era la octava parte de un peso.

<sup>117</sup> Zeh, *op. cit.*, p. 83.

<sup>118</sup> Prieto, *Mi guerra del 47, op. cit.*, p. 90.

como el teatro o la ópera— y no les interesaba gastar su dinero en algo que no les proporcionara satisfacción, por ello recurrieron a la bebida para distraerse y divertirse.

Al alcohol se le sumó, en menor grado, otra distracción: el juego.

Hay que recordar que el gobernador Smith dio licencia para establecer casas de juego desde el primer día de 1848,<sup>119</sup> aunque esto no significa que antes no hubiera habido apuestas y juegos de azar entre los militares. Según Richard Bruce Winders, jugadores profesionales seguían al ejército estadounidense y se instalaban en tiendas en las afueras de los campamentos o en edificios en las ciudades. El autor afirma que los soldados generalmente perdían su dinero y que esta actividad solía llevarlos a la violencia, como en el caso de un voluntario de Carolina del Sur, quien mató a un compañero de regimiento tras una disputa en el juego de ruleta.<sup>120</sup> Richard Coulter registró un día de paga en su diario y aseguró que con los juegos de apuesta—ruleta, monte, faro, dados—en todas las esquinas, la mitad de la compañía quedaría sin dinero al cabo de tres días.<sup>121</sup> Justin Smith también hace referencia a esta actividad y a las consecuencias que acarreaba. Según el autor estadounidense, tanto los oficiales como la tropa se hundieron en el vicio del juego, lo cual originó robos, riñas y militares heridos.<sup>122</sup>

A lo anterior se sumó el gusto que existía en la ciudad por esta diversión. Poco después de la guerra, el oficial de voluntarios Milton Jamieson aseguró que México ocupaba el primer lugar para apostar en el mundo gracias a la variedad de juegos que el ingenio humano había logrado desarrollar ahí.<sup>123</sup> El militar sumó su opinión a la de

---

<sup>119</sup> Orden del Gobernador Civil y Militar, 30 de diciembre de 1847 en *El Monitor Republicano*, 1º de enero de 1848, p. 4.

<sup>120</sup> Richard Bruce Winders, *Mr. Polk's Army. The American Military Experience in the Mexican War*, Texas A&M University Press, 1997, p. 136.

<sup>121</sup> Coulter, "May 23" en *Volunteers*, *op. cit.*, p. 298.

<sup>122</sup> Smith, *op. cit.*, p. 228.

<sup>123</sup> Milton Jamieson, *Journal and notes of a campaign in Mexico: containing a history of Company C. of the Second Regiment of Ohio Volunteers; with a cursory description of the country, climate, cities, waters, roads and forts along the southern line of the American army in Mexico. Also of the manners,*

otros extranjeros que visitaron el país durante el siglo XIX y que notaron la gran afición que existía por las apuestas en los juegos, en las peleas de gallos y en otras diversiones, que era suficiente para “absorber las fortunas” de los mexicanos.<sup>124</sup>

Así, con licencia o sin ella, durante la ocupación, la ciudad contó con varios sitios para llevar a cabo partidas, entre los que se encontraban sitios como la Gran Sociedad, la Bella Unión y el Hotel del Progreso, donde también se servía comida.<sup>125</sup> En dichos lugares, los militares y civiles apostaban su dinero y muchas veces se convertían en víctimas de aquellos que tenían mayor experiencia o que vivían del fraude. Asimismo, esta diversión iba normalmente unida con el alcohol,<sup>126</sup> por lo que era más fácil que los apostadores novatos perdieran su dinero y que el juego terminara en violencia.

En suma, el alcohol y el juego fueron dos de las principales distracciones con las que contaron los militares. En distintos sitios y con más o menos dinero, tanto la oficialidad como la tropa pudieron acceder a ellos. Es probable que no todos los invasores hayan sucumbido ante la atracción de estos elementos; sin embargo, de acuerdo con las fuentes consultadas, una gran cantidad de militares podían ser vistos en las calles de la ciudad entretenidos con ellos, confirmando quizá lo que la sabiduría popular afirma: que “la ociosidad es la madre de todos los vicios”, ya que si algo había en la ciudad entre septiembre de 1847 y junio de 1848 eran militares ociosos.

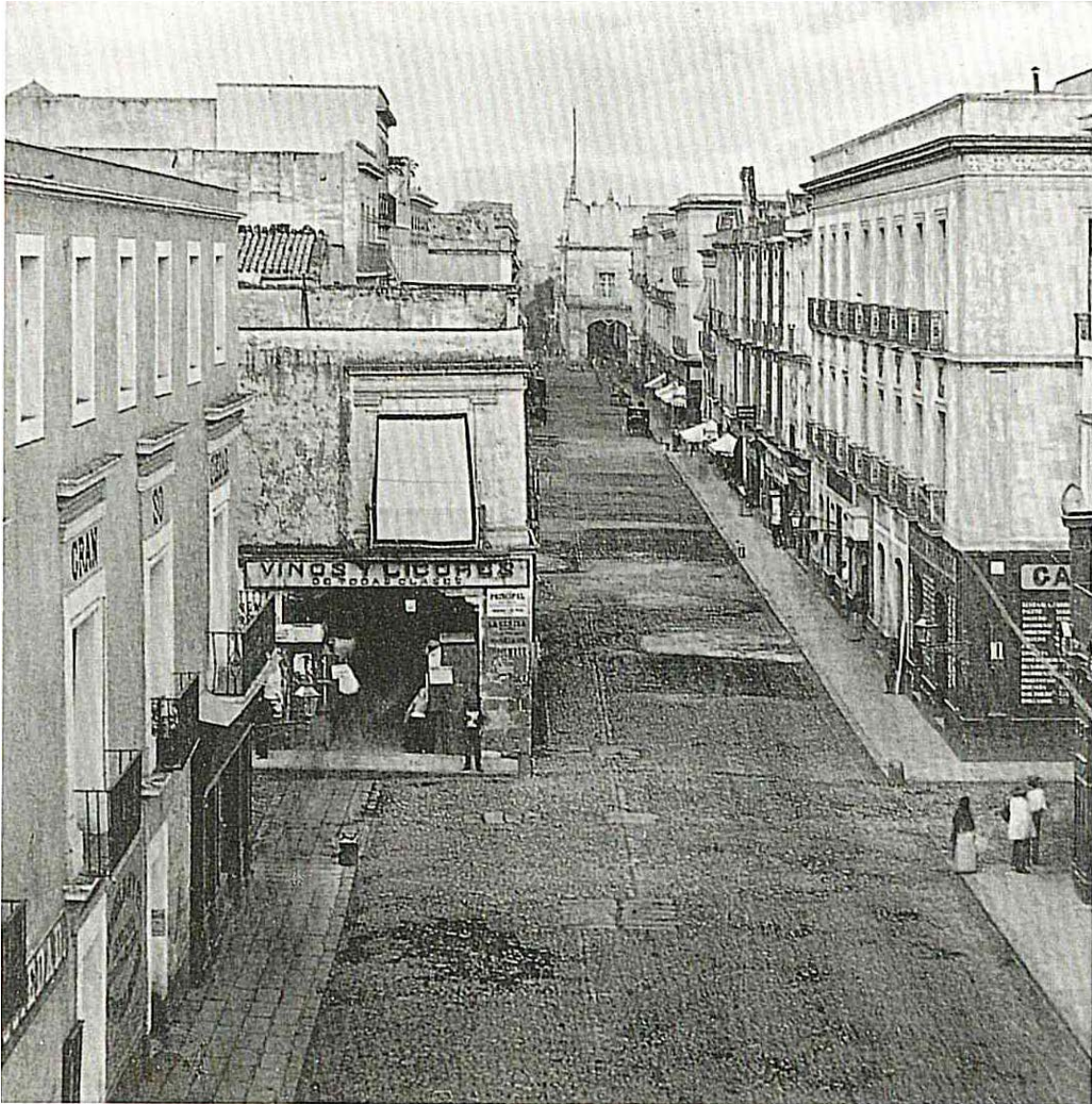
---

*customs, agriculture, &c of the Mexican people, by Milton Jamieson, an Officer of the 2nd Reg. Ohio Volunteers, Cincinnati*, printed at the Ben Franklin Printing House, 1849, p. 92.

<sup>124</sup> Löwenstern, *op. cit.*, p. 152-153. Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 152-158.

<sup>125</sup> Ver *supra* p. 124-126. Prieto, *Mi guerra del 47*, p. 90.

<sup>126</sup> Winders, *Mr. Polk's Army, op. cit.*, p. 136.



La Gran Sociedad, en la esquina de Refugio y Espíritu Santo. Al fondo, el edificio del Ayuntamiento<sup>127</sup>

### **El teatro y el circo**

Una de las formas de entretenimiento más importantes en la ciudad de México, no sólo en el periodo estudiado, sino también en todo el siglo XIX, fue el teatro.

En los escenarios de la capital se presentaron un sinnúmero de artistas mexicanos y extranjeros, quienes entretuvieron a espectadores de diversas condiciones sociales y se convirtieron en personajes admirados gracias a su desempeño en los distintos espectáculos.

---

<sup>127</sup> Tovar, *op. cit.*, p. 114.



Como se mencionó en otro capítulo, en la época de la ocupación, la ciudad de México contaba con más de un edificio dedicado al arte de la dramaturgia. El más importante de éstos era el Teatro Nacional, también llamado de Santa Anna, por haber sido construido durante una de las administraciones de este político, y por haber sido él quien colocó la primera piedra el 18 de febrero de 1842. El teatro, cuya fachada se encontraba en la calle de Vergara, fue edificado por el arquitecto Lorenzo de la Hidalga e inaugurado con un baile de máscaras en el Carnaval de febrero de 1844.<sup>128</sup>

Tres años después, además del espacio destinado a las representaciones, en el cual cabían tres mil espectadores.<sup>129</sup> El edificio contaba con un restaurante, un café con mesas de billar y de juegos y un hotel con cuarenta habitaciones.<sup>130</sup> Probablemente, al momento de la ocupación era el escenario de mayor renombre y lujo para la sociedad capitalina.

Además del Nacional, la ciudad contaba con el Teatro Principal, el más antiguo de todos. Se encontraba en la calle de Coliseo, llamada así porque al momento de su inauguración, el 23 de diciembre de 1753, el recinto recibió el nombre de Coliseo Nuevo.<sup>131</sup> Aunque por mucho tiempo permaneció descuidado, pocos años antes de la invasión estadounidense se formó una empresa que se encargaba de su cuidado, conservación y aseo<sup>132</sup> y en 1847 también era uno de los sitios preferidos por los mexicanos para la recreación y el entretenimiento.

Asimismo, en la capital existía otro teatro pequeño y de madera, pero que competía con el Principal por la calidad de sus representaciones: el Teatro de Nuevo México, en la calle del mismo nombre, unas cuabras al sur de la Alameda, en las

---

<sup>128</sup> *México y sus alrededores, op. cit.*, p. 10.

<sup>129</sup> *Idem.*

<sup>130</sup> Luis Reyes de la Maza, *El teatro en México en la época de Santa Anna*, Tomo I (1840-1850), México, UNAM, IIE (Estudios y fuentes del arte en México, XXX), 1972, p. 51.

<sup>131</sup> Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México 1538-1911*, México, Porrúa, 3ª ed., (Biblioteca Porrúa, 21), 1961, p. 23.

<sup>132</sup> Luis Reyes de la Maza, *Circo, maroma y teatro (1810-1910)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1985, p. 58.

actuales Dolores y Artículo 123.<sup>133</sup> El sitio fue inaugurado en mayo de 1841<sup>134</sup> y unos años después, su compañía se convirtió en una de las más importantes en la ciudad, junto con las del Nacional y el Principal.

### El teatro y el circo durante la ocupación

Desde el inicio de la guerra con Estados Unidos, el teatro en México se vio afectado. Cuando el conflicto bélico todavía estaba lejos de la capital, en ésta se representó una obra titulada *Los yanquis en Monterrey*<sup>135</sup> y se realizaron funciones en beneficio de las viudas del norte.<sup>136</sup> Sin embargo, la lucha poco a poco se acercó a la ciudad y ante el apuro económico y la situación anímica y de inseguridad, los habitantes dejaron de asistir al teatro y las compañías cesaron sus funciones.

No obstante, a las pocas semanas de iniciada la ocupación, los estadounidenses procuraron que se reiniciaran los espectáculos en la metrópoli, ya que era conveniente tanto para las autoridades militares como para algunos de los acompañantes civiles del ejército. A los primeros les era necesario encontrar un modo por el cual los soldados pudieran distraerse durante su estancia en la capital, mientras que los segundos buscaban establecer espectáculos atractivos para los militares y para los habitantes que les resultaran en ganancias económicas. Al interés de dichos acompañantes se sumó el de algunas compañías establecidas en México desde antes de la invasión.

Así, ya el domingo 26 de septiembre, la metrópoli contó con espectáculos teatrales. El Teatro Principal fue el primer lugar en el que se reiniciaron las funciones con la compañía de circo del Sr. Bensley, que había llegado a México a fines de 1846 al

---

<sup>133</sup> *Diccionario universal, op. cit.*, p. 748.

<sup>134</sup> Reyes, *El teatro en México, op. cit.*, p. 8.

<sup>135</sup> En julio de 1846 en el Teatro Nacional. *Dramaturgia de las guerras civiles e intervenciones (1810-1867)*, estudio introductorio y notas Vicente Quirarte, paleografía Mariana Pineda, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, (Teatro Mexicano Historia y Dramaturgia, XV), 1994, p. 71.

<sup>136</sup> Reyes, *Circo, maroma y teatro, op. cit.*, p. 70.

Teatro Nacional, y en la que destacaban artistas como la Sra. Armand, una gran jinete y el Sr. Turín, un hombre hercúleo.<sup>137</sup>

Por su parte, el Teatro Nacional volvió a abrir sus puertas el miércoles 29 de septiembre para el inicio de las funciones de la compañía estadounidense que llegó con el ejército de Scott. Dicha agrupación estaba dirigida por los señores W. R. Hart y W. G. Wells. Como este último murió a los pocos días de su llegada, el 26 de septiembre,<sup>138</sup> Hart se quedó al frente desde el inicio de las presentaciones hasta el 1º de noviembre,<sup>139</sup> cuando partió de la ciudad y la señora Foyle, una comerciante estadounidense que llegó a la ciudad a inicios de octubre,<sup>140</sup> tomó las riendas de la compañía.<sup>141</sup>

En su primera aparición, la agrupación representó “The Lady of Lyons” o “Love and Pride” y el vodevil “Loan of a Lover”, además de un baile de la señorita Christian.<sup>142</sup>

El *North American* y el *Monitor Republicano* publicaron reseñas de la función. En el primero se mencionó que la recepción de la audiencia fue favorable hacia la compañía y también se refirieron al discurso pronunciado por Hart en honor a su compañero fallecido días atrás.<sup>143</sup> Los editores del periódico mexicano se enfocaron en describir a la concurrencia, que principalmente estuvo formada por militares extranjeros, junto con “dos mugeres [sic] mexicanas de clase menos que mediana, media docena de las del pueblo que ocuparon la cazuela, otros tantos hombres de igual clase, y ocho polkos curiosos que por allí vimos”.<sup>144</sup>

Richard Coulter, el voluntario de Pennsylvania que ya se ha citado, presencié la primera función en el Nacional. En su diario registró que para poder asistir tuvo que

---

<sup>137</sup> *Ibidem*, p. 74-75.

<sup>138</sup> *American Star*, 28 de septiembre de 1847, p. 4.

<sup>139</sup> “National Theatre” en *Ibidem*, 2 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>140</sup> “Mrs. Sarah Foyle” en *Ibidem*, 7 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>141</sup> “National Theatre” en *Ibidem*, 4 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>142</sup> *Ibidem*, 28 de septiembre de 1847, p. 4.

<sup>143</sup> “The National Theatre” en *The North American*, 5 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>144</sup> “Teatro” en *El Monitor Republicano*, 30 de septiembre de 1847, p. 4.

realizar doble guardia durante el día. Sobre la puesta en escena mencionó que fue deficiente, lo que adjudicó al hecho de que la compañía era de un grupo de seguidores del ejército.<sup>145</sup>

Un día después de la función se publicó en el *Monitor* una protesta de uno de los dueños y constructores del edificio, Francisco Arbeu, quien manifestó que él no había sido partícipe del nuevo arrendamiento y que: “en las circunstancias de conflicto y amargura en que se halla [el público], por ningún interés del mundo, sería yo el que insultaría su desgracia, promoviendo diversiones que en vez de complacerle deben atormentarle”.<sup>146</sup>

Con esto se aprecia que no todos los habitantes de la metrópoli estuvieron de acuerdo con la apertura del teatro por una compañía extranjera, realizada, además, para el entretenimiento de los invasores. De cualquier modo, las funciones se realizaron y continuaron durante los siguientes meses.

Desde la primera función en el escenario de la calle de Vergara, el teatro se convirtió en uno de los sitios de entretenimiento favoritos para los soldados, donde podían escapar de la aburrición de los cuarteles y de la disciplina castrense.<sup>147</sup>

Las autoridades militares, probablemente con el fin de llamar la atención de los pobladores mexicanos, procuraron mejorar las representaciones y realizar algunas en castellano, para lo cual recurrieron a los miembros de la compañía dramática española, la cual se había establecido en la ciudad y con fama entre los capitalinos desde principios de la década.<sup>148</sup> El general en jefe<sup>149</sup> y los editores del *American Star*<sup>150</sup> exhortaron a los artistas a actuar en el Teatro Nacional. Rosa Peluffo, una de las actrices

---

<sup>145</sup> Coulter, “September 29” en *Volunteers*, *op. cit.*, p. 197.

<sup>146</sup> *El Monitor Republicano*, 30 de septiembre de 1847, p. 3.

<sup>147</sup> Winders, *Mr. Polk's Army*, *op. cit.*, p. 132.

<sup>148</sup> Reyes, *Circo, maroma y teatro*, *op. cit.*, p. 48.

<sup>149</sup> Guillermo Vigil y Robles, *La invasión de México por los Estados Unidos en los años de 1846, 1847 y 1848: Apuntes históricos, anecdóticos y descriptivos*, México, [s.n.], 1923, p. 86.

<sup>150</sup> *American Star*, 23 de septiembre de 1847, p. 3.

principales se negó, tal vez por considerar que actuar para los invasores le perjudicaría una vez que terminara la ocupación o bien porque los interesados no estaban dispuestos a cumplir con sus exigencias económicas, como lo aseguró en septiembre de 1848 Rosendo Laimón,<sup>151</sup> esposo de la actriz María Cañete. Esta última sí accedió a trabajar y, junto con otros miembros de la compañía, comenzó la temporada.

Probablemente la necesidad de capital hizo que estos artistas trabajaran para un público principalmente compuesto por el ejército invasor en un momento difícil para muchos mexicanos —no había pasado ni un mes desde la entrada de los estadounidenses—. Sin embargo, hay que recalcar que, aunque ya habían vivido en el país por algunos años, la mayoría de los actores provenían de la península ibérica y antes que a un dilema patriótico se enfrentaban a uno económico.

El programa de las primeras funciones fue publicado en los periódicos de la ciudad y es el siguiente:

Gran Teatro Nacional [...]
Domingo 3 de octubre de 1847.
Por la noche, a las siete y media
Se representará el drama fantástico-jocoso, en tres actos y en verso, titulado: LOS HIJOS DE SATANÁS. Dirigido y ensayado por el Sr. Viñolas, en el que la Sra. Cañete, cantará una cancioncita análoga a su ornamento.
Actores que trabajan.—Sras. Cañete, García y Cabrera; y los Sres. Viñolas, Armario, Castro, Perea, Guelvenzo, Catarino Castro, Salinas y Cazares.
En el intermedio del segundo y tercer acto se bailará, por la Sra. Goze y el Sr. Piattoli, el famoso y acreditado baile andaluz, conocido por EL ZAPATEADO DE CADIZ; con pandereta. [...]
Por la tarde a las cuatro en punto.
Se pondrá en escena la graciosa comedia en dos actos, traducida del francés por D. Ventura de la Vega, su título: LLUEVEN BOFETONES.—Dirigida y ensayada por el Sr. Viñolas. [...]
Concluida la comedia, se bailará por la Sra. Cabrera (Ramona), y el Sr. Castañeda, el hermoso MINUE ESCOCÉS.—A continuación se ejecutará la comedia en un acto EL AMANTE PRESTADO.
[...]
Terminará la función con las muy aplaudidas BOLERAS ROBADAS, bailadas por las Sras. Goze, Cabrera (R.) y Cabrera (M.), y los Sres. Piattoli, Castañeda y Maiquez.<sup>152</sup>

<sup>151</sup> “Refutación” en suplemento al *Monitor Republicano*, 21 de septiembre de 1848, p. 1.

<sup>152</sup> *Ibidem*, 3 de octubre de 1847, p. 4.

En la noche, además de la compañía española, se presentó la de ópera italiana.<sup>153</sup>

Según el *Monitor*, a las funciones concurrieron “americanos, españoles, contados mexicanos, y ninguna señora del país”.<sup>154</sup> Por su parte, el *North American* señaló que el teatro estuvo lleno y celebró las aptitudes de la señora Gozze.<sup>155</sup>

Dos días después, la agrupación volvió a aparecer en el Nacional y la actriz principal, María Cañete, cautivó a los espectadores, entre ellos a los editores del *American Star*, quienes durante los meses siguientes no dejaron de alabar sus virtudes y su belleza.<sup>156</sup>

Por su parte, la compañía que llegó con el ejército de Scott se enriqueció con la llegada de la actriz de comedia Shephard. Su aparición la noche del miércoles 13 de octubre fue anunciada como un gran suceso.<sup>157</sup> Esa noche, los estadounidenses representaron la comedia “The Soldier’s Daughter” y la farsa “A Day After the Wedding”, con “Mrs. Shephard” en el papel principal.<sup>158</sup> Sin embargo, tal parece que la artista no estuvo mucho tiempo en la ciudad, ya que después de la función del 22 de octubre, que se realizó en su beneficio,<sup>159</sup> no se mencionó en más programas.<sup>160</sup> Asimismo, su actuación no parece haber gustado a los militares. El voluntario Richard Coulter asistió a la primera función de la actriz estadounidense y afirmó que su actuación fue muy pobre.<sup>161</sup>

Mientras todo esto pasaba en el Teatro Nacional, en el Principal la compañía de circo seguía presentando casi ininterrumpidamente a los cantantes, bailarines, los

---

<sup>153</sup> “Ópera italiana” en *Ibidem*, 5 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>154</sup> “Teatro Nacional” en *Idem*.

<sup>155</sup> “The National Theatre” en *The North American*, 5 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>156</sup> “Teatro Nacional.—La Cañete” en *American Star*, 7 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>157</sup> “The New Actress” en *Ibidem*, 12 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>158</sup> *The North American*, 12 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>159</sup> Las compañías organizaban obras “en beneficio” de algún artista en específico. En ellas, las ganancias de la función eran otorgadas al beneficiado.

<sup>160</sup> “National Theatre” en *American Star*, 21 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>161</sup> Coulter, “October 14” en *Volunteers, op. cit.*, p. 201.

hércules franceses y toda la tropa ecuestre,<sup>162</sup> en la que destacaba la señorita Armand, quien realizaba diversas suertes a caballo, agradando al público que, en su mayoría, estaba formado por los militares estadounidenses.<sup>163</sup> A la compañía, además, se le sumó un grupo de artistas extranjeros, encabezado por los señores E. Kelly, Kincade y Hamlin.<sup>164</sup>

Así, a un mes de la entrada de las tropas invasoras a la ciudad de México, ésta contaba con una variedad considerable de espectáculos, aunque en su mayoría eran disfrutados por los soldados de Estados Unidos y por otros extranjeros.

En un despacho escrito el 14 de octubre, el periodista George Wilkins Kendall hace mención de todas las formas de entretenimiento con las que contaban los extranjeros, principalmente en los teatros. Del Teatro Nacional alaba a la compañía española y a sus actores principales: Pedro Viñolas y María Cañete, a quien parece admirar no sólo por sus dotes artísticas, sino también por su hermosura. Asimismo, Kendall hace mención del excelente grupo de ballet de la compañía, en el que destacaba la bailarina Gozze. Sobre la tropa de ópera italiana que aparecía con la compañía de Hart, Kendall destaca a la cantante principal, la Sra. López, quien había actuado en la ciudad desde tiempo atrás.

En lo que se refiere a la audiencia, el corresponsal del *Picayune* plantea que nueve de cada diez eran estadounidenses, quienes cada noche mostraban su patriotismo y júbilo cuando la orquesta tocaba las notas de “Yankee Doodle” y “Hail Columbia”.<sup>165</sup> En las páginas del *North American* también se menciona que en alguna ocasión los estadounidenses se vieron gratamente sorprendidos cuando, después de tocar la última,

---

<sup>162</sup> “Olympic Circus” en *American Star*, 14 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>163</sup> *The North American*, 29 de septiembre de 1847, p. 2.

<sup>164</sup> “The Circus” en *Ibidem*, 15 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>165</sup> Kendall, “City of Mexico, October 14, 1847” en *op. cit.*, p. 408-410.

la orquesta entonó las notas de “La Marsellesa”,<sup>166</sup> himno relacionado con la libertad y la democracia. Es curioso pensar en el optimismo que originó este incidente entre los integrantes de un ejército que se encontraba sometiendo a un país extranjero: a una joven república.

Kendall también hace referencia a las funciones que cada noche ofrecía la compañía de acróbatas de Bensley. Como el resto de sus compatriotas, admiraba a la señora Armand por su habilidad para dar saltos mortales, montar sobre una pierna, brincar a través de aros o bailar “la Cachucha”.<sup>167</sup> También destaca a Hamlin, el hombre elástico, a los jinetes Kelly y Kincade y a un cantante negro quien con su banjo interpretaba “Lucy Neal” y “Old Dan Tucker”, canciones estadounidenses de la época. El periodista se asombró al ver a este último personaje, y pregunta ¿quién se hubiera imaginado, doce meses atrás, que tales “atrocidades” se introducirían en uno de los teatros más importantes de México?<sup>168</sup> Por cierto, si reflexionamos sobre esta afirmación y el incidente descrito en el párrafo anterior—“La Marsellesa”—, podemos acercarnos al concepto de libertad que tenían en ese momento algunos estadounidenses, que estaba definida por elementos como la propiedad, la cultura o la raza.

Con las descripciones anteriores se puede apreciar la combinación cultural que comenzó a darse en los teatros de la ciudad al principio de la ocupación militar. Por un lado, estaban los artistas que ya eran conocidos en la ciudad con formas apegadas al teatro europeo o a los espectáculos ya vistos en México, y por otro se encontraban los que llegaron con el ejército de Scott o poco después y que incorporaron elementos

---

<sup>166</sup> “Pretty Incident” en *The North American*, 26 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>167</sup> “El baile de ‘la Cachucha’ presenta un principio ceremonioso y lleno de delicadeza, pero conforme se desarrolla se hace más rápido y acaba siendo vertiginoso”. En las llamadas “boleras de la Cachucha” “intervenían cuatro, seis, ocho o más parejas. Tienen un claro origen popular y se empezaron a intercalar estos bailes en los intermedios teatrales, teniendo tanta aceptación que terminaron imponiéndose como baile nacional [en España], junto con el Fandango”. “Los bailes” en [http://www.melomanos.com/discs/index.php?action=show\\_info&ref\\_disc=SCD-814&Disc\\_Session=dd2b406b7c48549d57b6077c89609078](http://www.melomanos.com/discs/index.php?action=show_info&ref_disc=SCD-814&Disc_Session=dd2b406b7c48549d57b6077c89609078), consultado el 17 de junio de 2011.

<sup>168</sup> Kendall, “City of Mexico, October 14, 1847” en *op. cit.*, p. 408-410.



surgidos en los escenarios estadounidenses. Sin embargo, el alcance que tuvieron entre el público nacional no pudo ser muy amplio en este momento, ya que según se aprecia en las fuentes, la mayoría de los asistentes al teatro eran extranjeros.

Las características peculiares del público originaban escenas curiosas como la interrupción de las obras con gritos y bullas<sup>169</sup> o que de los palcos se asomaran las botas de los militares ahí sentados.<sup>170</sup> Incluso en el *American Star* del 30 de noviembre se publicó una nota sobre el comportamiento a tener en el teatro durante el mes de diciembre y los hábitos que debían suprimir los concurrentes. Entre las sugerencias estaban que los caballeros se limitaran a permanecer en la platea o en los palcos y no en el escenario, como había ocurrido frecuentemente en el mes de noviembre, confundiéndose con los actores; también se sugería no gritar en el teatro ni vitorear a los oficiales que se encontraran presentes; asimismo insistieron en que no asomaran las botas desde los palcos; y finalmente a las acompañantes de los soldados se les señalaba que el uso del chal o del bonete, que habían sustituido por el rebozo, no era propio para asistir al teatro.<sup>171</sup>

Es probable que para muchos de los soldados, la obra puesta en escena no siempre fuera el atractivo principal, sino la diversión que propiciaba la reunión con otros militares. Quizás las bebidas y el tabaco circulaban entre los concurrentes al teatro, lo cual incrementaba el desorden entre la audiencia. La escena bien podría parecerse a la descripción que hace Juan Pedro Viqueira de una noche de teatro en la ciudad a fines del siglo XVIII, en donde el coliseo era:

El sitio ideal para platicar y comentar los acontecimientos recientes, destripar vidas ajenas, juzgar con el anteojo al público de los palcos, murmurar, charlar mil boberías y seducir a las mujeres. Todas estas conservaciones provocaban un constante zumbido que distraía al público en la acción de la comedia.

---

<sup>169</sup> “Teatro Nacional.—La Cañete” en *American Star*, 7 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>170</sup> “Boots!” en *The North American*, 5 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>171</sup> “Fashions for December” en *American Star*, 30 de noviembre de 1847, p. 2.

Además los espectadores [...] entraban y salían constantemente incomodando a sus vecinos. [...].

Algunos espectadores de los balcones y cazuelas arrojaban descuidadamente, sobre los concurrentes del piso bajo, cabos de cigarros encendidos y cáscaras de frutas. Otros llegaban hasta a escupir, suscitándose con esto altercados y riñas entre el público. [...].

Los espectadores [...] manifestaban siempre ruidosamente su sentir del espectáculo, aplaudiendo y gritando con estrépito y alboroto, las piezas, réplicas y actuaciones de su agrado, exigiendo a voz en cuello la representación de aquellas tonadillas, bailes y gracias de los cómicos que gozaban de mayor popularidad, y sobre todo silbando, abucheando, dando voces descompuestas y mofándose de los errores y desatinos que tenían lugar durante la representación.<sup>172</sup>

En los tiempos de la ocupación, los espectadores ya no eran los hombres y mujeres novohispanos, pero el alboroto que se originaba era muy similar al descrito por Viqueira. La nota del *Star*, mencionada párrafos atrás, nos habla de las costumbres que adoptaron muchos de los concurrentes, que en su mayoría eran militares y algunas acompañantes —probablemente prostitutas o mujeres pertenecientes a las clases bajas de la sociedad mexicana— y permite ver la semejanza con la descripción del teatro en otra época. Por otro lado, la misma nota nos hace ver que un gran número de soldados provenía de urbes o pueblos más pequeños que la ciudad de México y no estaban acostumbrados a este tipo de espectáculos.

A pesar de lo anterior, las peculiaridades del público y su actitud en las funciones no fueron un inconveniente tan grande como sí lo fue la falta del mismo.

El hecho de que la mayoría de los espectadores fueran militares y otros extranjeros hizo que algunos soldados se alejaran de los teatros, ya que muchos de ellos, al asistir a las funciones, pretendían mezclarse con la sociedad mexicana, en particular con las “dark-eyed Señoritas”<sup>173</sup> (“señoritas de ojos oscuros”), quienes casi no aparecían en los teatros de la ciudad.

Richard McSherry escribió en octubre de 1847 que, tras asistir a una o dos funciones y encontrar sólo rostros familiares, decidió esperar hasta que la “gente

---

<sup>172</sup> Juan Pedro Viqueira, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 73-75.

<sup>173</sup> “Alexander Cutting the Gordian Knot” en *Ibidem*, 6 de abril de 1848, p. 2.

decente” de la ciudad se animara a mostrarse en esos escenarios.<sup>174</sup> Asimismo, en una nota de inicios de noviembre los editores del *North American*, exhortaron a las señoritas a asistir a las diversiones públicas, a no ocultar sus ojos y sus “labios dulces” de todos los admiradores galantes que podrían encontrar en las filas del ejército estadounidense.<sup>175</sup> Esto nos hace ver que los militares estaban deseosos de encontrar mujeres mexicanas de una situación económica favorable en los teatros de la capital.

Aunado a lo anterior, ir al teatro significaba un gasto económico y, como en el caso de Richard Coulter, implicaba jornadas dobles o mayor trabajo en los cuarteles para poder salir de noche, por lo que muchos soldados de tropa no podían darse el lujo de asistir con tanta regularidad como sí podían hacerlo los oficiales y generales —en el Principal se podía ver a Scott, Twiggs y otros comandantes del ejército—.<sup>176</sup> Esto explica que, después de las primeras funciones, los teatros no tuvieron buenas entradas. En algunas notas del *American Star* y del *North American* lamentaban que la compañía española no obtuviera el patrocinio que deseaban y que las audiencias en el Teatro Nacional fueran cada vez menores.<sup>177</sup>

Otro de los problemas que alejó a muchos soldados fue que la mayoría no entendía las obras en castellano y sólo podían guiarse por los gestos y el tono de los actores.<sup>178</sup> Además, para los que no asistían con frecuencia al teatro, las óperas resultaban pesadas o aburridas como lo muestra una nota del *North American* en la que pedían a la compañía representar obras más ligeras.<sup>179</sup>

También muchos de los soldados seguramente preferían el tipo de espectáculo que se ofrecía en el Coliseo, más ligero y festivo que las óperas del Nacional, lo cual se

---

<sup>174</sup> McSherry, “Letter XXVIII” [octubre de 1847] en *op. cit.*, p. 131.

<sup>175</sup> “Public Amusements” en *The North American*, 5 de noviembre de 1847, p. 3.

<sup>176</sup> “The Olympic Circus” en *American Star*, 27 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>177</sup> “Compañía dramática española” en *Ibidem*, 14 de octubre de 1847, p. 4, “La compañía dramática española” en *Ibidem*, 16 de octubre de 1847, p. 3, “The Spanish Company” en *Ibidem*, 3 de diciembre de 1847, p. 2 y “Singular” en *The North American*, 14 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>178</sup> Coulter, “October 3” en *Volunteers, op. cit.*, p. 200.

<sup>179</sup> “Why don’t...?” en *The North American*, 16 de noviembre de 1847, p. 2.

aprecia en el hecho de que las funciones de la compañía de Bensley eran todos los días, y según las notas periodísticas, a excepción de finales de noviembre de 1847,<sup>180</sup> asistía una buena cantidad de público.<sup>181</sup>

A pesar de los obstáculos, las compañías del Principal y del Nacional continuaron trabajando en la ciudad hasta enero de 1848. Desde inicios de noviembre<sup>182</sup> se sumó otra compañía formada por un grupo de carreteros y soldados voluntarios que “representaban comedias en alemán y en inglés”<sup>183</sup> en el Teatro de Nuevo México. Seguramente las obras eran de menor calidad que las de los grandes teatros, pero también más accesibles para los miembros de la tropa.

### Obras y artistas

Entre septiembre de 1847 y enero de 1848 se pusieron en escena una gran cantidad de obras, famosas en la época, de las cuales la mayoría ya habían sido presentadas antes en la ciudad, en especial las de la compañía española y la del Teatro Principal.

Según se lee en las fuentes consultadas, las que tuvieron mayor éxito y mejor recibimiento por parte del público fueron “El mágico de Serván o el Tirano de Astracan”, representada a finales de octubre por la compañía española. De acuerdo con el *American Star*, la compañía “produjo la ante dicha pieza en un estilo de magnificencia difícil de mejorar en cualquiera [sic] parte, las excenas [sic], los vestidos y la maquinaria eran la misma perfección”.<sup>184</sup> George W. Kendall también asistió a esta función y afirmó que se representó en un estilo nunca visto por sus compatriotas: llena de trucos, magia, encantos, procesiones, danzas orientales, fuego azul y con una

---

<sup>180</sup> “Olympic Circus” en *American Star*, 20 de noviembre de 1847, p. 2. “Olympic Circus” en *Ibidem*, 27 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>181</sup> “The Olympic Circus” en *Ibidem*, 27 de octubre de 1847, p. 2. “Teatro Principal” en *Ibidem*, 4 de enero de 1848, p. 4. “Circus” en *The North American*, 3 de noviembre de 1847, p. 2. “The Circus” en *Ibidem*, 21 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>182</sup> “New Theatre”, en *Ibidem*, 3 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>183</sup> Alcaraz *et al*, *op. cit.*, p. 411.

<sup>184</sup> “El Mágico de Servan” en *American Star*, 21 de octubre de 1847, p. 4.

maquinaria que funcionaba con la exactitud de un reloj. Al igual que sus colegas del *Star*, estaba fascinado por la Cañete.<sup>185</sup>

También en esos días los actores de Hart y la compañía italiana de ópera representaron “La Sonnambula”.<sup>186</sup> Sobre su puesta en escena, el *American Star* afirmó que “la música estuvo perfecta pues se había reforzado [...] la orquesta” y el “desempeño por parte de los cantantes” fue muy bueno, “el público salió [...] complacido y satisfecho”<sup>187</sup>. Asimismo, sobre la función del lunes 25, además de alabar a los cantantes, relató que entre la audiencia que llenó el teatro se encontraba toda la élite del ejército, a pesar del mal clima que dificultó la entrada al edificio.<sup>188</sup> Por su parte, el *North American* describió la labor de los artistas, alabando el canto de la mayoría, así como a la orquesta del teatro.<sup>189</sup> El soldado John James Peck se limitó a anotar el 29 de octubre en su diario que la ópera había sido bien ejecutada por una compañía numerosa.<sup>190</sup>

La compañía de Cañete continuó representando obras que en el pasado había puesto en escena, como “La hija del regimiento”, donde dicha actriz una vez más acaparó las simpatías al ejecutar el papel principal “con toda la soltura y gracia que la distinguen, viéndose tan colmada de aplausos, que la harían recordar sin duda sus más bellas épocas de triunfo”.<sup>191</sup> En distintos números, los redactores del *Star* no podían dejar de mostrar su admiración por la intérprete, en cuyos “labios el castellano se vuelve música”.<sup>192</sup>

---

<sup>185</sup> Kendall, despacho del 14 de noviembre de 1847 en *op. cit.*, p. 418-419.

<sup>186</sup> “La Sonnambula” en *The North American*, 22 de octubre de 1847, p. 2. “La Sonnambula” en *American Star*, 24 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>187</sup> “La ópera de la Sonámbula” en *Ibidem*, 27 de octubre de 1847, p. 3.

<sup>188</sup> “La Sonnambula” en *Ibidem*, 28 de octubre de 1847, p. 1.

<sup>189</sup> “La Sonnambula” en *The North American*, 29 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>190</sup> Peck, [29 de octubre de 1847], *op. cit.*, p. 142.

<sup>191</sup> “Teatro Nacional. Compañía española” en *American Star*, 27 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>192</sup> “Cañete” en *Ibidem*, 29 de octubre de 1847, p. 4.

Otra obra representada en la época de la ocupación, que en 1843 se había realizado en el Teatro de Nuevo México, y que entonces hizo feliz al público por sus “decoraciones nuevas, desapariciones por los escotillones, lenguas de fuego y brujas y hechiceros, además de numerosos bailables y una música alegre”<sup>193</sup> fue “Marta la Romarantina” la cual, según Luis Reyes de la Maza, fue el “principio del auge de las llamadas comedias de magia que tanto dinero harían ganar a los empresarios durante todo el siglo pasado, y cuyo secreto no era otro que el de una gran producción escénica”.<sup>194</sup> En 1847 se puso en escena en el Teatro Nacional y asombró a los extranjeros. Los editores del *North American* expresaron que era una de las piezas de mayor magnificencia que habían visto, con una maquinaria asombrosa. No dejaron pasar la oportunidad de ensalzar a la actriz principal de la compañía española quien, según ellos, realizó el mejor papel que le habían visto, así como de Gozze, la bailarina. Según el periódico, el teatro estuvo lleno y en los palcos aparecieron algunos rostros femeninos, suceso especial para los estadounidenses.<sup>195</sup> Por su parte, los del *American Star* también declararon que, a pesar de haber presenciado espectáculos en casi todos los teatros de Estados Unidos, jamás habían visto algo igual.<sup>196</sup>

En el Teatro Principal no se quedaron atrás con las representaciones, ya que además de las funciones ecuestres y de acrobacia se llevaron a escena obras de ballet como “La fille mal gardée”, ejecutada en repetidas ocasiones a fines de noviembre e inicios de diciembre. La obra fue celebrada por su carácter cómico<sup>197</sup> y sumamente

---

<sup>193</sup> Reyes de la Maza, *El teatro en México, op. cit.*, p. 30.

<sup>194</sup> *Idem.*

<sup>195</sup> “Marta de Romarantina” en *The North American*, 5 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>196</sup> “National Theatre.—Marta de Romarantina” en *American Star*, 2 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>197</sup> “Olympic Circus” en *Ibidem*, 23 de noviembre de 1847, p. 2.

aplaudida cuando se representó,<sup>198</sup> al igual que “La flauta mágica”, que se llevó al Teatro del Coliseo a inicios de diciembre.<sup>199</sup>

En el anfiteatro también se realizaron ballets con un gran aparato escénico, que incluían caballos, cañones, decenas de actores y vestuarios costosos.<sup>200</sup> La obra “Napoleón en Egipto” fue el clímax de estas representaciones que, como plantea John Porter Bloom, mostró que el interés de los estadounidenses por los espectáculos colosales inició mucho antes que la industria de Hollywood.<sup>201</sup> Según se lee en las páginas del *Star*, el baile estaba “lleno de escenas interesantes, y su aparato teatral y evoluciones militares, estuvieron dispuestas con acierto y maestría por el Sr. Pautret”,<sup>202</sup> el coreógrafo de la compañía del Principal. Sin embargo, después de la segunda representación, la obra ya no pudo llevarse a cabo, pues los costos de producción eran muy altos, duraba aproximadamente dos horas, requería cerca de cien personas en escena y no había recibido los ingresos esperados.<sup>203</sup>

En el Coliseo, además de las obras de danza y teatro, las funciones contaban con una variedad interesante de espectáculos. Con el programa del 22 de diciembre, publicado un día antes en el *American Star*, es posible darse una idea de lo que ahí se presenciaba. De acuerdo con lo anunciado, la función se desarrollaría de la siguiente manera:

Después de una obertura interpretada por la orquesta, William Mulligan, del Ashle’s Royal Amphitheatre de Londres, ejecutaría el acto del trampolín, saltando sobre lonas, a través de aros, dando saltos mortales entre globos y sobre caballos; también habrían canciones cómicas de Mr. Saunders, el payaso; el Sr. Hamlin se levantaría sobre

---

<sup>198</sup> “Olympic Circus” en *Ibidem*, 28 de noviembre de 1847, p. 2. “Teatro Principal.—Circo Olímpico” en *Ibidem*, 12 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>199</sup> “Principal Theatre” en *Ibidem*, 9 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>200</sup> “Napoleon in Egypt” en *Ibidem*, 16 de diciembre de 1847, p. 3.

<sup>201</sup> Bloom, *op. cit.*, p. 234.

<sup>202</sup> “Teatro Principal” en *American Star*, 29 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>203</sup> “Napoleon in Egypt” en *Ibidem*, 30 de diciembre de 1847, p. 2.

cuatro caballos, cargando a Berry, el enano, en diversas posiciones; Madam Pautret y el Sr. Granados, de la compañía del teatro bailarían las “Bolas de la Cachucha”; el canto lo harían la Señorita López y el Señor Zanini; después Armand, la jineta, interpretaría a Napoleón en un acto ecuestre; Hamlin realizaría sus proezas de elasticidad; Jemerson y Warrington cantarían y bailarían al estilo de los negros; Kelly personificaría al “Indio Volador”, montando su corcel en las praderas; y el hombre elástico intentaría una hazaña inédita con un cañón; para concluir, se realizaría una pantomima titulada: “La batalla de Molino del Rey” que, como se puede suponer, pretendía representar el enfrentamiento entre el ejército mexicano y el estadounidense, ocurrido apenas algunos meses atrás. Según el programa, para la obra se requerían cerca de cien actores, tenía como escenario el llano y el cerro de Chapultepec y contenía escenas como el tiroteo desde el castillo, la batalla en Molino del Rey, la “crueldad de los mexicanos”, o la victoria final con la retirada del ejército defensor.<sup>204</sup>

Además de esta obra, que fue puesta en escena el 22 y el 29 de diciembre, la compañía del Teatro Principal ya había representado la batalla de Churubusco el día 10, en la función a beneficio de Monsieur Turin.<sup>205</sup> Lo anterior resulta interesante, ya que ambas se elaboraron muy poco tiempo después de los sucesos que recreaban. Se podría pensar que fue una forma de reafirmar quién había vencido a quién, de mostrar que el ejército mexicano fue derrotado por el estadounidense y, para que no quedara duda, se revivían los episodios militares, pero ahora en uno de los teatros de la capital conquistada. Asimismo, confirma la idea de que el público que asistía a este escenario lo formaban principalmente miembros del ejército estadounidense, ya que no era lógico que la compañía representara las victorias de éste ante los habitantes de la capital.

---

<sup>204</sup> “Olympic Circus” en *Ibidem*, 21 de diciembre de 1847, p. 3.

<sup>205</sup> “Monsieur Turin” en *Ibidem*, 12 de diciembre de 1847, p. 2.



Además de las obras ya mencionadas, entre los meses de septiembre y diciembre hubo otros actos y artistas en los teatros de la ciudad. En ellos se presentaron diversas óperas y bailes, como el del chal<sup>206</sup> o la mazurca<sup>207</sup>. También había comediantes que alegraban a los militares en las funciones.<sup>208</sup>

Asimismo, se introdujeron grupos que llegaron de Estados Unidos, como los “Sable Harmonists”<sup>209</sup>, que interpretaban canciones típicas de dicho país, o los “Ethiopian Serenaders”,<sup>210</sup> que eran parte de un género de entretenimiento surgido recientemente denominado “Minstrel Show” y actuaron en los escenarios y en sitios de esparcimiento de la ciudad, como el hotel de la Gran Sociedad.<sup>211</sup> En estas agrupaciones, los artistas se pintaban la cara de negro e interpretaban canciones y bailes tomados de la cultura de los esclavos del Sur del país. Estos espectáculos, surgidos en la década de 1840 ayudaron a promover los estereotipos de los individuos que trabajaban las plantaciones, y perduraron hasta el siglo XX.<sup>212</sup>

En los últimos meses de 1847, algunos artistas se convirtieron en objeto de admiración de los extranjeros que gustaban del espectáculo en los teatros de la capital. Sin duda, la que despertó la mayor simpatía y atrajo a más de un estadounidense por sus cualidades y por su belleza fue María Cañete, “el canto y la adoración de los gefes [sic] americanos”<sup>213</sup>, quien fue alabada cada semana en las páginas de los periódicos estadounidenses de la ciudad y por alguno de los soldados que dejaron testimonio de su participación en la ocupación de la ciudad. John James Peck escribió que la actriz era

---

<sup>206</sup> “Olympic Circus” en *Ibidem*, 10 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>207</sup> “Teatro Nacional” en *Ibidem*, 16 de noviembre de 1847, p. 4.

<sup>208</sup> “Olympic Circus” en *Ibidem*, 27 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>209</sup> *Ibidem*, 19 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>210</sup> “Mrs. Foyle” en *The North American*, 19 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>211</sup> “Los negros de África [sic]” en *El Monitor Republicano*, 20 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>212</sup> “Blackface Minstrelsy” en <http://etext.virginia.edu/railton/huckfinn/minstrl.html>, consultado el 17 de junio de 2011. John Kenrick, “A History of the Musical Minstrel Shows” en <http://www.musicals101.com/minstrel.htm>, consultado el 17 de junio de 2011.

<sup>213</sup> Alcaraz *et al*, *op. cit.*, p. 411.

insuperable y afirmó que noche tras noche atraía a miles que competían en sus expresiones de admiración.<sup>214</sup>

La compañía y la actriz aprovecharon esta circunstancia y organizaron una función en su beneficio la noche del 26 de noviembre. La expectativa fue grande. Para la organización del evento se formó una comisión en la que participaron los generales Worth, Twiggs, Smith, Pierce y Cadwallader. Por su parte, los editores del *Star* exhortaron a sus lectores a asistir a la función.<sup>215</sup>

La actriz española representó el papel principal de “El pilluelo de París” y “El amante prestado”. En los días siguientes, los periódicos extranjeros de la ciudad publicaron notas al respecto. El *American Star* mencionó que la concurrencia fue “muy numerosa, pues no había un asiento desocupado, y muchos palcos se vieron ocupados por familias distinguidas de la ciudad [...]. El teatro, exterior é interiormente estaba adornado con todo gusto, y dos bandas [...] de los regimientos americanos tocaron varias piezas escogidas”.<sup>216</sup> Es de suponerse que las “familias distinguidas” a las que se refiere la publicación fueron muy pocas, quizás acompañantes de algunos oficiales, y probablemente algunas extranjeras, ya que, como se verá más adelante, estas familias “respetables” no aparecieron en el teatro, sino hasta marzo de 1848.

Volviendo al beneficio de la actriz, los editores del *Star* afirmaron que su actuación correspondió a las expectativas y al talento mostrado anteriormente.<sup>217</sup> El *North American* mencionó que, después de ser el tema de conversación durante toda la semana, la función del viernes 26 fue un suceso extraordinario. En la reseña describe el teatro, que se encontraba completamente lleno, iluminado por el gran candelabro y por una docena de otros más pequeños, encendidos sólo en ocasiones especiales. Además de

---

<sup>214</sup> Peck, [29 de octubre de 1847], *op. cit.*, p. 142.

<sup>215</sup> “Cañete’s Benefit” en *American Star*, 23 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>216</sup> “Beneficio de la Cañete”, en *Ibidem*, 27 de noviembre de 1847, p. 4.

<sup>217</sup> *Idem*.

informar que la actriz recibió mil pesos por su actuación, anotan las palabras que ésta pronunció en un inglés descompuesto, casi incomprensible para los asistentes, agradeciéndoles de todo corazón por su cálida recepción.<sup>218</sup>

Por medio de algunos de los diarios escritos por soldados que estuvieron en la capital en ese momento es posible notar que la función de beneficio fue un evento que despertó gran interés en la clase castrense, al que muchos deseaban concurrir. Richard Coulter fue y anotó en su diario lo que más llamó su atención: que fue organizada por oficiales del ejército estadounidense, la gran iluminación del teatro, la multitud que asistió, así como la actuación de la actriz española que calificó de extremadamente buena.<sup>219</sup> John James Peck escribió que todos los oficiales, desde el general Scott hasta los mandos inferiores, estuvieron ahí, que el lugar fue decorado con banderas y estandartes y animado por bandas de música.<sup>220</sup> Finalmente, Richard McSherry ofreció un testimonio más detallado sobre la función. El asistente de cirujano alabó a la talentosa actriz y afirmó que, aun sin hablar una palabra de inglés, tuvo el tacto para hacer las obras inteligibles con su actuación. Describió el entusiasmo del público que con gritos fuertes y prolongados celebraba a la Cañete. Asimismo narró que, entre los actos, los asistentes fueron deleitados por la música de la orquesta, el baile de Gozze y la actuación de los “Sable Harmonists”, cuyas canciones familiares fueron recibidas con multitud de aplausos. McSherry afirmó que unas pocas mujeres residentes aparecieron en los palcos por primera vez desde la llegada de las tropas a la ciudad.<sup>221</sup>

Además de la que se dedicó a María Cañete, entre octubre de 1847 y enero de 1848, se realizaron otras funciones en favor de artistas del teatro y el circo. En el Teatro

---

<sup>218</sup> “My Dear Friends: even in my own language I could not express to you my gratification for your kind reception. I will only say, in the language of your native land, Cañete thanks you from her heart”. “The Benefit on Friday Night”. *The North American*, 28 de noviembre de 1847, p. 2. “Cañete’s Benefit” en *Ibidem*, 30 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>219</sup> Coulter, “November 26” en *Volunteers*, *op. cit.*, p. 216.

<sup>220</sup> Peck, [27 de noviembre de 1847], *op. cit.*, p. 147.

<sup>221</sup> McSherry, “Letter XXXIII” [diciembre de 1847] en *op. cit.*, p. 148-149.

Nacional se organizaron beneficios para el director de la compañía estadounidense, W. R. Hart;<sup>222</sup> y para el actor español Pedro Viñolas,<sup>223</sup> entre otros. En el Teatro Principal, la compañía de circo tuvo varias de estas funciones para sus integrantes, todas ellas entre diciembre y principios de enero. Entre los favorecidos estuvieron el Sr. Armand;<sup>224</sup> el fornido Turín;<sup>225</sup> Kelly, quien había luchado junto al ejército y ahora era admirado como payaso y jinete;<sup>226</sup> Hamlin, el hombre elástico;<sup>227</sup> y la acróbata que mayores simpatías despertó entre los invasores: Madame Armand, en cuya ocasión el coliseo lució repleto, según los editores del *Star*.<sup>228</sup>

Sin embargo, las compañías partieron de la ciudad al alba de 1848, lo cual nos hace ver que el optimismo que algunos miembros del ejército y los periódicos estadounidenses de la ciudad mostraron—en particular el *Star*—no fue suficiente para sostener a los artistas de las compañías. Las últimas funciones de la compañía española fueron las ofrecidas los dos primeros días de enero,<sup>229</sup> mientras que la compañía de circo de Kelly y Hamlin dejó la ciudad el 14 de ese mismo mes, con rumbo a Sudamérica.<sup>230</sup> Su retirada nos hace dudar de las “buenas entradas” que registraban las publicaciones y permite asegurar que la sociedad mexicana de la capital no se vio atraída por los espectáculos que se presentaban ni por el público que asistía.

Tomando en cuenta que estas compañías se presentaron en los primeros meses de la ocupación, se puede plantear que las familias mexicanas con mayores recursos optaron por no asistir al teatro por temor a ser señalados como traidores por sus compatriotas o a ser agredidos por los militares. Muchos padres no deseaban que sus

---

<sup>222</sup> “National Theatre” en *American Star*, 19 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>223</sup> “Viñola’s Benefit” en *The North American*, 21 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>224</sup> “Benefit at the Principal Theatre” en *American Star*, 6 de enero de 1848, p. 2.

<sup>225</sup> “Monsieur Turin” en *Ibidem*, 10 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>226</sup> “Benefit to Mr. E. Kelly” en *Ibidem*, 9 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>227</sup> “Principal Theatre” en *Ibidem*, 19 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>228</sup> “Madame Armand’s Benefit” en *Ibidem*, 9 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>229</sup> “National Theatre” en *The North American*, 31 de diciembre de 1847, p. 3.

<sup>230</sup> “The Circus Company” en *American Star*, 14 de enero de 1848, p. 2.

hijas se convirtieran en el objeto de admiración de la multitud de soldados que habían pasado tantos meses fuera de casa y deseaban estar en presencia de las “señoritas” mexicanas.

En los primeros meses del periodo estudiado la ciudad contó con un gran número de espectáculos, los cuales fueron disfrutados en su mayoría por los invasores. Aunque muchos de los mexicanos no asistieron a dichos eventos, los escenarios de la capital tuvieron la misma dinámica que en tiempos de paz y las distintas compañías se beneficiaron por las circunstancias, en particular cuando creció la afición de los militares al teatro.

#### El teatro en la ciudad en la primera mitad de 1848

No todos los artistas se retiraron en enero de 1848. Algunos de los que vivían en la capital desde antes de la invasión estadounidense y que formaban parte de las compañías del Teatro Nacional y del Principal se unieron y organizaron una serie de funciones en el último los domingos, desde el 23 de enero hasta el 2 de abril.<sup>231</sup>

Los periódicos estadounidenses de la ciudad anunciaron los primeros espectáculos y las actuaciones del señor y la señorita Castañeda, cantantes de las compañías de la ciudad, y del Sr. Turín, viejo conocido de los estadounidenses,<sup>232</sup> esperando que hubiera una buena asistencia. Sin embargo, pronto se limitaron simplemente a publicar notas breves, dando aviso de la función de cada día.<sup>233</sup>

El optimismo por el teatro entre algunos invasores fue decayendo en los primeros dos meses del año, como lo muestra una nota del *American Star* de fines de

---

<sup>231</sup> “The Principal Theatre” en *Ibidem*, 15 de enero de 1848, p. 2.

<sup>232</sup> “Principal Theatre” en *The North American*, 22 de enero de 1848, p. 3. “Amusements” en *Ibidem*, 7 de febrero de 1848, p. 2. “Ball at the Principal Theatre” en *American Star*, 23 de enero de 1848, p. 2. “Teatro Principal” en *Ibidem*, 6 de febrero de 1848, p. 3.

<sup>233</sup> “Amusements” en *Ibidem*, 13 de febrero de 1848, p. 2. “Teatro Principal en *Ibidem*, 20 de febrero de 1848, p. 4. “Principal Theatre” en *Ibidem*, 27 de febrero de 1848, p. 2. “Principal Theatre” en *Ibidem*, 5 de marzo de 1848, p. 2.

febrero, en la que se mencionaba que la ciudad lucía más aburrida que nunca y que los estadounidenses no tenían lugares de entretenimiento para asistir.<sup>234</sup> Sin embargo, habría que pensar que lo que buscaban los redactores del *Star* era un cierto tipo de diversiones, como teatro “culto” o conciertos y no las corridas de toros o bailes que, como se verá más adelante, sí se organizaron en esos meses. En cambio, en *El Eco del Comercio* se publicaron reseñas de las obras, escritas por Manuel Payno (firmadas con el seudónimo *Yo*), en las que el autor destacaba la labor de Micaela Cabrera y el Sr. Armario, artistas que antes y después de la ocupación actuaron en los teatros de México.<sup>235</sup> Por ello se puede inferir que a fines de febrero y en marzo de 1848 el público que asistía a las funciones del Teatro Principal era en su mayoría mexicano, y las obras eran todas en castellano. Éstas continuaron hasta antes de la Semana Santa.<sup>236</sup>

Los invasores con gustos similares a los periodistas contaron con espectáculos ocasionales. Una compañía de amateurs alemanes se presentó en el Teatro de Nuevo México a finales de enero.<sup>237</sup> Asimismo, a petición de oficiales del ejército,<sup>238</sup> el cantante Zanini organizó un concierto de ópera italiana el 17 de febrero en el Teatro Nacional.<sup>239</sup> Desafortunadamente, los periódicos no publicaron ninguna reseña de estos eventos.

Así, en los dos primeros meses del nuevo año, los militares parecían estar destinados a pasar el tiempo que durara la ocupación sin más funciones en los escenarios de México. Sin embargo, a inicios de marzo llegó a la ciudad un personaje que causaría fascinación entre estadounidenses y mexicanos, haría resurgir el optimismo decaído en enero y febrero de 1848 y haría que el Teatro Nacional volviera a lucir

---

<sup>234</sup> “The City” en *Ibidem*, 26 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>235</sup> “Teatro Principal” en *El Eco del Comercio*, 22 de marzo de 1848, p. 1-2. “Teatro” en *Ibidem*, 29 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>236</sup> “Teatro” en *Ibidem*, 4 de abril de 1848, p. 4.

<sup>237</sup> “A Company” en *The North American*, 2 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>238</sup> “The Italian Troupe” en *Ibidem*, 15 de febrero de 1848, p. 3.

<sup>239</sup> “Grand Concert To-night” en *Ibidem*, 17 de febrero de 1848, p. 2.

repleto: el prestidigitador Alexander Heinberger o “Herr Alexander”, como se le conoció en la época.

El mago alemán llegó a la ciudad el 1º de marzo proveniente de Veracruz, donde había ofrecido siete funciones.<sup>240</sup> Los periódicos estadounidenses y mexicanos celebraron su llegada, ya que su fama alcanzó la capital antes de que él arribara. El personaje había estado en Nueva York el año anterior y en otras ciudades de Estados Unidos.<sup>241</sup> En una nota del 12 de octubre de 1847, el *North American* informó que Alexander, junto con el violinista Camillo Sivori y el pianista Henri Herz, se había presentado en Saratoga.<sup>242</sup>

Los periodistas anunciaron con optimismo que pronto iniciaría una serie de funciones en el Teatro Nacional y aprovecharon para sugerir a los oficiales y a las autoridades militares que concedieran permiso a los soldados para salir alguna noche a presenciar el acto del alemán, a menos que éste diera funciones en la tarde.<sup>243</sup>

El inicio de sus presentaciones coincidió con la firma del armisticio, lo cual ayudó a que el mago lograra lo que nadie más en los meses de la ocupación: que las familias mexicanas (incluyendo a las señoritas), quizás sintiéndose con mayor seguridad, y acostumbrados ya a la presencia de los militares estadounidenses, asistieran al teatro y estuvieran bajo el mismo techo que éstos, aunque esto no significa que hayan convivido.<sup>244</sup>

La primera función en el Teatro Nacional se realizó el sábado 11 de marzo. El *American Star* la anunció e hizo saber que después de ésta, el prestidigitador también

---

<sup>240</sup> “Herr Alexander” en *American Star*, 16 de febrero de 1848, p. 1. *Ibidem*, jueves 2 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>241</sup> “Wealth of Showman” en <http://www.coinhelp.com/catalog/item/183084/14424.htm>, consultado el 15 de junio de 2011. “Alexander, Herr (Alexander Heinberger). 1847 token” en <http://www.liveauctioneers.com/item/6286602>, consultado el 15 de junio de 2011.

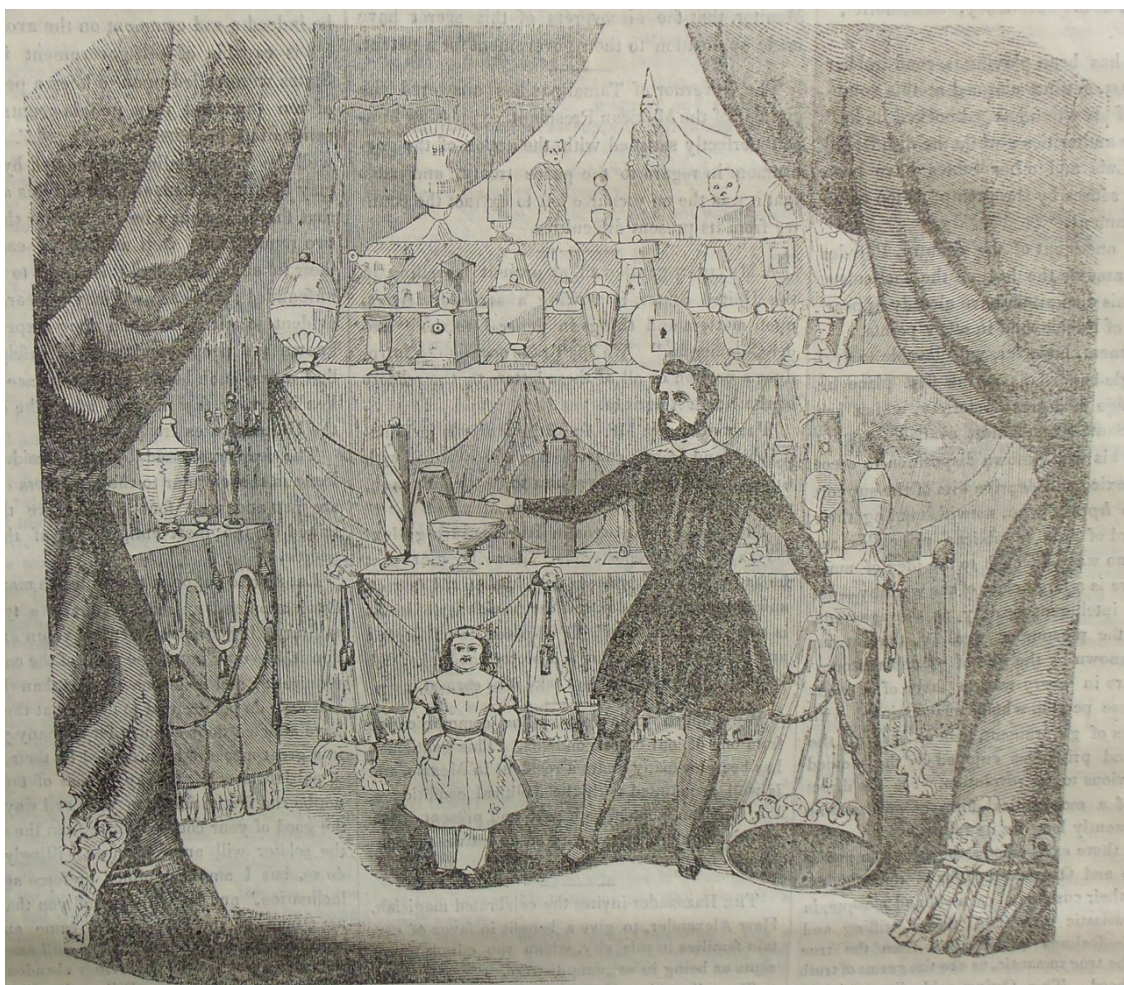
<sup>242</sup> “Camille Sivori” en *The North American*, 12 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>243</sup> *El Monitor Republicano*, 4 de marzo de 1848, p. 4. “Herr Alexander” en *American Star*, 8 de marzo de 1848, p. 2. “Herr Alexander” en *The North American*, 7 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>244</sup> “Gran Teatro Nacional” en *El Monitor Republicano*, 12 de marzo de 1848, p. 4. “Herr Alexander” en *American Star*, 12 de marzo de 1848, p. 2.

ofrecería funciones en la tarde para los soldados que no pudieran abandonar sus cuarteles después de las ocho.<sup>245</sup> Los editores del *North American*, además de un poema dedicado al artista,<sup>246</sup> publicaron en la primera página del viernes 10 una imagen del mago realizando un truco en el que sacaba a una pequeña niña de un huevo.

Los editores afirmaban que en su paso por Filadelfia, además de este truco, Alexander hizo flotar a un joven sin la ayuda de cuerdas. Le proponían repetir las mismas magias en México.<sup>247</sup>



*Herr Alexander's New Machinery for Producing "Responsibilities"*<sup>248</sup>

<sup>245</sup> "National Theatre" en *Ibidem*, 9 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>246</sup> "To Her, Who Can Understand It", en *The North American*, 10 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>247</sup> *Ibidem*, p. 3.

<sup>248</sup> *Ibidem*, p. 1.



Según las fuentes periodísticas, en la primera presentación, el Teatro Nacional lució lleno, con un escenario colorido, iluminado por una multitud de velas. Además de los oficiales del ejército, entre los que se encontraban los generales Butler, Smith y Pillow, asistieron familias mexicanas y españolas.<sup>249</sup> La función agradó a todos, en particular cuando:

..el prestidigitador pidió un sombrero a la concurrencia, y sin soltarle de las manos, sin habérselo llegado al cuerpo, sin haberse separado del proscenio con sólo los dedos, y el sombrero en el aire, hizo que apareciese lleno de preciosos ramilletes de flores naturales y olorosas que repartió primero a las damas de los palcos, y en seguida a todos sin distinción; con lo que creíamos que las flores se habían agotado, pero sin moverse del lugar en que se hallaba y en presencia de todos, con sólo agitar de nuevo el sombrero multiplicaba las flores al infinito, y hallaba con qué continuar sus galantes obsequios.<sup>250</sup>

A partir de esa fecha, el Gran Teatro tuvo buenas entradas en todas las ocasiones, ya que los pobladores de la ciudad y los militares deseaban ver las suertes que ejecutaba el alemán, sobre las que seguramente leían en los periódicos y escuchaban en las casas, en los hoteles, cafés, paseos y otros sitios de esparcimiento.

También nos podemos imaginar al mago paseando por las calles de México como una gran celebridad, rodeado de personas que deseaban ver sus trucos, apareciendo en los salones,<sup>251</sup> en un baile de máscaras<sup>252</sup> o visitando el “Aztec Club” para mostrar sus habilidades a la élite del ejército.<sup>253</sup>

En las funciones, el prestidigitador se presentaba en el escenario, con “un aspecto imponente y semejante a las descripciones de los antiguos alquimistas. El mágico estaba vestido con una túnica corta de terciopelo negro, medias también negras, dominando su taller lleno de redomas, de cubos, de platos, de botellitas, y de multitud de vasijas que le sirven para sus encantos”.<sup>254</sup> En cada ocasión ofrecía

---

<sup>249</sup> “Herr Alexander” en *Ibidem*, 12 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>250</sup> “Gran Teatro Nacional” en *El Monitor Republicano*, 12 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>251</sup> “Herr Alexander” en *American Star*, 18 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>252</sup> “El Demonio” en *The North American*, 9 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>253</sup> “Herr Alexander” en *Ibidem*, 7 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>254</sup> “Teatro Nacional” en *El Eco del Comercio*, 18 de marzo de 1848, p. 4.

un programa distinto y repetía los trucos que habían sido mejor recibidos por el público, utilizando palomas, pañuelos que solicitaba al público, agua y vino que mezclaba para después dividir o flores que multiplicaba;<sup>255</sup> suertes que, de acuerdo con los redactores del *Eco del Comercio*, en su mayoría no eran tan nuevas para los habitantes de la ciudad.<sup>256</sup> Sin embargo, Guillermo Vigil y Robles cita a algún autor —aunque no da la referencia— que menciona que el prestidigitador “encantó a su insulso público con [...] muchas suertes que hoy son casi del dominio público, pero que en esa época encantaron a su groserísima concurrencia”.<sup>257</sup>

Vistas o no anteriormente, las funciones agradaban a los que concurrían y era la primera ocasión en que los pobladores de la capital podían asistir al Teatro Nacional sin sentirse inseguros o fuera de lugar después de varios meses. Los mexicanos buscaban diversión y desahogo tras tantos inconvenientes que trajo consigo la ocupación y uno de los sitios en los que lo encontraron fue en las funciones de Alexander Heinberger. Sin duda, este hecho fue agradecido por los extranjeros, ya que al fin pudieron admirar en los palcos a las anheladas “señoritas”. Los periódicos extranjeros celebraron la aparición de las mujeres en el teatro. El *Star* afirmó que en la función del 19 de marzo “muchas familias y hermosas mexicanas se hallaban presentes, las que ningún otro ha podido atraer al teatro desde que la ciudad fue ocupada por los *Yankees* [sic]”,<sup>258</sup> mientras que el *North American* publicó que una multitud de familias mexicanas concurría a ver al mago.<sup>259</sup> Incluso el *Monitor* expresó que “no obstante el propósito que se había formado el bello sexo mexicano, de no asistir a diversiones públicas, durante el periodo de circunstancias escepcionales [sic], la concurrencia que ha tenido

---

<sup>255</sup> *Idem.*

<sup>256</sup> *Idem.*

<sup>257</sup> Vigil, *op. cit.*, p. 88.

<sup>258</sup> “Herr Alexander” en *American Star*, 21 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>259</sup> “Herr Alexander” en *The North American*, 22 de marzo de 1848, p. 2.

[Alexander] en las más de sus funciones, ha sido bastante numerosa”.<sup>260</sup> Lo anterior hace pensar que con las funciones de Herr Alexander finalmente asistió una cantidad considerable de mujeres y de familias mexicanas—confiados por la firma del armisticio y atraídos por el acto del mago—, ya que su asistencia llamó la atención tanto de mexicanos como de estadounidenses y para todos significó una novedad.

Uno de los soldados complacidos por este hecho fue Richard McSherry, quien en marzo de 1848 escribió que el mago alemán hacía numerosas suertes para entretenerlos y asombrarlos, pero lo más notable era que en cada presentación llenaba el Nacional, incluyendo un gran número de mujeres. El militar afirmó que sólo un practicante de la nigromancia podía haber logrado esto último.<sup>261</sup> También el teniente William H. Davis, en una carta escrita el 14 de marzo mencionó que, desde la firma del armisticio, las damas que antes habían estado confinadas en sus casas, ahora dejaban ver sus rostros en la calle y en los teatros.<sup>262</sup>

El mago dio tres funciones más de las que había anunciado en un principio,<sup>263</sup> lo cual agradó al público, y más cuando se dio a conocer que una de ellas sería en beneficio de los soldados mexicanos y estadounidenses heridos que se encontraban en la ciudad.<sup>264</sup> En las dos últimas (el domingo 2 y el jueves 6 de abril) llevó a cabo el truco de suspender en el aire a un niño de 12 años,<sup>265</sup> que fue el más aplaudido de todos los que hizo en la ciudad.<sup>266</sup>

Los editores del *Star* le dedicaron una última nota afirmando que, a pesar de todos los intentos que se habían hecho por sacar de sus casas a las familias y a las

---

<sup>260</sup> “Teatro Nacional” en *El Monitor Republicano*, 23 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>261</sup> McSherry, “Letter XL” [marzo de 1848] en *op. cit.*, p. 176.

<sup>262</sup> Carta de William H. Davis a su hermana Elizabeth W. Davis, 14 de marzo de 1848 en *Chronicles of the gringos*, *op. cit.*, p. 400.

<sup>263</sup> *The North American*, 30 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>264</sup> “Herr Alexander” en *American Star*, 30 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>265</sup> “Teatro Nacional” en *El Monitor Republicano*, 2 de abril de 1848, p. 4.

<sup>266</sup> “National Theatre” en *American Star*, 5 de abril de 1848, p. 3.

mujeres mexicanas desde que los estadounidenses llegaron a la ciudad —incluyendo el de la Cañete—, Herr Alexander había sido el único que lo había logrado, lo cual afirmaba que en verdad era un gran mago.<sup>267</sup>

Alexander Heinberger permaneció en la ciudad unos días más. Después partió con rumbo a Guanajuato y San Luis para presentarse en otros sitios del país.<sup>268</sup>

No obstante el fin de las funciones del alemán, la ciudad y en particular el Teatro Nacional no se quedaron mucho tiempo sin espectáculos, ya que pronto arribaron nuevos personajes que ofrecieron un entretenimiento similar: el prestidigitador y ventrílocuo italiano Giovanni Rossi y la bailarina Fanny Manten. Ambos llegaron a la ciudad entre el 15 y el 16 de abril de 1848.<sup>269</sup>

Rossi, “socio honorario de la imperial y real academia de Venecia”,<sup>270</sup> comenzó sus funciones el domingo 23 de abril. Además de los actos al estilo de Herr Alexander, el mago italiano imitaba conversaciones entre personajes o el sonido de animales, y presentaba cuadros y galerías animados.<sup>271</sup> Su acto fue anunciado en el *Monitor*, el *Star* y el *Eco del Comercio*.<sup>272</sup> El primero fue el más optimista al reseñar su función, afirmando que “su habilidad excedió a lo que de él se aguardaba”<sup>273</sup> y el público unánimemente dijo que el Sr. Rossi era superior al mago alemán. Añadió que su imitación de perros y moscos hizo reír a cuantos estaban presentes.<sup>274</sup> El voluntario Richard Coulter registró en su diario que asistió

---

<sup>267</sup> “Alexander Cutting the Gordian Knot” en *Ibidem*, 6 de abril de 1848, p. 2.

<sup>268</sup> “Herr Alexander” en *Ibidem*, 25 de abril de 1848, p. 2.

<sup>269</sup> “Una famosa bailarina y otro célebre mágico” en *El Monitor Republicano*, 18 de abril de 1848, p. 4.

<sup>270</sup> “Gran Teatro Nacional” en *American Star*, 22 de abril de 1848, p. 3.

<sup>271</sup> *Idem*.

<sup>272</sup> Cabe recordar que el *North American* ya había dejado de circular.

<sup>273</sup> “Teatro” en *El Monitor Republicano*, 24 de abril de 1848, p. 4.

<sup>274</sup> *Idem*.

a la primera función del Sr. Rossi, aunque no mencionó sus impresiones sobre la misma.<sup>275</sup>

Para su tercera aparición, el domingo 30 de abril, el espectáculo se enriqueció con la actuación de la bailarina Fanny Manten, “discípula del imperial y real conservatorio de Milán, y conocida ya en varios de los principales teatros de los Estados Unidos de América”.<sup>276</sup> Así, las funciones que ofrecieron ambos artistas se componían de una variedad interesante de actos. Además de los actos de magia y ventrilocuismo de Rossi, había bailes ejecutados por Manten —como mazurcas, valeses o polkas—, casi siempre acompañada del bailarín mexicano Antonio Castañeda, ya conocido en la capital.<sup>277</sup> En sus últimas apariciones añadieron las escenas de estatuas vivientes, en las que reproducían las figuras más famosas de las galerías de Roma y Florencia.<sup>278</sup>

Los artistas se presentaron en diversas ocasiones entre el 30 de abril y el domingo 28 de mayo. Por lo que se puede apreciar en los diarios de la ciudad, el espectáculo atrajo una buena cantidad de público. En la primera aparición de Manten, quizás por primera vez en el tiempo de la ocupación, el Teatro Nacional tuvo una concurrencia en su mayoría mexicana, como se afirma en una nota del *Monitor Republicano*.<sup>279</sup> Por la forma en que estaban anunciados, seguramente los diálogos inventados por Rossi eran en castellano, por lo que muchos soldados no podían entenderlos. Aún así algunos militares continuaron acudiendo al Teatro Nacional como una diversión.

---

<sup>275</sup> Coulter, “April 22” [aunque la función fue el 23] en *Volunteers, op. cit.*, p. 289.

<sup>276</sup> “Gran Teatro Nacional” en *American Star*, 29 de abril de 1848, p. 3.

<sup>277</sup> *Idem*. “Gran Teatro Nacional” en *Ibidem*, 4 de mayo de 1848, p. 3. “Gran Teatro Nacional” en *Ibidem*, 7 de mayo de 1848, p. 3.

<sup>278</sup> “Gran Teatro Nacional” en *Ibidem*, 14 de mayo de 1848, p. 3.

<sup>279</sup> “Teatro Nacional” en *El Monitor Republicano*, 1 de mayo de 1848, p. 4.

Cuando apareció la bailarina, se acercaron más estadounidenses. Según el *Star*, en una función de mediados de mayo se pudo ver a un gran número de oficiales en los palcos.<sup>280</sup> Guillermo Vigil—también citando a un autor no registrado—escribió que Manten “encantó a los oficiales norteamericanos que la colmaron de aplausos y obsequios”.<sup>281</sup>

Quizás el entusiasmo que despertaron estos artistas no fue tan grande como el que levantó el mago alemán, ya que, cuando éste llegó, todos los sectores de la población estaban ávidos de presenciar algún espectáculo en el teatro. Ya cubiertas esas expectativas, la aparición de Rossi y Manten parecen más un signo de que, a pesar de que el ejército invasor aún estaba en la ciudad, las cosas estaban volviendo a la normalidad, y los mexicanos podían asistir de vuelta a los teatros.

El Teatro Principal también retomó sus funciones. El miércoles de la Semana Santa, el 19 de abril, el Coliseo fue ocupado por los “Virginia Serenaders”, otro de los grupos del género de “Minstrel Show” que aparecieron en la ciudad durante la ocupación militar. El conjunto, con sus instrumentos —tambores, banjo, violín, triángulo, castañuelas de hueso y una mandíbula— ofreció una variedad de canciones, duetos, coros, “cantos negros”, bailes, acertijos y otros actos de comedia,<sup>282</sup> para entretener a los estadounidenses con el tipo de espectáculo que en esa década se puso de moda en su país.<sup>283</sup>

En su última función, el domingo 28 de mayo, Manten invitó a “una banda de música y de canto que forman unos que siguen al ejército americano, que dan

---

<sup>280</sup> “Señ. Rossi” en *American Star*, 16 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>281</sup> Vigil, *op. cit.*, p. 88.

<sup>282</sup> “Principal Theatre” en *American Star*, 19 de abril de 1848, p. 2.

<sup>283</sup> “Blackface Minstresly” *op. cit.*

serenatas y tienen por objeto imitar a los negros de África en sus bailes y canciones populares”,<sup>284</sup> es decir, a los “Ethiopian Serenaders”.

Esto es un ejemplo de cómo con la ocupación militar los estadounidenses intentaron introducir nuevos elementos culturales y formas de entretenimiento a la ciudad. Sin embargo, espectáculos como el descrito no perduraron en la capital mexicana.

Desde mediados de mayo el escenario de la calle del Coliseo fue vuelto a ocupar por los actores que trabajaban ahí antes de la invasión estadounidense. Aunque el día 14, el *American Star* anunció que una compañía americana comenzaría ahí sus funciones,<sup>285</sup> no hay registro de que lo hayan llevado a cabo. Desde el 18, los artistas de la agrupación mexicana comenzaron la representación de obras dirigidas al público nacional.

Aprovechando las circunstancias atípicas, el domingo 21 se puso en escena *Carlos II, el hechizado*, que había sido prohibida desde su estreno años atrás<sup>286</sup> porque en la obra se criticaba a las órdenes religiosas. Por su carácter polémico, “trajo, como era muy natural, una concurrencia numerosa al teatro, tanto, que no cabiendo ya la gente, fue preciso poner sillas en los tránsitos”.<sup>287</sup> Su representación fue aún más polémica porque, según el *Monitor* y el *American Star*, durante la obra “el populacho” gritó entusiasmado: “¡Mueran los frailes!”.<sup>288</sup>

Los diarios reaccionaron de forma distinta y expresaron su postura. El *Monitor Republicano* aclaró que, “aunque haya algo de verdad en la censura que el autor del drama hace de los malos eclesiásticos, no todos lo son; y nos parece perjudicial y

---

<sup>284</sup> “Teatro Nacional” en *El Monitor Republicano*, 28 de mayo de 1848, p. 4.

<sup>285</sup> “Principal Theatre” en *American Star*, 14 de mayo de 1848, p. 3.

<sup>286</sup> Olavarría, *op. cit.*, p. 467.

<sup>287</sup> “Teatro Principal” en *El Eco del Comercio*, 25 de mayo de 1848, p. 3.

<sup>288</sup> “Teatro Principal” en *El Monitor Republicano*, 22 de mayo, p. 4. “Progress” en *American Star*, 23 de mayo de 1848, p. 201.

antipolítico que se representen semejantes dramas. Nada inmoraliza más a los pueblos ni corrompe tanto las costumbres como el teatro, cuando se le distrae de su objeto, que es solo el de *instruir y amonestar deleitando*".<sup>289</sup> Días después, en otro artículo, el mismo periódico manifestó que "el teatro que en México por lo menos, es un instituto con relación a las costumbres, y por lo mismo con el bien público, se ha convertido durante la invasión, en un giro, en una especulación, libre y agena [*sic*] de la inspección de las autoridades".<sup>290</sup> Por su parte, el *American Star* lo tomó como una señal de progreso, incluso esa fue la palabra que utilizó para titular la nota en la que hablaba del suceso, y en la que se felicitaban por haber publicado anteriormente artículos en contra de los religiosos. Para los editores, el hecho era una señal de que el pueblo mexicano tendría un buen futuro, libre de la influencia de los frailes.<sup>291</sup> Finalmente, Manuel Payno, responsable de la publicación del *Eco del Comercio*, escribió que, aunque el drama no era tan inmoral como otros, tenía "escenas que excitan a la multitud, y pueden causar una efervescencia injusta y peligrosa: por lo mismo creemos que sería mejor no dar esta clase de representaciones, especialmente en unas circunstancias como las presentes en el pueblo que se halla sin freno y exaltado por los padecimientos".<sup>292</sup>

Este acontecimiento muestra que, así como el periodo de la ocupación fue aprovechado por algunos grupos políticos para intentar llevar a cabo su proyecto o por comerciantes para obtener ganancias económicas, también fue utilizado por personas que, ante la falta de censura pudieron poner en escena obras que en el pasado habían estado prohibidas y tratar temas que encontraban un rechazo general entre la sociedad. En este aspecto se puede plantear que la ocupación militar otorgó libertades, aprovechadas por los extranjeros, pero también por algunos artistas y admiradores del

---

<sup>289</sup> "Teatro Principal" en *El Monitor Republicano*, 22 de mayo, p. 4.

<sup>290</sup> *Ibidem*, 28 de mayo de 1848, p. 3.

<sup>291</sup> "Progress" en *American Star*, 23 de mayo de 1848, p. 201.

<sup>292</sup> "Teatro Principal" en *El Eco del Comercio*, 25 de mayo de 1848, p. 3.



arte mexicanos. Asimismo, hace ver que el sentimiento anticlerical estaba extendido en buena parte de la sociedad, aunque sería hasta la década siguiente cuando dicho sentimiento llegara con fuerza al gobierno y se generalizara.

Como en otros ámbitos, la toma de la ciudad por los estadounidenses rompió con el orden establecido. El teatro, desde fines del siglo XVIII, se había convertido en un instrumento de las autoridades para educar al pueblo y también en un sitio en el que se plasmaba la división existente en la sociedad. Al igual que había sucedido en los teatros pequeños desde inicios de la década de 1840,<sup>293</sup> ahora, al final de la ocupación, también comenzaban a desvanecerse el orden y los espectáculos “moralistas y aleccionadores” en los escenarios más importantes de la urbe.

El teatro continuó en las últimas semanas de la ocupación. Además de las funciones en el Principal, desde el 1º de junio hubo también en el de Nuevo México. Se presentaban dramas, que eran complementados con bailes y cantos.<sup>294</sup> En los días más cercanos al 12 de junio de 1848, cuando marcharon los últimos militares estadounidenses que quedaban en la ciudad, no hubo representaciones. Más de una semana después, el 22 de junio, se anunció en el Teatro Principal “una solemne función para celebrar ‘el feliz término de la guerra’. [...] Se cantó un Himno de la Paz y se representó un drama titulado *La hija del regente*”.<sup>295</sup>

Esto marcó el final de una época peculiar en la historia del teatro en México, la cual muchos autores han omitido probablemente porque los invasores tomaron una parte importante en ella. Los espectáculos en los escenarios teatrales, al ser una de las principales formas de entretenimiento durante la ocupación estadounidense, fueron fundamentales en la vida cotidiana de dicho periodo. Algunos artistas aprovecharon la

---

<sup>293</sup> Viqueira, *op. cit.*, p. 129.

<sup>294</sup> “Teatro Principal” en *El Siglo Diez y Nueve*, 1 de junio de 1848, p. 4. “Teatro Principal” en *El Eco del Comercio*, 3 de junio de 1848, p. 4.

<sup>295</sup> Reyes, *El teatro en México, op. cit.*, p. 60.

presencia de los militares para mostrar espectáculos que ya habían llevado a escena en la ciudad, pero ahora con un público nuevo y por lo tanto las formas de representación fueron peculiares. Los militares, en especial las autoridades, hallaron ahí una buena forma de distraerse y entretener a sus subordinados. Los artistas extranjeros encontraron un buen momento para insertar su cultura en los escenarios capitalinos.

## **Bailes**

A diferencia del teatro, que se vio interrumpido en distintos periodos, los bailes fueron una diversión con la que los estadounidenses contaron prácticamente durante todos los meses de la ocupación.

Desde inicios de octubre de 1847 hasta el 21 de mayo del año siguiente, cada semana se organizó por lo menos un baile en algún punto de la ciudad y a veces hasta tres en un mismo día. Los primeros dos bailes fueron el 10 de octubre. Uno de ellos, llevado a cabo en el número 7 de la segunda calle de San Francisco<sup>296</sup> se anunció para los oficiales del ejército y para los caballeros de Estados Unidos y de México.<sup>297</sup> Del otro sólo se precisó el lugar, la hora y el precio: el ex convento de Betlemitas<sup>298</sup> a las 7 de la tarde, por dos dólares.<sup>299</sup>

El que se realizó en la calle de San Francisco fue reseñado por el *American Star*. Narró que la música fue muy bien ejecutada por una orquesta de miembros del ejército y que a las once de la noche “estaba completamente llena la sala”.<sup>300</sup> Después de esta ocasión, se siguieron organizando bailes en el mismo lugar para la oficialidad. Desde el 26 de octubre un grupo de comerciantes denominado “Wagner & Co.” arrendó el local para continuar con la organización de bailes para los habitantes de la ciudad todos los

---

<sup>296</sup> Hoy Francisco I. Madero, entre Bolívar y Motolinía.

<sup>297</sup> “A Grand Ball” en *American Star*, 10 de octubre de 1848, p. 2.

<sup>298</sup> En la actualidad en la calle de Tacuba, entre Filomeno Mata y Bolívar.

<sup>299</sup> “Grand Concert an Ball” en *American Star*, 7 de octubre de 1847, p. 3.

<sup>300</sup> *Ibidem*, 12 de octubre de 1848, p. 2.

martes, jueves y domingos.<sup>301</sup> Estos eventos siguieron anunciándose hasta el domingo 28 de noviembre.<sup>302</sup>

De acuerdo con los avisos en los periódicos estadounidenses de la ciudad y con algunos autores, en otro salón destinado a la diversión, ubicado en el número 9 del callejón de Betlemitas, los bailes se realizaron todos los domingos —o casi todos— hasta el 21 de mayo, quizás el último que se planeó en la ciudad para la recreación de los estadounidenses.<sup>303</sup> Según Richard McSherry, eran los más exclusivos, y además de los militares, asistían los modistas franceses acompañados por sus parejas.<sup>304</sup>

El Teatro Nacional también fue sede de algunas fiestas entre noviembre de 1847 y febrero de 1848, aunque sólo para ocasiones especiales como bailes de máscaras o el festejo por la conmemoración del natalicio de George Washington, el 22 de febrero de 1848.<sup>305</sup> En la calle del Coliseo, frente al Teatro Principal, también se organizaron este tipo de eventos.<sup>306</sup>

En algunas pocas ocasiones, otros sitios fueron utilizados como salones de baile, en particular para ofrecer diversión a los soldados que no podían pagar o no eran admitidos en los eventos dedicados a los oficiales. En el número 10 de la calle de Refugio se organizó una diversión para soldados y civiles el miércoles 20 de octubre. La admisión costaba un dólar, la mitad del precio de los otros.<sup>307</sup> También en la Fonda de la Aduana, situada en los portales de la Plaza de Santo Domingo, se hizo un baile en

---

<sup>301</sup> “San Francisco Ball” en *Ibidem*, 26 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>302</sup> “Diversiones” en *Ibidem*, 28 de noviembre de 1847, p. 4.

<sup>303</sup> *Idem*. “Diversiones” en *Ibidem*, 19 de diciembre de 1847, p. 4. “Baile” en *Ibidem*, 23 de enero de 1848, p. 4. “Balls” en *Ibidem*, 5 de marzo de 1848, p. 2. “Grand Ball” en *Ibidem*, 21 de mayo de 1848, p. 2. *The North American*, 14 de febrero de 1848, p. 2. McSherry, “Letter XXXVI” [enero de 1848] en *op. cit.*, p. 161-162. Zamacois, *op. cit.*, p. 41.

<sup>304</sup> McSherry, “Letter XXXVI” [enero de 1848] en *op. cit.*, p. 161.

<sup>305</sup> “Fancy Ball” en *American Star*, 28 de noviembre de 1847, p. 2. “Otro” en *Ibidem*, p. 4. “National Theatre” en *Ibidem*, 15 de enero de 1848, p. 2. “National Ball Room” en *Ibidem*, 22 de febrero de 1848, p. 3.

<sup>306</sup> “Gran Baile de Máscara” en *Ibidem*, 28 de noviembre de 1847, p. 4. Zamacois, *op. cit.*, p. 41.

<sup>307</sup> “Grand Civic and Military Ball” en *American Star*, 20 de octubre de 1847, p. 2.

honor de los texanos, que acababan de llegar a la ciudad.<sup>308</sup> Asimismo, algunos regimientos instalados en las afueras de la capital organizaron los suyos. Los acuartelados en Molino del Rey planearon uno para el 12 de febrero de 1848<sup>309</sup> y los que estaban en San Ángel hicieron lo propio el 22 de febrero.<sup>310</sup>

El costo de estos eventos fue un factor importante para su regularidad. Los soldados —voluntarios y regulares— de artillería e infantería recibían siete dólares al mes, los cabos nueve y los sargentos trece.<sup>311</sup> Un baile por el que había que pagar un dólar era una buena opción para divertirse, a diferencia, por ejemplo, de una función en el Teatro Nacional en la que la entrada a la galería —la sección más económica— costaba también un dólar<sup>312</sup> pero duraba menos y presentaba ciertas restricciones para el desahogo de los militares.

Entre marzo y mayo de 1848 los dos sitios más frecuentados se encontraban a unas cuadras de distancia —en la actual calle 16 de septiembre—. Uno de ellos fue el “Jockey Club House”, en la casa número 16 de Coliseo Viejo, administrado por A. G. Mayers, con la ayuda de la ya conocida Sra. Foyle, y dedicado a los oficiales del ejército.<sup>313</sup> Pero el más popular, de acuerdo con el *American Star*<sup>314</sup> y a testigos de la ocupación fue el salón y el Hotel de la Bella Unión. En este sitio, ubicado en la esquina de Refugio y Palma, todas las noches desde el 22 de febrero se ofrecía cena en la planta baja y música —como polkas y valsés— en el primer piso.<sup>315</sup>

---

<sup>308</sup> “Grand Ball” en *Ibidem*, 9 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>309</sup> “A Grand Ball” en *Ibidem*, 12 de febrero de 1848, p. 3.

<sup>310</sup> *The North American*, 23 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>311</sup> “Selected Pay Scale for the Army” en Winders, *Mr. Polk’s Army*, *op. cit.*, p. 122.

<sup>312</sup> “National Theatre” en *American Star*, 9 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>313</sup> “Jockey Club House” en *Ibidem*, 16 de marzo de 1848, p. 3. “Music and Moonlight” en *Ibidem*, 14 de abril de 1848, p. 2.

<sup>314</sup> “The Bella Union” en *Ibidem*, 5 de mayo de 1848, p.2. Alcaraz *et al.*, *op. cit.*, p. 412. Roa Bárcena, *op. cit.*, p. 200. Zamacois, *op. cit.*, p. 40. Carta de M. M. Z. a Guillermo Prieto en Prieto, *Memorias de mis tiempos*, *op. cit.*, 1985, p. 277. García Cubas, *op. cit.*, p. 439-440. “Escena IV” en *Undécimo calendario*, *op. cit.*, p. 46.

<sup>315</sup> “El Dorado” en *American Star*, 30 de marzo de 1848, p. 2.

Los bailes fueron una de las actividades preferidas por los militares para su diversión. En ellos podían relajarse, cenar, tomar distintas bebidas y bailar con las mujeres que asistieran. Según se aprecia en las fuentes, la mayoría de estas “señoritas” provenía de las clases bajas de la ciudad, es decir, eran prostitutas o mujeres a las que se les pagaba para asistir a los festejos.

Los autores mexicanos, o que vivían en el país en la época de la ocupación estadounidense, describieron las escenas que se daban en estos bailes, en donde resaltan la actitud de las mujeres que trabaron amistad con los invasores, y que en la época se llamó “Margaritas”.

En el *Undécimo calendario de Abraham López*, publicado en 1849 se narra que en los bailes, los invasores

comenzaron á relacionarse con las mugeres [sic] prostitutas, siempre escogían á las jóvenes; les prodigaban dinero, pues casi generalmente no les faltaban pesos fuertes y onzas de oro á los soldados, y con este aliciente eran solicitados por las Margaritas, bautismo que les dieron á las antiguas arañas. Entre los bailes públicos el mas célebre de ellos fué el que establecieron en la Sociedad de la Bella Unión, en donde la entrada costaba dos pesos, duraba toda la noche: á los concurrentes se les daba un refresco y muger [sic] para que bailaran y para que sirvieran á los parroquianos en algunas necesidades corporales; allí no había celos, todos eran de buen humor y gozaban de una franqueza como los gallos y las gallinas.<sup>316</sup>

En los *Apuntes para la historia de la guerra* también se describen los bailes en la Bella Unión, los más concurridos de todos. Según los autores:

Los cuartos de este hotel estaban llenos de oficiales. En los pisos bajos había salones de juego; en los primeros pisos, cantinas, villares [sic] y salas de baile, y en los altos, en su mayor parte, estaban destinados á lo que la decencia no permite espresar [sic]. Desde las nueve de la noche hasta las dos ó tres de la mañana duraban estas orgías, que jamás se habían visto en México. El bello secso [sic] mexicano era mas abundante de lo que era de esperarse, y compuesto en su mayor parte de prostitutas, y á veces de algunas muchachas alucinadas ú obligadas por la miseria á cambiar su honor por un pedazo de pan para sus familias.<sup>317</sup>

Varios años después, autores como Guillermo Prieto, José María Roa Bárcena, Niceto de Zamacois y Antonio García Cubas —este último al inicio del siglo XX—, en sus

---

<sup>316</sup> “Escena IV”, *op. cit.*, p. 46.

<sup>317</sup> Alcaraz, *et al.*, *op. cit.*, p. 412.

relatos sobre la vida en la ciudad durante la época de la invasión,<sup>318</sup> dedicaron varias líneas a describir lo que se podía ver en las fiestas de los extranjeros y las “Margaritas”, en particular en las de la Bella Unión. Todos coinciden en afirmar que dicho hotel fue el “centro de los pasatiempos y también de los vicios de la sociedad militar”.<sup>319</sup> En las *Memorias de mis tiempos* Prieto narra que “todo era en aquel salón chillante, intenso, febril. Sus vivísimos hombres desmelenados, con las levitas y chalecos desabrochados, mujeres casi desnudas; todo lo que tiene de más repugnante la embriaguez, de más asqueroso la mujer desenvuelta, de más repelente el grito y la carcajada de orgía, se veía allí presentando”.<sup>320</sup> Niceto de Zamacois recuerda que “a estos bailes eran llevadas las mujeres más despreciables del bajo pueblo, que se hallaban en la mendicidad y que vivían continuamente en las vinaterías entregadas al vicio de la bebida; mujeres de la hez del populacho que viven casi desnudas, y á quienes la viciosa oficialidad vestía, para que entrasen al baile, en una pieza baja del mismo edificio, para desnudarlas tan luego como terminaba la diversión”.<sup>321</sup> Por último, Antonio García Cubas hace una descripción mucho más colorida e incluso humorista de lo que acontecía en el hotel de Palma y Refugio:

De un orden diverso aunque igualmente perjudicial para los soldados fue su amistad con las meretrices de ínfima clase y á las que dieron ellos mismos el nombre impropio de *margaritas*. En las reuniones con ellas dábese lugar á la comisión de escenas soeces é inmorales que, á veces, tenían por escenario los balcones del hotel de la Bella Unión y por espectadora á la gentualla que, con burla, las aplaudía y cantaba la popular canción de “La Pasadita” [...].

En los bailes eran los voluntarios la imagen viva de la caricatura, tratando de imitar los bailables del pueblo. Cada cual tenía por compañera una *margarita* y al ejemplo de ésta ejecutaba el jarabe, con el cuerpo descoyunturado y las piernas muy dobladas, y en fuerza del movimiento producido por el obligado zapateado, adquirían fuertes sacudidas las faldas del sombrero y el gran saco de provisiones que por medio de correas pendía de uno de sus hombros, aconteciendo con frecuencia que á sí mismo se diese zancadilla al pretender trenzar las piernas, toscamente aprisionadas en las botas fuertes.

---

<sup>318</sup> Carta de M. M. Z. a Guillermo Prieto en Prieto, *Memorias de mis tiempos*, op. cit., 1985, p. 277. Roa Bárcena, op. cit., p. 200. Zamacois, op. cit., p. 40-41. García Cubas, op. cit., p. 439-440.

<sup>319</sup> Roa Bárcena, op. cit., p. 200.

<sup>320</sup> Carta de M. M. Z. a Guillermo Prieto en Prieto, *Memorias de mis tiempos*, op. cit., 1985, p. 277.

<sup>321</sup> Zamacois, op. cit., p. 40.

En tanto que unos bailaban, otros mantenían plática con sus amores, y no digo sabrosa, porque era imposible que lo fuese, con aquellas meretrices á quienes el pueblo bajo daba el nombre de ciertos insectos de ocho pies, ni podía ser sabrosa una plática, sostenida en medio de ademanes y contorciones [*sic*], por monosílabos, ó por algunas frases ú oraciones en las que, como sujeto, aparecía un caso oblicuo del pronombre personal yo, verbo en infinitivo y por complemento un barbarismo, ejemplo: *mí querer osté*.

[...] Para tales bailes, las margaritas abandonaban el zagalejo y el rebozo por los vestidos escotados, ahuecadores, cofias, moños y cintas, de todo lo que se proveían en las casas de empeño, por cuenta de los empresarios, sin faltar los collares y pendientes de similor, efectos de tercera y cuarta mano, tan averiados como la inocencia.<sup>322</sup>

Cada uno de estos relatos se nutrió de los anteriores, de la memoria de los escritores y del sentimiento de repulsión por lo acontecido entre 1846 y 1848. Probablemente el resentimiento hacia las mujeres que intimaron con los invasores hizo que las descripciones de las prostitutas y de sus actos fueran algo exageradas y que los autores se expresaran sobre ellas en una forma despectiva.<sup>323</sup> Como se verá más adelante, los ataques a estas mexicanas no se limitaron al campo de las letras. Antes, se dieron en las calles de la ciudad, al momento de la retirada de las tropas.

Asimismo, por medio de versos y canciones se hizo burla de la relación de las mujeres con los “yanquis:

Si las Margaritas  
fueran de mamón,  
cuántas Margaritas  
me comiera yo.

Pero tienen uñas,  
saben arañar;  
ahí vienen los yanquis,  
se las llevarán.<sup>324</sup>

O bien:

Una margarita, de esas del portal,  
se fue con un yanqui, en coche a pasear.  
Margarita bella, eras un ciclón,  
no supiste a quién darle el corazón.  
Cuidate y no creas en amor extraño,

<sup>322</sup> García Cubas, *op. cit.*, p. 439-440.

<sup>323</sup> Algunos versos de la época se inspiraron en esta relación de las mujeres con los “yanquis”:

<sup>324</sup> Vicente Quirarte, *Vergüenza de los héroes. Armas y letras de la guerra entre México y Estados Unidos*, México, Umbral, 1999, p. 51.

que te quedas chata como las de antaño.<sup>325</sup>

La canción de “La pasadita” también se le dedicó a las “Margaritas”:

¡Ay!, amigos míos, les voy a contar  
lo que me ha pasado en esta ciudad:  
Llegaron los yanquis, me arriesgué a apedrear,  
y a la pasadita: tan-darín-darán.

Ya las *Margaritas* hablan en inglés,  
Les dicen: ¿Me quieres? Y responden: *Yes,*  
*mí sabe de monis. Mocho güeno está,*  
y a la pasadita: tan-darín-darán.

Sólo las mujeres tienen corazón  
para hacer alianza con esa nación;  
ellas dicen: Vamos, pero no es verdad,  
y a la pasadita: tan-darín-darán.

Ya los gringos comen queso y requesón  
y yerbas de burro en toda ocasión;  
son unos borricos, bailan el cancán,  
y a la pasadita: tan-darín-darán.

Todas esas niñas de “La Bella Unión”  
bailan muy alegres danza y rigodón;  
parecen señoras de gran calidad,  
y a la pasadita: tan-darín-darán.

Sólo de los hombres no hay que desconfiar,  
pues lo que ellos hacen no lo hacen por mal;  
suelen, como el gato, también halagar,  
y a la pasadita: tan-darín-darán.

Los yanquis malvados no cesan de hablar:  
con esta nación habrán de acabar;  
yo les digo: ¡Nones! ¡Jamás llegarán!  
y a la pasadita: tan-darín-darán.<sup>326</sup>

Las prostitutas fueron un “chivo expiatorio” de la sociedad mexicana. Cuando pasó la ocupación, ellas se convirtieron en el blanco de los capitalinos para descargar la frustración y el enojo contenido en los meses de dominio extranjero. Sin embargo, ello no significa que dichas mujeres no hubieran gozado de una mala reputación desde antes de la ocupación.

---

<sup>325</sup> *Ómnibus de poesía mexicana*, presentación, compilación y notas de Gabriel Zaid, México, Siglo XXI, 1971, p. 166.

<sup>326</sup> *Ibidem*, p. 166-167.



En una nota remitida por un mexicano al *Monitor Republicano* y traducida un día después por el *American Star*, el 25 de abril de 1848, es posible advertir el mal concepto que se tenía de este grupo femenino. El autor, Luis Boado, escribió que una joven muy similar a su hija había asistido a los bailes. El padre no deseaba que la reputación de su familia sufriera a causa de esto, por lo que invitó a aquellos que concurrían a los bailes a visitar su casa para que comprobaran las diferencias entre la joven de los bailes y su hija.<sup>327</sup> El deseo del hombre explica la manera en que eran vistas las mexicanas que acompañaban a los invasores por algunos miembros de la sociedad, donde la reputación y la decencia eran muy importantes.

La forma en que los organizadores aseguraban la presencia femenina en las fiestas también se puede vislumbrar en las fuentes extranjeras. En una nota del *American Star* del 12 de octubre sobre el primer baile llevado a cabo en la calle de San Francisco, se anuncia que, para el siguiente, el administrador ya había recibido la promesa de asistir por parte de ochenta o cien señoritas.<sup>328</sup> Con base en lo que plantearon los demás autores, se puede suponer que la palabra de dichas mujeres se sostenía en algún ofrecimiento económico, sobre todo si se toma en cuenta que la ocupación apenas iniciaba.

Richard McSherry escribió en enero de 1848 que todas las noches se organizaban bailes para los militares y que en distintos rumbos de la ciudad se podía escuchar música y observar a través de las ventanas a las parejas que bailaban torpemente al compás de algún vals. El ayudante de cirujano se refirió a los avisos de los periódicos en los que se afirmaba que en los bailes sólo se admitían a damas

---

<sup>327</sup> “A Call” en *American Star*, 25 de abril de 1848, p. 2.

<sup>328</sup> “The Ball” en *Ibidem*, 12 de octubre de 1847, p. 2.

respetables. Opinó que los anunciantes tenían un concepto “muy extraño” de lo que era una dama.<sup>329</sup>

Asimismo, John Porter Bloom, citando el diario del sargento John Kreitzer, se refiere a los bailes que organizaron algunos militares acuartelados en las afueras de la ciudad, como la compañía “C” de los voluntarios de Pennsylvania, que dispuso una cena y baile en San Ángel. Un comité se encargó de visitar la capital para adquirir la comida y bebida, así como para “contratar” señoritas y carrozas para la ocasión.<sup>330</sup>

Lo anterior hace ver que, para los bailes, la mejor compañía que podían conseguir los invasores era la de aquellas mujeres que estuvieran dispuestas a asistir con tal de recibir un beneficio económico. Los militares llevaban varios meses en campaña y probablemente muchos de ellos deseaban intimar con alguna mujer. Los bailes eran una buena oportunidad y a muchos de los extranjeros no les interesaba si las “señoritas” provenían de una “familia respetable” o de las clases bajas de la sociedad.

Si se piensa en todos aquellos que recibieron ganancias por los bailes—los organizadores, los dueños de los sitios en que se llevaron a cabo, los comerciantes que proveyeron los alimentos y bebidas, las mujeres a las que se les pagó por concurrir, los músicos ajenos al ejército que fueron contratados—y en los no estadounidenses que asistieron, los bailes no sólo beneficiaron a los militares, sino a muchos otros individuos y se convirtieron en una de las formas de entretenimiento más importantes en la ciudad durante la ocupación llevada a cabo por el ejército estadounidense. A diferencia del teatro, éstos duraron toda la ocupación, seguramente porque todos los involucrados ganaron algo. Los organizadores y las personas contratadas tuvieron beneficios económicos y los asistentes—en su mayoría militares—por un precio menor al del

---

<sup>329</sup> “They have queer ways for real ladies”. McSherry, “Letter XXXVI” [enero de 1848] en *op. cit.*, p. 161.

<sup>330</sup> Diario de Kreitzer, 16-21 de marzo de 1848 en Bloom, *op. cit.*, p. 276.

teatro tenían la oportunidad de tomar, bailar, conocer mujeres y divertirse en un ambiente mucho más relajado.

### **Corridas de toros**

Otra diversión que se mantuvo constante durante el tiempo de la ocupación estadounidense de la ciudad fueron las corridas de toros. En 1847 este tipo de espectáculos se llevaba a cabo en la plaza de San Pablo, “situada en la manzana formada al norte por la iglesia de San Pablo el Nuevo, al Oriente por el Callejón del Topacio,<sup>331</sup> y por el Poniente con la segunda calle de Cuevas.<sup>332</sup> Podía contener hasta once mil espectadores”.<sup>333</sup>

Durante los primeros meses, Bensley, el director de la compañía de circo del Teatro Principal, se encargó también de los espectáculos en el ruedo. Así, cada domingo, desde el 26 de septiembre hasta el 31 de octubre, se realizaron actos que incluían corridas de toros, en las que participaban matadores de la república, así como suertes ecuestres y gimnásticas con los miembros de su compañía.<sup>334</sup>

De acuerdo con las publicaciones estadounidenses de la ciudad, este tipo de espectáculo atrajo a mexicanos y extranjeros,<sup>335</sup> aunque el público no lo formaban los oficiales y generales o las familias “respetables” de la capital como en el teatro, sino los miembros de la tropa del ejército invasor e individuos de las clases menos acomodadas de la capital.

---

<sup>331</sup> Hoy calle de Topacio, entre San Pablo y Fray Servando Teresa de Mier.

<sup>332</sup> En nuestros días la calle de Jesús María.

<sup>333</sup> María y Campos, *op. cit.*, p. 13.

<sup>334</sup> “Corrida de toros y circo olímpico” en *American Star*, 23 de septiembre de 1847, p. 4. “Bull Fight and Circus” en *Ibidem*, 10 de octubre de 1847, p. 2. “Bull Fight” en *Ibidem*, 16 de octubre de 1847, p. 2. “Plaza de Toros” en *Ibidem*, 23 de octubre de 1847, p. 2. “Plaza de Toros” en *Ibidem*, 31 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>335</sup> “Corrida de toros” en *Ibidem*, 19 de octubre de 1847, p. 4. *The North American*, 19 de octubre de 1847, p. 1.

Richard Coulter asistió a una de las primeras corridas y el 3 de octubre escribió en su diario que la Plaza de Toros era el sitio en el que toda su compañía se podía reunir —probablemente no sólo para presenciar el espectáculo, sino también para fumar, beber y divertirse con los miembros del ejército—. Asimismo, anotó que las suertes del circo llamaron la atención de los léperos.<sup>336</sup> Con esto se puede apreciar quiénes formaban la audiencia de San Pablo.

A partir de noviembre, Bensley dejó de encargarse del espectáculo en este punto de la ciudad. Sin embargo, con base en las fuentes, es posible afirmar que las corridas de toros continuaron durante todo el periodo de la ocupación. Según el soldado alemán Frederick Zeh, cada semana hubo una corrida de toros. Él asistió a una y, según narra, en ella no sólo toros, sino también hombres y caballos encontraron la muerte.<sup>337</sup>

En las páginas del *North American* también es posible encontrar referencias a las corridas después del mes de octubre. En noviembre de 1847 y enero del siguiente año publicaron notas sobre el espectáculo, en las que mostraron su desagrado hacia el mismo. Los periodistas mencionaron que hubieran preferido ver morir a los toreros en lugar de los toros y criticaron a los “devotos” de la Plaza, que eran los mismos creyentes que en las mañanas de domingo llenaban las iglesias.<sup>338</sup> Uno de sus editores, que escribía bajo el seudónimo de “Reub”, asistió a una corrida a fines de enero e hizo una reseña de lo que presenció. Además de las faenas a los toros, la función contó con un espectáculo interesante: cuatro hombres que estaban dentro de “máquinas” con forma de gansos o cisnes, confeccionadas con ramas de sauce y cubiertas con papel, entraron al ruedo. Cuando estaban en el centro, un gran toro con los cuernos cubiertos fue liberado

---

<sup>336</sup> Coulter, “October 3” en *Volunteers*, *op. cit.*, p. 200.

<sup>337</sup> Zeh, *op. cit.*, p. 83.

<sup>338</sup> “We Have” en *The North American*, 16 de noviembre de 1847, p. 2. “Sunday in Mexico” en *Ibidem*, 10 de enero de 1848, p. 2.

en la arena. El toro se dedicó a atacar a las “aves” y a divertir al público que estaba en la plaza.<sup>339</sup>

La escena descrita hace ver que las corridas de toros no modificaron su estructura respecto a lo que se presentaba en la época, ya que a mediados del siglo XIX era común presenciar estos espectáculos, inventados para la diversión de los espectadores.

Es posible encontrar una referencia a las corridas de toros de cada mes entre enero y mayo de 1848, y sus autores describen las corridas como algo habitual, por lo que es posible afirmar que esta forma de entretenimiento perduró hasta la retirada del ejército invasor.

El 14 de febrero, el *North American* publicó una breve nota, en la que relataba que el domingo 13 todas las diversiones, que incluían el teatro, los toros y los bailes, habían estado repletas. En marzo de 1848 Richard McSherry escribió sus impresiones sobre una corrida a la que fue sólo por curiosidad. El militar anotó que las pocas simpatías que el espectáculo le despertó fueron hacia los toros; asimismo, anotó que en las gradas no encontró “damas”, sino unas cuantas “mujeres” del nivel más bajo.<sup>340</sup> Las impresiones de McSherry muestran que para los estadounidenses, en particular aquellos que no veían las corridas como una oportunidad de divertirse con sus compañeros de armas, la tauromaquia era uno de los elementos culturales más desagradables en México, legado de la colonización española de los tres siglos anteriores. Su opinión es parecida a la de otros viajeros ingleses y estadounidenses que visitaron el país en los años cercanos a la ocupación. Para la mayoría de ellos, las corridas de toros eran un espectáculo sangriento y salvaje y eran un claro ejemplo de la “nefanda herencia”

---

<sup>339</sup> “The Bull Fight on Sunday” en *Ibidem*, 1 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>340</sup> “There were no ladies present—but few women, and they of the lowest”. McSherry, “Letter XXXIX” [marzo de 1848] en *op. cit.*, p. 171-172.

hispánica.<sup>341</sup> Milton Jamieson, un voluntario de Ohio, visitó la ciudad en abril de 1848 y aunque no fue, escribió que el domingo siguiente a su partida habría una corrida de toros en la ciudad.<sup>342</sup> Finalmente, el martes 23 mes de mayo, el *Monitor Republicano* publicó una nota afirmando que “el Domingo en la tarde un mexicano dio en la plaza de toros el grito de ‘mueran los blancos, vivan los indios’”.<sup>343</sup>

Por las referencias anteriores se puede afirmar que los espectáculos en San Pablo se mantuvieron durante todo el periodo estudiado. La población mexicana y los militares que asistieron eran aquellos que no podían pagar o no se interesaban en las funciones de teatro, sino en un espectáculo menos elaborado. Algunos de los extranjeros, como los editores de los periódicos, el asistente de cirujano Richard McSherry, o el entonces teniente Ulysses S. Grant<sup>344</sup> sólo acudieron en una ocasión para satisfacer la curiosidad que tenían por una diversión tan popular en México.

Las corridas de toros fueron una forma de entretenimiento que aprovecharon, sobre todo, los sectores bajos de la población y fue un sitio en el que pudieron reunirse grupos numerosos de mexicanos y miembros de la tropa de ocupación.

## **Paseos**

Uno de los medios de esparcimiento preferidos por los capitalinos durante el siglo XIX fueron los paseos. Como ya se explicó anteriormente, a fines de la década de 1840 la Alameda, Bucareli y la Viga eran frecuentados por distintos sectores de la población,

---

<sup>341</sup> Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 73-77.

<sup>342</sup> Jamieson, *op. cit.*, p. 94.

<sup>343</sup> El grito hacía referencia a la Guerra de Castas, que en ese momento se daba en Yucatán. “Alarma” en *Monitor Republicano*, 23 de mayo de 1848, p. 4.

<sup>344</sup> Ulysses S. Grant, “Chapter XIII” en *Personal Memoirs of U. S. Grant*, New York, Charles L. Webster & Company, 1885-86 (consultado en línea en: <http://www.bartleby.com/1011/13.html>).

los cuales disfrutaban de caminar o posarse bajo la sombra de los árboles, montar a caballo o transitar dentro una carroza o de una embarcación.<sup>345</sup>

Esta fue una de las formas de recreación que menos transformaciones sufrió durante la ocupación estadounidense de la ciudad, lo cual no significa que los invasores no hayan tomado parte, sólo que, a diferencia del teatro y de los bailes, ellos tuvieron que acoplarse a la costumbre ya establecida y no al revés. Esto hizo que los paseos se conservaran como una actividad que los mexicanos pudieron continuar realizando con regularidad, por lo que es posible que ahí se haya dado una mayor y más sana convivencia entre mexicanos y estadounidenses, distinta a la que ocurría en aquellos lugares cerrados en los que se bebía y el ambiente era más festivo.

El primer sitio que llamó la atención de los invasores fue la Alameda, con sus fuentes y arboledas, que invitaban a pasear por ahí a cualquier hora del día.<sup>346</sup> En los primeros días de la ocupación, se encontraba sucia, descuidada e invadida por los carros militares que fueron estacionados ahí, pero probablemente al darse cuenta de la importancia que tenía para el esparcimiento de los habitantes, y que podía tener para los miembros del ejército, las autoridades invasoras pronto mandaron despejar el lugar.<sup>347</sup> El 13 de octubre, el gobernador Quitman emitió una orden en la que manifestaba que “habiéndose destinado la Alameda como un local de recreo para los ciudadanos, se prohíbe el tránsito por ella de los carros, carretones o trenes, tampoco se usará para que hagan ejercicio los caballos o mulas de los trenes”.<sup>348</sup> Así, los pobladores de la ciudad pudieron disfrutar de nuevo de este espacio, aunque seguramente en los primeros meses

---

<sup>345</sup> *Diccionario universal, op. cit.*, p. 746. Löwenstern, *op. cit.*, p. 131.

<sup>346</sup> “The Alameda” en *American Star*, 15 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>347</sup> *Ibidem*, 25 de septiembre de 1847, p. 1. “Desocupación de la Alameda” en *El Nopal Mexicano*, citado en *Idem*.

<sup>348</sup> John A. Quitman, “Por autoridad” en *Ibidem*, 14 de octubre de 1847, p. 3.

se toparon con los soldados castigados o con la peste que originaban los cadáveres ahí enterrados y el agua estancada en el foso que la rodeaba.<sup>349</sup>

Algunos de los militares que se hallaban en la ciudad de México disfrutaban de caminar en la Alameda y observar a los capitalinos que hacían lo mismo. El sargento Thomas Barclay, voluntario de Pennsylvania, escribió el 26 de octubre que asistía a este sitio para disfrutar de sus veredas anchas, sombras frescas y las numerosas fuentes, que contrastaban con la suciedad y la confusión de la ciudad.<sup>350</sup> Richard McSherry también visitaba este parque donde, según registró en su obra, concurrían los modistas y otros individuos que no pertenecían a la aristocracia que frecuentaba el Paseo Nuevo o de Bucareli.<sup>351</sup>

Según fuentes extranjeras, este último comenzó a recuperar su colorido y a sus visitantes en los meses de octubre y noviembre de 1847. McSherry registró que diariamente se veía ahí a la clase alta de la capital en sus carrozas y caballos, y que los domingos en la tarde era el mejor sitio para admirar a la parte más hermosa y elegante de la sociedad mexicana.<sup>352</sup> Resulta interesante observar que los estratos más altos de la sociedad optaron por asistir a este tipo de paseos para su esparcimiento, en lugar de pagar para entrar al teatro o a los bailes. La explicación probable es que esta actividad no los obligaba a compartir un espacio cerrado con los invasores y la suntuosidad de los carruajes o de los vestidos permitían mostrar el estatus de las familias y marcar una división con los invasores y con el resto de la sociedad.

Semejantes escenas fueron descritas en los diarios estadounidenses de la ciudad que mencionaron, desde inicios de noviembre, que el Paseo Nuevo cada vez lucía más lleno, y en él se podía ver cada tarde, y sobre todo los domingos, a mexicanos y

---

<sup>349</sup> *El Monitor Republicano*, 14 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>350</sup> Barclay, "October 26" en *Volunteers*, *op. cit.*, p. 203.

<sup>351</sup> McSherry, "Letter XXVIII" [octubre de 1847] en *op. cit.*, p. 131.

<sup>352</sup> *Idem.*



extranjeros transitando alrededor de las fuentes, a las “señoritas” en sus carruajes y a los caballeros —entre los que se encontraban los oficiales del ejército— montando sus caballos.<sup>353</sup> De acuerdo con las mismas publicaciones, el Paseo de Bucareli continuó creciendo en popularidad durante los siguientes meses. A inicios de 1848 cada domingo lucía repleto y los estadounidenses disfrutaban asistir, ya que ahí podían presumir los carruajes que asombraban a la multitud porque le eran desconocidos,<sup>354</sup> o bien admirar a las mujeres que paseaban en sus propios vehículos.<sup>355</sup>



La fuente de la Victoria en el Paseo de Bucareli, pocos años después de la ocupación.<sup>356</sup>

<sup>353</sup> “Paseo Nuevo” en *American Star*, 2 de noviembre de 1847, p. 2 y 9 de noviembre de 1847, p. 2. “The Paseo” en *The North American*, 5 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>354</sup> “The Paseo Nuevo” en *Ibidem*, 31 de enero de 1848, p. 3.

<sup>355</sup> “The Paseo” en *American Star*, 11 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>356</sup> Tovar, *op. cit.*, p. 127.

En marzo llegó la Cuaresma, y con ella se dio a conocer un sitio que admiró a los invasores: el Paseo de la Viga. Los militares se sumaron a los capitalinos para disfrutar de estos recorridos durante los domingos de primavera. En los periódicos se retrataban las escenas que acontecían alrededor del canal protagonizadas por niños, mujeres, caballeros mexicanos y oficiales estadounidenses, quienes interactuaban con la sociedad de la capital.<sup>357</sup> Para los editores del *North American*, ahí se mezclaban todos los sectores de la población y por un momento el indígena olvidaba sus penas y el lépero su desnudez. Los periodistas describen las canoas llenas de flores y las multitudes que bailaban siguiendo el ritmo del bandoleón.<sup>358</sup>

Ethan Allen Hitchcock visitó la Viga al inicio de la Cuaresma acompañado de un grupo de militares. Subieron a “dos pequeños botes con media o una docena de damas, tres guitarras, canal abajo, hacia el sur, hacia los pueblos indios de Santa Anita Ixtacalco y desayunamos [...] al mediodía, bailamos durante el calor del día y luego, en nuestros botes, navegamos entre los jardines”.<sup>359</sup> El coronel también pudo ver a los indígenas que tomaban pulque y bailaban en los alrededores del canal y admiró los “jardines flotantes” cubiertos de personas, “algunas en carruajes espléndidos con lacayos de librea, [...] otros en caballos magníficamente enjaezados, mientras que otros disfrutaban y casi todos los botes tenían su música, ya fuera vocal o instrumental”.<sup>360</sup>

McSherry también visitó el sitio en marzo de 1848 y le admiró ver las hileras de carruajes y a los indígenas bailando y cantando sobre los pequeños jardines flotantes, donde los paseantes de la calzada compraban flores para adornar a los niños.<sup>361</sup> En una carta a su padre, el capitán William B. Taliaferro confesó que pocas veces se perdía de

---

<sup>357</sup> “Paseo de la Viga” en *Ibidem*, 21 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>358</sup> *The North American*, 22 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>359</sup> *Mexico ante los ojos*, *op. cit.*, p. 120.

<sup>360</sup> *Ibidem.*, p. 120-121.

<sup>361</sup> McSherry, “Letter XXXIX” [marzo de 1848] en *op. cit.*, p. 174.

la oportunidad de asistir a la Viga y de admirar a los, según él, miles de carruajes que paseaban por ahí, a los botes cubiertos de flores y a los hombres y mujeres que bailaban con la música de una guitarra.<sup>362</sup>

Es casi seguro que los habitantes de la ciudad y los militares volvieron al Paseo Nuevo y la Alameda después del domingo de Pascua—el 23 de abril de 1848—, aunque ya no hay registro de ello en las fuentes. La firma de los Tratados de Paz y del armisticio, así como la sensación de “vuelta a la normalidad” que en el mes de mayo y junio se pudieron percibir, permiten suponer que los mexicanos siguieron concurriendo a los lugares de esparcimiento tradicionales y que, antes de su partida, los soldados continuaron disfrutando de los mismos.

Quizás la Alameda, la Viga y el Paseo de Bucareli fueron los sitios públicos en los que mayor convivencia se dio entre mexicanos y estadounidenses durante el tiempo de la ocupación; sin embargo, con base en las fuentes consultadas, se puede pensar que no hubo una interacción mayor, es decir, tal parece que los soldados iban ahí a “admirar” la belleza y las costumbres mexicanas y a disfrutar de los sitios, y no tanto a intentar conquistar a una “señorita” o a divertirse con la sociedad capitalina, como sí lo pretendían cuando acudían a los bailes o a los bares de la ciudad.

Pese a la ocupación, los paseos fueron una de las actividades que los capitalinos pudieron realizar con “normalidad”; ahí podían tener momentos de distracción con otros vecinos de la ciudad; además, el hecho de que se realizaran de día y al aire libre probablemente les hacía sentir mayor seguridad.

---

<sup>362</sup> Citado en Bloom, *op. cit.*, p. 116.

## Carreras

La orden de Quitman del 14 de octubre de 1847, por la que dispuso el traslado de los carros del ejército fuera de la Alameda, también prohibía “dar carreras en las avenidas o beredas [*sic*] de los locales de recreo público bajo la pena de una multa de 5\$ a 10\$ [dólares] por cada delito”.<sup>363</sup> Esto se debió a que las carreras de caballos fueron otra de las principales distracciones que tuvieron los militares en la ciudad de México y seguramente los mejores sitios que encontraron para llevarlas a cabo fueron la Alameda o el Paseo Nuevo. En este último se realizó una competencia entre dos frisonos el domingo 17 de octubre, lo cual muestra que la orden no fue muy bien atendida: la yegua de un oficial estadounidense y el caballo negro de un habitante italiano de la ciudad. Este último ganó la carrera y una suma considerable de dinero,<sup>364</sup> ya que parte fundamental de esta diversión eran las apuestas.

En los siguientes meses se realizaron más duelos entre caballos. Algunos, en el Paseo de la Viga, que eran organizados con anticipación y anunciados en los periódicos, e incluían apuestas que llegaban hasta los mil pesos.<sup>365</sup> Otros surgieron de manera espontánea entre militares que hacían correr a sus caballos alrededor de la Alameda,<sup>366</sup> o en la Plaza Mayor provocando la huída de los léperos en todas direcciones<sup>367</sup> y la queja de los editores del *American Star*, quienes sugirieron que el mejor lugar para esta diversión era la pista ubicada en la garita del Peñón de los Baños.<sup>368</sup>

En este último se comenzaron a realizar carreras desde el domingo 5 de marzo de 1848. Durante tres domingos R. D. Denton & Compañía —los promotores del espectáculo— invitaron a competir a todos los que tuvieran caballos y desearan

---

<sup>363</sup> John A. Quitman, “Por autoridad” en *American Star*, 14 de octubre de 1847, p. 3.

<sup>364</sup> “Carreras” en *El Monitor Republicano*, 18 de octubre de 1847, p. 4. “The Race” en *The North American*, 22 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>365</sup> “Diversiones” en *American Star*, 30 de noviembre de 1847, p. 4. *Ibidem*, 5 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>366</sup> “Who Lost?” en *The North American*, 12 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>367</sup> “An Interesting Race” en *Ibidem*, 17 de marzo de 1848, p. 3.

<sup>368</sup> “Racing” en *American Star*, 18 de marzo de 1848, p. 2.

llevarlos al Peñón, pagando una entrada de 50 dólares el primer día, 75 el segundo y 100 en la última carrera.<sup>369</sup>

También en marzo de 1848, los militares afines a las carreras ecuestres formaron un club de jockeys.<sup>370</sup> Los miembros remodelaron la pista de la garita y la convirtieron en un óvalo de una milla para que el 1º de abril se llevara a cabo la primera competencia organizada por el “Peñon Jockey Club”. El inicio del ciclo de competencias de primavera fue anunciado en el *American Star* y el *Monitor Republicano*,<sup>371</sup> y durante el resto del mes y hasta mediados de mayo el periódico estadounidense publicó notas relativas a las mismas.<sup>372</sup>

Esta forma de entretenimiento atrajo principalmente a los invasores. Esto se aprecia en el hecho de que todos los caballos que participaron pertenecían a miembros del ejército.<sup>373</sup> Asimismo, en una nota que el *Monitor Republicano* publicó sobre la carrera del 1º de abril —la única que le dedicaron al espectáculo— afirmó que “apenas habría diez o doce mexicanos”. El diario también se refirió al rumor de que “después de la carrera [...] un americano, o extranjero [*sic*], tuvo una disputa con un mexicano decente; y [...] la mayor parte de los americanos rodearon al mexicano, le amagaron con armas, y por fin fue terriblemente azotado o chicoteado”.<sup>374</sup>

John R. Kenly, capitán de voluntarios de Maryland, hizo una visita a la ciudad en abril de 1848 y asistió a una de las carreras. El militar aseguró que varios mexicanos

---

<sup>369</sup> “Races” en *Ibidem*, 24 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>370</sup> “Gentlemen of the Turf” en *Ibidem*, 1 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>371</sup> *El Monitor Republicano*, 1 de abril de 1848, p. 4. “Peñon Jockey Club House” en *American Star*, 1 de abril de 1848, p. 2.

<sup>372</sup> “Peñon Jockey Club House” en *American Star*, 4 de abril de 1848, p. 3. “Peñon Race Course” en *Ibidem*, 11 de abril de 1848, p. 2. “The Race of Yesterday” en *Ibidem*, 16 de abril de 1848, p. 2. “The Races” en *Ibidem*, 30 de abril de 1848, p. 2. “The Race on Sunday” en *Ibidem*, 16 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>373</sup> “Peñon Jockey Club House” en *Ibidem*, 1 de abril de 1848, p. 2. “Peñon Jockey Club House” en *Ibidem*, 4 de abril de 1848, p. 3. “Peñon Jockey Club House” en *Ibidem*, 15 de abril de 1848, p. 3.

<sup>374</sup> “Diversiones y pesares” en *El Monitor Republicano*, 2 de abril de 1848, p. 4.

habían asistido, aunque la mayoría del público lo formaban oficiales y soldados del ejército estadounidense, incluyendo al general en jefe.<sup>375</sup>

Así, se puede plantear que las competencias llevadas a cabo durante la ocupación fueron un modo de entretenimiento organizado por y para los extranjeros, ya que involucraban apuestas y caballos utilizados y bien conocidos por los militares. Aunque algunos mexicanos asistieron, se puede afirmar que los estadounidenses encontraron en esta actividad una forma de alejarse de la sociedad mexicana y de la ciudad, de estar entre compatriotas y de sentir que no habían abandonado la vida militar.

### **Otras formas de entretenimiento**

Durante el periodo estudiado los invasores contaron con otras formas de entretenimiento.

Algunos disfrutaban de concurrir al diorama,<sup>376</sup> en la calle de Vergara, para presenciar las imágenes de la naturaleza, de ciudades y monumentos en Europa, Nueva York o Palestina que eran presentadas en un cuadro, iluminadas con distintos colores.<sup>377</sup>

Otros contaron con diversiones espontáneas, como el enfrentamiento de cricket organizado por el Club de Cricket de México —probablemente fundado por ingleses o estadounidenses— en el rancho de Nápoles, el domingo 24 de octubre de 1847.<sup>378</sup>

Además de conocer la Catedral, la Universidad y otros sitios de interés dentro de la ciudad, algunos oficiales organizaron excursiones a las afueras de la misma. Lugares

---

<sup>375</sup> Kenly, *op. cit.*, p. 424.

<sup>376</sup> “El Diorama, o sean cuadros iluminados por su interior con graduaciones de luz para producir ilusiones ópticas. [...] Los dioramas eran una especie de espectáculo cinematográfico, puesto que los espectadores se situaban delante de un cuadro, que equivalía a la pantalla actual, y gracias al invento del célebre Daguerre, el iniciador de la fotografía, la luz se descomponía en mil tonalidades y hacía aparecer” imágenes de edificios o ciudades iluminados de distinta manera. Reyes, *El teatro en México, op. cit.*, p. 30.

<sup>377</sup> “Aviso” en *Monitor Republicano*, 2 de octubre de 1847, p. 4. “The Diorama” en *The North American*, 5 de octubre de 1847, p. 3. Kendall, “City of Mexico, October 14, 1847” en *op. cit.*, p. 410.

<sup>378</sup> “Cricket Challenge” en *The North American*, 12 de octubre de 1847, p. 2. “Cricket, Ho!” en *Ibidem*, 22 de octubre de 1847, p. 2.

al norte de la metrópoli como el Santuario de Guadalupe, Mexicaltzingo, Pachuca o Real del Monte fueron visitados por los comandantes del ejército.<sup>379</sup> Incluso un grupo de militares, entre los que se encontraba Ulysses S. Grant, organizó una expedición al Popocatepetl en abril de 1848.<sup>380</sup> Algunos de los soldados, incluyendo al entonces teniente Grant, no lograron llegar a la cima y, según el *Monitor Republicano*, “al ir bajando daban tantos gritos y voces que varios indígenas [de Amecameca] subieron a ver lo que pasaba; y tuvieron que bajarlos, porque los americanos se quedaron repentinamente ciegos”.<sup>381</sup> El *American Star* narró que dichos individuos tuvieron que bajar con los ojos vendados; sin embargo, también aseguró que otros miembros de la expedición continuaron el ascenso, hasta que lograron plantar la bandera de las barras y las estrellas en la cima del “cerro que humea”.<sup>382</sup>

Según Robert W. Johannsen, esta expedición fue motivada por un espíritu de emulación y orgullo nacional, ya que estaban al tanto de que Hernán Cortés intentó realizar la misma aventura cuando conquistó al imperio mexica, aunque en su momento no había tenido éxito como ellos sí lo estaban teniendo.<sup>383</sup> Hay que decir que muchos estadounidenses compararon el triunfo del ejército de Scott con el del conquistador español en 1521. Según Lucas Alamán, muchos estadounidenses visitaban el Hospital de Jesús para conocer su retrato, así como el lugar en el que estuvo enterrado, sus títulos, armas y firma.<sup>384</sup> En gran medida, esto se debió a la obra de William H. Prescott, la *Historia de la conquista de México* publicada en Estados Unidos en 1843, la

---

<sup>379</sup> *American Star*, 12 de octubre de 1847, p. 2. “Mexicalcingo” en *Ibidem*, 14 de noviembre de 1847, p. 2. “Pleasure Excursion” en *Ibidem*, 16 de marzo de 1848, p. 2. McSherry, “Letter XXIX” [noviembre de 1847] en *op. cit.*, p. 135-136.

<sup>380</sup> Grant, “Chapter XIII” en *op. cit.*

<sup>381</sup> “El Popocatepetl y unos americanos” en *El Monitor Republicano*, 15 de abril de 1848, p. 4.

<sup>382</sup> “The Excursion to Popocatepetl” en *American Star*, 12 de abril de 1848, p. 2. “Our Flag on Popocatepetl” en *Ibidem*, 16 de abril de 1848, p. 2.

<sup>383</sup> Robert W. Johannsen, *To the Halls of the Montezumas. The Mexican War in the American Imagination*, New York, Oxford University Press, 1985, p. 164.

<sup>384</sup> Lucas Alamán, *Documentos Diversos (Inéditos y muy raros)*, Tomo IV, comp. Rafael Aguayo Spencer, México, Jus (Colección de Grandes Autores Mexicanos), 1947, p. 457-464.

cual planteaba que Cortés había llevado el progreso y la civilización a esta parte del mundo. Fue leída por muchos de los militares que acompañaban a Scott y por el mismo general en jefe y utilizada como guía en la campaña militar.<sup>385</sup> Por ello, resultó inevitable para los estadounidenses comparar la hazaña y la “misión civilizadora” del extremeño con lo que logró el militar de Virginia.

En general, se puede afirmar que durante el tiempo de la ocupación militar estadounidense, la ciudad de México contó con una gran variedad de distracciones para los invasores. Éstos buscaban ocupar su mente y su cuerpo para alejarse de la monotonía de los cuarteles y la vida militar. Asimismo, una urbe tan grande y tan poblada como lo era la capital mexicana, en comparación con muchos de los sitios de los que provenían los soldados, seguramente despertó el interés de la mayoría. Ellos deseaban conocer la otrora Tenochtitlan, las mujeres, los sitios de esparcimiento. Querían satisfacer necesidades corporales y de entretenimiento.

La ciudad se vio repleta de militares que saciaron su curiosidad y sus deseos. En las páginas de la *Breve reseña histórica* se hace referencia a esto y a la imagen que tenía México durante su

dominación, hecha más aborrecible por la constante presencia de soldados y aventureros de malísima traza [...], por el espectáculo de tabernas mil que establecieron, en las que tenían orgías infernales, por el de baile[s] escandalosos a que concurrían nuestras mugeres [*sic*] de la última degradación, y por el de las casas de juego abiertas al público a todas horas del día y de la noche...<sup>386</sup>

No sólo los autores mexicanos trataron la “desmoralización” del ejército durante la ocupación. En octubre de 1847, Richard McSherry se refirió a todos los estímulos que la ciudad presentaba. En su opinión, pocos de sus paisanos pensaban en el pasado o en

---

<sup>385</sup> García Rubio, *op. cit.*, p. 103. “Winfield Scott (1786-1866)” en <http://www.thelatinlibrary.com/chron/civilwarnotes/scott.html>, consultado el 21 de septiembre de 2011.

<sup>386</sup> *Breve reseña histórica*, *op. cit.*, p. 91-92.



el futuro, y jóvenes y viejos se unían en la búsqueda del placer y sucumbían ante las tentaciones.<sup>387</sup>

El teniente Theodore Laidley envió comunicaciones a su hogar durante la guerra. Como cristiano preocupado por el estilo de vida que adoptaron sus compatriotas en la capital mexicana, escribió que los soldados y oficiales se encontraban rodeados de tentaciones y, como no había una opinión pública que los juzgara y la religión tampoco los restringía, constantemente eran seducidos. Laidley aseguró que todos los miembros del ejército desarrollaron una gran capacidad para adoptar las malas costumbres de los pobladores e incluso para superarlos en sus vicios. Afirmó que la mayoría de los que llegaron a la ciudad se despojaron de toda conciencia del bien y del mal y en México cometieron, sin pudor alguno, actos por lo que se habrían avergonzado en casa, donde hubieran estado sujetos a las limitaciones de la sociedad.<sup>388</sup> Estos testimonios corroboran la imagen que algunos autores mexicanos elaboraron sobre la actitud de los invasores durante la ocupación.

Por otro lado, aunque muchos militares deseaban convivir con las familias mexicanas de las clases altas y relacionarse con los hombres y mujeres “respetables”, las fuentes indican que pocos lograron cumplir sus deseos. Como se mencionó, hubo oficiales que asistieron a tertulias o visitaron los hogares de algunos habitantes de la ciudad; sin embargo, se puede asegurar que los invasores convivieron principalmente con las clases bajas y los extranjeros residentes en la capital, es decir, con individuos que supieron aprovechar económicamente la presencia del ejército del norte y no encontraron limitantes en los sentimientos patrióticos o el rechazo a los estadounidenses para convivir con ellos.

---

<sup>387</sup> McSherry, “Letter XXVII” [octubre de 1847] en *op. cit.*, p. 126.

<sup>388</sup> Theodore Laidley, carta del 22 de marzo de 1848 en James M., McCaffrey, “*Surrounded by Dangers of All Kinds.*” *The Mexican War Letters of Lieutenant Theodore Laidley*, Denton, Texas, University of North Texas Press, 1997, p. 149-150.

Los demás pobladores de la urbe, a pesar de que, sobre todo, en los últimos meses del periodo estudiado aparecieron en los mismos sitios que los invasores —el teatro, los paseos, las plazas—, siempre se mantuvieron distantes, es decir, aunque coincidían en los momentos y lugares, no fraternizaban. Los extranjeros que legaron descripciones de las costumbres en dichos lugares muestran que fueron testigos y no partícipes, lo cual nos hace ver, además, que los mexicanos se acostumbraron a la presencia de los estadounidenses y con el paso de los meses procuraron volver a sus actividades cotidianas a pesar de la invasión.

### **Fiestas religiosas y cívicas**

Como ya se vio en el apartado anterior, durante la ocupación de la capital se estableció un sistema de entretenimiento cotidiano en la ciudad; sin embargo, ésta también contó con festejos en fechas especiales. Muchas de las fiestas que eran celebradas anualmente se llevaron a cabo a pesar de la invasión. Asimismo, la urbe tuvo más días festivos que los acostumbrados, ya que a los rituales mexicanos se sumaron los de los estadounidenses.

Como es de suponerse, la fiesta cívica mexicana más importante, en la que se conmemoraba el inicio de la lucha de Miguel Hidalgo en Dolores, no se celebró en la ciudad, ya que el 15 y 16 de septiembre de 1847 recién los estadounidenses habían tomado la capital, por lo que era difícil que los mexicanos pensarán en festejar la independencia de la Corona española.

Carlos María de Bustamante se quejó de la presencia de los invasores en las calles en un día tan especial para el país. El escritor pasó su penúltimo 16 de septiembre recordando con tristeza a Hidalgo y Allende, los héroes con los que convivió, lamentándose de la forma en que los mexicanos habían desperdiciado su independencia:

En tanto que en las ciudades, villas y lugares de nuestra república hacen otro tanto, se divierten en los paseos con el pueblo regocijado, y los poetas y oradores se recrean con poemas de bello gusto, nosotros los pobres mexicanos no vemos otros objetos más que multitud de carros conductores de un ejército de yankees y de un armamento formidable. Yankees feroces y semblantes harto sañudos, y melancólicos mirando frustrados los conatos de defensa para lanzarlos.

[...]

¡Compatriotas! Mirad ya los preparativos con que hoy celebran los mexicanos el día de su mayor júbilo.

¡Cura Hidalgo! ¡Mirad por lo que habéis trabajado hasta ser inmolados en los suplicios... en Chihuahua y Durango!

¡Buen Dios!, desde tus alturas ¿no diriges tus miradas hacia este pobre pueblo?... No puedo decirte más, sólo sí ponerte por testigo irrecusable de que no he tenido la menor parte en este trastorno espantoso en que van comprometidos los intereses de la iglesia, los individuales nuestros, y los de nuestra república...

Apiádate de ella y de los que hemos trabajado por salvarla, pero sin intereses ni más esperanza que la remuneración que tú das a los que te aman. He aquí el día 16 de septiembre de 1847 en México.

Todos los años por lo común llueve mucho en este día, mas ahora el sol se ha mostrado brillante y el día hermoso y sereno... Permíteme señor que te pregunte si acaso lo has hecho para que el mundo vea a toda luz cómo has castigado a un pueblo que no ha sabido hacer buen uso de la independencia que le concediste como el mayor de sus bienes.<sup>389</sup>

La población aún se encontraba temerosa para las fiestas de Todos los Santos y de los Fieles Difuntos del 1º y 2 de noviembre, respectivamente, por lo que las celebraciones no fueron tan llamativas como en otros tiempos. Richard McSherry observó en los portales de mercaderes las calaveras y otras figuras de azúcar, así como los juguetes en forma de lápidas o tumbas que recordaban el destino fatal de los hombres.<sup>390</sup> Antes de las fechas, los editores del *American Star* mostraron su interés por presenciar un festejo que resultaría novedoso para los estadounidenses—probablemente advertidos por los mexicanos que trabajaban con ellos como traductores—; sin embargo, el primer día no resultó tan colorido como se esperaba.<sup>391</sup> *El Monitor Republicano* explicó que “el día de Todos Santos fue [...] diverso de los que hemos presenciado: ningún lujo de alhajas ostentaron las damas, y después de haberlas visto salir de misa sencillamente vestidas, pocas o ningunas encontramos visitando las reliquias”.<sup>392</sup> No obstante, el siguiente día

---

<sup>389</sup> Bustamante, “Introducción” [septiembre de 1847] en *op. cit.*

<sup>390</sup> McSherry, “Letter XXIX” [noviembre de 1847] en *op. cit.*, p. 134.

<sup>391</sup> “Festival” en *American Star*, 2 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>392</sup> *El Monitor Republicano*, 2 de noviembre de 1847, p. 4.

resultó más atractivo para los extranjeros. Según el *Star*, los panteones fueron visitados por cientos y las tumbas iluminadas con velas y decoradas con flores. Fieles a su costumbre, lo que más llamó la atención de los editores fue la presencia de las mujeres que salieron a la calle en el día de fiesta.<sup>393</sup> En contraste, los redactores del *Monitor* transcribieron un artículo del *Mexicano* que señalaba lo triste que resultaba ese Día de Muertos:

¡Qué espantoso cuadro presenta a nuestra consideración el día de difuntos de 1847! ¡Cuántas viudas! ¡cuántas huérfanas! ¡cuántas familias desamparadas, sumidas en la indigencia, rodeadas de la miseria más espantosa, llorando la pérdida del padre o del hermano que las sostenía, del hijo en quien fundaban sus esperanzas y su orgullo! Luto por todas partes, lágrimas en todas las casas, desolación en todas las familias: he aquí la ofrenda que tenemos a la vista el día de difuntos de 1847.<sup>394</sup>

Ambas notas resaltan un aspecto peculiar de la conmemoración; sin embargo, las dos muestran que las costumbres de los habitantes de la ciudad fueron retomadas, aunque disminuidas y con enfoques particulares debido a las circunstancias, a las pocas semanas de la entrada del ejército invasor.

Los miembros de este último también deseaban recuperar las costumbres que habían dejado en casa y aprovecharon el día de Acción de Gracias para hacerlo. Según el *American Star*, desde las jornadas previas los comerciantes aparecieron con pavos y con pasteles de calabaza y de ciruela, conscientes de que éstos eran elementos típicos de la celebración estadounidense, y el jueves 25 de noviembre los militares tuvieron una cena típica de “Thanksgiving Day” en los cuarteles, en las fondas y en los cafés que frecuentaban.<sup>395</sup> Procuraron organizar sus celebraciones en México de la misma manera que lo hacían en su país.

Los mexicanos, por su parte, celebraron la festividad dedicada a la Virgen de Guadalupe el 12 de diciembre, aunque ésta se llevó a cabo principalmente en las afueras

---

<sup>393</sup> “Day of the Dead” en *American Star*, 3 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>394</sup> Citado en “Prensa periódica de la capital” en *El Monitor Republicano*, 4 de noviembre de 1847, p. 4.

<sup>395</sup> “Turkies” en *American Star*, 20 de noviembre de 1847, p. 2. “Thanksgiving” en *Ibidem*, 26 de noviembre de 1847, p. 2.

de la ciudad, en el santuario ubicado al norte.<sup>396</sup> Las calles de la capital no contaron con mayor gala y, según los editores del *North American*, los festejos en la urbe resultaron magros, por el pesimismo originado por la ocupación.<sup>397</sup>

Días después, los habitantes de la urbe y los invasores celebraron la única fiesta que compartían: la Navidad. Los católicos de la ciudad realizaron sus celebraciones, pero también lo hicieron los soldados protestantes en Palacio Nacional, reunidos por el reverendo McCarty,<sup>398</sup> quien había llegado con el ejército y oficiaba ceremonias de forma regular. La catedral fue iluminada<sup>399</sup> y en la Profesa se montó un nacimiento.<sup>400</sup> Las familias celebraron en sus hogares con las típicas cenas. En alguna de estas casas, perteneciente a una familia española celebró también el oficial estadounidense Ralph W. Kirkham.<sup>401</sup> Por otro lado, algunos voluntarios ebrios fueron vistos en las calles<sup>402</sup> y otros, como el sargento Thomas Barclay, tuvieron que conformarse con una cena en el cuartel con pudín y raciones del gobierno, mientras añoraba estar en casa y tener una cena al “estilo Pennsylvania” con sus amigos.<sup>403</sup>

Así, a pesar de que los editores del *North American* aseguraron no haber visto a alguien infeliz en Navidad,<sup>404</sup> muchos estadounidenses tuvieron la misma sensación que Barclay y añoraron volver a sus hogares, mientras que a algunos mexicanos no debió de agradecerles la idea de compartir las celebraciones con los invasores.

---

<sup>396</sup> “Hoy, este 12 de diciembre [1847], domingo” en *México ante los ojos*, *op. cit.*, p. 111. *El Monitor Republicano*, 14 de diciembre de 1847, p. 4.

<sup>397</sup> “There” en *The North American*, 17 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>398</sup> “Chrstitmas” en *Ibidem*, 24 de diciembre de 1847, p. 3. “Christmas Day” en *American Star*, 24 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>399</sup> Bloom, *op. cit.*, p. 114.

<sup>400</sup> McSherry, “Letter XXXV” [diciembre de 1847] en *op. cit.*, p. 159.

<sup>401</sup> *Idem*. Marianne Patricia Guadalupe Bourdelle Cazals Kirch, “Traducción del diario y correspondencia de Ralph Wilson Kirkham durante la guerra entre México y Estados Unidos, con un breve estudio introductorio,” tesina de licenciatura en Historia, UNAM, México, 2004, p. 121.

<sup>402</sup> *Idem*.

<sup>403</sup> Barclay, “December 25” en *Volunteers*, *op. cit.*, p. 229.

<sup>404</sup> “Christmas” en *The North American*, 30 de diciembre de 1847, p. 3.

Durante los meses siguientes las festividades continuaron. Los católicos celebraron la Epifanía<sup>405</sup> y las demás fiestas de la Iglesia con las costumbres propias de la ciudad.<sup>406</sup> Los invasores pretendieron festejar a sus santos. Para el día de San Valentín, el 14 de febrero, los editores del *Star* se propusieron incorporar a México la tradición anglosajona de intercambiar notas amorosas con las mujeres, pero la barrera del idioma fue infranqueable.<sup>407</sup> Por su parte, los irlandeses del ejército —no todos desertaron para unirse al ejército mexicano— celebraron el Día de San Patricio con cenas, brindis, cantos y mucho alcohol el 17 de marzo.<sup>408</sup>

La mayor fiesta de los estadounidenses no tuvo que ver con santo alguno, sino con un personaje fundamental de su historia: George Washington, cuyo aniversario de nacimiento festejaron el 22 de febrero. En esta fecha, la ciudad de México pudo haberse confundido con alguna ciudad del país del norte, ya que la Plaza Mayor se iluminó con fuegos artificiales y se llenó de civiles extranjeros, militares y bandas musicales que tocaron en honor del “*Cincinnatus* americano”. Las brigadas marcharon en distintos sitios y dispararon salvas de artillería. Las banderas estadounidenses ondearon no sólo en la Plaza Mayor y sobre los cuerpos militares, sino también en el Palacio de Minería y en la Casa de Correos, desde donde también se lanzaron fuegos de artificio. Por la noche, un gran número de cenas y bailes fueron ofrecidos en honor al “Padre de la nación estadounidense”. La atmósfera que se respiraba y el ambiente en la ciudad hizo recordar a los invasores una celebración del 4 de julio en casa.<sup>409</sup>

---

<sup>405</sup> Bloom, *op. cit.*, p. 114.

<sup>406</sup> “Purification of the Virgin” en *American Star*, 3 de febrero de 1848, p. 2. “Santa de Aller” en *Ibidem*, 6 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>407</sup> “Feb 14th” en *Ibidem*, 13 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>408</sup> “St. Patrick’s Day” en *Ibidem*, 19 de marzo de 1848, p. 2. “Saint Patrick’s Day at San Angel” en *The North American*, 20 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>409</sup> *Monitor Republicano*, 23 de febrero de 1848, p. 4. *The North American*, 23 de febrero de 1848, p. 2. “The Bella Union Ball” en *Idem*. “A Splendid” en *Ibidem*, 24 de febrero de 1848, p. 2. “The Birth Day” en *Idem*. “Washington’s Birth-Day” en *American Star*, 23 de febrero de 1848, p. 2.

Finalmente, después de los días de Carnaval, que incluyeron algunas fiestas y bailes de máscaras públicos y privados,<sup>410</sup> los católicos celebraron el tiempo de Cuaresma y la Pascua. El inicio de esta temporada fue el Miércoles de Ceniza, el 8 de marzo de 1848, y coincidió con la firma del armisticio, por lo que los pobladores encontraron mayor confianza para llevar a cabo las actividades tradicionales de este tiempo del calendario litúrgico. Los civiles católicos asistieron a las iglesias para ser marcados en la frente con una cruz de ceniza, y también lo hicieron los militares que profesaban la misma religión.<sup>411</sup>

Como ya se mencionó, durante los días previos a la Semana Santa, los paseos se trasladaron a la Viga, donde convivieron mexicanos y estadounidenses. Ya en la Semana Mayor, la ciudad tuvo las celebraciones acostumbradas: el Domingo de Ramos, la gente paseó por la calle con un ramo de palmas y flores en la mano;<sup>412</sup> el Jueves Santo se llevó la hostia en procesión por los atrios, y en las plazas se instalaron puestos de frutas, aguas, refrescos y dulces, aunque la lluvia ahuyentó a las personas.<sup>413</sup> El viernes no hubo carruajes de mexicanos en las calles, las imágenes de los templos estuvieron tapadas y sólo se dejó ver la de Jesucristo crucificado y en distintos puntos de la ciudad sólo se oía el ruido de las matracas.<sup>414</sup> El Sábado de Gloria volvieron a sonar las campanas y los fuegos artificiales. A pesar de la orden del gobernador Flores y Terán que prohibía la quema de judas,<sup>415</sup> se pudo ver el incendio y la explosión de estas

---

<sup>410</sup> “Carnival “ en *American Star*, 24 de febrero de 1848, p. 2. McSherry, “Letter XXXIX” [marzo de 1848] en *op. cit.*, p. 173.

<sup>411</sup> McSherry, marzo de 1848 en *op. cit.*, p. 173. “Ash Wednesday” en *American Star*, 9 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>412</sup> “Palm Sunday” en *Ibidem*, 18 de abril de 1848, p. 2.

<sup>413</sup> Coulter, “April 20” en *Volunteers*, *op. cit.*, p. 287-288. Bustamante, “Jueves Santo” en *op. cit.* “Jueves Santo” en *American Star*, 21 de abril de 1848, p. 2. McSherry, “Letter XLII”[abril de 1848] en *op. cit.*, p. 186-187.

<sup>414</sup> Coulter, “April 21” en *Volunteers*, *op. cit.*, p. 288. “Viernes Santo” en *American Star*, 22 de abril de 1848, p. 2. McSherry, “Letter XLII”[abril de 1848] en *op. cit.*, p. 186-187.

<sup>415</sup> Juan María Flores, bando del 16 de abril de 1848 en *El Eco del Comercio*, 18 de abril de 1848, p. 4.

figuras en las calles;<sup>416</sup> las carrozas volvieron a transitar y las celebraciones por la Pascua se iniciaron.

La forma de llevar a cabo las festividades llamó la atención de los invasores, al igual que el resto de las costumbres propias de la ciudad que no habían visto antes. Las matracas hartaron a más de uno,<sup>417</sup> y la solemnidad en las celebraciones religiosas les causó impresión. Algunos autores mexicanos afirmaron que la Semana Santa había sido distinta a las anteriores porque no contó con el mismo optimismo ni tuvo la misma “pompa que en otros años”.<sup>418</sup> Después de narrar la forma en que la Semana Mayor se festejaba todos los años en la ciudad, Manuel Payno escribió en *El Eco del Comercio* que la de 1848 apenas se había echado de ver.<sup>419</sup> Así, lo que para algunos fue interesante y novedoso, para otros careció de la riqueza que comúnmente tenía.

La importancia que tuvieron las fiestas religiosas y cívicas celebradas en la ciudad durante el tiempo de la ocupación se debió no tanto a su magnificencia o a su diferencia con respecto a las costumbres, sino a que simbolizaron el encuentro cultural dado en la metrópoli entre 1847 y 1848; además, fueron oportunidades para que los compatriotas pudieran reunirse a festejar, a pesar de estar lejos de casa o permanecer bajo una autoridad extranjera. Las verbenas significaron momentos de catarsis y de identificación tanto para los mexicanos como para los estadounidenses.

### **Religión e Iglesia**

Como ya se dijo, las fiestas significaron un encuentro de culturas y de tradiciones. Unos y otros pudieron ver lo que era importante para cada pueblo, así como los elementos de

---

<sup>416</sup> Coulter, “April 22” en *Volunteers, op. cit.*, p. 288. McSherry, “Letter XLII”[abril de 1848] en *op. cit.*, p. 186-187.

<sup>417</sup> “3 P.M. [21 de abril de 1848]” en *México ante los ojos, op. cit.*, p. 125. “Matracas” en *American Star*, 22 de abril de 1848, p. 2.

<sup>418</sup> *El Monitor Republicano*, 22 de abril de 1848, p. 4.

<sup>419</sup> “Semana Santa” en *Ibidem*, p. 2-3.



identidad y de unión. Sin duda, uno de los elementos más importantes fue la religión y fue uno de los que los confrontó.

La diferencia de ideas y de prácticas religiosas fue notable desde el principio. Durante la ocupación, la ciudad no sólo contó con el culto católico, como lo había hecho durante siglos, sino también con ceremonias protestantes, al estilo de las de Estados Unidos. El reverendo McCarty de la Iglesia Episcopal viajó con el ejército de Scott y predicó en Palacio Nacional todos los domingos, desde los primeros momentos de la ocupación hasta la salida de las tropas.<sup>420</sup> El sargento Thomas Barclay asistió a la primera celebración el domingo 26 de septiembre y notó lo peculiar que resultaba ver a un ministro y una audiencia protestante reunidos en el centro de la ciudad de México.<sup>421</sup> Otros sacerdotes protestantes llegaron con los refuerzos del ejército a finales de 1847.<sup>422</sup>

Por su parte, los templos católicos fueron abriendo poco a poco sus puertas a los feligreses de la ciudad y la Iglesia de la capital recuperó su lugar en los primeros meses de la ocupación.<sup>423</sup> Las autoridades militares, conscientes de que los clérigos podían influir de muchas maneras en los pobladores y de la importancia que tenía la administración de los sacramentos entre los mexicanos entablaron contacto con las autoridades del clero secular y las exhortaron a retomar su labor espiritual.<sup>424</sup> A los eclesiásticos también les convenía tener a los generales de su lado, pues éstos garantizarían la seguridad de las propiedades y los intereses de la Iglesia y sus miembros. Ante tal situación, Scott y el arzobispo Juan Manuel Irisarri pronto entraron en contacto. El general y su Estado Mayor acudieron a la villa de Guadalupe el 11 de

---

<sup>420</sup> “Divine Service” en *American Star*, 14 de noviembre de 1847, p. 2. “Protestant Service” en *The North American*, 3 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>421</sup> Barclay, “September 26” en *Volunteers*, *op. cit.*, p. 193.

<sup>422</sup> “We Regret” en *The North American*, 31 de enero de 1848, p. 2.

<sup>423</sup> Alcaraz *et al.*, *op. cit.*, p. 418-419. *Undécimo calendario*, *op. cit.*, p. 28. Carta de N a Guillermo Prieto en Prieto, *Memorias de mis tiempos*, *op. cit.*, 1985, p. 275.

<sup>424</sup> Jenkins, *op. cit.*, p. 430.

octubre y, según el *American Star*, “fueron bien atendidos por el clero”.<sup>425</sup> Semanas después, en los primeros días de noviembre, Irisarri y el general en jefe intercambiaron visitas de cortesía<sup>426</sup>

No obstante, el clero no se salvó de entrar en conflicto con los militares. Fuera de la capital, el padre Celedonio Jarauta encabezó una guerrilla que causó disgustos a los estadounidenses, hasta que fue replegada por los voluntarios de Texas a principios de marzo de 1848.<sup>427</sup> Dentro de la ciudad también se presentaron problemas. El primero tuvo que ver con el clero regular y el acuartelamiento de los invasores, ya que, como se recordará, los conventos fueron utilizados para solucionar el problema de hospedaje. Además de la molestia que esto generó entre frailes y monjas, surgieron algunos conflictos relacionados con las propiedades de los regulares. En el convento de Santo Domingo, los militares hallaron armas, municiones y dinero. Los editores del *American Star*, y seguramente también varios militares, consideraron sospechoso el hallazgo y propusieron hacer revisiones en otros conventos.<sup>428</sup> Por su parte, *El Monitor Republicano* aseguró que tales bienes se encontraban ahí por la presencia de militares mexicanos en ocasiones previas. El periódico mexicano también afirmó que con el pretexto de indagar, muchos soldados habían forzado puertas y robado en la sacristía del templo,<sup>429</sup> lo cual hace pensar que los militares pudieron haber hallado distintos objetos valiosos en los conventos y templos y, ante la falta de vigilancia por parte de sus superiores o de una autoridad mayor, les fue fácil tomarlos, así como habían dispuesto de los sitios según su conveniencia. En las *Memorias de mis tiempos* de Guillermo Prieto se lee que “un pelotón de éstos [voluntarios] se posesionó de la portería de Santa

---

<sup>425</sup> *American Star*, 12 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>426</sup> *El Monitor Republicano*, 6 de noviembre de 1847, p. 4. “Exchange of Visits” en *American Star*, 6 de noviembre de 1847, p. 2.

<sup>427</sup> “The City” en *American Star*, 2 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>428</sup> “Concealed Property, etc.” en *Ibidem*, 12 de diciembre de 1847, p. 2.

<sup>429</sup> “Hechos verdaderos de lo ocurrido en Santo Domingo” en *El Monitor Republicano*, 15 de diciembre de 1847, p. 4.

Clara, se encerró a piedra y lodo, arrancó tablas a montón, vigas, hizo fuego y se acostaron a dormir. Al siguiente día, sacaron muertos a aquellos bárbaros”.<sup>430</sup>

Las prácticas religiosas o la carencia de ellas llamaron la atención de invasores e invadidos y también originaron conflictos. Los estadounidenses, como muchos de los extranjeros que viajaron al país en el siglo XIX, se sorprendieron por la devoción religiosa que encontraron, a la que consideraron como fanatismo.

Durante la ocupación, dos temblores sacudieron a la ciudad. El primero ocurrió el 2 de octubre de 1847 y el segundo en abril del siguiente año. Los militares que se encontraban en México lo registraron en sus escritos y, además de describir el mareo y la emoción que sintieron, se refirieron a lo que presenciaron en las calles y en la Plaza Mayor: hombres, mujeres y niños de rodillas, rezando e implorando misericordia.<sup>431</sup> El coronel Ethan Allen Hitchcock vio además a un sacerdote y reflexionó sobre la superstición que este “despreciable bribón” propiciaba en la gente.<sup>432</sup> Su opinión también recuerda la de los viajeros de la época, quienes, en palabras de Juan A. Ortega y Medina, veían el culto católico “como una gigantesca superchería” y se lamentaban del contraste existente entre la riqueza de los templos y el clero, y la miseria de la población.<sup>433</sup>

El traslado de la custodia con el sacramento seguramente también llamó la atención de los invasores, ya que los católicos acostumbraban arrodillarse al escuchar la campana que anunciaba su paso, acto que ellos omitían, y esto debió de originar

---

<sup>430</sup> Carta de N a Guillermo Prieto en Prieto, *Memorias de mis tiempos*, *op. cit.*, 1985, p. 276.

<sup>431</sup> *An Artillery Officer in the Mexican War 1846-7, Letters of Robert Anderson. Captain 3rd Artillery, U.S.A.*, with a prefatory word by his daughter Eba Anderson Lawton, G. P. Putnam's Sons, New York and London, The Knickerbocker Press, 1911, p. 318. Kenly, *op. cit.*, p. 423-424. Barclay, “October 2” en *Volunteers*, *op. cit.*, p. 199. Kirkham, escrito del 2 de octubre de 1847 en Bourdelle, *op. cit.*, p. 92. “México, 2 de octubre de 1847” en *México ante los ojos*, *op. cit.*, p. 107. McSherry, “Letter XXVII” [octubre de 1847] en *op. cit.*, p. 128.

<sup>432</sup> “México, 2 de octubre de 1847” en *México ante los ojos*, *op. cit.*, p. 107.

<sup>433</sup> Ortega y Medina, *op. cit.*, p. 100-125.

conflictos.<sup>434</sup> Según Alejandro Villaseñor, esta costumbre no podía ser realizada durante la ocupación “por las irreverencias y mofa de que hacían gala los soldados norteamericanos”<sup>435</sup> y es probable que fuera así, ya que el 17 de noviembre el arzobispado ordenó que el Viático se administrara en las mañanas y en las tardes a ocultas, se llevara sin campanilla ni luz, en un relicario pendiente del cuello del sacerdote; en la noche se seguiría conduciendo en coche, con acompañamiento, luces y campanilla,<sup>436</sup> a diferencia del lujo con el que era llevado normalmente.

Como sea, las ceremonias y las fiestas religiosas fueron un buen pretexto que encontraron los extranjeros para criticar las costumbres heredadas de la época colonial y para culpar al catolicismo desvirtuado y a la Iglesia de la situación de miseria y de la crisis política que se vivían en México.<sup>437</sup> El Viernes Santo, el coronel Hitchcock vio a jóvenes y viejos sonando las típicas matracas, lo que calificó como tontería, y se preguntaba “¿qué mérito puede tener una nación de semejantes criaturas?”, con costumbres que, a su juicio, carecían de sentido.<sup>438</sup> Según Robert Johannsen, algunos militares veían en los sacerdotes a una figura siniestra, que se enriquecía gracias a la ignorancia de las masas, y les enojaba ver el contraste entre la opulencia de los templos y la pobreza de la gente.<sup>439</sup>

Los mexicanos, por su parte, se sintieron ofendidos por las actitudes de los invasores ante los símbolos y los lugares considerados sagrados.<sup>440</sup> Según se narra en las *Memorias de mis tiempos*, “los yankees se metían en ellas [las iglesias] con los sombreros puestos y elegían de preferencia los confesionarios para dormir allí y roncar

---

<sup>434</sup> Bloom, *op. cit.*, p. 282-283.

<sup>435</sup> Villaseñor, *op. cit.*, p. 262.

<sup>436</sup> Parte del gobierno eclesiástico del arzobispado de México de 17 de noviembre en *El Monitor Republicano*, 13 de diciembre de 1847, p. 1.

<sup>437</sup> Bloom, *op. cit.*, p. 282-283.

<sup>438</sup> “3 P.M. [21 de abril de 1848]” en *México ante los ojos*, *op. cit.*, p. 125.

<sup>439</sup> Johannsen, *op. cit.*, p. 167.

<sup>440</sup> Bloom, *op. cit.*, p. 282-283.

como unos lirones”.<sup>441</sup> Una nota del *North American* delata las intenciones de algunos invasores al ir a los templos católicos, ya que en ella sugieren a los militares asistir a La Profesa, no por las ceremonias, sino por la música y por la cantidad de mujeres que había en la congregación.<sup>442</sup> Probablemente la “desmoralización” que privaba entre los militares y el alejamiento de las ceremonias religiosas, señalado por los mismos estadounidenses,<sup>443</sup> también fue advertido por los mexicanos.

Finalmente, un aspecto religioso y cultural en el que también chocaron las ideas de estadounidenses y mexicanos fueron las ceremonias fúnebres. El coronel Hitchcock estuvo en el velorio de un niño, evento que le pareció llamativo por las flores, la bebida y la música.<sup>444</sup> Según John Porter Bloom, a los invasores les repelían los entierros de los pobladores, sobre todo cuando los difuntos no eran colocados en un ataúd y los restos de otras personas aparecían en la misma fosa.<sup>445</sup> Por el contrario, Robert W. Johansen afirma que las costumbres funerarias de la ciudad les resultaban fascinantes.

En cuanto a los funerales de los estadounidenses, los mexicanos se sorprendían al ver que los muertos eran enterrados en sitios no sagrados: “en la Alameda, en los atrios de los templos, en el paseo, en el campo del Ejido, en San Lázaro y en los potreros”.<sup>446</sup> En el *Undécimo calendario de Abraham López* se describen sus ceremonias, en donde predominaba lo militar antes que lo religioso:

La procesión mortuoria se ordenaba del modo siguiente, abría la escena la música, y esta tocaba unas composiciones fúnebres: en seguida, los tambores y pitos tocaban unos redobles parecidos a los que tocan los armados en la semana santa [...]; tras de esto continuaban diez o veinte soldados con las armas terciadas, el número de estos dependía de la categoría del muerto; en seguida un carro y dentro de éste el ataúd o cajón donde iba encerrado el cadáver, si era de caballería junto del carro iba un americano estirando un caballo, el cual llevaba las botas puestas en los estribos, la

---

<sup>441</sup> Carta de N a Prieto en Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, *op. cit.*, 1985, p. 275.

<sup>442</sup> *The North American*, 7 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>443</sup> “The Sabbath in Mexico” en *American Star*, 21 de noviembre de 1847, p. 2. “We Regret” en *The North American*, 31 de enero de 1848, p. 2. Laidley, carta del 22 de marzo de 1848 en McCaffrey, *op. cit.*, p. 149-150.

<sup>444</sup> “México, 28 de diciembre [1847]” en *México ante los ojos*, *op. cit.*, p. 111-112.

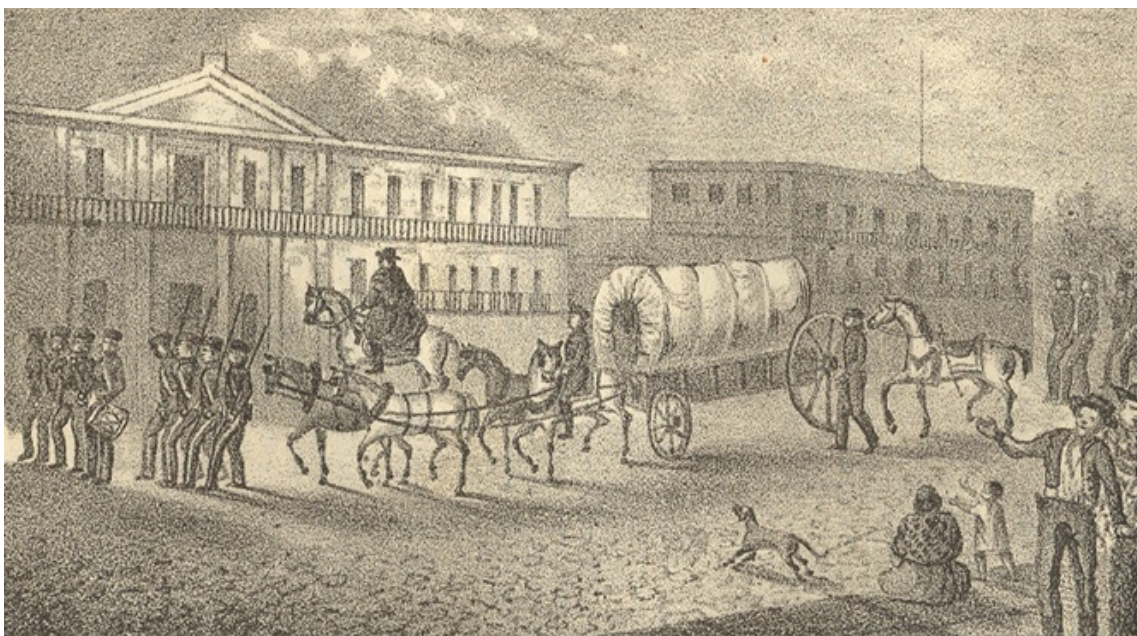
<sup>445</sup> Bloom, *op. cit.*, p. 282-283.

<sup>446</sup> García Cubas, *op. cit.*, p. 441.

espalda y carabina del difunto, y para concluir cerraba aquel acompañamiento, veinte o más americanos sin armas que iban como de dolientes: mientras más grande la dignidad del muerto, mayor el número de todo el acompañamiento, y por último el sacerdote protestante a caballo. Marchaban con mucho espacio en el mayor silencio, como si llevaran el objeto más delicado.

Habiendo llegado al lugar donde estaba hecha la sepultura, paraba el carro como a la distancia de treinta varas distantes de la fosa, los soldados que iban con armas se formaban horizontalmente enfrente a la distancia como de cuatro varas; entonces el sacerdote mandaba sacar el cajón del muerto del carro, y esto lo hacían los soldados que iban de acompañamiento: se quitaba el sacerdote el sombrero y los demás la cachucha, prorrumplía éste en alta voz en un estilo declamatorio, una oración elevando sus manos al cielo con un gran interés y fervor nada común: se dirigían lentamente a la sepultura con mucha magestad [*sic*], y cuando habían llegado colocaban el ataúd con el mayor cuidado dentro de ella. Entonces el sacerdote mirando al cielo, comenzaba una larga oración tan enérgica, tan patética, tan interesante, en un estilo el más triste y espresivo [*sic*], que hacia conmover a los asistentes americanos en el extremo [*sic*] que les vimos correr las lágrimas por sus mejillas [*sic*] más de una vez; a la mitad de esta oración cogía una pala y echaba al difunto tres veces una poca de tierra, y continúa su ferviente oración hasta concluirla, inmediatamente los soldados que llevaban las armas hacían tres descargas seguidas; á continuación otros americanos cubrían el cajón de tierra y se retiraba toda la comitiva: este ceremonial duraba más de media hora. [...]

Había de otro rito; en el que se notaba alguna diferencia, esta consistía en la siguiente: todo lo mismo que el anterior, la diferencia única consistía, en que no había sacerdote alguno, sino que uno de los oficiales de la tropa, ya que estaba el cadáver en la fosa, tomaba un libro y se ponía a leer varias oraciones, siempre con el mayor respeto; acabado esto, hacían las descargas y era concluido todo.<sup>447</sup>



*Entierro de los Americanos.*<sup>448</sup>

<sup>447</sup> “Escena VI” en *Undécimo calendario*, op. cit., p. 49-51.

<sup>448</sup> *Idem*.

Se puede imaginar el asombro que estas procesiones causaban entre los mexicanos y lo imponente que les resultaba ver las ceremonias, con los hombres armados y las banderas estadounidenses colocadas sobre los ataúdes, rondando por las calles de la ciudad, otro símbolo de la dominación extranjera en la capital mexicana.

Los autores y las diversas opiniones, aunque encontradas, hacen ver que los ritos relacionados con la muerte fueron uno de los elementos culturales que resultaron más ajenos y desconocidos para ambas partes. Es probable que les hicieran confirmar cuán distintos eran ambos pueblos.

Durante la ocupación de la ciudad de México, los militares y civiles estadounidenses introdujeron elementos culturales e ideológicos. La religión fue uno de los más importantes, ya que las diferencias eran notables y para los invasores, como lo expresaron los editores del *American Star* y del *North American* en distintas ocasiones,<sup>449</sup> el clero católico y su influencia debían ser superados para que México pudiera progresar. Por ello, en mayo de 1848, en los últimos momentos de la ocupación, el *Star* celebró la aparición en la capital de un Nuevo Testamento en español, “libre de interpolaciones y correcciones católicas”<sup>450</sup> así como los gritos antirreligiosos en el Teatro Principal.<sup>451</sup>

### **Salud y mortandad**

La cotidianidad durante la ocupación no sólo fue festiva; también incluyó la inseguridad que ya se ha mencionado, así como enfermedades.

La guerra, como todos los conflictos bélicos, dejó soldados heridos y a esta lista se sumó la de los que fueron lastimados en los enfrentamientos callejeros o en

---

<sup>449</sup> “Revolting Ceremony” en *American Star*, 3 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>450</sup> En inglés “without any Catholic interpolations or emendations”. “The New Testament in Spanish” en *Ibidem*, 23 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>451</sup> “Progress” en *Idem*.

accidentes. Aunado a lo anterior, la ciudad sufrió una epidemia de tifus<sup>452</sup> que se agravó por la situación de desaseo que privaba, y que afectó tanto a militares como a civiles. Había también la enfermedad y mortandad naturales de las sociedades.

Para atender a los heridos y enfermos, la ciudad contaba con algunos hospitales administrados por los religiosos, como San Juan de Dios,<sup>453</sup> San Pablo,<sup>454</sup> San Hipólito<sup>455</sup> o San Andrés, que estaba a cargo del arzobispo de México. También había otros administrados por particulares, como el de Jesús. Según *El Monitor Republicano* y *El Eco del Comercio*, el hospital de San Andrés se encontraba en muy mal estado y se convirtió en un foco de infecciones, y a pesar de que se intentó reformar, los fondos fueron insuficientes, y ni siquiera se le podía pagar a los empleados.<sup>456</sup> Esto seguramente fue causa de que las enfermedades no se pudieran atender de la manera debida durante la ocupación.

Por su parte, los militares trataban a los soldados convalecientes en los sitios establecidos en la ciudad para este fin: los hospitales generales, en los palacios del Arzobispado, del Gobernador, de Iturbide, de Minería y en el convento de Santa Isabel, así como los hospitales de regimientos en distintos puntos, incluyendo el Palacio Nacional y el convento de la Profesa.<sup>457</sup>

Asimismo, individuos que llegaron a la ciudad junto con el ejército o en los meses posteriores<sup>458</sup> y otros que se habían establecido tiempo atrás<sup>459</sup> ofrecieron sus

---

<sup>452</sup> Enfermedad bacteriana propagada por piojos o pulgas que tiene síntomas como fiebre alta recurrente, escalofríos, cefalea y erupciones en la piel y generalmente se observa en áreas donde la higiene es deficiente. “Tifus” en <http://www.nlm.nih.gov/medlineplus/spanish/ency/article/001363.htm>, consultado el 5 de julio de 2011.

<sup>453</sup> *El Monitor Republicano*, 11 de octubre de 1847, p. 4.

<sup>454</sup> *Ibidem*, 29 de noviembre de 1847, p. 4.

<sup>455</sup> “D. Próspero Pérez” en *Ibidem*, 19 de enero de 1848, p. 4.

<sup>456</sup> *Ibidem*, 11 de octubre de 1847, p. 4. “Reformas del Hospital de San Andrés” en *Ibidem*, 26 de octubre de 1847, p. 4. “Hospital de San Andrés” en *El Eco del Comercio*, 25 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>457</sup> “Army Directory” en *The North American*, 3 de marzo de 1848, p. 3-4.

<sup>458</sup> “R. L. Graves” en *American Star*, 20 de septiembre de 1847, p. 3. “No. 13 Calle de Refugio” en *Ibidem*, 23 de octubre de 1847, p. 2. “To the Afflicted” en *Ibidem*, 11 de enero de 1848, p. 2. “A Card” en *Ibidem*, 12 de enero de 1848, p. 2. “Dentistry” en *Ibidem*, 25 de febrero de 1848, p. 2.



servicios como médicos, cirujanos oculistas o dentistas. Algunos recibían a los pacientes en los cuartos de hoteles o pensiones —como la de la Sra. Paoli<sup>460</sup> o la Gran Sociedad<sup>461</sup>—, otros contaban con establecimientos propios<sup>462</sup> e incluso existía un hospital privado en la calle de Puente de Alvarado.<sup>463</sup> Sin embargo, los que podían pagar estos servicios probablemente eran individuos de alto rango en el ejército o de una posición económica elevada y la mayoría de la población y de los militares tenían que buscar atención en los hospitales antes mencionados.

Muchos soldados sobrevivieron a las batallas pero no a la ocupación de la ciudad. Las primeras muertes de militares en este tiempo se debieron a las infecciones producidas por las heridas de los últimos enfrentamientos con el ejército mexicano. Después, las enfermedades acabaron con la vida de un gran número de ellos, lo cual hace ver que las autoridades no trataron como debían la salubridad en la ciudad y que la atención en los hospitales resultó insuficiente. Como ya se dijo, la afección principal fue el tifus, también letal para algunos habitantes de la ciudad de México. Asimismo, hubo muertes por diarrea y otras enfermedades infecciosas como neumonía, bronquitis o sífilis.<sup>464</sup>

El *Monitor*, el *American Star* y el *North American* anunciaron la presencia del tifus desde el principio y continuaron denunciándola el resto de los meses de la ocupación. En las páginas de los periódicos se mencionó que una gran cantidad de militares y de familias mexicanas sufrían por este padecimiento, agravado por la falta de

---

<sup>459</sup> “David Wm. Seager, Dentist” en *Ibidem*, 25 de septiembre de 1847, p. 2. “José María Marroquí” en *El Monitor Republicano*, 10 de octubre de 1847, p. 4. “Eugenio Crombé” en *Ibidem*, 15 de enero de 1848, p. 4.

<sup>460</sup> “Dentistry” en *American Star*, 25 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>461</sup> “A Card” en *Ibidem*, 12 de enero de 1848, p. 2.

<sup>462</sup> “R. L. Graves” en *Ibidem*, 20 de septiembre de 1847, p. 3. “David Wm. Seager, Dentist” en *Ibidem*, 25 de septiembre de 1847, p. 3. “No. 13 Calle de Refugio” en *Ibidem*, 23 de octubre de 1847, p. 2. “To the Afflicted” en *Ibidem*, 11 de enero de 1848, p. 2. “José María Marroquí” en *El Monitor Republicano*, 10 de octubre de 1847, p. 4. “Eugenio Crombé” en *Ibidem*, 15 de enero de 1848, p. 4.

<sup>463</sup> “Invalids” en *American Star*, 14 de octubre de 1847, p. 2.

<sup>464</sup> “List of Deaths” en *The North American*, 5 de febrero de 1848, p. 2.

higiene que imperaba en la ciudad.<sup>465</sup> Carlos Ma. de Bustamante relató, en noviembre de 1847, que en cinco días habían muerto 10 soldados por el tifus. El autor terminó la noticia expresando: “Dios los desaparezca a todos”.<sup>466</sup> Sin embargo, en mayo de 1848 afirmó que la epidemia se había generalizado en la capital, atacando a los pobladores, todo: “¡Gracias a los *yankees!*”.<sup>467</sup>

Los miembros del ejército que escribieron sobre el periodo de la ocupación también hicieron mención de este mal. Frederick Zeh enfermó de tifus y estuvo en peligro de muerte, pero logró sobrevivir, no así muchos de sus compañeros, quienes sí sucumbieron ante la enfermedad. El soldado alemán aseguró que a todas horas se podían escuchar las marchas fúnebres y el comentario de que, en lugar de los 160 acres prometidos, los militares estaban recibiendo sepulturas.<sup>468</sup> En enero de 1848, Richard McSherry escribió que las fiebres se habían extendido por los cuarteles estadounidenses.<sup>469</sup>

Algunos dieron cifras de las enfermedades y la mortandad. El teniente Theodore Laidley escribió en abril de 1848 que una cuarta parte de los miembros del ejército estaba convaleciente.<sup>470</sup> William Jay cita al reverendo McCarty, quien en algún momento de la ocupación registró que el número de soldados enfermos en la ciudad pasaba de 3,000.<sup>471</sup> Una publicación mexicana, el *Undécimo calendario de Abraham López* planteó que “la mortandad que tuvieron [los invasores] desde el mes de Setiembre [*sic*] a Diciembre del mismo año [1847], tanto por los heridos, por los

---

<sup>465</sup> *El Monitor Republicano*, 28 de septiembre de 1847, p. 4. “Otra calamidad” en *Ibidem*, 2 de octubre de 1847, p. 4. *Ibidem*, 26 de enero de 1848, p. 4. *Ibidem*, 9 de febrero de 1848, p. 4. *The North American*, 1º de febrero de 1848, p. 2. “Purify the City” en *Ibidem*, 4 de febrero de 1848, p. 2. “Peste” en *Ibidem*, 19 de febrero de 1848, p. 3. “For the United States” en *American Star*, 13 de febrero de 1848, p. 2. *Ibidem*, 3 de marzo de 1848, p. 2.

<sup>466</sup> Bustamante, noviembre de 1847 en *op. cit.*

<sup>467</sup> *Ibidem*, 20 y 21 de mayo de 1848.

<sup>468</sup> Zeh, *op. cit.*, p. 80.

<sup>469</sup> McSherry, “Letter XXXVI” [enero de 1848] en *op. cit.*, p. 163.

<sup>470</sup> Laidley, carta del 6 de abril de 1848 en McCaffrey, *op. cit.*, p. 156.

<sup>471</sup> Jay, *op. cit.*, p. 180.

enfermos de otros achaques y por el número de asesinados en los barrios, y de los que quedaban ocultos por estos accidentes, puede valuarse una baja de dos mil americanos, porque muchas veces pasaban de más de veinte los entierros que tenían diariamente”.<sup>472</sup> Todas las cifras resultan sumamente altas si se toma en cuenta que en el momento de mayor población militar en la ciudad (diciembre de 1847), el número de efectivos se aproximaba a 15,000.<sup>473</sup>

Así, se puede apreciar que las enfermedades y la muerte estuvieron presentes entre los invasores. La cantidad de funerales y las cifras publicadas hicieron ver a los habitantes de la capital que miles de soldados murieron durante la ocupación, al igual que otros tantos civiles.

Las páginas de los periódicos informaron durante todo el periodo estudiado del deceso de algunos mexicanos notables, como del general Gabriel Valencia, defensor en la batalla de Contreras,<sup>474</sup> y otros personajes importantes en la ciudad,<sup>475</sup> pero sobre todo dieron noticia de las muertes acaecidas entre las filas del ejército estadounidense, que ocurrieron en gran número entre octubre de 1847 y mayo de 1848.<sup>476</sup> Además de aquellas que se mencionaban en el *American Star* y el *North American*, algunos

---

<sup>472</sup> “Escena VI” en *Undécimo calendario, op. cit.*, p. 49.

<sup>473</sup> Eisenhower, *op. cit.*, p. 436-437.

<sup>474</sup> “General Valencia” en *American Star*, 25 de marzo de 1848, p. 2. “General Valencia” en *Ibidem*, 5 de abril de 1848, p. 3. *El Monitor Republicano*, 3 de abril de 1848, p. 4. *El Eco del Comercio*, 3 de abril de 1848, p. 4.

<sup>475</sup> *El Monitor Republicano*, 25 de enero de 1848, p. 4. *El Eco del Comercio*, 10 de marzo de 1848, p. 4.

<sup>476</sup> “Col. Wm B. Roberts” en *The North American*, 5 de octubre de 1847, p. 2. “Lt. Joseph D. Bacon” en *Ibidem*, 15 de octubre de 1847, p. 2. “Capt. C. T. Huddleson” en *Idem*. “Captain Pierson” en *Idem*. “Obituary” en *Ibidem*, 22 de octubre de 1847, p. 3. “A Kentucky Volunteer” en *Ibidem*, 30 de diciembre de 1848, p. 3. “Fatal Accident” en *Ibidem*, 2 de febrero de 1848, p. 2. “A Dragoon” en *Ibidem*, 4 de febrero de 1848, p. 2. “Another Valiant Light Put Out” en *American Star*, 20 de octubre de 1847, p. 2. “Died” en *Ibidem*, 9 de diciembre de 1847, p. 2 y 16 de diciembre de 1847, p. 3. “Death of Lieut. Watson” en *Ibidem*, 4 de enero de 1848, p. 3. “Died” en *Ibidem*, 7 de enero de 1848, p. 3, 11 de enero de 1848, p. 2 y 15 de enero de 1848, p. 2. “Death of Major Webster” en *Ibidem*, 25 de enero de 1848, p. 2. “Obituary” en *Ibidem*, 29 de enero de 1848, p. 3. “Sudden Death” en *Ibidem*, 1 de febrero de 1848, p. 2. “Died” en *Ibidem*, p. 3. “A Dragoon’s Funeral” en *Ibidem*, 4 de febrero de 1848, p. 2. “Died” en *Ibidem*, 6 de febrero de 1848, p. 2 y 27 de febrero de 1848, p. 2. “A Gallant Soldier Dead” en *Ibidem*, 2 de marzo de 1848, p. 3. “Sudden Death” en *Ibidem*, 5 de marzo de 1848, p. 2. “Died” en *Ibidem*, 19 de marzo de 1848, p. 3. “Funeral” en *Ibidem*, 22 de marzo de 1848, p. 3. “Obituary” en *Ibidem*, 2 de abril de 1848, p. 3. “Died” en *Ibidem*, 22 de abril de 1848, p. 3. “Died” en *Ibidem*, 27 de abril de 1848, p. 2.

regimientos y compañías publicaron en dichos periódicos listados de los fallecidos<sup>477</sup> — sabiendo que eran enviados a Estados Unidos—. Las cifras fueron altas, sobre todo en los primeros dos meses de 1848, en el invierno. Por ejemplo, en enero murieron 53 militares en el Hospital General de México, la mayoría por tifus y diarrea,<sup>478</sup> y aproximadamente 100 miembros del 3er Regimiento de Voluntarios de Tennessee fallecieron en la ciudad entre diciembre de 1847 y el 7 de febrero de 1848.<sup>479</sup>

Algunos de los acompañantes civiles del ejército también encontraron la muerte en la ciudad, como el ya mencionado W. G. Wells de la compañía de circo y Edwin Tobey, hermano del editor del *North American*.<sup>480</sup>

Como ya se mencionó, algunos entierros se llevaron a cabo en sitios profanos e incluso las autoridades se enteraron en enero de 1848 que muchos difuntos habían sido sepultados sin honores militares ni religiosos, lo cual llevó a Scott a publicar una orden el 20 del mismo mes, por la que prohibía dicha acción.<sup>481</sup>

El cementerio inglés<sup>482</sup> recibió a muchos soldados y oficiales, mientras que algunos militares católicos fueron enterrados en el Panteón de Santa Paula.<sup>483</sup> Asimismo, hubo funerales en los conventos y en los distintos cuarteles de la ciudad, tras lo cual los cadáveres fueron enviados a Estados Unidos.<sup>484</sup>

Un gran número de militares y civiles extranjeros perecieron en la capital mexicana. Las condiciones de inseguridad y de desaseo de la urbe contribuyeron a que las cifras fueran altas. Así, los cementerios y los funerales también formaron parte

---

<sup>477</sup> “List of Deaths” en *The North American*, 5 de febrero de 1848, p. 2. “A List of Deaths” en *American Star*, 6 de febrero de 1848, p. 2. “A List of Deaths” en *Ibidem*, 10 de febrero de 1848, p. 2. “A Register of Deaths” en *Ibidem*, 26 de marzo de 1848, p. 3. “San Francisco Convent” en *Ibidem*, 21 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>478</sup> “List of Deaths” en *The North American*, 5 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>479</sup> “A List of Deaths” en *American Star*, 10 de febrero de 1848, p. 2.

<sup>480</sup> “Died” en *The North American*, 8 de febrero de 1848, p. 2. “Died” en *American Star*, 8 de febrero de 1848, p. 3.

<sup>481</sup> Scott, “Órdenes generales.— Num. 27” en *El Monitor Republicano*, 22 de enero de 1848, p. 4.

<sup>482</sup> Kirkham, escrito del 28 de septiembre de 1847, en Bourdelle, *op. cit.*, p. 92.

<sup>483</sup> “Escena VI” en *Undécimo calendario*, *op. cit.*, p. 51.

<sup>484</sup> Barclay, “January 12” en *Volunteers*, *op. cit.*, p. 235-236.

importante de la vida cotidiana de la ciudad y fomentaron el surgimiento de un ambiente lúgubre entre los pobladores.

El estudio de la forma de vida que se tuvo en la ciudad entre 1847 y 1848 nos permite acercarnos a la cotidianidad de mediados de siglo XIX en la capital mexicana, pero también al estilo de vida estadounidense de la misma época. Al mismo tiempo, deja ver la manera en que la ocupación transformó la vida de todos los que la experimentaron y las implicaciones que tuvo en ellos el encuentro de las dos culturas.

En las publicaciones, la vida comercial, las diversiones, la religión y en las costumbres es posible admirar los elementos en común entre México y Estados Unidos y los que diferían en el tiempo de su guerra y también nos permiten identificar las diferencias de cada sociedad. Aunque en el periodo de la ocupación la capital sólo albergó a una pequeña porción de la población de cada país, se pueden apreciar las diferentes ideologías que existían entre los compatriotas: moderados, radicales, conservadores, monarquistas.

Finalmente, la guerra con México, como parte del inicio del expansionismo de Estados Unidos, muestra que éste no sólo se restringía a lo territorial, sino también a lo cultural. Así, junto con los ejércitos estadounidenses también marcharon la política, la ideología, la religión y las costumbres de la nación del norte de América.

## EPÍLOGO. EL FINAL DE LA OCUPACIÓN

El Tratado de Guadalupe-Hidalgo que puso fin a la guerra entre México y Estados Unidos fue firmado por los representantes de ambos países el 2 de febrero de 1848; sin embargo, era preciso que el congreso de cada nación lo ratificara, por lo que las fuerzas invasoras permanecieron en México cuatro meses más después de esta fecha. No obstante, la noticia del tratado y la publicación del armisticio en marzo hicieron ver a los militares y a los habitantes de la ciudad que el final de la ocupación llegaría pronto.

Mientras se intercambiaban las ratificaciones que concretarían la paz, la metrópoli sufrió algunos cambios, muchos de ellos motivados por la concreción del armisticio. Como se mencionó en los capítulos anteriores, se restableció un gobierno más cercano al federal que tuvo que lidiar con los problemas que aún aquejaban a la ciudad.

Los periódicos estadounidenses cesaron su publicación en estos meses. El *North American* culminó sus actividades a fines de marzo y el *American Star* hizo lo propio el 30 de mayo. Su editor, John H. Peoples continuó con su labor como promotor de la intervención estadounidense en Yucatán. Las publicaciones mexicanas más importantes continuaron y al final de la ocupación comenzó a circular de nuevo *El Siglo XIX*.

En cuanto al comercio, muchos de los negocios de extranjeros dejaron de anunciarse en el último mes de la ocupación. Probablemente los vivanderos marcharon junto con el ejército, aunque dejando varios productos en la ciudad. Como se vio, los invasores comenzaron a subastar bienes que no podrían llevar en su viaje de regreso.

Los bailes continuaron, algunos pobladores volvieron a salir a las calles y retomaron actividades recreativas como la asistencia al teatro o a los paseos.

Además de lo ya mencionado, la cercanía del retiro de las tropas hizo que algunos estadounidenses se decidieran a casarse con alguna de las “señoritas” que habían conocido en México.<sup>1</sup> Incluso, según el autor Robert W. Johannsen, de los pocos soldados que contrajeron nupcias en México, unos cuantos se quedaron en el país, mientras que otros llevaron a sus “esposas de guerra” a casa.<sup>2</sup> El *American Star* dio noticia de matrimonios entre mexicanas y militares o acompañantes del ejército. Además de un par de casamientos llevados a cabo a fines de enero en Monterrey y Puebla,<sup>3</sup> el periódico anunció que el 18 de mayo en la capital, el capellán de la Brigada de Kentucky casó al capitán Samuel C. Head, de Louisiana con Micaelita Villalobos, de la ciudad de México.<sup>4</sup> Tres días después, el domingo 21 de mayo, William Foster de Filadelfia unió su vida con Rufina Victoria González, de San Luis Potosí, en la Catedral Metropolitana.<sup>5</sup>

Mientras esto sucedía, la ratificación del tratado por los poderes legislativos estaba en curso y, finalmente, la noche del domingo 28 de mayo “siete minutos antes de las ocho, varios cohetes de luces y truenos de bombas anunciaron la noticia de la paz. [...]. En uno de los balcones de palacio apareció iluminado un cuadro en que se leía *Peace-Paz*”.<sup>6</sup> Los militares que estaban en la Plaza Mayor celebraron la noticia con júbilo.<sup>7</sup>

A partir de la mañana siguiente y hasta el 12 de junio, las fuerzas invasoras llevaron a cabo la retirada de la capital. El último gobernador civil y militar, Stephen W. Kearny, y la mayoría de las tropas marcharon hacia Veracruz el 6 de junio, quedando

---

<sup>1</sup> Bloom, *op. cit.*, p. 279. Johannsen, *op. cit.*, p. 170.

<sup>2</sup> Johannsen, *op. cit.*, p. 170.

<sup>3</sup> “Anexión” en *American Star*, 30 de enero de 1848, p. 3. “Casamiento” en *Idem*.

<sup>4</sup> “Practical Annexation” en *Ibidem*, 20 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>5</sup> “More Annexation” en *Ibidem*, 23 de mayo de 1848, p. 2.

<sup>6</sup> *El Monitor Republicano*, 29 de mayo de 1848, p. 3.

<sup>7</sup> *Idem*. Villaseñor, *op. cit.*, p. 326. Bustamante, “Lunes 29 [de mayo]” en *op. cit.*

solamente la división del general Worth.<sup>8</sup> Por su parte, el presidente José Joaquín Herrera y el gobierno del país se instalaron en Mixcoac el 8 de junio, esperando la retirada definitiva de los estadounidenses.<sup>9</sup>

La ocupación de la ciudad llegó a su fin la mañana del 12 de junio de 1848. El lábaro de Estados Unidos, que había sido retirado del asta bandera del Palacio Nacional el 30 de mayo, volvió a ser colocado en este sitio para la ceremonia militar que cerraría un capítulo trascendental en la historia binacional. Una división del ejército de ambos países se formó en la Plaza Mayor a las cinco de la mañana. Una hora después, el pabellón de las barras y las estrellas fue saludado por treinta salvas de la artillería estadounidense y veintiuna de una batería comandada por el general Rómulo Díaz de la Vega. “Cuando el lábaro [extranjero] era descendido del mástil, las bandas de distintos regimientos tocaron ‘The Star-Sprangled Banner’. A continuación se izó la bandera mexicana; fue saludada por ambas baterías, y se tocaron varios aires mexicanos”.<sup>10</sup> El pendón tricolor también fue vuelto a colocar en el edificio del Ayuntamiento y en la Catedral, y las fuerzas nacionales ocuparon dichos sitios. Tras esto, los últimos invasores que quedaban comenzaron su marcha de regreso al país del norte.<sup>11</sup> Esa misma noche, el presidente Herrera llegó a Palacio Nacional y la mañana siguiente reanudó sus labores junto con los ministros.<sup>12</sup>

De acuerdo con las fuentes consultadas, la salida de las tropas se llevó a cabo de forma muy distinta a la entrada. La calma se conservó en la mayor parte de la urbe. Para esto, el gobierno mexicano se apoyó en las guardias nacionales, en las que tomaron

---

<sup>8</sup> *El Monitor Republicano*, 7 de junio de 1848, p. 4. Villaseñor, *op. cit.*, p. 327. Jenkins, *op. cit.*, p. 498.

<sup>9</sup> “Importante” en *El Eco del Comercio*, 9 de junio de 1848, p. 4. *El Monitor Republicano*, 10 de junio de 1848, p. 4.

<sup>10</sup> Kirkham, escrito del 12 de junio de 1848 en Bourdelle, *op. cit.*, p. 142.

<sup>11</sup> *Idem*. *El Monitor Republicano*, 12 de junio de 1848, p. 4. “Pabellón mexicano” en *El Eco del Comercio*, 12 de junio de 1848, p. 4. Jenkins, *op. cit.*, p. 498-499.

<sup>12</sup> “Llegada del Exmo. Sr. Presidente” en *El Eco del Comercio*, 13 de junio de 1848, p. 3. *El Monitor Republicano*, 14 de junio de 1848, p. 4.



parte grupos de extranjeros residentes en la capital—franceses y alemanes—. <sup>13</sup> El último día de la ocupación, además de algunos cohetes lanzados en los rumbos de San Andrés con motivo de la retirada de los invasores <sup>14</sup> y de la desobediencia por parte de algunos comerciantes que vendieron bebidas alcohólicas, contraviniendo la orden del gobierno que prohibió su venta en ese día, <sup>15</sup> no hubo mayor inquietud.

No obstante, los días previos al 12 de junio *El Monitor Republicano* denunció algunos desórdenes y robos cometidos en el convento de la Merced, en la calle del mismo nombre y en el “mesón de los Migueles”, motivados por la salida de los invasores, en los que participaron tanto soldados como léperos. <sup>16</sup> Asimismo, los habitantes de la ciudad no se portaron de forma tan pacífica con respecto a los individuos que cooperaron o que hicieron amistad con los militares. Según se informó en *El Eco del Comercio*, al salir de la capital los contraguerrilleros poblanos, “todos los vecinos de las calles de los Migueles, <sup>17</sup> San Camilo y demás de aquellos rumbos, como si hubieran conseguido un gran triunfo, echaron cohetes, prorrumpieron en vivas, e hicieron toda clase de demostraciones de alegría”. <sup>18</sup> Por su parte, *El Monitor* denunció que el 12 de junio, “a pocos minutos de que habían salido de la plaza las tropas americanas, pasaban unos carros de mexicanos, en que iban unas mujeres, tal vez esposas de carretoneros del país; y una parte del pueblo, al verlas, comenzó a silbarles y a arrojarles piedras”. <sup>19</sup>

Algunos habitantes de la ciudad, probablemente resentidos por lo que habían vivido en los últimos meses, expresaron su descontento con aquellas personas más vulnerables. A inicios de junio, cuando las tropas ya habían comenzado su retirada,

---

<sup>13</sup> *El Monitor Republicano*, 12 de junio de 1848, p. 4. *Ibidem*, 13 de junio de 1848, p. 4.

<sup>14</sup> “Imprudencia” en *El Eco del Comercio*, 13 de junio de 1848, p. 3.

<sup>15</sup> “A la policía” en *Idem*.

<sup>16</sup> *El Monitor Republicano*, 31 de mayo de 1848, p. 4. *Ibidem*, 1 de junio de 1848, p. 4. *Ibidem*, 2 de junio de 1848, p. 4.

<sup>17</sup> Hoy Correo Mayor, entre Mesones y Regina.

<sup>18</sup> “Amor a los poblanos” en *El Eco del Comercio*, 30 de mayo de 1848, p. 4.

<sup>19</sup> *El Monitor Republicano*, 12 de junio de 1848, p. 4.

muchas de las prostitutas que intimaron con los militares fueron agredidas. *El Eco del Comercio* expresó su preocupación por la existencia de “fuertes resentimientos entre personas de ambos sexos de la clase miserable”.<sup>20</sup> Según *El Siglo Diez y Nueve*, “varias mujeres públicas, de las que trataban con los soldados del ejército americano,” fueron “selladas y rapadas” en San Ángel<sup>21</sup> y en distintos puntos de la ciudad varias fueron perseguidas, apedreadas, golpeadas e injuriadas por pobladores de las clases bajas, “acusándolas de prostitutas y haber tenido relaciones con los americanos”.<sup>22</sup> Guillermo Prieto menciona que “cuando los *yankees* se fueron, raparon algunas de estas mujeres sin pizca de vergüenza y muchas no volvieron a frisar con la gente que antes las buscaba”.<sup>23</sup> Ante ello, hay que pensar por qué los habitantes que agredieron a las prostitutas no tomaron la misma actitud con los comerciantes, artistas y otros individuos que obtuvieron provecho de la ocupación militar. Como se mencionó en el capítulo anterior, es probable que las mujeres que intimaron con los invasores se convirtieran en el chivo expiatorio de los capitalinos. Muchos, que se sintieron humillados por la dominación extranjera y vieron cómo los estadounidenses ocuparon los espacios públicos y privados, expresaron su frustración en lo que consideraban lo más bajo de la sociedad.

El resentimiento también se dirigió hacia otros protagonistas del periodo de la ocupación. No sólo la partida de la ciudad de los poblanos pertenecientes a la “Spy Company” fue festejada, también su exilio hacia Estados Unidos. El periódico *El Arco-Iris* de Veracruz anunció su embarco en el puerto y añadió: “como es imposible que esos criminales abandonen sus depravadas costumbres, no tenemos ninguna duda en que acabarán sus días en las penitenciarías de los Estados Unidos [...]. Allí irán a recibir

---

<sup>20</sup> “Moralidad” en *El Eco del Comercio*, 3 de junio de 1848, p. 4.

<sup>21</sup> *El Siglo Diez y Nueve*, 3 de junio de 1848, p. 4.

<sup>22</sup> “Desórdenes” en *Ibidem*, 7 de junio de 1848, p. 4.

<sup>23</sup> Prieto, *Mi guerra del 47*, op. cit., p. 92.

el premio de sus infamias de mano de la justicia”.<sup>24</sup> Este era el deseo de muchos mexicanos que habían sufrido por las acciones de los contraguerrilleros. El líder de esta agrupación, Manuel Domínguez, se estableció en Nueva Orleans con la promesa de ser ayudado por el gobierno estadounidense. En enero de 1849 el coronel Ethan Allen Hitchcock —quien estuvo a cargo de la compañía— lo encontró viviendo con sus nueve hijos en un pequeño cuarto sin muebles en las afueras de dicha ciudad.<sup>25</sup> Probablemente el destino del resto de los miembros de la compañía que salieron del país fue tan o menos afortunado que el de Domínguez.

Hubo un político que se convirtió en otro “chivo expiatorio”: Francisco Suárez Iriarte, quien, como ya se mencionó, fue juzgado por sus acciones durante la ocupación y por haber desobedecido las órdenes del gobierno de Querétaro. Por haber encabezado a la Asamblea Municipal, fue convertido en un símbolo de traición; sin embargo, no se tomó en cuenta que sus acciones fueron encaminadas a poner orden en la ciudad y sí que aprovechó la situación para impulsar sus intereses políticos. Como afirma Salvador Rueda, “ningún político podría estar libre de toda culpa tanto de las causas como del desarrollo de la guerra que costó al país la mitad de su territorio.” La mejor forma de deshacerse de esa culpa era condenando a alguien más.<sup>26</sup>

Por medio de las fuentes revisadas, es posible conocer algunos de los elementos de la vida cotidiana que cambiaron con el fin de la ocupación y los que no sufrieron grandes transformaciones.

En el ámbito de la seguridad, con la salida de los invasores y de la compañía de espías de Puebla, la ciudad logró deshacerse de un gran número de individuos que en los últimos meses habían promovido el crimen en las calles; sin embargo, la urbe siguió

---

<sup>24</sup> “Los Poblanos”, en *El Arco-Iris*, citado en *El Eco del Comercio*, 22 de junio de 1848, p. 2.

<sup>25</sup> Caruso, *op. cit.*, p. 158.

<sup>26</sup> Rueda, *op. cit.*, p. 102.

contando con los delincuentes “de siempre” y con algunos poblanos<sup>27</sup> y estadounidenses que desertaron de sus filas.<sup>28</sup> Los partes de policía publicados en *El Siglo Diez y Nueve* permiten ver que los guardias del alumbrado dejaron de sufrir los constantes ataques que al final de la ocupación se habían vuelto comunes; aunque en algunas notas del mismo periódico y de otras publicaciones mexicanas se mostraba la preocupación por la continuidad de los robos en la ciudad y en los caminos.<sup>29</sup> Meses más tarde, el 1º de septiembre, *El Monitor Republicano* publicó un artículo remitido en el que se mencionaba que

las circunstancias que fueron consiguientes a la ocupación de la capital por las tropas americanas, y los brutales ejemplos de robos y asesinatos que perpetraban a todas horas y lugares, fueron la causa de la multiplicación y desenfreno de nuestros criminales que, cual otra caja de Pandora, han derramado sobre la superficie de esta tierra, y especialmente en la capital, todo género de males; y los pesares y la desolación consiguientes a tales crímenes, han sido por muchos meses el pan cotidiano de sus desgraciados habitantes.<sup>30</sup>

Así, se puede inferir que la inseguridad en la ciudad mantuvo las mismas características que en los últimos meses de la ocupación, es decir, con robos y violencia constantes. Si bien se redujo la cantidad por la ausencia de los invasores, los capitalinos continuaron con la percepción de que la metrópoli estaba llena de criminales, en parte, debido a las condiciones que favoreció la ocupación, pero también a que la capital mexicana era, por sí sola, una ciudad insegura. Así era desde los años anteriores a la guerra con Estados Unidos,<sup>31</sup> y continuó siéndola en los sucesivos.<sup>32</sup>

En cambio, el desaseo de las calles ya no fue una queja constante como lo había sido en este periodo. Al parecer, el gobierno de la ciudad procuró atender este mal y, según *El Eco del Comercio*, desde el 23 de junio comenzó “la limpia de la ciudad de un

---

<sup>27</sup> “Contra-guerrilleros” en *El Eco del Comercio*, 13 de junio de 1848, p. 3.

<sup>28</sup> “Soldados americanos” en *Ibidem*, 13 de junio de 1848, p. 3. *El Monitor Republicano*, 14 de junio de 1848, p. 4.

<sup>29</sup> “Robos” en *El Siglo Diez y Nueve*, 22 de junio de 1848, p. 4. “Robos y asesinatos” en *Ibidem*, 14 de septiembre de 1848, p. 4. “Ladrones” en *El Eco del Comercio*, 23 de junio de 1848, p. 4.

<sup>30</sup> “Alcaldes de manzana” en *El Monitor Republicano*, 1 de septiembre de 1848, p. 2.

<sup>31</sup> Cosamalón, *op. cit.*, p. 115.

<sup>32</sup> Rueda, *op. cit.*, p. 50-51.

modo permanente”.<sup>33</sup> La falta de referencias a este problema en los periódicos capitalinos hace suponer que sí se atendió.

El comercio también tuvo cambios. En los periódicos mexicanos no existen referencias a los negocios hechos por los invasores o sus acompañantes. Probablemente la mayoría marchó junto con el ejército y aquellos cafés “para oficiales y generales del ejército” dejaron de existir o cambiaron su nombre. Sin embargo, se puede pensar que aquellos extranjeros residentes en México y todos los mexicanos dueños de tiendas, cafés, pulquerías y otros establecimientos, así como algunos individuos que llegaron con el ejército de Scott y se quedaron en la ciudad, continuaron con su actividad, acoplándose de nuevo a la situación. Un buen ejemplo es el hotel de la Bella Unión, símbolo del periodo de la ocupación, donde los mexicanos pudieron ver a los invasores tomar, bailar y socializar con algunas mujeres mexicanas. Este edificio reabrió sus puertas a mediados de septiembre de 1848 como el “Café y nevería de la Gran Sociedad de la Bella Unión” y anunció la “completa restauración y reorganización en lo general de este establecimiento”.<sup>34</sup> Esto permite ver que los comerciantes modificaron aquellos sitios que los estadounidenses frecuentaron durante los meses de la ocupación para no despertar el resentimiento de los capitalinos.

En cuanto a las formas de entretenimiento, el 22 de junio de 1848 se realizó una función en el Teatro Principal, “dedicada por la compañía dramática a la celebración de la paz, al Supremo Gobierno y a los beneméritos cuerpos de la Guardia Nacional”, donde se cantó un Himno a la Paz y puso en escena “La hija del regente”.<sup>35</sup> Para mediados de julio de 1848, las funciones en el Teatro Nacional volvieron a hacerse con

---

<sup>33</sup> “Limpia” en *El Eco del Comercio*, 23 de junio de 1848, p. 4.

<sup>34</sup> “Café y nevería de la Gran Sociedad de la Bella Unión” en *El Monitor Republicano*, 13 de septiembre de 1848, p. 4.

<sup>35</sup> “Teatro Principal” en *El Eco del Comercio*, 22 de junio de 1848, p. 4.

regularidad<sup>36</sup> y continuaron en los siguientes meses.<sup>37</sup> En otros sitios como el Teatro de Nuevo México se anunciaron funciones esporádicas, como el drama del domingo 30 de julio, titulado: “Si olvidamos los partidos México será inmortal”.<sup>38</sup> En los escenarios volvieron a aparecer artistas que habían actuado durante la invasión, como el bailarín Castañeda<sup>39</sup> o el hercúleo Turín,<sup>40</sup> y otros que se habían resistido a hacerlo, como Rosa Peluffo.<sup>41</sup> El teatro mantuvo su importancia y los habitantes volvieron a asistir a las funciones.

Cuando los estadounidenses se marcharon, María Cañete se encontraba en La Habana junto con su esposo. Menos de un año después, en abril de 1849 estaba de vuelta en Veracruz y, en mayo, fue contratada para volver a actuar en el Teatro Nacional. Al enterarse, algunas personas protestaron públicamente a través de las páginas del *Siglo Diez y Nueve*, por considerar que la actriz no merecía la atención de la audiencia citadina tras lo acontecido durante la ocupación; sin embargo, la actriz publicó una contestación en *El Monitor* y otros periódicos y reapareció en los escenarios capitalinos el 18 de mayo de 1849, año y medio después de las últimas funciones en las que había actuado para los invasores.<sup>42</sup> Hizo el papel de Inés en “La trenza de sus cabellos”. Según Luis Reyes de la Maza, durante la obra se pudieron escuchar algunos silbidos y la artista sufrió el desprecio de los espectadores; sin embargo, “una vez que el público le hizo ver que estaba enojado con ella por su comportamiento en 1847, no

---

<sup>36</sup> “Teatro” en *El Siglo Diez y Nueve*, 6 de julio de 1848, p. 4. “Teatro Nacional” en *Ibidem*, 16 de julio de 1848, p. 4.

<sup>37</sup> “Teatro Nacional” en *El Monitor Republicano*, 15 de septiembre de 1848, p. 4. *Ibidem*, 24 de septiembre de 1848, p. 4.

<sup>38</sup> “Teatro de Nuevo México”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 27 de julio de 1848, p. 4.

<sup>39</sup> “Gran Teatro Nacional” en *El Monitor Republicano*, 18 de septiembre de 1848, p. 4.

<sup>40</sup> “Gran Teatro Nacional” en *El Siglo Diez y Nueve*, 1 de agosto de 1848, p. 4.

<sup>41</sup> “Gran Teatro Nacional” en *El Monitor Republicano*, 18 de septiembre de 1848, p. 4.

<sup>42</sup> Olavarría, *op. cit.*, p. 482-484.

volvió a recordárselo y desde entonces hasta su muerte en 1884 fue de nuevo la primera actriz del teatro mexicano”.<sup>43</sup>

A diferencia del teatro, las fuentes consultadas no permiten conocer qué ocurrió con otras formas de entretenimiento como los bailes, los paseos o los toros; sin embargo, es casi seguro que continuaron realizándose, ya que los bailes fueron un negocio productivo para los organizadores y desde antes de la invasión estadounidense ya eran una de las diversiones preferidas de los habitantes de la capital. Tras la ocupación cambiaron los asistentes, pero no la importancia que tenían en la vida social de la metrópoli. Igualmente los paseos y las corridas de toros fueron formas de entretenimiento típicas del siglo XIX, que no cambiaron por la ocupación.

Sin duda, la ciudad se transformó una vez que se retiró el ejército de Estados Unidos. Algunos aspectos tuvieron un antes y un después de la ocupación; sin embargo, en otros el periodo entre septiembre de 1847 y junio de 1848 fue solamente un paréntesis modificado por la presencia de los invasores, mas no transformado en su esencia. A pesar de ello, los meses de estancia de los militares extranjeros tuvieron un fuerte impacto en los mexicanos.

El 17 de septiembre de 1848 los balcones del Palacio Nacional y de la Diputación se cubrieron con cortinas negras y las banderas fueron colocadas a media asta. En el Panteón de Santa Paula se llevó a cabo una ceremonia en la que fueron depositados los restos de algunos militares que murieron en las batallas del Valle de México.<sup>44</sup>

---

<sup>43</sup> Reyes, *Circo maroma y teatro*, op. cit., p. 83.

<sup>44</sup> *A los grandes hombres que murieron en el Valle de México en tiempo de la Invación Norte Americana. La patria agradecida les tributó un justo homenaje a sus virtudes el 17 de septiembre de 1848*, México, Biblioteca Aportación Histórica, Editor Vargas Rea, 1946.

La herida que dejó la invasión entre los habitantes no cerró en el momento en que ésta terminó e incomodó a los capitalinos por mucho tiempo.

El final de la ocupación de la ciudad de México por el ejército estadounidense no tuvo un carácter tan intempestivo ni tan violento como el inicio. La noticia de que la dominación militar en la capital llegaría a su término y de que los invasores finalmente dejarían los espacios ocupados fue celebrada por la mayoría de los habitantes. Sin embargo, la retirada de los invasores también significaba la concreción de una humillación. El gobierno de México había tenido que ceder una gran cantidad de territorio para lograr la paz, por lo que el país aparecía ahora mutilado. Las secuelas de la guerra y el descontento acumulado durante los nueve meses de ocupación hicieron que algunos habitantes buscaran un blanco para desahogarse. Al no poder arremeter en contra del ejército invasor, dirigieron sus ataques en contra de aquellas personas que tuvieron algo que ver con él, pero que no contaban con las mismas armas para defenderse: las clases bajas de la sociedad y las personas consideradas de menor reputación, es decir, las prostitutas.

La retirada de las tropas estadounidenses dejó a los habitantes de la capital en medio de una gran resaca, de la cual fue difícil salir.



## CONCLUSIONES

Definitivamente, la vida en la ciudad de México se transformó entre septiembre de 1847 y junio de 1848. Antes de la guerra, ninguno de los que vivieron la ocupación había estado en una situación similar. Los cambios originados por la llegada de los invasores propiciaron una etapa peculiar e impactante en la historia de la urbe. Por primera vez en su vida independiente, la capital mexicana y sus habitantes fueron sometidos por el ejército de una nación extranjera, que también se convirtió en la autoridad máxima. Por su parte, los invasores nunca antes habían tenido que ocupar una ciudad tan grande ni tan poblada y, por ende, tan diversa. El choque de culturas y de ideologías fue inevitable, y también lo fue la vorágine que surgió de esto, manifestada en violencia, enfrentamientos y desorden, pero también en diversiones, comercio, cultura y en el aspecto de la ciudad. La tempestad con la que la invasión se inició fue calmándose poco a poco y lo que al principio fue extraño, con el paso de los días se convirtió en cotidiano. Las personas se acostumbraron a la situación; algunos, incluso, la aprovecharon para obtener beneficios personales, económicos o políticos. Cuando la tormenta pasó, la claridad hizo ver que el país no era el mismo; los habitantes de la metrópoli miraron hacia atrás para saber dónde habían estado y qué hicieron durante la borrasca. Para muchos, lo encontrado no fue agradable.

Mientras el conflicto bélico estuvo lejos del valle de México, los habitantes de la ciudad se sintieron seguros, confiados para expresar su desprecio por un país que les había arrebatado territorios y comenzado una guerra injusta al invadir las ciudades del norte del país. Conforme se fue acercando a la capital, la confianza disminuyó, pero la presencia del gobierno y del ejército mexicano hacían sentir todavía algo de seguridad. En septiembre de 1847 los habitantes de la ciudad vieron cómo su gobierno y su ejército

los abandonaban, así que la confianza y la seguridad desaparecieron y fueron sustituidos por el miedo y la violencia callejera. La llegada de los invasores y la tensión de los primeros días atemorizaron a la mayoría, lo mismo que a las autoridades militares, lo cual se expresó en el hecho de que Scott haya amenazado con tomar medidas drásticas, tales como permitir a sus tropas el saqueo en la ciudad.

El desorden fue lógico si se piensa que México era una ciudad grande, muy poblada y diversa y la invasión por parte de un ejército heterogéneo y numeroso —que fue aumentado en los siguientes meses— la diversificó aún más. Los soldados y los habitantes formaban un grupo nutrido, difícil de controlar para los comandantes militares y para las autoridades mexicanas que quedaban, es decir, el Ayuntamiento. El crimen se convirtió en una válvula de escape para ambas partes, tanto para soldados como para pobladores pertenecientes a las clases bajas. En la situación extraordinaria en que se encontraban, con una ciudad desprotegida, dieron rienda suelta a la violencia y el blanco más adecuado para dirigirla fue “el otro”. Asimismo, la falta de la ejecución de justicia y de orden en las calles y en los cuarteles hicieron que el consumo de alcohol y otras distracciones como el juego resultaran en riñas o asesinatos. La violencia se volvió costumbre y dejó de distinguir nacionalidades; y en los últimos meses se dirigió principalmente a individuos vulnerables, léase transeúntes, serenos y residentes de casas en la zona céntrica de la ciudad.

Los militares constituyeron cuerpos de gobierno y de justicia para intentar conservar el orden, pero también para proporcionar ocupación a los miembros del ejército y dar una imagen de que su administración era justa y beneficiosa para los habitantes de la capital. Sin embargo, sus alcances fueron muy limitados y la imagen quedó sólo en eso, ya que en algunos casos sus resoluciones no se llevaron a cabo y ciertos grupos de militares aplicaron la justicia que quisieron con los subordinados y los

civiles. En general, la impunidad prevaleció durante la ocupación. Los castigos impuestos por los tribunales y por los cuerpos militares, más que significar una verdadera impartición de justicia, fueron utilizados como escarmiento para los habitantes y los soldados.

Durante la ocupación no hubo orden en la ciudad y la inseguridad fue una constante. Esto no quiere decir que antes y después de la invasión estos males no existieran; sin embargo, entre septiembre de 1847 y junio de 1848, la situación se volvió más compleja por las condiciones de una gran cantidad de invasores (incluyendo a los contraguerrilleros) y por la libertad con la que contaron tanto ellos como los habitantes de la ciudad para cometer actos criminales.

Por su parte, el gobierno de la ciudad —en todas sus facetas— asumió una labor muy difícil durante la ocupación, ya que por un lado tuvo que lidiar con los generales y los altos mandos militares, y por otro con los problemas que aquejaban a la ciudad y a sus habitantes. A esto se le sumó la lucha política local, en donde se reflejó lo que pasaba en el país durante esos años. La formación de la Asamblea Municipal por un grupo de liberales puros, que aprovecharon la ausencia del gobierno federal y la presencia de las fuerzas armadas de la nación que era su modelo a seguir, fue el mejor ejemplo de ello y sirve para mostrar que la guerra con Estados Unidos no fue vista como algo completamente negativo por todos los habitantes, o bien, viendo el desastre que había ocurrido, consideraron que algo bueno podría salir de él. A pesar de las experiencias recientes con el país vecino del norte y del odio que éste despertó entre muchos mexicanos, algunos siguieron creyendo que estar bajo su protección sería lo mejor para el país.

Se podría suponer que la práctica gubernamental de la ocupación, en particular la de la Asamblea, tuvo cierta influencia en el rumbo político que tomó el país durante

la siguiente década. El gobierno ciudadano de inicios de 1848 pudo haber sido muestra, para algunos individuos, de que en México se podrían llevar a cabo modificaciones a las leyes y al gobierno, en gran medida con el apoyo de un gobierno extranjero. Hay que recordar que entre los miembros de dicho ayuntamiento se encontraba Miguel Lerdo de Tejada, uno de los principales promotores de la Reforma en el país, quien tomó parte activa en los gobiernos liberales, que tuvieron una estrecha relación con el gobierno de Estados Unidos en las décadas posteriores.

En cuanto a la vida en la ciudad, la estancia de los militares no ejerció una influencia significativa en los años sucesivos; sin embargo, en los meses que permanecieron en la metrópoli, la cotidianidad sí se transformó.

Con el paso del tiempo, las personas se acostumbraron a su presencia. La ocupación no recluyó a todos los habitantes en sus casas ni a los militares en sus cuarteles. Los invasores buscaron todas las formas posibles de distraerse y ocupar su cuerpo y mente. Las personas dedicadas al comercio y al entretenimiento vieron en ello una buena oportunidad para obtener ganancias, originando así una gran cantidad de opciones para aquellos y una transformación de la ciudad en su fisonomía, en su cultura y en sus actividades. Por su parte, los habitantes buscaron continuar con su vida de manera “normal”. La convivencia en un mismo espacio o en las calles de la ciudad no significó una mezcla social ni cultural. Aunque muchos pobladores de la ciudad estuvieron en el mismo sitio y en el mismo momento que los militares, unos y otros permanecieron aislados. A pesar también de que los estadounidenses introdujeron elementos culturales y comerciales propios, éstos no perduraron después de la ocupación; el tiempo que ésta duró fue insuficiente para que se arraigaran en la ciudad. Quizás los sectores bajos de la población y del ejército fueron los que mayor interacción

tuvieron y se les pudo ver juntos en ambientes festivos —bailes, corridas de toros, pulquerías—.

El dominio extranjero, sin embargo, otorgó algunas libertades que habían estado coartadas previamente. Hubo libre circulación de periódicos y de opiniones que propagaron ideologías o que descalificaron al régimen y a individuos de la política — como a Antonio López de Santa Anna—, así como expresiones artísticas que mostraban su desagrado por algunos componentes de la sociedad, como los clérigos. La retirada de los invasores puso un límite a estas manifestaciones.

Cuando se corrió el velo militar estadounidense que cubría a México, la ciudad y todo el país se descubrieron distintos, mutilados. La capital se sintió avergonzada y sus habitantes arremetieron en contra de aquellos que consideraban cómplices de la afrenta, sin considerar que todos habían sido partícipes de la ocupación, de una u otra manera. Como se vio, el gobierno y el ejército abandonaron a su pueblo y la frustración que tuvieron al ver cómo los invasores se apoderaban de la ciudad fue inevitable, como lo fue también buscar culpables para manifestar esa frustración. La experiencia marcó a los mexicanos. Es interesante pensar que, además de Guadalupe Victoria, José Joaquín de Herrera fue el único presidente de México antes del Porfiriato que al final de su periodo (de 1848 a 1851), entregó el poder de forma pacífica. Quizás el fin de la ocupación del país y de la capital y la retirada triunfante de los estadounidenses, así como la baja estima en que quedó la clase militar calmaron la intensidad de la lucha de partidos y los intentos de tomar el poder de la nación por medio de las armas, aunque los conflictos regionales sí se mantuvieron —como en Yucatán, Querétaro o en el ayuntamiento de la capital—.

Al estudiar la vida en la ciudad de México entre septiembre de 1847 y junio de 1848 se pudo conocer una etapa en la historia de la metrópoli que no ha sido muy

tratada. Tradicionalmente, las fuentes que se refieren a la guerra y a la ocupación no plantean los distintos sucesos que se presentaron ni la manera en que la vida se transformó. Con el presente trabajo se ha visto que muchos de los aspectos que caracterizaron a la capital mexicana durante las primeras décadas del siglo XIX se mantuvieron. Sin embargo; así como se notan permanencias, se nota el proceso evolutivo de la ciudad. Como lo plantea Pilar Gonzalbo, “las situaciones límite proporcionan el marco propicio para identificar los cambios, pero no son precisamente el motor o el único motor desencadenante del cambio”.<sup>1</sup> La ocupación militar de la capital mexicana fue una de esas situaciones “límite” y en distintos aspectos de ella podemos notar las transformaciones que se estaban dando.

La urbe estaba cambiando desde el siglo anterior en aspectos como la traza, las propiedades, la población o la política. Todo esto se puede apreciar de alguna manera en la ocupación, pero hay un elemento fundamental, cuya transformación es más notoria: la Iglesia. Para los liberales, éste era uno de los principales ámbitos a reformar en la sociedad. En la década de 1830 y el mismo 1847 sus propiedades habían estado en la mira de personajes como Valentín Gómez Farías. Incluso desde la segunda mitad del siglo XVIII, los gobernantes borbones habían intentado reducir su poder. Sin embargo, la institución católica había resistido —aunque con ciertas menguas—. La principal reforma vendría en los últimos años de la década de 1850 y en los siguientes, pero en los meses de la ocupación ya se pudo notar, no sólo que el poder de la iglesia católica se estaba reduciendo y que se podría apresurar su decaimiento, sino que también la mentalidad estaba cambiando; ejemplos de ellos son la publicación de periódicos que criticaban el poder de la Iglesia y que pedían libertad de cultos; la puesta en escena de una obra que criticaba a los religiosos y el grito de “¡Mueran los frailes!” en un teatro

---

<sup>1</sup> Gonzalbo, *op. cit.*, p. 26.

repleto de público mexicano; e incluso la ejecución de ceremonias protestantes en la ciudad, las cuales seguramente no estuvieron exentas de la presencia de mexicanos. Aunque después volvió a su ritmo lento, la ocupación aceleró el proceso de secularización durante algunos meses.

Por otro lado, así como se hicieron notar los cambios en la sociedad capitalina, la ocupación hizo aflorar muchos de los problemas que existían en su interior. Salieron a relucir los resentimientos. Muchos de los más pobres, cansados de ser carne de cañón y mano de obra para un Estado que no los favorecía, de no tener un trabajo estable o siquiera uno irregular, participaron en el estallido de violencia de los primeros días de ocupación. Sin embargo, no sólo fue entonces y no sólo participaron los individuos con menos recursos; la violencia y la criminalidad ya tenían arraigo en la ciudad, ésta era insegura desde antes de la ocupación y lo siguió siendo después. En los crímenes cometidos durante la ocupación, se nota que la sociedad capitalina era violenta por sí misma, no sólo por la presencia de los invasores. Asimismo, se nota que, fuera de los rumbos más céntricos, la ciudad era desordenada, sucia, insalubre, y que la mayoría de la población vivía en condiciones sumamente desfavorables.

El resentimiento no sólo era de los pobres. También existía en otros sectores de la sociedad que estaban cansados del gobierno, del clero o del ejército y que pedían la desaparición de su fuero y su poder. Esto se puede ver en los periódicos de la época o en las manifestaciones artísticas, las que, ante el rompimiento institucional y la falta de un poder que controlara y censurara, pudieron manifestarse con mayor libertad que en otras épocas.

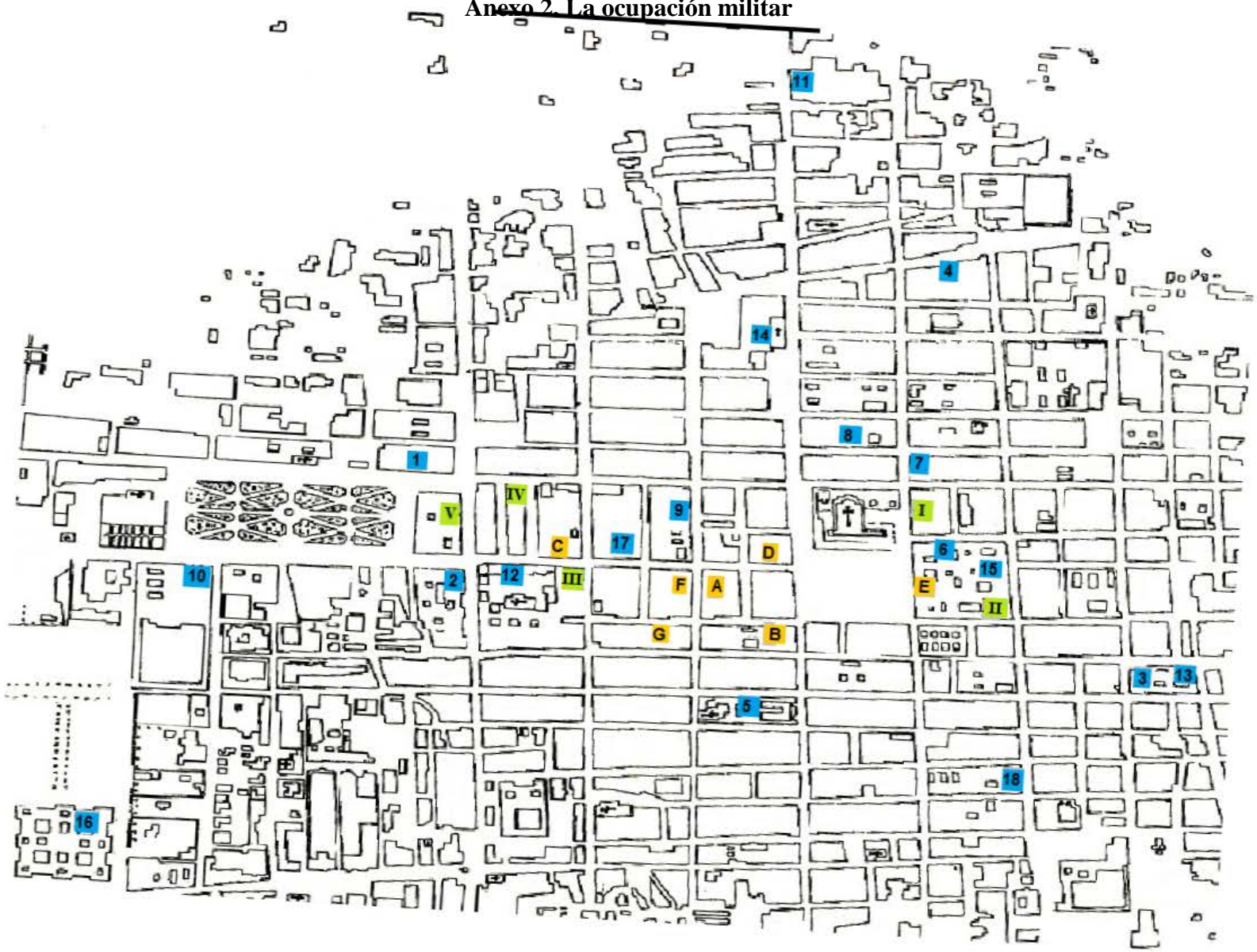
Observar la vida en la ciudad durante la ocupación militar estadounidense permite también ver la sociedad capitalina de mediados de siglo XIX, todos los problemas que arrastraba desde años atrás y el rumbo que estaba tomando. Así como en

la vida de una persona —en este caso aplicado a la ciudad de México—, el momento de crisis sacó a relucir lo mejor y lo peor de sí.





## Anexo 2. La ocupación militar



### **Cuarteles, residencias de los oficiales:**

- A. Winfield Scott (Espíritu Santo 8)
- B. William O. Butler (Capuchinas 7)
- C. Gideon G. Pillow (San Francisco 3)
- D. William J. Worth (1a de Plateros 3)
- E. Persifor F. Smith (Palacio Nacional)
- F. Ings. M. S. Smith y F. Hardcastle (Espíritu Santo 3)
- G. Ethan Allen Hitchcock (Cadena 8)

### **Cuarteles de las compañías militares:**

- 1. Puente de la Mariscal: Compañías A y B.
- 2. Colegio de San Juan de Letrán: Compañía C.
- 3. Convento de la Merced: Compañía D.
- 4. Apartado no. 6: Compañía E.
- 5. San Agustín: 3° de Infantería
- 6. Palacio Nacional: 7° de Infantería.
- 7. Calle de Relox: Rifleros.
- 8. Convento de la Enseñanza: 12° de Infantería.
- 9. Convento de la Profesa: 14° de Infantería.
- 10. Cuartel cercano a la Alameda: 2° de Dragones.
- 11. Calle de Santa Ana: Voluntarios de Texas ("Rangers").
- 12. Convento de San Francisco: 3° de Voluntarios de Kentucky.
- 13. Convento de la Merced: 4° de Voluntarios de Kentucky.
- 14. Convento de Santo Domingo: 2° Batallón del 2° Regimiento de Voluntarios de Illinois.
- 15. Palacio Nacional: Artillería ligera.
- 16. Ciudadela: Artillería pesada y artillería de sitio.
- 17. Oficina postal: Zapadores y Mineros.
- 18. Mesón de los Migueles: Compañía de espías.

### **Hospitales del ejército:**

- I. Palacio del Arzobispado.
- II. Palacio Nacional.
- III. Palacio de Iturbide.
- IV. Palacio de Minería.
- V. Convento de Santa Isabel.

Anexo 3. Sitios de esparcimiento



#### Anexo 4. La influencia estadounidense en la vida cotidiana



#### **Establecimientos:**

1. La Gran Sociedad: Espíritu Santo 4.
2. Sociedad del Progreso: Coliseo Viejo y Coliseo Nuevo.
3. Bella Unión: Palma y Refugio.
4. Jockey Club House: Coliseo Viejo 16.
5. Private American Boarding House: Cadena 18, 1er piso.
6. Eagle Coffee House: Coliseo Viejo 5.
7. United States Hotel: Coliseo Viejo 16.
8. The Lone Star House: Refugio y Palma.
9. Orleans House: Coliseo Viejo 8.
10. Mansion House: San Francisco 11.
11. Olive Branch Coffee House: San Francisco y Betlemitas.
12. Soldier's Home: 2a de Plateros 5.
13. Old Kentucky Restaurant: esquina de San Francisco.
14. The Alhambra: Refugio 13.
15. The Lafayette House: Espíritu Santo 1.
16. Private Boarding House: 2ª de Plateros 3.
17. Private Boarding House: Alcaicería 2.

18. Washington Hotel: Coliseo Viejo.
19. [S. N.]: Coliseo 5.
20. Charles B. Gallagher: 2a de Plateros.
21. J. H. Levi: 1ª de Plateros.
22. Cotton & Duperu: Espíritu Santo.
23. M. Helfer & Co.: Empedradillo 2.
24. William Cornwell: Palma.
25. Salón de baile: 2ª de San Francisco 7.
26. Salón de baile: Ex convento de Betlemitas.
27. Salón de baile: Callejón de Betlemitas 9.
28. Teatro Nacional.
29. Teatro del Coliseo.

#### **Imprentas y librerías:**

- I. American Star: 2ª de Plateros 12.
- II. Monitor Republicano: Ex convento del Espíritu Santo.
- III. North American: 2ª de Plateros 2.
- IV. Eco del Comercio: Santa Clara 23.
- V. Librería Americana: Refugio 6.
- VI. Librería de Antonio de la Torre: esquina del Portal de Mercaderes y el Portal de Agustinos.

## FUENTES CONSULTADAS

### Archivo

- Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (AHSRE), Colección Belton-Carter, Libro 2.

### Periódicos

- *American Star*, septiembre de 1847-mayo de 1848.
- *El Eco del Comercio*, marzo-junio de 1848.
- *El Monitor Republicano*, septiembre de 1847-septiembre de 1848.
- *The North American*, septiembre de 1847-marzo de 1848.
- *El Siglo Diez y Nueve*, junio-septiembre de 1848.

### Bibliografía

#### Testimonios de la época

- *A los grandes hombres que murieron en el Valle de México en tiempo de la Invasión Norte Americana. La patria agradecida les tributó un justo homenaje a sus virtudes el 17 de septiembre de 1848*, México, Biblioteca Aportación Histórica, Editor Vargas Rea, 1946.
- Alamán, Lucas, *Documentos Diversos (Inéditos y muy raros)*, Tomo IV, comp. Rafael Aguayo Spencer, México, Jus (Colección de Grandes Autores Mexicanos), 1947.
- Alcaraz, Ramón *et. al*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, CONACULTA, (Cien de México), 1991.
- *An Artillery Officer in the Mexican War 1846-7, Letters of Robert Anderson. Captain 3rd Artillery, U.S.A., with a prefatory word by his daughter Eba Anderson Lawton*, G. P. Putnam's Sons, New York and London, The Knickerbocker Press, 1911.
- Ballentine, George, *Autobiography of an English soldier in the United States army. Comprising observations and adventures in the States and Mexico*, New York, Stringer & Townsend, 1853.

- *Breve reseña histórica [de los principales acontecimientos ocurridos con motivo a la rebelión de la colonia de Tejas y guerra con los Estados Unidos de Norte América]*, México, Editor Vargas Rea, 1949.
- Bustamante, Carlos María de, *Diario Histórico de México, 1822-1848*, Josefina Zoraida Vázquez Vera, Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva editores, México, Bancroft, 2003, (versión multimedia).
- Calderón de la Barca, Madame, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa, (“Sepan cuantos...”, 74), 1967.
- *Chronicles of the Gringos. The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848. Accounts of Eyewitnesses and Combatants*, compilación de George Winston Smith y Charles Judah, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1968.
- *Diccionario universal de historia y de geografía. Obra dada a luz en España por una sociedad de literatos distinguidos, y refundida y aumentada considerablemente para su publicación en México con noticias históricas, geográficas, estadísticas y biográficas sobre las Américas en general, y especialmente sobre la República Mexicana*, Tomo V, México, Imp. de F. Escalante y Ca., 1854.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín, *Obras XIII. Folletos (1824-1827)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1995.
- García Cubas, Antonio, *El libro de mis recuerdos*, México, Porrúa, 1986.
- Granja, Juan de la, *Epistolario*, estudio preliminar de Luis Castillo Ledón, México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1937.
- Grant, Ulysses S., *Personal Memoirs of U. S. Grant*, New York, Charles L. Webster & Company, 1885–86 (consultado en línea en: <http://www.bartleby.com/1011/>).
- Jamieson, Milton, *Journal and notes of a campaign in Mexico: containing a history of Company C. of the Second Regiment of Ohio Volunteers; with a cursory description of the country, climate, cities, waters, roads and forts along the southern line of the American army in Mexico. Also of the manners, customs, agriculture, &c of the Mexican people, by Milton Jamieson, an Officer of the 2nd Reg. Ohio Volunteers*, Cincinnati, printed at the Ben Franklin Printing House, 1849.
- Jenkins, John S., *History of the War between the United States and Mexico, from the Commencement of Hostilities to the Ratification of the Treaty of Peace*, Auburn, Derby, Miller & Co.; Derby & Hewson, Buffalo, 1848.

- Kendall, George Wilkins, *Dispatches from the Mexican War*, edited and with introduction by Lawrence Delbert Cress, University of Oklahoma Press: Norman, 1999.
- Kenly, John R., *Memoirs of a Maryland Volunteer. War with Mexico, in the years 1846-7-8*, Philadelphia, J. B. Lippincott & Co., 1873.
- *La obra política de Manuel Gómez Pedraza 1813-1851*, Tomo II, investigación, compilación y selección Laura Solares Robles, México, Instituto Mora, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002.
- *La ocupación yanqui de la ciudad de México, 1847-1848*, comp. María Gayón Córdova, México, INAH, CONACULTA, (Regiones), 1997.
- Löwenstern, Isidore, *Le Mexique. Souvenirs d'un voyageur*, Paris, Arthus Bertrand, Libraire-Éditeur, 1843.
- McCaffrey, James M., “*Surrounded by Dangers of All Kinds.*” *The Mexican War Letters of Lieutenant Theodore Laidley*, Denton, Texas, University of North Texas Press, 1997.
- McSherry, Richard, M.D., *El Puchero: or, A mixed Dish from Mexico, embracing General Scott's Campaign, with Skecthes of Military Life, in Field and Camp, of the Character of the Country, Manners and Ways of the People, etc.*, Philadelphia, Lippincott, Grambo & Co., 1850.
- *México ante los ojos del ejército invasor de 1847 (Diario del Coronel Ethan Allen Hitchcok)*, introd. y edición George Baker, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.
- *México y sus alrededores*, México, Tercera edición centenaria, Reproducción Facsimilar de Manuel Quesada Brandi Editor, 1965 [1855-1856].
- Peck, John James, *The Sign of the Eagle. A view of Mexico—1830 to 1855*, foreword and commentary by Richard F. Pourade, Copley, San Diego, 1970.
- Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, Tomo II, México, Editorial Patria, 1948.
- Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, México, Porrúa, (“Sepan cuantos...”, 481), 1985.
- Prieto, Guillermo, *Mi guerra del 47*, edición de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2ª edición, 2006.
- Ramírez, José Fernando, *México y la guerra contra los Estados Unidos*, en Genaro García (comp.), *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, México, Porrúa, (Biblioteca Porrúa, 59), 1974.



- Roa Bárcena, José María, *Recuerdos de la invasión norteamericana. (1846-1848) Por un joven de entonces*, Tomo III, México, Ed. Porrúa, (Colección de Escritores Mexicanos, 48), 1947.
- *Testimonios de una guerra. México 1846-1848*, Tomo I, Mercedes de Vega, Ma. Cecilia Zuleta, coordinación y edición, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001.
- *Undécimo calendario de Abraham López; arreglado al meridiano de México y antes publicado en Toluca para el año de 1849*, Imprenta del Autor, 1848.
- *Volunteers. The Mexican War Journals of Private Richard Coulter and Sergeant Thomas Barclay, Company E, Second Pennsylvania Infantry*, edited by Allan Peskin, Kent, Ohio, The Kent State University Press, 1991.
- Zamacois, Niceto de, *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita en vista de todo lo que de irrecusable han dado á luz los mas caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en las de los conventos de aquel país*, Tomo XIII, Barcelona, J. F. Parres y cía., editores, 1880.
- Zeh, Frederick, *An Immigrant Soldier in the Mexican War*, translated by William J. Orr and edited by William J. Orr and Robert Ryal Miller, Texas A & M University Press, College Station, 1995.

#### Obras literarias de la época:

- *Dramaturgia de las guerras civiles e intervenciones (1810-1867)*, estudio introductorio y notas Vicente Quirarte, paleografía Mariana Pineda, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, (Teatro Mexicano Historia y Dramaturgia, XV), 1994.
- *Ómnibus de poesía mexicana*, presentación, compilación y notas de Gabriel Zaid, México, Siglo XXI, 1971.
- Payno, Manuel, *El fistol del diablo. Novela de costumbres mexicanas*, texto establecido y estudio prel. de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, (“Sepan Cuantos...”, 80), 8ª edición, 2007, [Con base en la 3ª edición, de 1887].
- Pizarro, Nicolás, *Obras II. El Monedero*, edición, recopilación y notas Carlos Illades y Adriana Sandoval, México, Universidad Nacional. Autónoma de México, (Nueva Biblioteca Mexicana, 154), 2005, [1861].

## Fuentes secundarias

### Libros:

- Bill, Alfred Hoyt, *Rehearsal for Conflict. The War with Mexico 1846-1848*, New York, Cooper Square Publishers, Inc., 1969.
- Caruso, A. Brooke, *The Mexican Spy Company. United States Covert Operations in Mexico, 1845-1848*, McFarland & Company, Inc., Publishers, Jefferson, North Carolina, 1991.
- Eisenhower, John S. D., *Tan lejos de Dios. La guerra de los Estados Unidos contra México, 1846-1848*, trad. José Esteban Calderón, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Falcón, Romana (coord.), *Culturas de pobreza y resistencia. Estudios de marginados, proscritos y descontentos*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma de Querétaro, 2005.
- Figueroa, Raúl, *Entre la intervención oculta y la neutralidad estricta. España ante la guerra entre México y Estados Unidos 1845-1848*, México, ITAM, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1999.
- García Rubio, Fabiola, *La entrada de las tropas estadounidenses a la ciudad de México: la mirada de Carl Nebel*, México, Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 2002.
- Gayón Córdova, María, *Condiciones de vida y de trabajo en la ciudad de México en el siglo XIX*, México, INAH, Dirección de Estudios Históricos, Cuaderno de Trabajo, 53, 1988.
- Granados, Luis Fernando, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847*, México, Ediciones Era, CONACULTA, INAH, 2003.
- Gonzalbo, Pilar, *Introducción a la historia de la vida cotidiana*, México, El Colegio de México, 2006.
- Hernández Franyuti, Regina (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, Tomos I y II, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994.
- Jay, William, *Revista de las causas y consecuencias de la Guerra Mexicana*, trad. de Guillermo Prieto Yeme, México, Editorial Polis, 1948.
- Johannsen, Robert W., *To the Halls of the Montezumas. The Mexican War in the American Imagination*, New York, Oxford University Press, 1985.

- María y Campos, Armando de, *Los toros en México en el siglo XIX 1810 a 1863. Reportazgo retrospectivo de exploración y aventura*, México, Acción moderna mercantil, 1938.
- *Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, comp. Hira de Gortari Rabiela y Regina Hernández Franyuti, Tomo I, México, Departamento del Distrito Federal, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988.
- Olavarría y Ferrari, Enrique de, *Reseña histórica del teatro en México 1538-1911*, México, Porrúa, 3ª ed., (Biblioteca Porrúa, 21), 1961..
- Ortega y Medina, Juan A., *México en la conciencia anglosajona*, vol. 2, México, Antigua Librería Robredo, (México y lo mexicano, 22), 1995.
- *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX: 1822-1855*, coord. Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel, México, UNAM, 2000, (“Ida y vuelta al siglo XIX”).
- Quirarte, Vicente, *Vergüenza de los héroes. Armas y letras de la guerra entre México y Estados Unidos*, México, Umbral, 1999.
- Reyes de la Maza, Luis, *Circo, maroma y teatro (1810-1910)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1985.
- Reyes de la Maza, Luis, *El teatro en México en la época de Santa Anna*, Tomo I (1840-1850), México, UNAM, IIE (Estudios y fuentes del arte en México, XXX), 1972.
- Santoni, Pedro, *Mexicans at Arms. Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848*, Fort Worth, Texas Christian University Press, 1996.
- Smith, Justin H., *The War with Mexico*, vol. 2, Gloucester, Massachusetts, Peter Smith, 1963.
- Soto, Miguel, *La conspiración monárquica en México 1845-1846*, México, Offset, 1988.
- *The United States and Mexico at War. Nineteenth Century Expansionism and Conflict*, edited by Donald S. Frazier, New York, MacMillan, 1998.
- Tovar de Teresa, Guillermo, *La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido*, Tomo I, México, Vuelta, 1991.
- Velasco Márquez, Jesús, *La guerra del 47 y la opinión pública (1845-1848)*, México, SEP (Sepsetentas, 196), 1975.

- Vigil y Robles, Guillermo, *La invasión de México por los Estados Unidos en los años de 1846, 1847 y 1848: Apuntes históricos, anecdóticos y descriptivos*, México, [s.n.], 1923.
- Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, “El Brindis del Desierto” en *Antón Lizardo. El Tratado de MacLane-Ocampo. El Brindis del Desierto*, México, Editorial JUS, 1962, p. 240-345.
- Viqueira, Juan Pedro, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Wilkins, Frederick, *The Highly Irregular Irregulars. Texas Rangers in the Mexican War*, Austin, Texas, Eakin Press, 1990.
- Winders, Richard Bruce, *Mr. Polk’s Army. The American Military Experience in the Mexican War*, Texas A&M University Press, 1997.

#### Artículos en libros y revistas:

- Araya Espinoza, Alejandra, “De los límites de la modernidad a la subversión de la obscenidad: vagos, mendigos y populacho en México, 1821-1871” en Romana Falcón (coord.), *op. cit.*, p. 45-71.
- Bello, Kenya, “The American Star: El Destino Manifiesto y la difusión de una comunidad imaginaria”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, v.31, enero-junio de 2006, p. 31-56.
- Berge, Dennis E., “A Mexican Dilemma: The Mexico City Ayuntamiento and the Question of Loyalty, 1846-1848” en *Hispanic American Historical Review*, 50 (2), 1970, p. 229-256.
- Careaga, Lorena, “Filibusteros, mercenarios y voluntarios: los soldados norteamericanos en la Guerra de Castas de Yucatán, 1848-1850” en *Política y negocios. Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX*, coord. Ana Rosa Suárez y Marcela Terrazas, México, UNAM, Instituto Mora, 1997, p. 123-200.
- Cosamalón Aguilar, Jesús A., “Léperos y yanquis: el control social en la ciudad de México durante la ocupación norteamericana, 1847-1848” en Romana Falcón (coord.), *op. cit.*, p. 99-138.
- Granados, Luis Fernando “”Por mi voz habla la voz...” Notas sobre los artículos de Guillermo Prieto acerca de la ocupación de la ciudad de México en 1847”, en *Tipos y caracteres: la prensa mexicana (1822-1855). Memoria del coloquio celebrado los días 23, 24 y 25 de septiembre de 1998*, coord., Miguel Ángel Castro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 49-56.

- Hernández Franyuti, Regina, "Ideología, proyectos y urbanización en la ciudad de México, 1760-1850" en Hernández Franyuti (comp.), *op. cit.*, Tomo I, p. 116-160.
- Herrera Serna, Laura, "La guerra entre México y Estados Unidos en los calendarios de mediados del siglo XIX", en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, nueva época, vol. V, núms. 1 y 2, México, primer y segundo semestres de 2000, UNAM, p. 149-206.
- Illades, Carlos, "Composición de la fuerza de trabajo y de las unidades productivas en la ciudad de México, 1788-1873" en Hernández Franyuti (comp.), *op. cit.*, Tomo II, p. 251-278.
- Pardo, Claudia, "Ubicación, origen y ocupación de los extranjeros en la ciudad de México a la luz de los padrones municipales de 1842 y 1848", en *Miradas Recurrentes. La ciudad de México en los siglos XIX y XX*, Ma. del Carmen Collado (coord.), México, Instituto Mora, UAM, 2004, Tomo II, p. 200-219.
- Pérez Toledo, Sonia y Herbert S. Klein, "La estructura social de la ciudad de México en 1842" en *Población y estructura urbana en México, siglos XVIII y XIX*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1996, p. 251-275.
- Rueda Smithers, Salvador, *El diablo de Semana Santa. El discurso político y el orden social en la ciudad de México en 1850*, México, INAH, (Colección Divulgación), 1991.
- Sánchez de Tagle, Esteban, "La asamblea municipal de la ciudad de México durante la ocupación norteamericana", en *Historias*, 27, octubre 1991 – marzo 1992, p. 115-119.
- Silva Riquer, Jorge, "El abasto al mercado urbano de la ciudad de México, 1830-1860" en Regina Hernández Franyuti (comp.), *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, Tomo I, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994, p. 64-115.
- Wallace, Edward S., "The United States Army in Mexico City" en *Military Affairs*, Vol. 13, No. 3 (Autumn, 1949), pp. 158-166.

### Tesis

- Baker, George Towne, *Mexico City and the War with the United States: A Study in the Politics of Military Occupation*, Ann Arbor, Michigan, University Microfilms International, 1979, [1972].
- Bloom, John Porter, *With the American Army into Mexico, 1846-1848*, Ann Arbor, Michigan, University Microfilms International, 1979.

- Bourdelle Cazals Kirch, Marianne Patricia Guadalupe, “Traducción del diario y correspondencia de Ralph Wilson Kirkham durante la guerra entre México y Estados Unidos, con un breve estudio introductorio,” tesina de licenciatura en Historia, UNAM, México, 2004.
- Lemoine Villicaña, Ernesto, "Crónica de la ocupación de México por el ejército de los Estados Unidos", Tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1950.
- Mújica López, Eduardo, "Ocupando México: La administración estadounidense de la guerra con México", Tesis de maestría en historia moderna y contemporánea, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2007.
- Mújica López, Eduardo, “Organizando la expansión: la construcción de políticas militares en Estados Unidos tras la guerra contra México (1848-1857)”, Tesis de doctorado en historia moderna y contemporánea, México, Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, 2010.

### **Recursos electrónicos:**

- “Alexander, Herr (Alexander Heinberger). 1847 token” en <http://www.liveauctioneers.com/item/6286602>, consultado el 15 de junio de 2011.
- “Aztec Club of 1847” en <http://www.aztecclub.com/LeadPg.htm>, consultado el 30 de junio de 2011.
- “Blackface Minstrelsy” en <http://etext.virginia.edu/railton/huckfinn/minstrl.html>, consultado el 17 de junio de 2011.
- Kenrick, John, “A History of the Musical Minstrel Shows” en <http://www.musicals101.com/minstrel.htm>, consultado el 17 de junio de 2011.
- “Los bailes” en [http://www.melomanos.com/discs/index.php?action=show\\_info&ref\\_disc=SCD-814&Disc\\_Session=dd2b406b7c48549d57b6077c89609078](http://www.melomanos.com/discs/index.php?action=show_info&ref_disc=SCD-814&Disc_Session=dd2b406b7c48549d57b6077c89609078), consultado el 17 de junio de 2011.
- “The U. S. Army Campaigns of the Mexican War. The Occupation of Mexico May 1846-July 1848” en <http://www.history.army.mil/brochures/occupation/occupation.htm#b9>, consultado el 12 de octubre de 2011.
- “Tifus” en <http://www.nlm.nih.gov/medlineplus/spanish/ency/article/001363.htm>, consultado el 5 de julio de 2011.

- “Veni, Vidi, Vici. The Halls of Montezuma”, en [http://www.dsloan.com/Auctions/A21/image.php?file=images/ma\\_war-nebel-scott-06.jpg](http://www.dsloan.com/Auctions/A21/image.php?file=images/ma_war-nebel-scott-06.jpg), consultado el 13 de octubre de 2011.
- “Wealth of Showman” en <http://www.coinhelp.com/catalog/item/183084/14424.htm>, consultado el 15 de junio de 2011.
- “Winfield Scott (1786-1866)” en <http://www.thelatinlibrary.com/chron/civilwarnotes/scott.html>, consultado el 21 de septiembre de 2011.